Índice

Carpincheros

La primera noche que Margaret vio a los carpincheros fue la noche de San Juan.

Por el río bajaban flotando llameantes islotes. Los tres habitantes de la casa blanca corrieron hacia el talud para contemplar el extraordinario espectáculo.

Las fogotas brotaban del agua misma. A través de ellas aparecieron los carpincheros.

Parecían seres de cobre o de barro cocido, parecían figuras de humo que pasaban ingrávidas a flor de agua. Las chatas y negras embarcaciones hechas con la mitad de un trozo excavado apenas se veían. Era una flotilla entera de cachiveos. Se deslizaron silenciosamente por entre el crepitar de las llamas, arrugando la chispeante membrana del río.

Cada cachiveo tenía los mismos tripulantes: dos hombres bogando con largas tacuaras, una mujer sentada en el plan, con la pequeña olla delante. A proa y a popa, los perros expectantes e inmóviles, tan inmóviles como la mujer que echaba humo del cigarro sin sacarlo en ningún momento de la boca. Todas parecían viejas, de tan arrugadas y flacas. A través de sus guiñapos colgaban sus fláccidas mamas o emergían sus agudas paletillas.

Sólo los hombres se erguían duros y fuertes. Eran los únicos que se movían. Producían la sensación de andar sobre el agua entre los islotes de fuego. En ciertos momentos, la ilusión era perfecta. Sus cuerpos elásticos, sin más vestimenta que la baticola de trapo arrollada en torno de sus riñones sobre la que se hamacaba el machete desnudo, iban y venían alternadamente sobre los bordes del cachiveo para impulsarlo con los botadores. Mientras el de babor, cargándose con todo el peso de su cuerpo sobre el botador hundido en el agua, retrocedía hacia popa, el de estribor con su tacuara recogida avanzaba hacia proa para repetir la misma operación que su compañero de boga. El vaivén de los tripulantes seguía así a lo largo de toda la fila sin que ninguna embarcación sufriera la más leve oscilación, el más ligero desvío. Era un pequeño prodigio de equilibrio.

Iban silenciosos. Parecían mudos, como si la voz formara apenas parte de su vida errabunda y montaraz. En algún momento levantaron sus caras, tal vez extrañados también de los tres seres de harina que desde lo alto de la barranca verbeante los miraban pasar. Alguno que otro perro ladró. Alguna que otra palabra gutural e incomprensible anduvo de uno a otro cachiveo, como un pedazo de lengua atada a un sonido secreto.

El agua ardía. El banco de arena era un inmenso carbunclo encendido al rojo vivo. Las sombras de los carpincheros resbalaron velozmente sobre él. Pronto los últimos carpincheros

se esfumaron en el recodo del río. Habían aparecido y desaparecido como en una alucinación.

Margaret quedó fascinada. Su vocecita estaba ronca cuando preguntó:

—¿Son indios esos hombres, papá?

—No, Gretchen; son los vagabundos del río, los gitanos del agua —respondió el mecánico alemán.

—¿Y qué hacen?

—Cazan carpinchos.

—¿Para qué?

—Para alimentarse de su carne y vender el cuero.

—¿De dónde vienen?

—¡Oh, Püppchen , nunca se sabe!

—¿Hacia dónde van?

—No tienen rumbo fijo. Siguen el curso de los ríos. Nacen, viven y mueren en sus cachiveos.

—Y cuando mueren, Vati , ¿dónde les dan sepultura?

—En el agua, como a los marineros en alta mar —la voz de Eugen tembló un poco.

—¿En el río, Vati ?

—En el río, Gretchen. El río es su casa y su tumba.

La niña quedó un instante en silencio. De tan finos y rubios, sus cabellos parecían de leche, de azúcar, al resplandor de las fogatas. En esa cabecita lunada, el misterio de los carpincheros se revolvía en todas direcciones. Con voz tensa volvió a preguntar:

—¿Y el fuego, Vati ?

—Son las fogatas de San Juan —explicó pacientemente el inmigrante a su hija.

—¿Las hogueras de San Juan?

—Los habitantes de San Juan de Borja las encienden esta noche sobre el agua en homenaje a su patrono.

—¿Cómo sobre el agua? —siguió exigiendo Margaret.

—No sobre el agua misma, Gretchen. Sobre los camalotes. Son como balsas flotantes. Las acumulan en gran cantidad, las cargan con brazas de paja y ramazones secas, les pegan fuego y las hacen zarpar. Alguna vez iremos a San Juan de Borja a verlos hacer.

Durante un buen trecho, el río brillaba como una serpiente de fuego caída de la noche mitológica.

Así se estaba representando probablemente Margaret el río lleno de fogueras.

—¿Y los carpincheros arrastran esos fuegos con sus canoas?

—No, Gretchen; bajan solos en la correntada. Los carpincheros sólo traen sus canoas a que los fuegos del Santo chamusquen su madera para darles suerte y tener una buena cacería durante todo el año. Es una vieja costumbre.

—¿Cómo lo sabes, Vati ? —la curiosidad de la niña era inagotable. Sus ocho años de vida estaban conmovidos hasta la raíz.

—¡Oh, Gretchen ! —la reprendió Ilse suavemente—. ¿Por qué preguntas tanto?

—¿Cómo lo sabes, Vati ? —insistió Margaret sin hacer caso.

—Los peones de la fábrica me informaron. Ellos conocen y quieren mucho a los carpincheros.

—¿Por qué?

—Porque los peones son como esclavos en la fábrica. Y los carpincheros son libres en el río. Los carpincheros son como las sombras vagabundas de los esclavos cautivos en el ingenio, en los cañaverales, en las máquinas —Eugen se había ido exaltando poco a poco—. Hombres prisioneros de otros hombres. Los carpincheros son los únicos que andan en libertad. Por eso los peones los quieren y los envidian un poco.

—Ja —dijo solamente la niña, pensativa.

Desde entonces la fantasía de Margaret quedó totalmente ocupada por los carpincheros. Habían nacido del fuego delante de sus ojos. Las hogueras del agua los habían traído. Y se habían perdido en medio de la noche como fantasmas de cobre, como ingrávidos personajes de humo.

La explicación de su padre no la satisfizo del todo, salvo tal vez en un solo punto: en que los hombres del río eran seres envidiables. Para ella eran, además, seres hermosos, adorables.

Poco después, Eugen cumplió su promesa y la llevó a conocer San Juan de Borja, donde el río pasa por el pueblo lamiendo los cimientos de la vieja capilla y el rancherío escalonado en sus riberas. Margaret lo observó todo con sus ojillos ávidos y curiosos, pero dudó que allí nacieran las fogatas que traían a los carpincheros.

Torturó su imaginación e inventó una teoría. Les di un nombre más acorde con su misterioso origen. Los llamó hombres de la luna . Estaba firmemente convencida de que ellos procedían del pálido planeta de la noche por su color, por su silencio, por su extraño destino.

«Los ríos bajan de la luna —se decía—. Si los ríos son su camino — concluía con lógica fantástica—, es seguro que ellos son los Hombres de la Luna».

Por un tiempo lo supo ella solamente. Ilse y Eugen quedaron al margen de su secreto.

No hacía mucho que habían arribado al ingenio azucarero de Tebikuary del Guairá. Llegaron directamente desde Alemania, poco después de finalizada la primera guerra mundial.

A ellos, que venían de las ruinas, del hambre, del horror, Tebikuary Costa se les antojó al comienzo un lugar propicio. El río verde, los palmares de humo bañados por el viento norte, esa

fábrica rústica, casi primitiva, los ranchos, los cañaverales amarillos, parecían suspendidos irrealmente en la verberación del sol como en una inmensa telaraña de fiebre polvorienta. Sólo más tarde iban a descubrir todo el horror que encerraba también esa telaraña donde la gente, el tiempo, los elementos, estaban presos en su nervadura seca y rojiza alimentada con la clorofila de la sangre. Pero los Plexnies arribaron al ingenio en un momento de calma relativa. Ellos no querían más que olvidar. Olvidar y recomenzar.

—Este sitio es bueno —dijo Eugenio apretando los puños y tragando el aire a bocanadas llenas, el día que llegaron. Más que convicción, había esperanza en su voz, en su gesto.

—Tiene que ser bueno —corroboró simplemente Ilse. Su marchita belleza de campesina bávara estaba manchada de tierra en el rostro, ajada de tenaces recuerdos.

Margaret parecía menos una niña viva que una muñeca de porcelana, menudita, silenciosa, con sus ojos de añil lavado y sus cabellos de lacia plata brillante. Traía su vestidito de franela tan sucio como sus zapatos remendados. Llegó aupada en los recios y tatuados brazos de Eugen, de cuya cara huesuda goteaba el sudor sobre las rodillas de su hija.

En los primeros días habitaron un galpón de hierros viejos en los fondos de la fábrica. Comían y dormían entre la ortiga y la herrumbre. Pero el inmigrante alemán era también un excelente mecánico tornero, de modo que en seguida lo pusieron al frente del taller de reparaciones. La administración les asignó entonces la casa blanca con techo de cinc que estaba situada en ese solitario recodo del río.

En la casa blanca había muerto asesinado el primer testaferro de Simón Bonaví, dueño del ingenio. Uno de los peones previno al mecánico alemán:

—No te de’cuida-ke, don Oiguen. En la’sánima en pena de Eulogio Penayo, el mulato asesinado, ko alguna noche’ anda por el Oga-morotĩ. Nojotro’ solemo’ oír su lamentación.

Eugen Plexnies no era supersticioso. Tomó la advertencia con un poco de sorna y la transmitió a Ilse, que tampoco lo era. Pero entre los dos se cuidaron muy bien de que Margaret sospechara siquiera el siniestro episodio acaecido allí hacía algunos años.

Como si lo intuyera, sin embargo, Margaret al principio, más aún que en el galpón de hierros viejos, se mostraba temerosa y triste. Sobre todo por las tardes, al caer la noche. Los chillidos de los monos en la ribera boscosa la hacían temblar. Corría a refugiarse en los brazos de su madre.

—Están del otro lado, Gretchen —la consolaba Ilse—. No pueden cruzar el río. Son monitos chicos, de felpa, parecidos a juguetes. No hacen daño.

—¿Y cuándo tendré uno? —pedía entonces Margaret, más animada.

—Se lo encargaremos a los hacheros de la fábrica o a los pescadores.

Pero siempre tenía miedo y estaba triste. Entonces fue cuando vio a los carpincheros entre las fogatas, la noche de San Juan. Un cambio extraordinario se operó en ella de improviso. Pedía que la llevaran a la alta barranca de piedra caliza que caía abruptamente sobre el agua.

Desde allí se divisaba el banco de arena de la orilla opuesta, que cambiaba de color con la caída de la luz. Era un hermoso espectáculo. Pero Margaret se fijaba en las curvas del río. Se veía que guardaba con ansiedad apenas disimulada el paso de los carpincheros.

El río se deslizaba suavemente con sus islas de camalotes y sus raigones negros aureolados de espuma. El canto del guaimingüé sonaba en la espesura como una ignota campana sumergida en la selva. Margaret ya no estaba triste ni temerosa. Acabó celebrando con risas y palmoteos el salto plateado de los peces o las vertiginosas caídas del martín-pescador que se zambullía en busca de su presa. Parecía completamente adaptada al medio, y su secreta impaciencia era tan intensa que se parecía a la felicidad.

Cuando esto sucedió, Eugen dijo con una profunda inflexión en la voz:

—¿Ves, Ilse? Yo sabía que este lugar es bueno.

—Sí, Eugen; es bueno porque permite reír a nuestra hijita.

En la alta barranca abrazaron y besaron a Margaret, mientras la noche, como un gran pétalo negro cargado de aromas, de silencio, de luciérnagas, lo devoraba todo menos el espejo tembloroso del agua y el fuego blanco y dormido del arenal.

—¡Miren, ahora se parece a un grosser queso flotando en el agua! — comentó Margaret riéndose.

Ilse pensó en los grandes quesos de leche de yegua de su aldea. Eugen, en cierto banco de hielo en que su barco había encallado una noche cerca del Shager-Rak, durante la guerra, persiguiendo a un submarino inglés.

Por la mañana venían las lavanderas. Sus voces y sus golpes subían del fondo de la barranca. Margaret salía con su madre a verlas trabajar. La lejía manchaba el agua verde con un largo cordón ceniza que bajaba en la correntada a lo largo de la orilla en herradura. Enfrente, el banco de arena reverberaba bajo el sol. Se veía cruzar sobre él la sombra de los pájaros. Una mañana vieron tendido en la playa un yacaré de escamosa cola y lomo dentado.

—¡Un dragón, mamá…! —gritó Margaret, pero ya no sentía miedo.

—No, Gretchen . Es un cocodrilo.

—¡Qué lindo! Parece hecho de piedra y de alga.

Otra vez un venadito llegó saltando por entre el pajonal hasta muy cerca de la casa. Cuando Margaret corrió hacia él llamándolo, huyó trémulo y flexible, dejando en los ojos celestes de la alemanita un regusto de ternura salvaje, como si hubiera visto saltar por el campo un corazón de hierba dorada, el fugitivo corazón de la selva. Otra vez fue un guacamayo de irisado cuerpo granate, pecho índigo y verde, alas azules, larga cola roja y azul y ganchudo pico de cuerno; un arco iris de pluma y ronco graznido posado en la rama de un timbó. Otra vez una víbora de coral que Eugen mató con el machete entre los yuyos del potrero. Así Margaret fue descubriendo la vida y el peligro en el mundo de hojas, tierno, áspero, insondable, que la rodeaba por todas partes. Empezó a amar su ruido, su color, su misterio, porque en él percibía además la invisible presencia de los carpincheros.

En las noches de verano, después de cenar, los tres moradores del caserón blanco salían a sentarse en la barranca. Se quedaban allí tomando el fresco hasta que los mosquitos y jejenes se volvían insoportables. Ilse cantaba a media voz canciones de su aldea natal, que el chapoteo de la correntada entre las piedras desdibujaba tenuemente o mechaba de hiatos trémulos, como si la voz sonara en canutillos de agua. Eugen, fatigado por el trabajo del taller, se tendía sobre el pasto con las manos debajo de la nuca. Miraba hacia arriba recordando su antiguo y perdido oficio de marino, dejando que la inmensa espiral del cielo verdinegro, cuajado de enruladas virutas brillantes como su torno, se le estancara al fondo de los ojos. Pero no podía anular la preocupación que lo trabajaba sin descanso. La suerte de los hombres en el ingenio, en cuyos pechos oprimidos se estaba incubando la rebelión. Eugen pensaba en los esclavos del ingenio. La cabecita platinada de Margaret soñaba, en cambio, con los hombres libres del río, con sus fabulosos Hombres de la Luna. Esperaba cada noche verlos bajar por el río.

Los carpincheros aparecieron dos o tres veces más en el curso de ese año. A la luz de la luna, más que al fulgor de las hogueras, cobraban su verdadera substancia mitológica en el corazón de Margaret.

Una noche desembarcaron en la arena, encendieron pequeñas fogatas para asar su ración de pescado y después de comer se entregaron a una extraña y rítmica danza, al son de un instrumento parecido a un arco pequeño. Una de sus puntas penetraba en un porongo partido por la mitad y forrado en tirante cuero de carpincho. El tocador se pasaba la cuerda del arco por los dientes y le arrancaba un zumbido sordo y profundo como si a cada boqueada vomitara en la percusión el trueno acumulado en su estómago. Tum-tu-tum… Tam-ta-tam… Ta-tam… Tu- tum… Tá-

tam… Tam-ta-tam… Arcadas de ritmo caliente en la cuerda del gualambau, en el tambor de porongo, en la dentadura del tocador.

Sonaban sus costillas, su piel de cobre, su estómago de viento, el porongo parchado de cuero y temblor, con su tuétano de música profunda parecida a la noche del río, que hacía hamacar los pies chatos, los cuerpos de sombra en el humo blanco del arenal.

Tum-tu-tum… Tam-ta-tam… Tu-tum… Ta-tam… Tu-tummmm…

La respiración de Margaret se acompasaba con el zumbido del gualambau. Se sentía atada misteriosamente a ese latido cadencioso

encajonado en las barrancas.

Cesó la música, El hilván negro de los cachiveos se puso en movimiento con su bogadores de largas tacuaras que parecían andar sobre el agua, que se fueron alejando sobre carriles de espuma cada vez más queda hasta desvanecerse en la tiniebla azul y rayada de luciérnagas.

Los esperaba siempre. Cada vez con impaciencia más desordenada. Siempre sabía cuándo iban a aparecer y se llenaba de una extraña agitación, antes de que el primer cachiveo bordeara el recodo a lo lejos, en el hondo cauce del río.

—¡Ahí vienen! —la vocecita de Margaret surgía rota por la emoción.

El canturreo gangoso o el silencio de Ilse se interrumpía. Eugen se incorporaba asustado.

—¿Cómo lo sabes, Gretchen ?

—No sé. Los siento venir. Son los Hombres de la Luna…

Era infalible. Un rato después, los cachiveos pasaban peinando la cabellera de cometa verde del río. El corazón le palpitaba fuertemente a Margaret. Sus ojitos encandilados rodaban en las estelas de seda líquida hasta que el último de los cachiveos desaparecía en el otro recodo detrás del brillo espectral del banco de arena roído por los pequeños cráteres de sombra.

En esas noches la pequeña Margaret hubiera querido quedarse en la barranca hasta el amanecer porque los sigilosos vagabundos del río podían volver a remontar la corriente en cualquier momento.

—¡No quiero ir a dormir…, no quiero entrar todavía! ¡No me gusta la casa blanca! ¡Quiero quedarme aquí…, aquí! —gimoteaba.

La última vez se aferró a los hierbajos de la barranca. Tuvieron literalmente que arrancarla de allí. Entonces Margaret sufrió un feo ataque de nervios que la hizo llorar y retorcerse

convulsivamente durante toda lo noche. Sólo la claridad del alba la pudo calmar.

Después durmió casi veinticuatro horas con un sueño inerte, pesado.

—El espectáculo de los carpincheros —dijo Ilse a su marido— está enfermando a Margaret.

—No saldremos más a la barranca —decidió él, sordamente preocupado.

—Será mejor, Eugen —convino Ilse.

Margaret no volvió a ver a los Hombres de la Luna en los meses que siguieron. Una noche los oyó pasar en la garganta del río. Ya estaba acostada en su catrecito. Lloró en silencio, contenidamente. Temía que su llanto la delatara. El ladrido de los perros se apagó en la noche profunda, el tenue rumor de los cachiveos arañados de olitas fosfóricas. Margaret los tenía delante de los ojos. Se cubrió la cabeza con las cobijas. De pronto dejó de llorar y se sintió extrañamente tranquila porque en un esfuerzo de imaginación se vio viajando con los carpincheros, sentadita, inmóvil, en uno de los cachiveos. Se durmió pensando en ellos y soñó con ellos, con su vida nómada y bravía deslizándose sin término por callejones de agua en la selva.

Con el día su pena recomenzó. Nada peor que la prohibición de salir a la barranca podía haberle sucedido. Volvió a estar triste y silenciosa.

Andaba por la casa como una sombra, humillada y huraña. Llegó a detestar en secreto todo lo que la rodeaba: el ingenio en que trabajaba su padre, el sitio sombrío que habitaban, la vivienda de paredes encaladas y ruinosas, su pieza, cuya ventana daba hacia la barranca, pero a través de la cual no podía divisar a sus deidades acuáticas cuando ella sola escuchaba en la noche el roce de los cachiveos sobre el río.

A pesar de todo, Margaret fue mejorando lentamente, hasta que ella misma creyó que había olvidado a los Hombres de la Luna. La casa blanca pareció reflotar con la dicha plácida de sus tres moradores como un témpano tibio en la noche del trópico.

Para celebrarlo, Eugen agregó otro tatuaje a los que ya tenía en su pellejo de ex marino. En el pecho, sobre el corazón, junto a dos anclas en cruz, dibujó con tinta azul el rostro de Margaret. Salió bastante parecido.

—Ya no te podrás borrar de aquí, Gretchen . Tengo tu foto bajo la piel. Ella reía feliz y abrazaba cariñosa al papito.

Así llegó otra vez la noche de San Juan. La noche de las fogatas sobre el agua.

Eugen, Ilse y Margaret se hallaban cenando en la cocina cuando los primeros islotes incandescentes empezaban a bajar por el río. El errabundo fulgor que subía de la garganta rocosa les

doró el rostro. Se miraron los tres, serios, indecisos, refexivos. Eugen por fin sonrió y dijo:

—Sí, Gretchen . Esta noche iremos a la barranca a ver pasar las hogueras.

En ese mismo momento llegó hasta ellos el aullido de un animal mezclado al grito angustioso de un hombre. El aullido salvaje volvió a oírse con un timbre metálico indescriptible: se parecía al maullido de un gato rabioso, a una uña de acero rasgando súbitamente una hoja de vidrio.

Salieron corriendo los tres hacia la barranca. Al resplandor de las fogatas vieron sobre el arenal a un carpinchero luchando contra un bulto alargado y flexible que daba saltos prodigiosos como una bola de plata peluda disparada en espiral a su alrededor.

—¡Es un tigre del agua! —murmuró Eugen, horrorizado.

—Mein Gott ! —gimió Ilse.

El carpinchero lanzaba desesperados machetazos a diestro y siniestro, pero el lobo-pe, rápido como la luz, tornaba inofensivo el vuelo decapitador del machete.

Los otros carpincheros estaban desembarcando ya también en el arenal, pero era evidente que no conseguirían llegar a tiempo para acorralar y liquidar entre todos a la fiera. Se oían las lamentaciones de las mujeres, los gritos de coraje de los hombres, el jadeante ladrar de los perros.

El duelo tremendo duró poco, contados segundos a lo más. El carpinchero tenía ya un canal sangriento desde la nuez hasta la boca del estómago. El lobo-pe seguía saltando a su alrededor con agilidad increíble. Se veía su lustrosa pelambre manchada por la sangre del carpinchero. Ahora era un bulto rojizo, un tizón alado de larga cola nebulosa, cimbrándose a un lado y otro en sus furiosas acometidas, tejiendo su danza mortal en torno al hombre oscuro. Una vez más saltó a su garganta y quedó pegado a su pecho porque el brazo del carpinchero también había conseguido cerrarse sobre él hundiéndole el machete en el lomo hasta el mango, de tal modo que la hoja debió hincarse en su pecho como un clavo que los fundía a los dos. El grito de muerte del hombre y el alarido metálico de la fiera rayaron juntos el tímpano del río. Juntos empezaron a chorrear los borbotones de sus sangres. Por un segundo más, el carpinchero y el lobo-pe quedaron erguidos en ese extraño abrazo como si simplemente hubieran estado acariciándose en una amistad profunda, doméstica, comprensiva. Luego se desplomaron pesadamente, uno encima del otro, sobre la arena, entre los destellos oscilantes. Después de algunos instantes el animal quedó inerte. Los brazos y las piernas del hombre aún se movían en un ansia crispada de vivir. Un carpinchero desclavó de un tirón al lobo-pe del pecho del hombre,

lo degolló y arrojó al río con furia su cabeza de agudo hocico y atroces colmillos. Los demás empezaron a rodear al moribundo.

Ilse tenía el rostro cubierto con las manos. El espanto estrangulaba sus gemidos. Eugen estaba rígido y pálido con los puños hundidos en el vientre. Sólo Margaret había contemplado la lucha con expresión impasible y ausente. Sus ojos secos y brillantes miraban hada abajo con absoluta fijeza en la inmovilidad de la inconsciencia o del vértigo. Solamente el ritmo de su respiración era más agitado. Por un misterioso pacto con las deidades del río, el horror la había respetado. En el talud calizo iluminado por las fogatas que bogaban a la deriva, ella misma era una pequeña deidad casi incorpórea, irreal.

Los carpincheros parecían no saber qué hacer. Algunos de ellos levantaron sus caras hacia la casa de los Plexnies y la señalaron con gestos y palabras ininteligibles. Era la única vivienda en esos parajes desiertos. Deliberaron. Por fin se decidieron. Cargaron al herido y lo pusieron en un cachiveo. Toda la flotilla cruzó el río. Volvieron a desembarcar y treparon por la barranca.

Margaret, inmóvil, veía subir hacia ella, cada vez más próximos, a los Hombres de la Luna. Veía subir sus rostros oscuros y aindiados. Los ojos chicos bajo el cabello hirsuto y duro como crin negra. En cada ojo había una hoguera chica. Venían subiendo las caras angulosas con pómulos de piedra verde, los torsos cobrizos y sarmentosos, las manos inmensas, los pies córneos y chatos. En medio subía el muerto que ya era de tierra. Detrás subían las mujeres harapientas, flacas y tetudas. Subían, trepaban, reptaban hacia arriba como sombras pegadas a la resplandeciente barranca. Con ellos subían las chispas de las fogatas, subían voces guturales, el llanto de iguana herida de alguna mujer, subían ladridos de los que iban brotando los perros, subía un hedor de plantas acuáticas, de pescados podridos, de catinga de carpincho, de sudor…

Subían, subían…

—¡Vamos, Gretchen !

Ilse la arrastró de las manos.

Eugen trajo el farol de la cocina cuando los carpincheros llegaron a la casa. Sacó al corredor un catre de trama de cuero y ordenó con gestos que lo pusieran en él. Después salió corriendo hacia la enfermería por ver si aún podía traer algún auxilio a la víctima. Ya desde el alambrado gritó:

—¡Vuelvo en seguida, Ilse! ¡Prepara agua caliente y recipientes limpios!

Ilse va a la cocina, mareada, asustada. Se le escucha manejarse a ciegas en la penumbra roja. Suenan cacharros sobre la hornalla.

El destello humoso del farol arroja contra las paredes las sombras movedizas de los carpincheros inmóviles, silenciosos. Hasta el llanto de iguana ha cesado. Se oye gotear la sangre en el suelo. A través de los cuerpos coriáceos, Margaret ve el pie enorme del carpinchero tendido en el catre. Se acerca un poco más. Ahora ve el otro pie. Son como dos chapas callosas, sin dedos casi, sin talón, cruzados por las hondas hendiduras de roldana que el borde filoso del cachiveo ha cavado allí en leguas y leguas, en años y años de un vagabundo destino por los callejones fluviales. Margaret piensa que esos pies ya no andarán sobre el agua y se llena de tristeza. Cierra los ojos. Ve el río cabrilleante, como tatuado de luciérnagas. El olor almizclado, el recio aroma montaraz de los carpincheros ha henchido la casa, lucha contra la tenebrosa presencia de la muerte, alza en vilo el pequeño, el liviano corazón de Margaret. Lo aspira con ansias. Es el olor salvaje de la libertad y de la vida. De la memoria de Margaret se están borrando en este momento muchas cosas. Su voluntad se endurece en torno a un pensamiento fijo y tenso que siente crecer dentro de ella. Ese sentimiento la empuja. Se acerca a un carpinchero alto y viejo, el más viejo de todos, tal vez el jefe. Su mano se tiende hacia la gran mano oscura y queda asida a ella como una diminuta mariposa blanca posada en una piedra del río. Las hogueras siguen bajando sobre el agua. La sangre gotea sobre el piso. Los carpincheros van saliendo. Durante un momento sus pies callosos raspan la tierra del patio rumbo a la barranca con un rajido de carapachos veloces y rítmicos. Se van alejando. Cesa el rumor. Vuelve a oírse el desagüe del muerto solo, abandonado en el corredor. No hay nadie.

Ilse sale de la cocina. El miedo, el pavor, el terror, la paralizan por un instante como un baño de cal viva que agrieta sus carnes y le quema hasta la voz. Después llama con un grito blanco, desleído, que se estrella en vano contra las paredes blancas y agrietadas:

—¡Margaret…, Gretchen …!

Corre hacia la barranca. El hilván de los cachiveos está doblando el codo entre las fogatas. Los destellos muestran todavía por un momento, antes de perderse en las tinieblas, los cabellos de leche de Margaret. Va como una luna chica, en uno de los cachiveos negros.

—¡Gretchen…, mein herzchen !

Ilse vuelve corriendo a la casa. Un resto de instintiva esperanza la arrastra. Tal vez no; tal vez no se ha ido.

—¡Gretchen…, Gretchen …! —su grito agrio y seco tiene ya la desmemoriada insistencia de la locura.

Llega en el momento en que el carpinchero muerto se levanta del catre convertido en un mulato gigantesco. Lo oye reír y llorar. Lo ve andar como un ciego, golpeándose contra las paredes.

Busca una salida. No la encuentra. La muerte tal vez lo acorrala todavía. Suena su risa. Suenan sus huesos contra la tapia. Suena su llanto quejumbroso.

Ilse huye, huye de nuevo hacia el río, hacia el talud. Las hogueras rojas bajan por el agua.

—¡Gretchen…, Gretchen …!

Un trueno sordo le responde ahora. Surge del río, llena toda la caja acústica del río ardiendo bajo el cielo negro. Es el gualambau de los carpincheros. Ilse se aproxima imantada por ese latido siniestro que ya llena ahora toda la noche. Dentro de él está Gretchen , dentro de él tiembla el pequeño corazón de su Gretchen … Mira hacia abajo desde la barranca. Ve muchos cuerpos, los cuerpos sin cara de muchas sombras que se han reunido a danzar en el arenal a compás del tambor de porongo.

Tum-tu-tum… Tam-ta-tam… Ta-tam… Tu-tum… Tam-ta-tam…

Se hamacan los pies chatos y los cuerpos de sombra entre el humo blanco del arenal.

Dientes inmensos de tierra, de fuego, de viento, mascan la cuerda de agua del gualambau y le hacen vomitar sus arcadas de trueno caliente sobre la sien de harina de Ilse.

Tum-tu-tum… Tam-ta-tam… Tum-tu-tummm…

En el tambor de porongo el redoble rítmico y sordo se va apagando poco a poco, se va haciendo cada vez más lento y tenue, lento y tenue. El último se oye apenas como una gota de sangre cayendo sobre el suelo.

El viejo señor obispo

La señorita Teresa, hermana del Obispo, tardó un poco más que otras veces en disponer la cena. Pero los infalibles huéspedes también se estaban retrasando. La mesa pucú ya estaba puesta como siempre esperándolos: seis platos de loza desportillada, a cada lado, sobre la madera gastada, desnuda de mantel, y junto a ellos una cuchara de alpaca, un vaso de barro cocido para el agua y una naranja. En la cabecera, que era el sitio de Monseñor, faltaba el vaso. Él nunca bebía en las comidas. Y apenas comía.

Los movimientos de la señorita Teresa eran lentos pero seguros y suaves. Negaban su edad, su vista disminuida, sus ya débiles fuerzas. Una indefinible preocupación, pena casi, oscuro presentimiento, trabajaba su semblante. Se aproximó a la puerta de la habitación contigua y escuchó durante algunos instantes con todos sus sentidos volcados hacia el interior del cuarto en tinieblas. En su catre de tijera se hallaba acostado allí el Obispo, sin movimiento, sin palabra, desde hacía varias horas. Eso sucedía raramente. El anciano no solía refugiarse en el lecho sino por enfermedad, y al mediodía aún estaba bien. A ella le pareció conveniente no interrumpir su reposo. Esperaba que se levantara para la cena, pero el Obispo seguía en silencio y a oscuras.

—¿Cómo se siente, Paí? —preguntó en la puerta con un hilillo de voz. Al no obtener respuesta insistió—. ¿No necesita nada, Monseñor? ¿Un té de verbena y zarzaparrilla bien caliente?

El viento de ese frío anochecer de julio ululaba en el agujero del techo de la sala donde faltaban varias tejas. La señorita Teresa no pudo percibir otro sonido. Pensó que su hermano dormía profundamente.

Pero el otro pensamiento que sentía en el corazón como una puntada volvió a hacerle bajar los párpados. «Somos un grano de polvo en el dorso de tu mano, Dios mío…».

Se apartó de la puerta con esfuerzo. Hizo un nuevo viaje a la cocina y regresó con la fuente de mandiocas, cuyo vapor le ponía nebuloso el rostro. Delante de cada plato, sobre un pedazo de hoja de banana, depositó un trozo humeante de mandioca y también cuatro o cinco bolitas doradas y oscuras de chicharö que fue sacando de un saquito de cuero grasiento. Ahora sólo faltaba la gran sopera de locro con so'ó- pirú. Siempre la traía cuando ya todos se hallaban alrededor de la mesa y el Obispo se disponía a rezar el Benedic, Domine .

Se agachó y apartó un poco los pesados escaños que había a los costados de la mesa; luego también el sillón de cuero de la cabecera. Este último gesto fue casi reverente. Sólo entonces contempló su obra con los brazos cruzados sobre el pecho. Pero evidentemente miraba más allá de la mesa preparada para la diaria cena con los mendigos. La luz de la lámpara hacía parecer

más oscuro su vestido enterizo de sarga y más encorvada y vieja su delgada figura. Sólo el rostro bañado de recuerdos parecía inalterable, sin edad. Un rostro moreno que el cabello crespo y blanco hacía aún más moreno, crepuscularmente sensitivo y extasiado, semejante a un alma sin peso suspendida en el vacilante destello.

El viento seguía zumbando en la falla del techo. Sus remolinos se colaban a veces hasta abajo y hacían parpadear el mechero. Uno de ellos amenazó ahogarlo del todo. La señorita Teresa se sustrajo a su ensimismamiento y protegió la boca del tubo con sus manos flacas y apergaminadas. Surgió una columnita de humo. Pero en seguida, la llama pálida en forma de media luna se rehizo en el interior de la combadura del vidrio, y la mesa y parte de la habitación derruida y vacía volvieron a emerger en el círculo que alcanzaba a iluminar. El olor del querosén se mezcló por un momento al aroma cálido de la mandioca y a la fragancia fría y dorada de las naranjas. La señorita Teresa retrajo un poco más la lámpara. En el tenue ruedo de luz se veía ahora el armonio. Era pequeño y estaba destapado. Sus teclas amarillentas parecían temblequear a cada oscilación del mechero. Después de la cena, el Obispo tocaba en él y cantaba con sus hermanos mendigos, mientras la señorita Teresa lavaba los platos en la cocina y lloraba mansamente en un estado muy semejante al de la gracia.

En el umbral de los noventa años, no era mucho lo que le restaba al Obispo en bienes terrenales: esa casa en ruinas (regalo de una tía en su ordenación sacerdotal), comida ahora menos por las goteras que por las hipotecas, esa mesa larga donde cenaba con los once limosneros del atrio de la Recoleta, la parva vajilla, los escaños, algunas sillas desvencijadas, el sillón frailero, los dos catres, el suyo y el de su hermana. En las paredes desnudas y húmedas sólo quedaban albeando bajo vidrio, en sus marcos carcomidos, los títulos canónicos de Monseñor, los que había traído a su regreso de Roma. Gordos medallones de lacre amarillo con la Tiara y las llaves sellaban esos pergaminos. Parecían vientrecitos de rana, pequeños corazones disecados en latín pontificio. Junto a una grieta de la pared, por donde en las siestas tórridas del verano entraban y salían escurridizas lagartijas, blanqueaba también el pañuelo de la ordenación cuajado en simétricos pliegues dentro de otro marco vidriado. Setenta años atrás, esa cinta de seda litúrgica había maniatado al seminarista paraguayo, aún adolescente, tumbado sobre las losas de San Juan de Letrán, para recibir las órdenes. Era el primer estudiante americano que regresaba del Pío Latino. Su vocación y su inteligencia habían entusiasmado a sus mentores.

—Questo fanciullo sta fatto in legno di Santo ... —dijo uno de ellos, sin soñar siquiera el infierno forestal de donde la madera del cambá paraguayo procedía.

El Pontífice reinante le honró con el título de camarero privado.

Creía ya tenerlo todo. El pórtico por donde salía para el cumplimiento de su ministerio era grave y majestuoso, puesto que era la misma Puerta de San Pedro.

Después de doce años de ausencia, el joven sacerdote regresó y encontró que su pueblo estaba maniatado y apersogado con tiras oscuras arrancadas a su propia piel por el cuchillo de capataces y capangas y por el sable de los tiranuelos de turno, castrenses o no. Nacido en los días terribles de la Guerra Grande, el horror habla formado parte del aire natural de su niñez. Tenía esa visión para el lado de adentro de los ojos. Por eso no la había percibido. Y fue a Roma siendo todavía un niño.

Pero a su vuelta, sí, a su vuelta vio la realidad tal como era. De las alfombras del Vaticano a su tierra roja y violenta, cuyas tolvaneras parecían de humo de sangre, la transición fue brusca y reveladora. Sólo entonces comprendió en toda su magnitud el drama de los suyos. Y se empeñó, ya que no podía remediarlo radicalmente, por lo menos en suavizar sus heridas. Amaba a los desvalidos y oprimidos. Sentía que eran sus únicos hermanos y que estaba definitivamente unido a ellos por la consanguinidad de la esperanza. Sabía, además, que sólo en medio del infortunio la santidad es posible, y que el verdadero templo de Cristo es el corazón de los martirizados. Por eso mismo odiaba a los ricos y poderosos como puede odiar un hombre justo y puro: con piedad irremediable, lo que no impedía que los juzgara con implacable severidad.

Fundó un periódico para combatir con ideas cristianas a los señores feudales, terratenientes, estancieros y a sus testaferros políticos adueñados del poder. Le empastelaron en poco tiempo el periódico. Un sátrapa de letras lo desafió a duelo. El altivo curita le devolvió el billete de desafío, con estas líneas escritas al dorso: «Mi religión es de vida, no de muerte. No quiero matar a nadie. No quiero que nadie me mate a mí. Emplee su “caballeresco” coraje en favor de las mujeres, ancianos y niños que en estos momentos mueren de hambre en su feudo».

Fue la irrisión de todos. Lo empezaron a llamar despectivamente «Paí Kangüe-atá» (Padre Huesos-duros).

No se doblegó sino que redobló sus esfuerzos. Nada podía arredrarlo. Se metió en los yerbales y obrajes, en los cañaverales y desiertos, franqueó esteros y picadas, y llegó hasta la región siniestra donde el horno acuoso de los aguaceros madura en la carne de los chococués las rosas purulentas de la lepra.

El polvo, la muerte, el sol de fuego, su rebelde esperanza le pusieron en la cabeza un solideo encarnado.

Ya era el «Obispo de los pobres», su única diócesis honoraria y real. Nunca iba a tener más que ésa. Él mismo había renunciado sistemáticamente a todas las oportunidades que se le presentaron para optar al sillón arzobispal que le correspondía por derecho propio. El clero temblaba secretamente de verlo sentado en él, porque lo sabían inflexible con la salacidad y la corrupción. Sus dedos no dejaban el misal para barajar los naipes mugrientos del truco o del monte; sus labios no iban del borde del cáliz a los jarros de aguardiente o de caña de los boliches de campaña; su cuerpo no se desvestía de los ornamentos para desnudarse en la concupiscencia o la lujuria. La castidad estaba incrustada en sus riñones como un hacha. Y como no podía hacer hijos con su sangre de hombre, los parió con su sudor y su amor. Todos los pobres fueron sus hijos.

Por eso era el Paí, che Paí, oré Paí marangatú, ore Obispo-mi.

Después de un cuartelazo triunfante, conocedor de su prestigio entre la gente del pueblo, el presidente de facto lo hizo llamar a su presencia y falsamente íntimo y cordial, le pidió:

—Monseñor, fírmeme esta Carta Pastoral. Necesitamos pacificar espiritualmente el país. (La Carta trataba de justificar con argumentos de iglesia unos desalojos en masa que la «revolución» estaba consumando en tierras del presidente de facto).

—¿Pacificar el país? —preguntó mordaz el Obispo—. Ya lo están consiguiendo a balazos. Cuando nuestro país sea un inmenso cementerio, todo estará muy tranquilo.

—Déjese de bromear, Monseñor —colmilleó aún el jefe del gobierno—, y fírmeme esto. Como la Curia está acéfala, usted es el único que puede hacerlo ahora.

—Yo soy el titular de la Diócesis. Además…

—Lo pondremos, en seguida al frente de la Iglesia —le interrumpió.

—La Iglesia no es una comisaría —replicó imperturbable el Obispo—. Pero aunque yo fuera el diocesano no firmaría jamás ese sacrílego pedazo de papel.

El personaje se puso irritado y corajudo. Con la mano de dedos cortones y gruesos, llenos de anillos amelosados, descargó un puñetazo sobre el enorme escritorio labrado de la Presidencia, y barbotó:

—¡Carajo, que se están poniendo exigentes los curas! ¡Yo puedo reventarlo a usted, si quiere macanear!

—No hará nada que ya no esté previsto por Dios —dijo impasible el prelado.

Salió del salón blanco, alto y erguido, sin volver la cabeza, sin bajar los ojos. Nadie se atrevió a estorbarle el paso. El brillo de

las bayonetas palaciegas reverberaba sobre el tornasol de su gastada y zurcida sotana. En determinado momento no se oyó más que el crujido de sus zapatos descendiendo las escalinatas de mármol.

Desde entonces el Obispo de los pobres tuvo que soportar la incesante hostilidad oficial de los gobiernos que se fueron sucediendo en la inacabable lucha de facciones que chupaba la vida del país.

Acabó de caer cuando durante una insurrección popular, abortada en sangre, la casa del Obispo se convirtió en refugio clandestino de los cabecillas revolucionarios y, por último, en puesto sanitario subrepticio. El Obispo y la señorita Teresa atendían a los heridos. Dos de ellos murieron casi al final. Esa noche, a la luz de la luna, el propio Obispo cavó un hoyo entre los naranjos y las tacuaras de la huerta y allí los enterró después de rezarles un responso, arrodillado con su hermana sobre la tierra recién removida, mientras las balas perdidas silbaban su canto ciego de suindá entre las hojas.

Cuando terminó la contienda, el general vencedor volvió a hacerle traer a su presencia, en palacio, como quince años antes el presidente de fació . Esta vez lo condujo un piquete policial como a un reo común. Al verlo entrar en el despacho, el general le increpó:

—Ya no se puede confiar ni en los obispos. Usted debió cumplir con su deber denunciando a esos sucios traidores de la patria.

—La tiranía no es la patria, señor general —dijo el Obispo—. Los oprimidos tienen derecho a la rebelión. Yo cumplo con mi deber de sacerdote y de ciudadano ayudándolos.

—¡Usted no es más que un perro tonsurado! —le gritó muy cerca del rostro, casi escupiéndolo, el generalote enfurecido.

—¡Un perro subversivo! —ratificó con el mismo furor el jefe de policía secreta, un mestizo pequeño, hinchado por la ira como un sapo de cobre con moteaduras vinosas.

Lo dejaron ir también esta vez. Pero desde entonces quedó virtualmente prisionero en su casa, como un juez que sustituye al rehén en el calabozo. Por haber querido servir al mismo tiempo a Dios y a los hombres con idéntica honradez, tenía que acabar emparedado. Sus métodos, evidentemente, habían resultado falibles.

—Tal vez me equivoqué —confesó el anciano a unos campesinos que vinieron de su pueblo natal a saludarle con ocasión de sus Bodas de Oro sacerdotales—; tal vez en lugar del amor debí enseñarles el odio y a responder con la violencia a la violencia. También Cristo empuñaría ahora el fusil. Pero Él tiene las manos clavadas en la cruz por amor. Por eso no me arrepiento

de mi error. Y les digo: algún día los pobres estarán arriba, y entonces el hermano no odiará al hermano. Y será para siempre.

La autoridad civil y la eclesiástica, en connivencia de mutuos intereses y temores comunes, lo fueron acorralando y terminaron por taparlo. Su ilustre presencia era un fulgor demasiado vivo y molesto. Su raída sotana befaba el fausto prelaticio que florecía en rojo y oro sobre la oscura miseria de una ciudad, de un pueblo harapiento. La austera pobreza del Obispo quemaba las manos de quienes aviesamente negociaban con lo temporal y lo eterno, con el alma y el cuerpo de la república.

Lo desposeyeron del más ínfimo cargo. Como único privilegio le dejaron las dispensas para celebrar en su casa el Santo Sacrificio.

Pero el Obispo siguió albergando y ayudando sin cesar a fugitivos de todos los bandos, a necesitados de toda especie. Albergó y ayudó a parientes, amigos y aun a enemigos, cuya recompensa, con escasas excepciones, no fue más que el robo, la difamación y, en el mejor de los casos, la ingratitud y el olvido.

Ya viejos y desamparados del todo, el Obispo y la señorita Teresa tuvieron que ir vendiendo lo que les restaba para comer y dar de comer. Cuando el Obispo vendió su gran escritorio de guayacán, ella vendió sus últimos lujos pobres: una peineta con incrustaciones de crisólito, un anillo, un collar de cuentas de coral, una mantilla de ñandutí. Cuando el Obispo vendió su cama de palisandro, ella ya no tuvo nada que vender. Sólo le quedaron al Obispo el altar portátil y el pequeño armonio. Por ellos subía incorpóreo y viviente hacia lo alto en el rocío sagrado y mellizo de la oración y de la música; al alba, ayudado por su hermana que también hacía de monaguillo; en las noches, acompañado por el coro de los mendigos de la Recoleta. Venían todas las noches. Eran los únicos parientes pobres y fieles que la vida había dejado a los dos ancianos. Hacía cinco años que venían.

Eran once y entre los once juntaban muchos siglos de un oscuro destino amontonados durante el día en el claro Portal de las Ánimas.

—Con uno más —dijo una vez Paí Poli, uno de los pordioseros— seríamos doce como los Santos Apóstoles.

—Y tal vez, Paí Poli —le respondió la señorita Teresa mirándolo con una sonrisa, como si ella supiese ya quién iba a completar en el atrio el número bíblicamente cabalístico soñado por el ex sacristán.

Al último toque de la Oración se ponían lentamente en pie. En la vibrante y reposada penumbra del atrio, sus gibosas espaldas se despegaban de las paredes como glandes verrugas parásitas. Se despegaban en medio de un acre tufo a orín, a tabaco, a alimentos rancios y podridos. Toses y gemidos recorrían toda la fila mientras en las pestañas de piedra del campanario las

palomas zureaban enloquecidas por la garúa de clamorosas partículas. Sombra color amandau kerambú de sonido. Con su trueno verdoso de hierro avevó, la torre crecía en el crepúsculo sobre los mendigos. Ellos sentían su peso y

se levantaban. Cuando el fragor se ponía soñoliento, las rejas del pórtico comenzaban a chirriar. El sacristán los ahuyentaba con secas palmadas y sus ojos bizcos caían sobre ellos, torcidos, apremiantes.

—Epac, María. Vaí'mbora, Vosé..., eh, vosé... —decía Juan Rapai, un viejo mulato del Matto-Grosso, que tenía las motas como granos de pichingá sucio. Gargajeaba, escupía por centésima vez, y se levantaba. Junto a él su mujer, María Teongüé, la sordomuda, se erguía rígida cataléptica con miradas inmóviles de ciega o de muerta.

Toro Tingüé y Julián Machete, embarcadizos, abandonados para siempre en ese muelle de arcadas y losas pulidas, sin agua, proferían desdentados juramentos contra una chata cargada de yerba del Alto Paraguay, que nunca atracaba y que probablemente no atracaría jamás, a pesar de la fija obsesión de los náufragos.

Paí Polí, ex sacristán de esa misma iglesia, se golpeaba el pecho a tongazos y rezaba el Credo con acento litúrgico.

Canuto Pysá-pe-trompo, el campanero descalabrado treinta años atrás en una caída dentro de esa misma torre, se estremecía en un pequeño llanto onomatopéyico y sonámbulo y se cubría con las manos el hachazo de la cabeza.

—Aú..., aú..., ya'u chochi, kirikiri, taguató... Tupa'ó gualambau... Aní... aní...

Siempre lloraba de felicidad o de desdicha a esa hora en que su antigua novia, la campana mayor, su itapú-ambú-keraná, le arañaba el seso con sus trémulas uñas de bronce. Era hermosa y cruel, se parecía al tiempo y estaba demasiado alta, nube en forma de angu'á boca abajo chorreando temblor. Ya nunca podría llegar hasta ella. Y lo que caía de ella hasta él era apenas el curuví de las caricias que daba al otro campanero, mientras doblaba grave y retumbante por los vivos y los muertos.

Angelo, el napolitano de larga barba blanca, herrumbrada por su saliva, con tabaco, probaba sus monedas en las encías, ávido y goloso. Se había comido hasta los dientes, o se los había chupado desleídos en caña.

—¡Corpo di Cristo... per la Madona... níkelo chico... chico! —se levantaba poco a poco, acezante. Después cantaba, y en su gangoso estribillo de borracho palpitaba un golfo distante de aguas marinas como un sorbo de cielo en el buche de un pájaro apelechado.

Petrona Cambuchí, prostituta, de rodillas y con su cara llena de arrugas pegada al húmedo muro, oraba un momento más

mientras se extinguía el rumor, como si de ese instante fugitivo y secreto dependiera la salvación de su alma.

Evaristo Ñakurutú, con suaves y lunáticos tirones, se arrancaba de la nariz invisibles gusanos que luego, cautelosamente, aplastaba con los pies.

Karakú, antiguo sepulturero de la Recoleta, olía su nudoso bastón de guayabo, de extremo a extremo, lo golpeaba levemente contra la pared como si sacudiera un fémur para limpiarlo de tierra, y se levantaba.

El último en hacerlo, si así puede decirse, era Pitogüé, cuya voz semejaba al chillido de un pájaro de mal agüero al filtrarse por sus labios partidos. De allí le venía el nombre y su fama funesta. Chillido de Pitogüé era muerte segura o desgracia para quien al pasar por el Portal de las Ánimas lo oyese al toque de la Oración.

—¡Juii..., juiiii..., jululuiiiii...! —graznó esta vez y se levantó. La fila de pordioseros se estremeció. Evaristo Ñakurutú lo miró con sus ojos legañosos y dejó de arrancarse los gusanos de humo de la nariz. La plazoleta estaba desierta y ventosa, con sólo el remolino de la hojarasca sobre las lajas azules de sombra.

A pesar de su cabeza enorme, Pitogüé era el más pequeño de todos, no el más joven. No tenía piernas. La explosión de una granada durante una revolución se las había volado dejándole unos cortos muñones que él acolchaba con trozos de goma de neumático atados con alambre. Las palmadas estrábicas del sacristán lo arrancaban de la pared. Se levantaba trastabillando; es decir, trataba de ponerse vertical, en una breve danza de tronco mocho, sobre sus raíces chotas.

El mulato Juan Rapai, remolcando de la mano a su mujer, punteaba, y la tropa macilenta se ponía en marcha. Atravesaban el arco más pequeño hacia el mojinete de la iglesia, y cruzaban el cementerio. Pitogüé se largaba a caminar sobre sus grandes manos escamosas. El sacristán lo empujaba con el rastrillo de las rejas al acabar de cerrar, para hacerlo ir más pronto. Después, avanzaba escoltando a los demás un poco retrasado, hundido hasta las ingles en las lajas, en el pedregullo de los senderos, en el pastizal canoso por el vaho que empezaba a manar de allí como una respiración enterrada. Las piernas ausentes de Pitogüé irían chapoteando por lo bajo en rostros y huesos apagados. A ras del camposanto huían los últimos gorriones y la noche tiernamente nacía.

La lechosa claridad morada que aún flotaba entre los cipreses y panteones desteñía poco a poco las sombras escuálidas de los pordioseros. La última en borrarse era la de Pitogüé, cuya cabezota de porongo lanoso iba rodando entre las cruces y las lápidas.

Media hora después llegaban a casa del Obispo.

Esa noche el frío y el viento los demoró más que otras veces. Pero no mucho. Después fueron llegando como siempre uno tras otro en el orden de costumbre. Sobre sus pobres lomos de hueso y trapo la carga del tiempo. Y el agua de la vida, que probablemente nunca había sido clara para ninguno de ellos y que ahora ya era espesa como caldo de albañal o jugo de culebras muertas, entorpecía sus rodillas, sus muñones o sus muletas de viejos mendigos.

Entraron por el portón del que sólo quedaban las pilastras de ladrillo ungidas de amapolas y jazmines de lluvia.

—¡Ave María Purísima! —clamó contra el viento roncamente la voz de Juan Rapai.

La señorita Teresa les abrió la puerta.

—¡Sin pecado concebida!

Hubo un sordo crepitar de voces y plañidos entre el vozarrón de los embarcadizos y el chillido de agüería sin labio de Pitogüé.

—Maiteí-pa, señorita Teresa. ¿Jha Monseñor? ¿Cómo vai?

Juan Rapai no podía hablar sin mezclar su poco de español, guaraní y portugués.

—Está enfermo. Está acostado, hermano Juan de Dios.

—¿Enfermo Monseñor? —inquirió Paí Poli con su inevitable tono de sacristía. Y agregó en seguida—: No molestarlo, pues, al Monseñor, dejarlo tranquilo, que descanse... ¡Shsss...! —conminó a sus cofrades, moviendo sus manos insistentemente de arriba abajo—. ¡Silencio..., más silencio! Su Señoría duerme. Tenemos nikó che paíkuera que respetar el sueño de Monseñor...

María Teongüé miraba con sus ojos vacíos hacia la pieza oscura donde dormía el Obispo.

—Pasen, hermanos —rogó la señorita Teresa—. Hace mucho frío. Les voy a servir la cena.

Los mendigos rodearon la mesa, medio huérfanos, silenciosos, cada uno en su lugar de costumbre. La señorita Teresa fue a la cocina a traer la comida. Todos quedaron inmóviles, menos Evaristo Ñakurutú, que continuaba tironeándose de la nariz sus invisibles gusanos, y Angelo, el napolitano, que oscilaba sobre su plato como un viejo chivo, blanco y hambriento.

El olor de los mendigos llenaba el sombrío y derruido aposento.

La señorita Teresa volvió de la cocina con la olla humeante. Se puso junto a la cabecera y rezó el Benedic . Dijo simplemente: «Bendice, oh Señor, estos alimentos». Y siguió después con el Padre Nuestro y la Salve . Rezó con unción tierna y nostálgica, como si en lugar de dispensar piedad ella fuese quien realmente la necesitara de esos menesterosos.

Se sentaron y les sirvió como siempre, después de ayudar a Pitogüé a trepar y acomodarse en su sitio sobre el escaño. La

señorita Teresa no ocupó el suyo, que era el primero a la derecha de la cabecera, sino que permaneció allí de pie con los ojos bajos y los brazos cruzados sobre el pecho. El sonido de las cucharas y el zangoloteo de las bocas sin dientes fue lo único que se oyó durante un rato. El vapor del locro subía por las caras provectas y las alisaba en una expresión dormida, o se escapaba de las bocas como el aliento visible de un hambre irremediable.

Fue en ese momento cuando empezó a sonar el armonio. Nadie había visto salir al Obispo de su habitación a oscuras, salvo tal vez María Teongüé, que no dejó en ningún instante de mirar hacia allí, furtivamente, con sus miradas muertas.

A los primeros acordes, todos los mendigos, todos, incluso los que no oían, giraron sus rostros y vieron al Obispo sentado delante del armonio. La señorita Teresa también lo vio y sus ojos se llenaron de lágrimas.

La magra silueta del Obispo se movía levemente en la penumbra al compás de los pies que hacían accionar los fuelles. El solideo rojo y las guardas rojas de la sotana se destacaban nítidamente sobre la cabellera blanca y la tela oscura. Ya no parecía encorvado, ni enfermo, ni anciano. Pero el Obispo siempre se ponía así cuando se sentaba al armonio y empezaba a ejecutar. Sobre todo ahora. La música remodelaba en la sombra, apenas besada por la lámpara, su imagen venerable y le daba una apariencia inmaterial.

La voz del armonio fluyó plenamente, más pura y poderosa que nunca, pero al mismo tiempo más suave y distante. Era la introducción del Más cerca oh Dios de ti , el cántico predilecto del Obispo para el acompañamiento de coro por los mendigos, que se acostumbraba cantar al final. Los primeros eran siempre el Punge hingua y el Tantum Ergo . Pero ahora inexplicablemente había invertido el orden. La voz del Obispo también se dejó oír. Se introdujo en la música y vibró en medio de ella dulcemente, sin vejez. Era una voz que recordaba cosas vividas, sueños y esperanzas que por fin se materializaban en una paz extática, llena de bondad, de comprensión y de perdón; un clamor de la sangre, un clamor del espíritu que venía de lejos y ya no podía morir. Los mendigos dejaron de comer y se fueron acercando al armonio como obedeciendo a un llamamiento secreto e irresistible. Y los que tenían voz empezaron a cantar con el Obispo.

En medio del cántico la señorita Teresa recordaba las palabras del hermano. Ignoraba cuánto tiempo hacía que él le había recomendado:

—Déles toda mi ropa, hermana. Ellos la santificarán con sus cuerpos más puros que el mío. Sólo le pido, hermana Teresa, que deje el solideo y la sotana que traje de Roma. Me los pondré el día de mi muerte…

Hasta el filo de la medianoche el Obispo siguió tocando incansablemente el armonio. Y los mendigos cantaban con él.

Después la música fue suavizándose y afinándose poco a poco hasta ser otra vez silencio. Había cesado el viento y la noche debía estar maravillosamente despejada. Por el agujero del techo se veían brillar las estrellas. El cielo era un profundo ojo azul entre las tejas rotas.

El Obispo se levantó, abrazó a los once mendigos y a su hermana, los besó a cada uno en la frente, sin agregar más palabra, y volvió a su pieza, alto, magro y erguido, tan silenciosamente como había salido durante la cena. La señorita Teresa lo miró desaparecer en la oscuridad de su habitación. Nada dijo pero sintió que algo inexplicable había estado sucediendo todo el tiempo.

Los mendigos empezaron a marcharse uno tras otro. Ellos también se habían vuelto parcos y misteriosos. Los ojos de María Teongüé estaban ahora empañados con algo semejante a la sombra de un inexpresable pensamiento. La señorita Teresa lo descifró sin esfuerzo. Petrona Cambuchí, la anciana ramera de Areguá, se sintió por fin purificada hasta los huesos. Al salir se prosternó ante la puerta de la habitación en tinieblas y su cabellera se desparramó sobre el piso como un pequeño chorro de ceniza. La última partícula de culpa estaba consumida en esa llama seca, en ese gesto, en esa despedida. Era otra vez un ser sin mancha, liviano y sonriente. Se levantó y salió.

El último en salir fue Pitogüé. Su chillido de pájaro de mal agüero estaba mudo en el tajo de su boca. Y su mirada era de llovizna. Se alejó hamacándose sobre los muñones. Durante algunos instantes se oyó el frote de sus acolchados de goma sobre los ladrillos húmedos.

Después hasta ese sonido desapareció. Por la puerta abierta entraba el frío puro de la noche, el silencio, el aroma de los jazmines. La señorita Teresa no volvió a cerrarla.

Después tomó la lámpara y entró al cuarto de su hermano. El viejo señor Obispo dormía ya, pero en el gran sueño, No le tocó la frente porque sabía que estaba helada.

Se arrodilló junto al catre y oró largamente en medio de un llanto silencioso, hasta que la lámpara se fue quedando cada vez más pálida. Amanecía.

La señorita Teresa se echó sobre la cabeza su manto negro y salió a la calle. Tenía que conseguir un ataúd para su hermano. No pensaba en honras fúnebres, en los paramentos violetas y dorados de la liturgia romana, en grandes y sonoros responsos, en solemnes comitivas, en discursos, en carrozas y caballos de un negro resplandeciente portando innumerables coronas. Su hermano necesitaba ahora mucho menos que eso. Sólo las cuatro tablas lisas para que su cuerpo pudiera dormir en paz en la tierra

oscura. Su alma ya estaba fundida en la luz, en el canto de los pájaros, en la celeste calma del universo como una gota de fuego de Dios —pensó ella— disuelta en un infinito cántaro de oro. A eso había sonado el armonio en la noche en medio del coro de los mendigos. Así ella siempre se imaginó la muerte de su hermano.

Pero las cuatro tablas lisas eran difíciles de conseguir. Anduvo mucho, golpeó muchas puertas, habló con bastante gente, antiguos conocidos, amigos, parientes que el Obispo había educado, vestido, alimentado.

Sólo cosechó ambiguas frases: «¡Pobre Monseñor…!», «¡Quién iba a decir que también a él le iba a tocar la muerte…, a esa reliquia de la Iglesia!». Los más apenas se dignaron preguntar cuándo iba a ser el entierro y prometer su asistencia.

Llegó hasta la Curia. En la portería del palacio eclesiástico la atendió un cura alto y joven de labios gruesos y expresión replegada y sinuosa, que hacía esfuerzos por ponerse a tono con la situación sin que se notara demasiado su incomodidad.

—¡Oh, lo sentimos mucho, qué duda cabe! —le dijo con una genuflexión mientras se sobaba las manos blancas y velludas—. Pero estamos muy pobres, ¡muy pobres! —recalcó—. Por nuestra cuenta correrán las exequias. ¡Oh, eso sí! Todo será de primera. Misa de cuerpo presente revestida. Los ornamentos…, las luces… —trataba de abultar con los gestos la enumeración—. Se designará un orador sagrado para la alocución fúnebre. Irá el coro de la Catedral. Pero el féretro, ¡imposible, señorita Teresa…! —casi a su oído, como si tuviera vergüenza de decirlo, los belfos carnosos e hipócritas musitaron—: ¡Apenas tenemos qué comer! ¿Se da cuenta?

Sólo le restaba un lugar: el atrio de la Recoleta, el Portal de las Ánimas.

Llegó hasta él a pie desde el centro. Los mendigos la rodearon. No fue necesario que hablara. Ellos comprendieron en el acto lo que la señorita Teresa venía a contarles.

—¡Murió nuestro Padre…, o manó ore Obispo santo-mí…, murió…, murió…! —clamaron las voces roncas.

Ella sólo dijo después de un instante:

—Quisiera que me ayuden a vender el armonio para comprar el cajón.

—¿Vosé queré vender o armonio de Monseñor? —saltó angustiado Juan Rapai.

—Será como enterrarlo en su instrumento, que él quería tanto —explicó simplemente la señorita Teresa. Todo era muy simple ahora. Como la vida y la muerte.

María Teongüé asentía con sus gestos convulsos, sin expresión.

—Claro —convino Paí Poli cruzando los dedos—. Será como enterrar a Su Señoría en el armonio.

La señorita Teresa volvió a salir del Portal, esta vez acompañada por todos los mendigos.

Bajo el fulgor frío del mediodía, el pequeño armonio negro salió en hombros de los pordioseros. Los vecinos intrigados miraron pasar la extraña caravana parecida a un montón de hormigas avanzando fatigosamente con su carga bajo el sol.

De la misma manera llegó la caja negra parecida al armonio. La señorita Teresa venía delante. Su manto estaba blanco de tierra. En sus ojos viejos ya no había lágrimas. Sólo una gran paz. Su rostro brillaba en medio de esa paz. Y ni siquiera la desolación podía empañarlo.

Apenas se distinguía ya de los pordioseros que cargaban el cajón vacío.

La calle, el patio, la casa, estaban llenos de gente silenciosa, gente humilde, gente del pueblo, que abrió paso respetuosamente a los que llegaban.

Unas mujeres ayudaron a la señorita Teresa a poner el cuerpo del Obispo en el tosco ataúd. Al transportarlo del catre el solideo rojo se deslizó de la cabeza y cayó al suelo. Pitogüé fue quien lo levantó con sus grandes manos corochas. Lo besó cerrando los ojos y después lo alcanzó a Petrona Cambuchí. Ésta lo besó de la misma manera y lo pasó a Juan Rapai, y éste, después de besarlo igualmente, a otro, y éste a otro y a otro. Así el solideo del Obispo viajó por todas las manos y fue rozado por todos los labios como un luminoso casquete de sangre endurecida, de pensamiento rojo, de espíritu con forma de burbuja de púrpura, pulido por la devoción y el cariño de la gente sencilla, la buena gente del buen Dios, hecho también de tierra y sufrimiento. Después volvió a coronar la cabellera blanca, la cabeza ferrada de tenue neblina del Obispo difunto.

Entre todos lo llevaron a enterrar. La tarde dorada pesaba sobre el pobre cajón. La sombra de los árboles. La altísima cúpula del cielo.

Y los pies descalzos del pueblo batían el polvo caminando lentamente junto al viejo amigo muerto que parecía dormido.

El ojo de la muerte

No aseguró al caballo en uno de los horcones del boliche donde ya había otros, sino en un chircal tupido que estaba enfrente. Las peripecias de la huida le obligaban a ser en todo momento cauteloso.

El malacara parecía barcino en la luna. Se internó entre las chircas hasta donde lo pudiera dejar bien oculto. La fatiga, quizá la desesperanza, fundía al jinete y a la cabalgadura en un mismo tranco soñoliento. Sólo la instintiva necesidad de sigilo distinguía al hombre de la bestia.

Desmontó, desanudó el cabestro y lo ató a la mata de un caraguatá. Los cocoteros cercanos arrojaban columnas de sombra quieta sobre ellos.

Le aflojó la cincha, removió el apero para que el aire fresco entrara hasta el lomo bajo las jergas y le sacó el freno para que pudiera pastar a gusto. Después se acercó y juntó su rostro al hocico del animal que cabeceó dos o tres veces como si comprendiera. Le friccionó suavemente las orejas, el canto tibio de la nariz. Más abajo del ojo izquierdo del animal sintió una raya viscosa. Retiró la mano húmeda, pegadiza. Pensó que sería un poco de baba, espesa por la rumia. Al vadear el arroyo había bebido mucho. No le dio importancia. No pensó en eso. Lo importante era ahora que los dos tenían un respiro hasta el alba.

Se dirigió al boliche. Una raja de luz salía por la puerta del rancho. En una larga tacuara, amarrada a un poste, manchaba levemente el viento de la noche un trapo blanco: el banderín del expendio de Cleto Noguera. Caña y barajas. Tereré y trasnochadores orilleros siempre dispuestos para una buena pierna.

Empujó la puerta y entró. Un golpe de viento hizo parpadear el candil. En el movimiento de la llama humosa las caras también parecieron ondear cuando se volvieron hacia el recién llegado. Cesó el rumoreo incoherente de los que comentaban para adentro sus ligas. Cesó el orejeo decidor de los naipes sucios y deshilachados. Hasta que alguien irrumpió jovialmente:

—¡Pero si es Timó Aldama! Apese pues el kuimba'é. Aquí está el truco esperándolo desde hace un año.

Hacía un año que duraba la huida.

La faena recomenzó con risas y tallas acerca del arribeño.

Timó Aldama se acercó a la mesa redonda y se sentó en la punta de un escaño.

—Seguro que Timó —añadió, «apretando» un envido, el que lo había reconocido— trae las espuelas forradas de plata saguasú. ¿Ayé, cumpá? Él va a los rodeos y saca pirá-piré a talonazo limpio de los redomones que doma.

—Y si no —apuntó otro—, de las carreras y los gallos. Timó es un güen apostador. Tiene ojos de kavuré'í.

—Y es un truquero de ley —dijo zalamero alguien más—. ¿Se acuerdan de la otra vez? Nos soltó a todos. Karia'y pohýi ko koa.

—Se llevó mi treinta y ocho largo —recordó con cierta bronca un arriero bajito y bizco, rascándose vagamente la barriga hacia el lugar del revólver.

—Y a mí me peló el pañuelo de seda y el cuchillo solingen.

La conspiración del arrieraje se iba cerrando alrededor del arribeño suertudo. Alguien, quizás el mismo Cleto Noguera, le alcanzó un jarro. Aldama bebió con ansias. La caña le escoció el pescuezo y le hizo cerrar los ojos mientras los demás lo seguían «afilándolo» para la esperada revancha.

—Y a mí casi me llevó la guaina. Si no hubiera sido por los treinta y tres de mano que ligué, el catre se habría quedado vacío y yo andaría a estas horas durmiendo con las manos entre las piernas, enfermo de tembo atã

Una carcajada general coreó la chuscada obscena. El mismo Aldama se rió. Pero en seguida, casi serio, levantó el cargo.

—No, Benítez. No juego por mujer. Yo tengo mi guaina en mi valle. Soy güen padre de familia.

—Un poco jugador nomás —chicaneó uno.

—Y… cuando se presenta la ocasión, no le saco el bulto a la baraja. Cada uno trae su signo.

—Así me gusta —aduló el que había hablado primero alcanzándole nuevamente el jarro—. Timó Aldama es de los hombres que saben morir en su ley. Así tiene que ser el macho de verdá.

El elogio resbaló sobre Timó sin tocarlo. Empezaba a ponerse ausente. El otro insistió:

—¿Hacemos una mesa de seis, Timó?

—No. Voy a mironear un poco nomás.

Pero lo dijo sin pensar en lo que decía. Su rostro ya estaba opaco por el recuerdo. Recordaba ahora algo que había olvidado hacía mucho tiempo. Tal vez fue la alusión a las barajas, eso que él mismo había dicho respecto a los signos de cada vino. Tal vez lo que dijo el otro con respecto a eso de «morir en su ley». El hecho fue que lo recordó en ese momento y no en otros que acababa de pasar y en los cuales también ese recuerdo hubiera podido surgir y envolverlo en su humo invisible hasta ponerlo de espaldas contra la fiera realidad que lo perseguía sin descanso. Por ejemplo, cuando huyendo de la comisión que casi lo tenía acorralado, el malaca había rodado al saltar una zanja incrustando la cabeza en una maraña espinosa.

La caída del caballo resultó en realidad una providencial zancadilla a la muerte. La violencia del golpe los aplastó a los dos durante un momento en la espesura dónde se habían hundido, mientras los otros pasaban de largo sin verlos. Desde la flexible hamaca de ramas y hojas a la que él había sido arrojado, veía aún

al caballo incorporarse renqueando y maltrecho, mientras el galope de la partida se desvanecía en el monte.

Pero no fue el ímpetu secreto de la rodada sino esa trivial referencia a las barajas la que había arrancado del fondo de él las palabras de la vieja que ahora recordaba como si acabara de oírlas.

Fue en una función patronal de Santa Clara. Todavía no se había «juntado» con Anuncia; todavía Poilú no había nacido.

Una tribu de gitanos había acampado en las afueras del pueblo. Era un espectáculo musitado, extraño, nunca visto, el de esa gente extraña ataviada con andrajos de vivos colores. Su extraño idioma. Las largas trenzas de las mujeres. Las sonrisas misteriosas de los hombres. Las criaturas que parecían no conocer el llanto.

Timó Aldama, rodeado de compinches, venía de ganar en las carreras. Al pasar delante de los gitanos, les ofreció unas demostraciones acrobáticas con su parejero y, por último, lo hizo bailar una polca sinuosa y flexible. Dos razas se miraban frente a frente en la insinuación de un duelo hecho de flores, sonrisas y augurios sobre el verde paisaje y la luz rojiza del atardecer. La juventud hacía ligero e indiferente el cuerpo de Timó Aldama. El ritmo del caballo le cantaba en las espuelas; un ritmo que él contenía con sus manos huesudas y fuertes. Los gitanos sólo tenían su noche y sus distancias; su miseria rapaz. De allí se arrancó una vieja gorda que se aproximó y detuvo de las riendas al parejero del rumboso jinete. Los ojos oscuros y los ojos verdes se encontraron:

—¿Qué quiere, yarü?

—Decirte tu destino, muchacho.

—Mi destino lo hago yo, abuela. ¿No es así acaso con todos?

—Sin embargo, no sabes una cosa.

—¿Qué cosa?

—Cuándo vas a morir.

—Ah, para eso falta mucho. Se muere en el día señalado. No en la víspera.

—Pero ese día lo puedes saber…

—¿Cómo?

—¿Quieres saberlo?

—Sí. Para sacarle la lengua al diablo.

—Tiene un precio.

Timó Aldama sacó del bolsillo varios billetes, los arrugó en su puño y los bajó hasta la mano de la vieja convertidos en un solo y retorcido cigarro gris. Las risas hombrunas estallaron en torno al dadivoso. La gitana gorda atrapó el cigarro y lo hizo desaparecer en su seno. La tribu miraba impasible.

—No morirás, muchacho, hasta que el ojo de tu caballo cambie de color.

—¿De éste, abuela? —el rostro cetrino de Timó planeaba sobre ella como un cuervo.

—Del que montes en ese momento. Y entonces, tal vez, tal vez puedas conjurar el peligro si te quedas quieto, si no huyes. Pero..., eso no es seguro.

—Bueno, abuela; gracias por el aviso. Cuando llegue el momento me acordaré de usted —y el parejero de Timó Aldama volvió a encabezar la tropa de jinetes bulliciosos, marcando en el polvo con sus remos finos y flexibles el ritmo de una polca, apagando con el polvo la agüería de la gitana.

Después habían sucedido muchas cosas.

Aquella trenza en que había herido a un hombre por una apuesta estafada, la muerte del herido unos días después, la persecución, esta misma partida de truco en que él ahora estaba envuelto ofreciendo a esos hombres más que una revancha una restitución casi postuma, eran solamente las últimas circunstancias, no los últimos episodios, de un destino que, salvo aquella casual e indescifrable adivinanza de la vieja gitana, le había negado constantemente sus confidencias y favores. De

tal modo que él había venido avanzando, huyendo como un ciego, en medio de una cerrazón cada vez más espesa.

Esos mismos hombres que le estaban simbólicamente exterminando sobre el poncho mugriento del truco se le antojaban sombras de hombres que él no conocía. Sabía sus nombres, los ignoraba a ellos. Y el hecho mismo de que ellos no le mencionaran el crimen ni la huida, los hacía aún más sospechosos. Ellos deberían saberlo, pero simulaban una perfecta ignorancia para que la emboscada jovial diera sus frutos. Se dio cuenta de que esos hombres estaban ahí para que ciertas cosas se cumplieran.

No pudo evitarlo. Las suertes del truco le arrebataron en la decreciente noche todo lo que él a su vez había arrebatado a aquellos hombres un año atrás, en ese mismo pueblo de Cangó, el primero en que había pernoctado al comienzo de su huida.

El pañuelo de seda, el cinturón con balera, el treinta y ocho caño largo, el solingen con cabo de asta de ciervo, herrumbrado y desafilado, las nazarenas de plata, todo estaba nuevamente en poder de sus dueños.

Después comenzó a perder —a entregar— sus propias cosas; una tras otra, sin laboriosos titubeos. Al contrario, era una minuciosa delicia; un hecho simple, complicado tan sólo por su significado. Era como si él mismo hubiera estado despojándose de estorbos, podándose de brotes superfluos.

El alba le sorprendió sin nada más que la camisa puesta y la bombacha de liña rotosa. Tuvo que salir de allí atajándosela con las manos. El cinturón y los zapatones habían quedado en el último pozo.

Cleto Noguera cerró sobre él las puertas del boliche. En su borrachera, en el mareo ominoso que lo apretaba hacia abajo pero que también lo empujaba, él sintió que esas puertas se cerraban sobre él dejándolo, no en el campo inmenso lleno de luz rosada, de viento, de libertad. Sintió que lo encerraban en una picada oscura por la que no tenía más remedio que avanzar.

Entre las chircas arrancó un trozo de ysypó y se lo anudó alrededor de la bombacha que se le deslizaba a cada momento sobre las escuetas caderas.

El malacara estaba echado entre los yuyos. Cuando lo vio venir, movió hacia él la cabeza y la dejó inclinada hacia el lado izquierdo. Timó Aldama lo palmeó tiernamente. El caballo se levantó; la grupa, después las patas delanteras. Ya estaba repuesto, listo para reanudar la fuga interminable. Timó Aldama volvió a juntar su rostro al hocico del animal, como lo hiciera a la noche, antes de dejarlo para entrar al boliche. También el animal volvió a cabecear dos o tres veces, como si correspondiera.

Fue entonces cuando se fijó. El ojo izquierdo del malacara había cambiado de color: tenía un vago matiz azulado tendiendo al gris ceniza, y estaba húmedo, como con sangre. No reflejaba nada. Miraba como muerto, El otro ojo continuaba oscuro, vivo, brillante. El alba chispeaba en él con tenues astillas doradas.

La agüería de la gitana cayó sobre él. Sintió un fragor, le pareció ver un cielo oscuro lleno de viento y agua, vio un inmenso machete arrugado que venía volando desde el fondo de ese cielo negro, entre relámpagos deslumbradores, que lo buscaba, que caía sobre él con ira ciega y torva, inevitable.

Ya no pudo pensar en nada más que en la inminencia de esa revelación que le aturdía los oídos. Toda posibilidad de justificar los hechos simples había huido de él. Por ejemplo, que el cambio de color del ojo de su caballo se debía simplemente a una espina de karaguatá que se había incrustado en él cuando rodara en la zanja. Para él, el ojo tuerto del caballo era el ojo insondable de la muerte.

La vieja de colorinches le había dicho también:

—Y entonces tal vez, tal vez puedas conjurar el peligro si te quedas quieto, si no huyes. Pero..., eso no es seguro.

Tampoco podía ya recordarlo. Y echó a correr por el campo en el rosado amanecer.

Los cuadrilleros del ferrocarril, que hacían avanzar la zorra moviendo rítmicamente las palancas de los pedales, vieron venir por el campo a un hombre que les hacía desde lejos con los brazos desesperadas señales. Parecía un náufrago en medio de la alta maciega. Detuvieron la marcha y lo esperaron. Apenas pudo llegar al terraplén. Se desplomó sin poder trepar hasta el riel. Entonces los cuadrilleros lo subieron a pulso a la zorra y

prosiguieron su marcha hacía el sur, Debían llegar esa noche a Encarnación.

El hombre parecía un cadáver. Flaco, consumido, pálido. Probablemente hacía varios días que no comía ni bebía. Tenía los pies llagados y las carnes desgarradas por las espinas. De su ropa no restaban sino tiras de lo que debía haber sido una camisa y una bombacha vieja sujeta con un trozo de bejuco en lugar de cinto.

Por el camino reaccionó y pareció reanimarse un poco, pero no habló en ningún momento. Los ojos mortecinos miraban algo que ellos no veían. Pidió con señas que detuvieran la zorra o que la hicieran avanzar más velozmente. Su gesto ansioso fue ambiguo. Los cuadrilleros supusieron que era un loco, pero no podían abandonarlo a una muerte segura al borde de la vía, en ese descampado inmenso, con la tormenta que se venía encima. El cielo hacia el sur estaba encapotado y negro con una calota gigante que parecía de hierro fundido. El hombre volvió a insistir en el gesto. Algo le urgía sordamente. Los cuadrilleros, sin dejar de remar en la zorra, le alcanzaron una cantimplora con agua y un trozo de tabaco torcido. El hombre los rechazó con un gesto. Daba la impresión de que había perdido la memoria de esas cosas.

La zorra entró en los arrabales de Encarnación en el momento en que el ciclón que arrasó la ciudad comenzaba a desatarse.

El hombre saltó ágilmente de la zorra y se encaminó hacia las casas cuyos techos empezaban a volar en medio del fragor del viento y de la tromba enredada de camalotes y raigones que subía arrancada del Paraná. Avanzaba impávido, sin una vacilación, como un sonámbulo en medio de su pesadilla, hacia el centro tenebroso del vórtice.

Negro, con tinieblas viscosas de cielo destripado, verde de agua, ceniciento de vértigo, blanco como plomo derretido proyectado por una centrífuga, el viento chicoteaba la atmósfera con sus grandes colas de kuriyúes trenzadas y masticaba la tierra, la selva, la ciudad, con su furiosa dentadura de aire, de trueno sulfúrico. Entre los machetones arrugados de las chapas de cinc volaban pedazos de casas, pedazos de carretas, pedazos humanos salpicando agua o sangre. Planeaban zumbando, bureando a inmensa, a fantástica velocidad sobre el hombre que iba dormido, que había pasado sin transición de una magia a otra magia, que aún seguía avanzando, que avanzó unos pasos más hasta que el vientre verdoso y mercurial de la tormenta lo chupó hacia adentro para parirlo del otro lado, en la muerte.

Mano Cruel

Lo despertaron el sol y el gran ruido que llenaba la plaza. Parpadeó asombrado. Se restregó los ojos con las manos. Críspulo Gauto no lo quería creer, pero era verdad: la plaza solitaria, en uno de cuyos bancos se había tendido a dormir muerto de cansancio a la noche, estaba en la mañana atascada de gente, resonante con el rumor de la multitud, con el sonido de las bandas, con el repique de las campanas. Le pareció que las campanas repicaban sobre él. No solamente el sol, también las banderas encendían las calles, los edificios, que parecían moverse, avanzar, bajo las franjas tricolores ondeantes. Empezó a temer que hubiera dormido varios días seguidos. Pero en seguida iba a encontrar que no habían sido días sino años.

Recordó haber entrevisto confusamente al dormirse la mole de un edificio entre las hojas, con una plazoleta delante bordeada de una gradería semicircular. Ahora veía, entre la gente, que era una iglesia. Las campanas atronaban allí. Comprobó con estupor que se había dormido poco menos que en el atrio de la Catedral de Asunción.

Sospechó que durante el sueño el oleaje de la multitud hubiera arrastrado el banco hasta allí. Pero comprobó también que si él estaba extrañado por todo lo que veía, la gente no estaba menos extrañada de verlo allí a él, en esa actitud y con esa facha. Pasaban mirándolo algunos con sorna, otros sonriéndose y dándose con el codo. Uno, más decidido, le dijo:

—Levantate na. Vamo'al Tedeum.

Lleno de vergüenza y de sorda irritación, Críspulo Gauto se levantó con sus raídas bombachas, su blusa de sarga y sus remendadas alpargatas y se mezcló a la multitud vestida de fiesta. Se aproximó aún más al atrio. En medio de apretujones, consiguió trepar algunas gradas. Desde allí se divisaba bien todo el atrio donde montaban guardia algunos soldados en uniforme de gala a lo largo de una alfombra roja extendida desde la puerta mayor hasta la calle. Allí el sitio estaba despejado de gente. De pronto los soldados se pusieron rígidos, como si los hubiera tocado una descarga eléctrica, y presentaron sus armas. Una banda arrancó con una briosa introducción. Críspulo Gauto estaba un poco asustado, pero el espectáculo prometía ser interesante. Nunca en su vida, llena de tumbos y azarosas corridas, había visto un Tedéum. Era la oportunidad.

Por las gradas, sobre la alfombra roja, empezaron a subir los imponentes señores enlevitados de la comitiva. Al arribeño Críspulo Gauto se le antojó ver gente de otro planeta. Los amplios abdómenes, las, gruesas caras mofletudas como vaciadas ya en un histórico gesto de piedra, bajo los altísimos y relucientes sombreros de copa, añadieron un matiz singular a su asombro. Esos zapatos tan brillantes como los sombreros, que se iban

arrastrando sobre la alfombra roja, eran impresionantes. Críspulo Gauto sintió que los pulgares se le retorcían con una picazón inentendible de codicia dentro de las alpargatas rotosas.

Los señores mofletudos y serios, vestidos de negro, no eran pocos. Primero fue una fila, después otra y otra. En la cuarta fila, casi en el centro, vio a su antiguo amigote más mofletudo e imponente que los otros.

Y entonces su asombro se desbordó y lo arrastró como una creciente hacia atrás en los años, en los azares, en los recuerdos.

Lo primero que vio fue una calesita de pueblo, en su pueblo, en Paraguay, apretado suavemente por la sombra azul de los cerros, bajo el cielo azul lleno de luz, vacío de nubes.

Se vio de muchacho, encargado de la calesita. Cobraba las subidas, daba vueltas al malacate y atendía el gangoso fonógrafo, en las horas de función. Por la noche, rendido y con hambre, todavía tenía que aceitar los bujes, frotar los coches y caballitos hasta dejarlos lustrosos, barrer y dejar todo limpio para poder cerrar la carpa y luego tenderse a dormir en uno de los cochecitos. Era cobrador, caballo de malacate, sereno, todo. El dueño, un viejo desalmado y avaro, no le daba respiro.

Sólo cuando la catarata le tapó en poco tiempo los dos ojos, el viejo le propuso «trabajar a medias».

En ese tiempo había llegado el otro, un muchachón moreno y fornido, casi de su misma edad. Venía de otro pueblo. Llegó con una guitarra. Le dijo:

—Aquí hay mucho trabajo para uno solo. Podríamo’ asociarnos. Yo toco y canto, mientras vo te voleá el malacate. Ese fonógrafo ya no da más. Y, por otro lado, el trabajo entre do’ es más mejor. Nos va a ir lindo.

Nosotro nacimo’ luego para socios.

Lo envolvió desde el principio. El socio cantaba bastante bonito con su ancha voz retumbante. Además tenía ka’a-vó. Con los chicos, el mujerío aumentó alrededor de la calesita los días de función. No se podía decir sino que venían a oír cantar al «morocho simpático». Sin apurarse (al hembraje —decía— hay que vichearlo bien primero), eligió entre todas no a la más linda: la eligió a Juanita, la niñera tesava conchavada en la casa de don Pedro Bóveda, el comerciante más fuerte del pueblo. La morocha bizca traía al chico, el hijo único del comerciante, todos los sábados y domingos a la calesita. Sin que nadie se diera cuenta, el cantor encandiló a la bizquita. Una tarde (en realidad ya era de noche), le dijo al socio:

—Llévate al crío de don Pedro al montecito del arroyo. No te muevas hasta que yo vaya. Voy a quedarme un rato con ésta —y señaló a la bizca que miraba asustada en dos direcciones.

—Bueno… ¿y esto? —protestó tímidamente Críspulo, mostrando con un gesto la calesita ya casi desierta.

—No te quebrantes por eso. Yo voy a cerrar. Llévalo al chico, te digo.

Críspulo Gauto cargó en brazos al hijo del comerciante y lo llevó hacia el arroyo, pensando con cierta envidia en la fiesta del socio con la bizca dentro de la carpa cerrada de la calesita. Ni remotamente se le ocurrió que el socio estaba matando en ese momento dos pájaros de un tiro. El chico se durmió pronto entre los culantrillos del arroyo.

El otro llegó como después de dos horas silbando alegremente. Críspulo, deprimido y achicado, le preguntó:

—Y… ¿qué tal te jué?

—¿A mí? ¿Por qué? —la inocencia del socio era perfecta.

—Con la bizca, pues… —insinuó Críspulo más humillado todavía.

—Ahá… Bien nomás. Eso duró un momentito. Ahora hay algo má’ importante que la tesava. El asunto se está poniendo lindo —y se restregaba las manos con verdadera satisfacción.

—¿Qué es? —preguntó Críspulo sin pizca de malicia.

—Don Pedro Bóveda anda buscando como loco a su hijo…

—Allí está —le interrumpió Críspulo en un brinco—. Me dijiste que lo trajera aquí, mientras te entendías con la niñera. Vamos a llevarlo en seguida.

—No te apure na, vyro.

—¿Por qué? No te entiendo.

—Don Pedro está ofreciendo plata a quien le encuentre a su hijo. Ahora mismo vas a ir a su casa…

—Y le llevo al chico —volvió a interrumpir Críspulo, cada vez más asustado.

—No seas apurado, te digo, tavyrón. Si le llevamo’ el chico en seguida, no’ va a dar una propina nomás. Pero a don Pedro Bóveda le podemos sacar mucha plata. ¿No entendé pikó? Ahora mismo le vas a ir a decir que un desconocido te manda para que le digas que él tiene escondido el chico y que pide tanto para soltarlo…

—¡Mba’evéicharamo! ¡Nunca voy a hacer eso!

—Te vas a embromar entonces, vyro. La bizca ya le dijo al patrón que un hombre la atropelló en la oscuridad, que la golpeó con un palo en la cabeza y que después de arrancarle al chico a tirones, echó a correr sin que pudiera ver quién era. Yo le enseñé muy bien cómo tiene que declarar en el juzgado. Además le puse el chichón en la cabeza. Si no hacés lo que te digo, te va a ir mal, Críspulo. No sea na vyro… Es la oportunidad para hacernos de un poco de plata. Total, don Pedro tiene de sobra. No lo va a sentir.

La voz del socio se hizo insinuante sin dejar de ser amenazadora. Críspulo Gauto parecía una mosca en una tela de araña, hipnotizado por los ojos, por la voz del socio que no dejaba de sonreír con sus dientes blancos y grandes en la oscuridad.

El golpe tuvo éxito. Un éxito parcial. Una regular cantidad de dinero de don Pedro Bóveda llegó a manos del autor del atraco. A Críspulo Gauto lo llevaron al juzgado, preso por sospechas de extorsión y tentativa de rapto. Le habían visto entregar el dinero a un desconocido en la noche. El pobre Críspulo tenía petrificada la lengua por el miedo, por la vergüenza, por la maléfica fascinación de su socio. No pudo declarar.

Nadie supo quién era el cómplice, el «desconocido» que le ayudó a estafar a don Pedro y que recibió el dinero montado en un caballo sobre el cual huyó en la oscuridad dejando al chico en los brazos de Críspulo.

Cuando volvió de la cárcel de Asunción donde purgó un año de prisión preventiva, el socio era dueño de la calesita. La había comprado con la plata del rapto. Lo recibió muy amable. Realmente emocionado le dijo abrazándolo:

—Aquí está tu puesto, Críspulo. Lo’ güenos amigos se deben ayudar en la desgracia.

Y Críspulo Gauto volvió a empuñar el malacate de la calesita, pero ya no a medias como antes con el viejo. Sólo por las malas fritangas que comía, por alguno que otro trago que de tarde en tarde se echaba al gañote. Hubiera querido emborracharse, sin embargo, hasta morir.

Así conoció a Mano Cruel. Ya para entonces le habían dado este nombre en el pueblo. Él estaba orondo, orgulloso con el mote que le parecía la consagración popular de sus méritos. Lo sacó de las mesas del monte, del truco, de las ruedas de guaripola, de las partidas de billar, en las que si había alguno que perdía o que pagaba nunca era, claro está, Mano Cruel, por una notable coincidencia que se hizo su rasgo más característico. Pero él tenía sus encantos, sus chistes, su simpatía fresca y campechana. Con eso equilibraba la situación.

Y nadie se lo tomaba a mal. Al contrario, las reuniones sin Mano Cruel parecían velorios.

Y fue en un velorio, en el velorio de don Simeón Balmaceda, el rico hacendado caapuqueño, cuando Críspulo Gauto le vio hacer a Mano Cruel algo increíble.

Corrían alrededor del muerto la botella de caña y la guampa del tereré para los hombres y el mate dulce con leche y huïtï de coco para las mujeres, cuando el finado don Simeón empezó a increpar torrencialmente a la concurrencia, sin moverse de su sitio entre las velas, sin levantar la cabeza, sin mover siquiera los labios para dar paso a las palabras hinchadas por el enojo de ultratumba. Todo el mundo reconoció la voz ronca e iracunda del viejo hacendado. Ahora salía aún más ronca e iracunda por la muerte. Los increpaba e insultaba por la irreverencia de estar allí festejando su cadáver con el pretexto de unas lágrimas hipócritas que en realidad no mojaban los ojos de nadie.

—¡Infelices, miserables, ladrones! —bramó el muerto—. ¿Creen ustedes que porque yo estoy con las tripas frías, bien reventado y muerto, no escucho vuestra risa, vuestros chistes indecentes, vuestras maldiciones alrededor de mi teongué? ¡Fuera de aquí, chanchos asquerosos, malagradecidos!

Todos huyeron despavorecidos, menos uno. Al lado del furioso cadáver sólo Mano Cruel quedó tranquilo e impávido como si no hubiera oído nada. Su desmesurado coraje hizo más vergonzosa la fuga de los demás.

Y pareció también apaciguar, tranquilizar poco a poco al inmenso estanciero muerto que volvió a parecerse a un muerto. Críspulo Gauto y algunos otros hicieron de tripas corazón y regresaron cautelosamente al velorio. Mano Cruel no se había movido de su sitio. Una vaga sonrisa le jugueteaba en la boca grande y carnosa. El único que parecía haberse movido un poco era el finado: tenía abierta la boca y una mano caída al costado. La expresión del rostro fofo y pálido era monstruosa: denotaba el tremendo esfuerzo que había agotado al cadáver en la filípica póstuma. Doña Tomasa de Balmaceda, la viuda, estaba enloqueciendo.

Las demás mujeres no estaban mejor que ella. Los hombres iban y venían del yuyal y se paraban en la puerta, rígidos y silenciosos, esperando a cada momento que el muerto volviera a insultarlos.

A la madrugada, Mano Cruel y Críspulo Gauto se retiraron del velorio. Mano Cruel no había perdido su buen humor.

—¿Qué te parece, Críspulo, la lección que les di a esos sinvergüenzas?

¡Venir a burlarse de un pobre muerto en su mismo velorio, sólo porque era un rico miserable y malagüelta! ¡No saben respetá'!

—Pero… ¿entonces el que habló no era el… el muerto… sino… sino…?

—Yo… —concluyó Mano Cruel la frase tartamuda de Críspulo —. ¿Quién picó quería entonce que juera, vyro? ¿No te dite cuenta?

—No… Mano. Era nicó propiamente voí la voz del finado don Simeón.

—¿No sabe' acaso que puedo remedar cualquier voz de cristiano o de animal?

—Ahora podé remedar hasta la voz de los muertos. Mano…

—Sí, pero me cobré el trabajito —metió la mano en el bolsillo y sacó la dentadura postiza de don Simeón, llena de dientes de oro, y también el grueso anillo amelonado con un diamante, que había sido el orgullo del difunto.

Ante los idiotizados ojos de Críspulo, la dentadura y el anillo, fúnebres y radiantes, parecían en las manos de Mano Cruel, bajo

su perenne sonrisa y los primeros rayos de sol, los inocentes juguetes de un chico.

Después recordó aquella larga gira con Mano Cruel por los pueblos. Recordó en uno de estos pueblos el episodio en que su socio había puesto un nido de vacichu'í bajo la silla de un demente que se hacía pasar por enviado de Dios y tenía enloquecida a la pobre gente con sus sermones lunáticos.

El peregrinaje siguió. Tuvieron que salir de allí casi huyendo para eludir la venganza del loco divino. En Villarrica la calesita se convirtió en un circo ambulante. Los dientes de oro y el anillo de don Simeón habían hecho posible la compra. El ciclón que destruyó a Villa Encarnación les dejó a ambos la vida, pero se llevó el circo, con lo que el anillo y los dientes volvieron a la fúnebre noche de donde habían salido.

Pero Mano Cruel era invencible. No lo podían doblegar profetas ni ciclones. Su tormenta íntima era más poderosa que la naturaleza y los hombres. Y era dúctil e ingenioso. Tenía la activa versatilidad del agua, del fuego, del viento.

Mano Cruel se «consiguió» unos gallos finos, «de ley», y se hizo gallero. Pronto las riñas no tuvieron secretos para él. Daba la impresión de ser un gallero nato, de haberse criado en los reñideros, de no haber tenido en su vida otra ocupación que ese espléndido y bárbaro oficio que deriva en un diminuto acontecimiento plástico, a lo sumo decorativo, la tremenda, la antigua ansiedad de matar de los hombres.

Los gallos de Mano Cruel eran imbatibles. Parecía que tuvieran las espuelas y el pico untados en dinamita. No había bichos que les pudiesen resistir. Reventaban lo que les pusieran al paso: criollos, jacas, calcutas, ingleses, moñones, barbuchos, lo que fuera. Copaban las riñas al barrer de sus picotazos y espuelazos. Mano Cruel se llenó los bolsillos de billetones de todos colores. Críspulo cuidaba los gallos, los volaba, los entrenaba bajo la experta e inflexible fiscalización de Mano Cruel.

Los llevaba de las galleras a los reñideros, cobraba las apuestas, recibía los insultos. Nunca se había sentido más infeliz y más pobre, sin contar la invencible repugnancia que le provocaba el sanguinario espectáculo de las riñas que parecían tener en éxtasis a Mano Cruel.

Sin embargo, fue la única vez que Críspulo Gauto se tomó un desquite sobre su socio, por todo lo que le había hecho y por todo lo que aún había de hacerle. Pero fue un desquite simbólico, demasiado complicado, circunstancial, indirecto, casi insignificante.

El hecho ocurrió más o menos así. En una riña de Maciel, como sucedía siempre, y en cualquier parte, el gallo de Mano Cruel se quedó muy pronto sin contrincante en el ruedo de

ponchos. En pocas vueltas el canario colorado dentirrostro había volteado a tres fijas imperdibles.

Combativo y cruel, más que un gallo parecía un halcón gigante con destellos dorados y blancos en el plumaje sangriento. De las patas amarillas emergían las agudas y largas espuelas, azuladas, metálicas, húmedas todavía con la sangre de los contrarios. Mano Cruel era el mismo diablo. Entonces Mano desafió a su socio. Era una treta convenida, para «despistar», para animar un poco a los galleros acobardados, Críspulo arrojó al ruedo como carnada el pollo inservible que Mano le había regalado en un verdadero rapto de generosidad.

El canario colorado atropelló como una luz y de dos puñaladas certeras vació los dos ojos del pollo de Críspulo. Se oyó el crujido de las espuelas en el hueso, como si alguien hubiera partido un coco con una piedra.

Pero el pollo no se dio por vencido. Rodó, pero se levantó y volvió a atacar como un fantasma al terrible canario. Fue un combate épico, increíble, la lucha de un ángel con un demonio. Los galleros estaban fascinados por ese espectáculo indescriptible, que superaba toda posibilidad real, toda fantasía. Ciego y despicado, chorreando en su propia sangre, el ridículo giro chorreado de Críspulo se fue tragando poco a poco al canario a espuelazo limpio. En un último salto, con un doble gancho cruzado le hizo estallar la cabeza. El canario rodó y no volvió a levantarse. Quedó inmóvil como una piedra húmeda, rojiza. Entonces el pollo barcino de Críspulo se le subió encima y extendiendo las alas lanzó un chorro blancuzco y humeante sobre el contrincante muerto y cantó con una clarinada corta y triunfal. Fue el único desquite indirecto que en toda su vida pudo tomarse Críspulo Gauto contra Mano Cruel. Pero su satisfacción fue incomparable.

Mano Cruel renunció entonces a los gallos Poseía el tino de no insistir en una veta que se había terminado. Se dedicó casi sin transición a las carreras de caballos. En poco tiempo se hizo dueño del mejor parejero del Sur. Nadie le podía ganar, como había sucedido con los gallos. Le empezaron también a recular a los depósitos. Pero la inventiva de Mano era inagotable. Se deshizo del tordillo invicto. Aparentemente lo cambió por un número inverosímil de parejeros de todos los pelos y señales.

Empezó a ñanir con un tostado, después con un doradillo, después con un overo lobuno, ganando una carrera tras otra, domingo tras domingo, hasta que en una de ellas el excesivo sudor del caballo corrió la capa de pintura con que Mano Cruel disfrazaba al tordillo, y el fraude quedó al descubierto. Quien lo salvó fue Críspulo. Estaba en la raya de llegada y vio el «despinte» del parejero. Le gritó al socio:

—¡Cuidado, Mano! El tordillo se te viene encima…

Como el contrario era un alazán, Mano entendió y siguió en una carrera infinita por el campo, hasta que desapareció ante la estupefacción de todos los presentes. El perdedor recuperó el dinero del depósito que Críspulo no se atrevió a retirar en nombre de su socio. No podía explicar satisfactoriamente esa huida. Además, ciertos escrúpulos eran en él irremediables.

Se encontraron en Iturbe. Estaba escrito que allí debían separarse. Pero antes vio todavía a Mano Cruel realizar allí otra de sus típicas hazañas. Fue la última, una carambola de lujo de despedida. Después lo perdió de vista.

El comisario del pueblo estaba casado con una hermosa mujer que había venido de lejos y seguía teniendo los ojos lejanos y ansiosos. La férrea tiranía conyugal y los celos del marido no habían conseguido sino poner más ansiosas y lejanas esas miradas lánguidas e insaciables.

Mano Cruel se prendó en el acto de esas miradas y de esa mujer. Y la cercó con su estrategia misteriosa, única, inimitable. Nadie se percató del idilio secreto. Ni siquiera Críspulo Gauto. Nadie pensó en un hecho tan imposible como ése. Nadie, ni siquiera el comisario que celaba hasta de su sombra, hasta de las libélulas.

Mano Cruel trazó un plan. Un plan que tenía como siempre la concisa intuición de lo práctico. Sabía por ejemplo que, además de celoso, el comisario era absolutista y absorbente. Ningún episodio, por mínimo que fuese, podía desarrollarse en el pueblo sin su directa intervención fiscalizadora. En este hecho simple basó la complicada trama de su plan. Y triunfó, porque sabía por experiencia que el hombre cauto y desconfiado carece de imaginación. Contra un hombre así él no podía temer, puesto que todas sus victorias habían sido menos el fruto de su astucia que de su viva y fragante fantasía.

Una tarde vinieron a avisar al comisario que Mano Cruel se había ahogado en el río. Encontraron su ropa al borde del agua, en la playa. Se habría estado bañando y algún remanso traicionero se lo habría tragado.

El comisario besó a su mujer, que tenía esa tarde los ojos más lánguidos y lejanos, tomó su caballo y fue al río a organizar el salvamento de Mano Cruel, de quien había recibido muchas atenciones, incluso dinero en efectivo. Mano Cruel sabía con quién debía ser atento y manirroto.

—Es un hombre agradable y honrado —había terminado por admitir el comisario en un ruedo de compis, en el billar de la estación—. Va a llegar muy lejos —agregó, pensando que el arribeño generoso y dicharachero pudiera incluso llegar a regalarle el espléndido tordillo en que había venido montado.

Con la convicción de que el tordillo sería suyo, se metió en una canoa para dirigir personalmente la búsqueda del amigo y

gran hombre futuro, o rescatar por lo menos su cadáver a las traidoras aguas del Tebicuary. Todo el pueblo, excepto, naturalmente, la mujer del comisario, se había volcado en las barrancas para presenciar la búsqueda de Mano Cruel, en quien vieron desde que llegó, un personaje pintoresco y notable por muchos conceptos.

Con un largo botador al extremo del cual habían atado un gancho, el comisario, ronco y afónico por las órdenes y los gritos, pero incansable, fue sondando la correntada centímetro a centímetro en procura del ahogado. Pero el cuerpo de Mano Cruel no aparecía por ninguna parte. No podía estar allí, puesto que en momentos en que el comisario hundía el palo en su busca, ese cuerpo lleno de vida y de imaginación, de salud y del gozo de vivir, se agitaba trémulo y soñador al lado de la mujer del comisario en la casa desierta, en el pueblo desierto, ellos dos solos en medio de ese momento único pero también irrepetible.

Desde entonces lo había perdido de vista. Una o dos vinculaciones más con Mano Cruel le deparó aún el entrelazamiento de sus destinos vagabundos. Pero sólo se enteró de ellas indirecta y tardíamente.

La última cosa que supo fue el compromiso matrimonial de Mano Cruel con su hermana Margarita, en Paraguarí. Críspulo dudó desde el comienzo de este matrimonio, aunque en ningún momento dudó del carácter del noviazgo. Un tiempo después, como a las cansadas, se enteró de la gravidez de su hermana, del nacimieiito de la sobrina, y de que aún, después de tres años, lo estaban esperando para el casorio al ubicuo e inhallable Mano Cruel.

Casi más que por la hermana Críspulo Gauto se dolió por Mano Cruel. Estos últimos datos, que en forma fragmentaria y espaciada le habían llegado acerca del antiguo socio y camarada, lo mostraban en una lamentable declinación. Estaba seguro de que una presa como su hermana Mangacha no podía nunca haber halagado a un cazador como él. Ni tampoco la vieja y común triquiñuela empleada.

En tiempos de su común vagabundaje, Críspulo se había hecho a la idea de un Mano Cruel un poco eterno en su viveza, en su mágico espíritu práctico, en su taimada vocación de rapiña. Eran el color de su temperamento, como el rojo es el color natural de la sangre. Había convertido a aquel compañero de sus antiguas correrías, a ese individuo inusitado y singular, en una generalidad, en una abstracción viviente, sin posible ocaso, como no podía pensar, por ejemplo, en el individuo buitre sino en la especie buitre, invulnerable a los cambios, a la edad, a la muerte.

Y allí estaba Mano Cruel en el centro de la cuarta fila de imponentes señores vestidos de negro que iban avanzando por la alfombra roja del atrio hacia el esplendor ritual del Tedéum. Una

vertiginosa calesita empezó a girar en los ojos de Crispido Gauto en una especie de cerrazón gris. Un lejano gallo de riña, ciego y ensangrentado, cantó en sus oídos. Pero la gorda e impresionante figura de Mano Cruel, embutida en el sacón negro y larguísimo y coronada por el negro y altísimo sombrero de copa, siguió avanzando en medio de su torbellino mental, precisamente como se lo había figurado siempre: una idea inmutable, como vaciada ya en un histórico volumen de piedra.

Críspulo Gauto, con sus raídas bombachas y sus alpargatas rotosas, lo siguió hipnotizado como antes, filtrándose entre la multitud. Entró en la Catedral. Siguió filtrándose por el costado de la nave. Avanzó. Llegó casi hasta el altar mayor. Rodeó un inmenso pilar blanco. Desde allí veía las filas de reclinatorios rojos, las filas de hombres vestidos de negro, arrodillados. Divisó a Mano Cruel y Mano Cruel lo divisó a él, asomado medrosamente detrás del pilar. Cambiaron una breve mirada. Algo como el recuerdo de una sonrisa jugueteó en la boca grande y carnosa. La misma a la que había visto decretar en otros tiempos los innumerables nacimientos y transformaciones. La última era la del personaje campanudo. Mano Cruel aparentó no reconocerlo. En seguida bajó los ojos e inclinó el rostro hacia el suelo. Críspulo Gauto vio que sus labios se movían lentamente. Supuso que estaría rezando. Pensó que esta repentina capacidad de oración no le sentaba mal a Mano Cruel.

Pensó que era sincero. Murmuró solamente para sí:

—¡Nunca creí que Mano...! —se interrumpió cuando sintió que dos pares de manos poco amistosas lo aferraban de los brazos.

Habrían debido desconfiar de este chococué zaparrastroso que acechaba a los poguasús de la comitiva con sospechosa insistencia, semiescondido detrás del pilar. Cuando se dio cuenta, ya lo sacaban hacia afuera. Lo llevaron a empellones. A empellones lo metieron por la puerta de un gran caserón circular que se le antojó conocido.

Audiencia privada

En la puerta de entrada tuvo que mostrar de nuevo la tarjeta. Un muchacho de nariz chata y ojos almendrados, entre esbirro y ordenanza, tomó el trozo de cartulina sin dejar de mirar al recién llegado. Después, en lugar de leerla pareció olerla. En el rostro cetrino, picado de viruelas, la desconfianza apenas se mitigó.

—¿Te va a entender el señor ministro?

—Creo que sí. Me ha citado para esta hora. Lo dice ahí. Sin mostrarse aún muy convencido, el ordenanza masculló:

—¡Hummm...! Güeno, entonces. Pasá. Por aquí. Voy a avisar al señor ministro.

Lo condujo primero por el ancho corredor, luego por un pasillo. Volvió a sentirse espiado. Dos o tres rostros inmóviles, como pintados sobre arpillera terrosa. La brasa de un cigarro. Siseos sofocados de repente. Detrás de una puerta, una voz bronca e imperativa, desagradable, hablaba por teléfono. A medida que se acercaban, la fue oyendo con más claridad.

Desembocaron en una habitación amplia y atiborrada. El ordenanza lo hizo pasar con gesto poco amistoso.

—Esperá ahí. Podé sentarte si queré —gruñó por encima del hombro, al irse.

Las celosías se hallaban cerradas. La luz declinante del atardecer se filtraba a través de las tablillas y veteaba la fresca penumbra con franjas leonadas que parecían oscilar en los rincones. En un redondel luminoso, clavado en el techo, se perfilaba la sombra invertida de un árbol, negra y con los rebordes dorados. En alguna parte de la habitación escuchó un crujido.

No era el despacho del ministerio. Era la casa del ministro, en la zona de las grandes quintas residenciales. No tenía aún idea de por qué lo había citado allí.

Afuera se escuchaba piar a los pájaros entre los eucaliptos. Y más lejos, el cacareo de las gallinas, el ladrido de algún perro, los gritos de algunas criaturas.

Una quietud apacible, doméstica, verdaderamente rural, envolvía la casa. Tardó un poco en acostumbrar sus ojos a la penumbra. La henchida habitación se fue aclarando. Un gran armario emergió lentamente de la sombra verdosa; una mesa sólida y maciza como un carro, y luego, toda la mezcolanza de muebles antiguos y modernos que parecían disputarse, además del espacio, el fácil privilegio del mal gusto. Los libros debían estar disimulados con prodigiosa eficacia. No se veía un pelo de letra escrita, salvo la carga de expedientes panzudos y desvencijados sobre el alzaprima anclado en mitad de la habitación como en una picada.

El crujido se repitió y, casi simultáneamente, una palabreja extrañamente pronunciada en un registro agudo y chirriante. El

visitante se fijó. Era un loro posado en una percha de bambú, cerca de un paragüero que alojaba, en lugar de paraguas, dos o tres fusiles de distintos tamaños.

La voz en el teléfono había cambiado de fono. Era otra comunicación. Se había oído colgar el auricular y discar nuevamente. La conversación era ahora falsamente amable, mechada de risitas abdominales, de frases truncas e intencionadas, machunas, sospechosas de una renuente voluptuosidad. El señor ministro atendía ahora, sin duda, después de un trámite agitado, algún asuntillo íntimo.

El recién llegado dejó el portafolios sobre la mesa y se sentó en un sillón dispuesto a esperar todo lo que fuera necesario. No tenía prisa, no estaba intranquilo; a lo sumo, vagamente irritado. Pero desde el comienzo de sus gestiones había decidido soportarlo todo, por lo menos con una perfecta calma exterior. Lo que le traía bien valía la pena. Esta entrevista significaba mucho para el proyecto. Se podía decir que era decisiva.

Había llegado hasta ella como por una escalera tambaleante, a lo largo de días, de semanas pacientemente sufridas. Un peldaño cada vez, y en cada peldaño, antesalas agotadoras, baldías esperas o una legión de tinterillos y secretarios que se lo transferían uno a otro como desembarazándose de una carga molesta. Ante cada uno era preciso recapitular minuciosamente, inútilmente, toda la cuestión. No cosechaba más que bostezos, interrogatorios suspicaces o, en el mejor de los casos, una atención demasiado intensa para que no fuese vacía. A veces, era, necesario descender todo lo subido y recomenzar en otra dirección. Hasta que por fin, de un modo realmente inesperado, se había producido la cita del ministro, uno de los hombres más prestigiosos del gobierno. Él era tal vez el único que podía resolver con una plumada la realización del gran proyecto.

Y allí estaba esperándolo calmosamente a que terminara de hablar por teléfono.

Por el momento, lo divertían las morisquetas del loro y su estropajosas interjecciones, sus diminutas iras o sus carcajadas, fielmente aprendidas. La fea impresión del comienzo se estaba desvaneciendo. En el portón principal lo habían palpado de armas. Mostró la tarjeta y lo dejaron pasar. Durante el trayecto del portón a la casa, se sintió espiado entre los árboles. Detrás de una sinesia furiosamente florecida de manchones rojos vio moverse el caño de un máuser. Más allá, detrás de los árboles de pomarrosa, creyó distinguir algunas automáticas. En medio de la paz idílica, la casa del ministro estaba evidentemente bien protegida. Reinaba desde hacía mucho tiempo el orden y la tranquilidad. Pero nunca se sabía. La ciudad, el país, tenían la costumbre de despertarse a tiros cuando uno menos lo esperaba. Las alteraciones eran endémicas. Había que prevenirse.

No respondió pronto al saludo porque creyó que era el loro quien había hablado. Era el ministro. Estaba ante él en mangas de camisa, obeso y moreno, saturado de salud y de una inapelable agresividad y suficiencia, tal cual lo había imaginado a través de la voz. Chupaba ruidosamente la bombilla de un gran mate con guarniciones de plata. El ordenanza picado de viruelas estaba detrás como una sombra servil. Le alargó el mate vacío. Mientras se dejaba caer en la mecedora, le gritó:

—Parra, ponga el ventilador.

Un zumbido y un agradable chorro de aire empezaron a inundar la habitación.

—Muy bien. ¿Usted es el ciudadano que quiere hacer esa obra en los esteros del Tebicuary?

—Sí, señor ministro. Es una obra que puede…

La voz bronca, más áspera aún por la yerba, se le subió encima:

—Estoy enterado. Es un proyecto muy importante. Esa obra puede ser la salvación de los pobladores que viven en esos bañados insalubres, aporreados por el paludismo, por las crecientes, por las sabandijas.

—Me alegro de que el señor ministro tenga una idea de lo que es aquello…

—¿Una idea? Estamos muy bien informados. El gobierno está dispuesto a arreglar cada cosa a su tiempo. Pero no podemos hacer milagros.

—La obra es relativamente fácil y poco costosa, señor ministro. Aquí traigo…

—No hay nada fácil ni poco costoso. Un peso que gasta el gobierno es un peso que tiene que ser bien gastado. Nada de aventuras ni de derroches.

—Todo está perfectamente calculado, señor ministro.

—Sí; su proyecto me interesa. Esa obra se va a hacer. La vamos a realizar usted y yo. Usted como autor de la idea. Yo como hombre del gobierno. Claro que si el gobierno no se mete, no hay nada que hacer. Queremos que todas las obras de progreso que se hagan sean fiscales, oficiales. Es nuestra preocupación constante. Por el bienestar y la felicidad del pueblo estamos dispuestos a gastar, a sacrificar cualquier cosa.

El loro graznó su risa estridente en la percha de bambú. Parecía la carcajada de un enano.

El ordenanza reapareció con el mate. Los gruesos labios volvieron a chupar sonoramente la bombilla. La voz del ministro se tornó amable, confidencial.

—Es una gran idea. Yo siempre había pensado en una cosa así. Pero la falta de tiempo, las mil preocupaciones del ministerio…, usted sabe, todo esto me ha impedido ocuparme hasta ahora de este problema. En fin, ahora usted ha traído el

proyecto. Lo felicito, mi amigo. Usted es un ciudadano útil. Si todos fueran como usted, el país andaría mucho mejor. Desgraciadamente, abundan los ladrones, los egoístas, los sinvergüenzas. A ésos les vamos a ir pelando poco a poco la cabeza. A mí me gustan los hombres como usted. Por eso lo he hecho llamar. Me enteré por casualidad de su proyecto. Lo hice llamar porque no quiero que siga perdiendo el tiempo por ahí, al santo cohete. El único que puede empujar este asunto soy yo —guiñó el ojo, socarrón—. ¿Me comprende?

La voz ministerial recobró todo el peso de su autoridad.

—Por eso no lo recibí en mi despacho y lo hice venir aquí. En el mismo gabinete hay colegas egoístas que siempre quieren alzarse con la carne y el cuero cuando se trata de hacer algo importante. No quiero que se enteren, antes de que la obra sea un hecho. Usted tampoco va a abrir el pico. ¿Me entiende?

—Desde luego, señor ministro…

—Nada de andar por ahí compadreando con nuestro proyecto, ¿eh?

—No, señor ministro. Yo lo único que quiero es que se realice la obra. No quiero nada para mí. Lo único que me importa es la suerte de esa pobre gente.

En la sombra verde del inmenso mate afiligranado entraba y salía como una luna de plata en manos del ordenanza. Sus idas y venidas, los chupeteos calosos del ministro en la bombilla de corta y gruesa cacha con puntera de oro, las pausas, las sonoras ingurgitaciones, marcaban la suerte del diálogo, medían un tiempo ominoso que se iba gastando. La voz del ministro se hizo de repente insidiosa:

—¿Y por qué le interesa tanto esa gente?

—He convivido con ellos durante cinco años. Su honradez, su ignorado heroísmo, han sido para mí la gran lección de mi vida. Mi deuda de gratitud para con ellos es muy grande. Estoy moralmente obligado a hacer algo por ellos, señor ministro.

—¿No estará queriendo convertirse usted en un caciquito de esos que abundan en la campaña?

Con fijeza de búho, los ojos del personaje escrutaron implacablemente al visitante, relampaguearon amenazadoramente en la vivisección.

—Estamos cansados de los agitadores profesionales. Son una plaga peligrosa. Peor que la langosta. No dejan trabajar tranquilo al pueblo. Crean la miseria, los descontentos, para aprovecharse de eso. Les estamos echando humo en todas partes a ver si se van y nos dejan en paz de una vez…

Tres chiquillos pelones irrumpieron en la habitación con una culebra muerta colgada en un palo. En las manos de uno brillaba un machete con manchas oscuras y húmedas.

—¡Mirá, papito, una víbora! La matamos en el patio, cerca del chiquero... ¿La enterramos, papito, o la tiramos al patio del vecino?

—Bueno, bueno... Váyanse para allá. Estoy hablando. No me molesten.

Los ahuyentó con un vago gesto en el que había algo de una opaca ternura y mucho de orgullo paternal inconscientemente avivado por la belicosidad innata de los cachorrillos.

Los chicos se fueron, repuntados por el ordenanza. El ministro le gritó:

—Parra, abra la ventana y dígale a la señora que mande un poco de caña y café.

El visitante pensó en la esposa del ministro. Una mujer sin duda silenciosa, deteriorándose lentamente en la dura sujeción conyugal, atendiendo la casa, dando de mamar a un chico tras otro, acatando al marido importante, amándolo a su modo, soportando sus continuas infidelidades, sus maquinales y esporádicas lujurias, temiendo por su suerte, sintiendo ella sola todo el odio acumulado sobre él desde afuera.

El ordenanza empujó las persianas hacia afuera. La luz azulada del atardecer aclaró la pieza. Se escuchó nítido el silbido de las cigarras.

En el espejo del paragüero, el visitante vio reflejada parte de su magra y demacrada figura, entre los mosquetones.

La voz volvió a hacerse socarrona, contemporizadora.

—Usted parece un buen tipo. Yo tengo un ojo clínico para descubrir a los embaucadores e indeseables. No he fallado ni una vez.

Sorbió el mate con una larga chupada poniendo un poco los ojos en blanco como bajo los efectos de un deleite que ya estaba agotado.

—Su proyecto me interesa mucho. Pero si habla, no vamos a hacer nada.

—No hablaré, señor ministro.

—Deje el asunto en mis manos.

—Perfectamente. Aquí están los proyectos, el plano general del relevamiento y de la obra de canalización.

El visitante sacó del portafolio unos legajos y los fue entregando al ministro. La mano regordeta y oscura se tendió ávidamente.

—¿Y este plano quién lo hizo?

—Yo mismo. Soy casi ingeniero. No pude terminar la carrera, pero sé algo de esas cosas.

—¡Caramba, aquí está todo listo!

—Una parte de esos trabajos está hecho. Hemos desecado ya cerca de cinco kilómetros cuadrados. Pero nos hacen falta maquinarias, implementos.

—Mejor todavía. Esto facilita mucho. Ya tenemos como quien dice el señuelo.

—También he preparado un plan de loteo y otro de crédito agrario que permitiría a esos pobladores poseer en propiedad las tierras que trabajan, no depender de los arrendatarios. También los estimularía a ampliar y mejorar sus cultivos.

—Pero amigo; usted solo es toda una oficina. Lo felicito, lo felicito. Y el ministro recibía los papeles como acciones de una mina de oro.

Parra empezó a servir la caña y el café. El ministro dejó sobre la mesa el mate opulento y se enfrascó en el examen de los legajos y planos.

De ese hombre dependía en este momento la suerte de centenares de familias que vivían una vida salvaje y miserable en los cañaverales del Sur.

La contera dorada de la bombilla, aún húmeda, resplandecía como la llama sólida de un fósforo en la claridad violeta.

Los ojos del visitante fueron hasta el rostro duro y abotargado y de allí bajó a sus propias manos. Se las miró con disimulo. Ahora estaban quietas y domadas sobre sus rodillas. Cinco años atrás esas manos habían llegado a hacerle insoportable la vida. Lo recordó con un escalofrío.

La cosa venía desde su niñez. Esas manos parecían dotadas de una voluntad independiente de la suya, de una autonomía maléfica, irreprimible. Los objetos pequeños y brillantes las fascinaban; iban detrás de ellos al menor descuido, con una habilidad y una destreza de las que él mismo se sentía aún horrorizado. Nunca había podido explicarse cómo sucedía. Él ponía todo su empeño en controlarlas, en dominarlas, en hacerlas «decentes» y normales. Pero en un momento dado, este desesperado esfuerzo de concentración parecía entrar en crisis, y entonces sobrevenía una interrupción repentina del estado de alerta; algo así como un fugaz sueño de la conciencia. Y entonces las manos actuaban por su cuenta. Cuando volvía en sí de estos estados crepusculares, veía a sus manos de nuevo quietas y tranquilas. Pero él sabía entonces que ya habían hecho de las suyas; sabía que en sus bolsillos había algo que él no había puesto allí; una joya, una estilográfica, un objeto pequeño cualquiera.

Acabó por odiar sus manos como a sus peores enemigos. Las castigaba sin piedad. Las mordía, las quemaba con el cigarrillo o apretaba con ellas trozos de hielo hasta que se quedaban violáceas. Pero las manos no cedían. Obraban bajo una voluntad más fuerte que la suya. Pensó seriamente en cortárselas, en inutilizarlas de alguna manera. Casi enloquecido consultó a un médico amigo.

—Es necesario que abandones la vida sedentaria de la ciudad —le había aconsejado éste—. Tal vez los trabajos rudos del campo, darle algún sentido a tu vida, sean lo único indicado.

Siguió los consejos al pie de la letra. El heredero decadente y arruinado, despreciado por todos, tema de bromas y burlas ridículas en los salones «de arriba» lo abandonó todo sin pena y arrastró sus manos a los lugares donde éstas no tuvieran nada que robar. Así conoció un mundo simple, puro y desgraciado que lo deslumbró y transformó su vida. Las manos viciosas («manos de prestidigitador loco») se purificaron en la ruda fraternidad con los humildes. Estaban derrengadas y torpes, deformes por fuera. ¡Pero estaban sanas por dentro! Y eso era el mayor bien que él había podido lograr, la paz mental, la aceptación plena de la vida. Todavía le parecía un sueño haberlo podido conquistar.

El timbre del teléfono lo volvió al presente sin cambiar su estado de difusa y activa placidez interior.

El ordenanza entró.

—Señor ministro, el presidente del Cámara de Comercio queré hablar con usté.

—Ya voy. Que espere un momento.

El ministro salió pesadamente. El visitante lo oyó increpar al presidente de la Cámara. Lo trató con copiosa desconsideración como hubiera podido tratar a un peón. Después se fue calmando. Al final reía a carcajadas, igual que el loro. No se podía decir quién había copiado al otro.

Fue en este momento cuando ocurrió lo terrible. Cuando el ministro volvió, el visitante bebía a sorbos lentos el resto del café frío.

—Bueno, amigo. Déjeme todo esto. Yo le avisaré oportunamente. Voy a dedicar a nuestro asunto preferente atención. Esto se hace, créame. ¡Sin falta!

La sonrisa, los gestos, la actitud del ministro, se habían puesto confianzudos. Por la manera como la pronunció la palabra «nuestro» insinuaba de hecho un pacto de amistad y sociedad. Lo acompañó hasta la puerta poniéndole amistosamente una mano sobre el hombro.

—Bueno, amigo; ésta es su casa. Yo lo voy a llamar muy pronto.

El visitante se dejó conducir con una expresión ausente en el rostro. Tenía una mano puesta en el bolsillo del pantalón. Cuando la sacó bruscamente para tomar la mano que le tendía el ministro, la bombilla gruesa y corteña del mate saltó del bolsillo tras la mano y cayó junto a los pies del dueño de la casa. El visitante se quedó contemplando con ojos extraviados el brillante utensilio caído sobre las baldosas. Lo miraba con el mismo terror con que había descubierto entre el espartillo a la ñandurié que lo picara una vez en el bañado.

La sonrisa se heló en los labios del ministro. Su voz resonó como un pistoletazo.

—¡Parra!

—Mande, señor…

—¡Dos números de guardia, en seguida!

—¡Muy bien, señor!

El ordenanza desapareció con el brinco de un mono sofocado por la felicidad. Al fin ocurría algo nuevo, picante. Él lo había previsto. Sólo que había tardado un poco en producirse.

Se oyó en el patio su voz de alerta a los guardias. Hubo entre las plantas un revuelo de gorras, de caras oscuras, de armas. Ante el ministro se cuadraron dos soldados con fuerte estampido de sus talones sumisos.

—¡Llévense inmediatamente al Central a este individuo! Yo le hablaré al jefe por teléfono. Ya me parecía que este sabandija era un agitador peligroso. Listo. ¡Fuera, fuera…!

Se lo llevaron como un paquete. Desgarbado, consumido, sin huesos. Los cachorros del ministro lo siguieron hasta el portón alborotando el parque con sus gritos y burlas, blandiendo uno de ellos el manchado machete.

Lo alzaron a un camión. El vehículo resopló y partió.

Un momento después el ministro seguía leyendo atentamente los legajos, como si nada hubiera pasado. La quietud idílica, doméstica, se había restablecido del todo en torno al enorme caserón que las sombras iban tragando.

La excavación

El primer desprendimiento de tierra se produjo a unos tres metros, a sus espaldas. No le pareció al principio nada alarmante. Sería solamente una veta blanda del terreno de arriba. Las tinieblas apenas se pusieron un poco más densas en el angosto agujero por el que únicamente arrastrándose sobre el vientre un hombre podía avanzar o retroceder.

No podía detenerse ahora. Siguió avanzando con el plato de hojalata que le servía de perforador. La creciente humedad que iba impregnando la tosca dura lo alentaba. La barranca ya no estaría lejos; a lo sumo, unos cuatro o cinco metros, lo que representaba unos veinticinco días más de trabajo hasta el boquete liberador sobre el río.

Alternándose en turnos seguidos de cuatro horas, seis presos hacían avanzar la excavación veinte centímetros diariamente. Hubieran podido avanzar más rápido, pero la capacidad de trabajo estaba limitada por la posibilidad de desalojar la tierra en el tacho de desperdicios sin que fuera notada. Se habían abstenido de orinar en la lata que entraba y salía dos veces al día. Lo hacían en los rincones de la celda húmeda y agrietada, con lo que si bien aumentaban el hedor siniestro de la reclusión, ganaban también unos cuantos centímetros más de «bodega» para el contrabando de la tierra excavada.

La guerra civil había concluido seis meses atrás. La perforación del túnel duraba cuatro. Entre tanto, habían fallecido, por diversas causas, no del todo apacibles, diecisiete de los ochenta y nueve presos políticos que se hallaban amontonados en esa inhóspita celda, antro, retrete, ergástulo pestilente, donde en tiempos de calma no habían entrado nunca más de ocho o diez presos comunes.

De los diecisiete presos que habían tenido la estúpida ocurrencia de morirse, a nueve se habían llevado distintas enfermedades contraídas antes o después de la prisión; a cuatro, los apremios urgentes de la cámara de torturas; a dos, la rauda ventosa de la tisis galopante. Otros dos se habían suicidado abriéndose las venas, uno con la púa de la hebilla del cinto; el otro, con el plato, cuyo borde afiló en la pared, y que ahora servía de herramienta para la apertura del túnel.

Esta estadística era la que regía la vida de esos desgraciados. Sus esperanzas y desalientos. Su congoja callosa, pero aún sensitiva. Su sed, el hambre, los dolores, el hedor, su odio encendido en la sangre, en los ojos, como esas mariposas de aceite que a pocos metros de allí —tal vez solamente un centenar— brillaban en la Catedral delante de las imágenes.

La única respiración venía por el agujero aún ciego, aún nonato, que iba creciendo como un hijo en el vientre de esos hombres ansiosos. Por allí venía el olor puro de la libertad, un

soplo fresco y brillante entre los excrementos. Y allí se tocaba, en una especie de inminencia trabajada por el vértigo, todo lo que estaba más allá de ese boquete negro.

Eso era lo que sentían los presos cuando escarbaban la tosca con el plato de hojalata, en la noche angosta del túnel.

Un nuevo desprendimiento le enterró esta vez las piernas hasta los riñones. Quiso moverse, encoger las extremidades atrapadas, pero no pudo. De golpe tuvo exacta conciencia de lo que sucedía, mientras el dolor crecía con sordas puntadas en la carne, en los huesos de las piernas enterradas. No había sido una simple veta reblandecida. Probablemente era una cuña de tierra, un bloque espeso que llegaba hasta la superficie. Probablemente todo un cimiento se estaba sumiendo en la falla provocada por el desprendimiento.

No le quedaba otro recurso que cavar hacia adelante. Cavar con todas sus fuerzas, sin respiro; cavar con el plato, con las uñas, hasta donde pudiese. Quizá no eran cinco metros los que faltaban; quizá no eran veinticinco días de zapa los que aún lo separaban del boquete salvador de la barranca del río. Quizá eran menos, sólo unos cuantos centímetros, unos minutos más de arañazos profundos. Se convirtió en un topo frenético. Sintió cada vez más húmeda la tierra. A medida que le iba faltando el aire, se sentía más animado. Su esperanza crecía con la asfixia. Un poco de barro tibio entre los dedos le hizo prorrumpir en un grito casi feliz. Pero estaba tan absorto en su emoción, la desesperante tiniebla de túnel lo envolvía de tal modo, que no podía darse cuenta de que no era la proximidad del río, de que no eran sus filtraciones las que hacían ese lodo tibio, sino su propia sangre brotando debajo de las uñas y en las yemas heridas por la tosca. Ella, la tierra densa e impenetrable, era ahora la que, en el epílogo del duelo mortal comenzado hacía mucho tiempo, lo gastaba a él sin fatiga y lo empezaba a comer aún vivo y caliente. De pronto, pareció alejarse un poco. Manoteó al vacío. Era él quien se estaba quedando atrás en el aire como piedra que empezaba a estrangularlo. Procuró avanzar, pero sus piernas ya irremediablemente formaban parte del bloque que se había desmoronado sobre ellas. Ya ni las sentía. Sólo sentía la asfixia. Se estaba ahogando en un río sólido y oscuro. Dejó de moverse, de pugnar inútilmente. La tortura se iba transformando en una inexplicable delicia. Empezó a recordar.

Recordó aquella otra mina subterránea en la guerra del Chaco, hacía mucho tiempo. Un tiempo que ahora se le antojaba fabuloso. Lo recordaba, sin embargo, claramente, con todos los detalles.

En el frente de Gondra, la guerra se había estancado. Hacía seis meses que paraguayos y bolivianos, empotrados frente a frente en sus inexpugnables posiciones, cambiaban obstinados

tiroteos e insultos. No había más de cincuenta metros entre unos y otros.

En las pausas de ciertas noches que el melancólico olvido había hecho de pronto atrozmente memorables, en lugar de metralla canjeaban música y canciones de sus respectivas tierras.

El altiplano entero, pétreo y desolado, bajaba arrastrado por la quejumbre de las cuecas; toda una raza hecha de cobre y castigo, desde su plataforma cósmica, bajaba hasta el polvo voraz de las trincheras. Y hasta allí bajaban desde los grandes ríos, desde los grandes bosques paraguayos, desde el corazón de su gente también absurda y cruelmente perseguida, las polcas y guaranias, juntándose, hermanándose con aquel otro aliento melodioso que subía desde la muerte. Y así sucedía porque era preciso que gente americana siguiese muriendo, matándose, para que ciertas cosas se expresaran correctamente en términos de estadística y mercado, de trueques y expoliaciones correctas, con cifras y números exactos, en boletines de la rapiña internacional.

Fue en una de esas pausas en que en unión de otros catorce voluntarios, Perucho Rodi, estudiante de ingeniería, buen hijo, hermano excelente, hermoso y suave moreno de ojos verdes, había empezado a cavar ese túnel que debía salir detrás de las posiciones bolivianas con un boquete que en el momento señalado entraría en erupción como el cráter de un volcán.

En dieciocho días los ochenta metros de la gruesa perforación subterránea quedaron cubiertos. Y el volcán entró en erupción con lava sólida de metralla, de granadas, de proyectiles de todos los calibres, hasta arrasar las posiciones enemigas.

Recordó en la noche azul, sin luna, el extraño silencio que había precedido a la masacre y también el que lo había seguido, cuando ya todo estaba terminado. Dos silencios idénticos, sepulcrales, latientes. Entre los dos, sólo la posición de los astros había producido la mutación de una breve secuencia. Todo estaba igual. Salvo los restos de esa espantosa carnicería que a lo sumo había añadido un nuevo detalle apenas perceptible a la decoración del paisaje nocturno.

Recordó, un segundo antes del ataque, la visión de los enemigos sumidos en el tranquilo sueño del que no despertarían. Recordó haber elegido a sus víctimas, abarcándolas con el girar aún silencioso de su ametralladora. Sobre todo, a una de ellas: un soldado que se retorcía en el remolino de una pesadilla. Tal vez soñaba en ese momento en un túnel idéntico pero inverso al que les estaba acercando al exterminio. En un pensamiento suficientemente extenso y flexible, esas distinciones en realidad carecían de importancia. Era despreciable la circunstancia de que uno fuese el exterminador y otro la víctima, inminente. Pero en ese momento todavía no podía saberlo.

Sólo recordó que había vaciado íntegramente su ametralladora. Recordó que cuando la automática se le había finalmente recalentado y atascado, la abandonó y siguió entonces arrojando granadas de mano, hasta que sus dos brazos se le durmieron a los costados. Lo más extraño de todo era que, mientras sucedían estas cosas, le habían atravesado recuerdos de otros hechos, reales y ficticios, que aparentemente no tenían entre sí ninguna conexión y acentuaban, en cambio, la sensación de sueño en que él mismo flotaba. Pensó, por ejemplo, en el escapulario carmesí de su madre (real); en el inmenso panambí de bronce de la tumba del poeta Ortiz Guerrero (ficticio); en su hermanita María Isabel, recién recibida de maestra (real). Estos parpadeos incoherentes de su imaginación duraron todo el tiempo. Recordó haber regresado con ellos chapoteando en un vasto y espeso estero de sangre.

Aquel túnel del Chaco y este túnel que él mismo había sugerido cavar en el suelo de la cárcel, que él personalmente había empezado a cavar y que, por último, sólo a él le había servido de trampa mortal; este túnel y aquél eran el mismo túnel; un único agujero recto y negro con un boquete de entrada pero no de salida. Un agujero negro y recto que a pesar de su rectitud le había rodeado desde que nació como un círculo subterráneo, irrevocable y fatal. Un túnel que tenía ahora para él cuarenta años, pero que en realidad era mucho más viejo, realmente inmemorial.

Aquella noche azul del Chaco, poblada de estruendos y cadáveres había mentido una salida. Pero sólo había sido un sueño; menos que un sueño: la decoración fantástica de un sueño futuro en medio del humo de la batalla.

Con el último aliento, Perucho Rodi la volvía a soñar; es decir, a vivir. Sólo ahora aquel sueño lejano era real. Y ahora sí que avistaba el boquete enceguecedor, el perfecto redondel de la salida.

Soñó (recordó) que volvía a salir por aquel cráter en erupción hacia la noche azulada, metálica, fragorosa. Volvió a sentir la ametralladora ardiente y convulsa en sus manos. Soñó (recordó) que volvía a descargar ráfaga tras ráfaga y que volvía a arrojar granada tras granada. Soñó (recordó) la cara de cada una de sus víctimas. Las vio nítidamente. Eran ochenta y nueve en total. Al franquear el límite secreto, las reconoció en un brusco resplandor y se estremeció: esas ochenta y nueve caras vivas y terribles de sus víctimas eran (y seguirán siéndolo en un fogonazo fotográfico infinito) las de sus compañeros de prisión. Incluso los diecisiete muertos, a los cuales se había agregado uno más. Se soñó entre esos muertos. Soñó que soñaba en un túnel. Se vio retorcerse en una pesadilla, soñando que cavaba, que luchaba, que mataba. Recordó nítidamente al soldado enemigo a quien había abatido

con su ametralladora, mientras se retorcía en una pesadilla. Soñó que aquel soldado enemigo lo abatía ahora a él con su ametralladora, tan exactamente parecido a él mismo que se hubiera dicho que era su hermano mellizo.

El sueño de Perucho Rodi quedó sepultado en esa grieta como un diamante negro que iba a alumbrar aún otra noche.

La frustrada evasión fue descubierta; el boquete de entrada en el piso de la celda. El hecho inspiró a los guardianes.

Los presos de la celda 4 (llamada Valle'i), menos el evadido Perucho Rodi, a la noche siguiente encontraron inexplicablemente descorrido el cerrojo. Sondearon con sus ojos la noche siniestra del patio. Encontraron que inexplicablemente los pasillos y corredores estaban desiertos. Avanzaron. No enfrentaron en la sombra la sombra de ningún centinela. Inexplicablemente, el caserón circular parecía desierto. La puerta trasera que daba a una callejuela clausurada, estaba inexplicablemente entreabierta. La empujaron, salieron. Al salir, con el primer soplo fresco, los abatió en masa sobre las piedras el fuego cruzado de las ametralladoras que las oscuras troneras del panóptico escupieron sobre ellos durante algunos segundos.

Al día siguiente, la ciudad se enteró solamente de que unos cuantos presos habían sido liquidados en el momento en que pretendían evadirse por un túnel. El comunicado pudo mentir con la verdad. Existía un testimonio irrefutable: el túnel. Los periodistas fueron invitados a examinarlo. Quedaron satisfechos al ver el boquete de entrada en la celda. La evidencia anulaba algunos detalles insignificantes: la inexistente salida que nadie pidió ver, las manchas de sangre aún frescas en la callejuela abandonada.

Poco después el agujero fue cegado con piedras, y la celda 4 (Valle-í) volvió a quedar abarrotada.

Cigarrillos «Máuser»

1

Ese paquete de cigarrillos, no de tabaco, más vale de crespa pólvora amarilla, tóxico trueno silencioso de nicotina en la boca de un chico de doce años, marcó el fin de la iniciación.

Pero aun sin ese paquete de etiqueta verde, con el máuser pintado a través, sin esos cigarrillos fumados a escondidas en el monte, sin el latrocinio de la negra que era ya solamente también el resultado de la obra comenzada, de su salvaje salacidad, la historia hubiera acabado allí de cualquier manera. Un poco más tarde, por cualquier otro motivo. Pero hubiera concluido. Porque ciertas cosas no pueden durar indefinidamente cuando se nutren de vida y muerte al mismo tiempo. Se cargan, se cargan. Es algo que no tiene aparentemente límite. Pero en un momento determinado la fuerza acumulada estalla. Así fue.

La negra sacó el paquete de entre las ropas y lo entregó al chico. Con la boca pegada a la almohada le dijo:

—Mañana en el monte, por la siesta. Donde nadie te vea.

—¿Por qué no ahora? —la voz del chico fingía una tranquila ansiedad. Lo que tenía era miedo.

—Ahora no... Por el humo. Nos pueden descubrir.

—¡Ah...!

—Andate a pescar como siempre. En la otra curva del río. Hacia Paso Aguirre. Bajo el timbó grande. En el tacuaral.

—¡Ahá...! —el chico cerró los ojos. Ya se veía saltando hacia el río con su caña de pescar al hombro, «Laurel» trotando entre sus piernas, ladrando a los pescadores, y el paquete verde, con tus tubos blancos repletos de enrulado tabaco, en el bolsillo de la blusa. Eso podía tener valor en sí mismo. Pero para él sólo tenía valor porque venía de Petrona. Jamás lo hubiera intentado de otro modo. Nada que no viniese de ella le seducía.

La negra le entregó el paquete. Le ordenó que fumara. Pero no le dijo cuántos. El chico se fumó todos los que pudo. Cuando lo encontraron estaba muerto, o casi muerto. Pero el que indicó dónde estaba el chico fue el perro. Cuando la desesperación entró en la casa, la negra se hizo la desentendida. Se puso a tararear roncamente en la cocina, removiendo perezosamente las ollas, fregando infinitamente los platos ya limpios que bajaba y volvía a bajar del escurridor. Después ella también salió a buscarlo. Pero tomó otra dirección. No la del timbó grande, a la orilla del río.

Eso sucedió en la mañana, en la tarde, en la noche de un día. Pero hasta entonces habían ocurrido muchas cosas que no tenían relación con la negra.

Su sombra entró en la casa mucho después. Y ahora, a través de los años, su recuerdo refluye de tanto en tanto en su vida. No

lo puede impedir. Su figura, su voz, su prestigio maléfico, su nocturna fascinación, tan asociada al color de la piel. Refluye sobre todo cuando está por sucederle algo adverso. Es como esas punzadas reumáticas que amagan cuando hay amenazas de mal tiempo. Una caries olvidada que entra fugazmente en actividad en alguna parte del cuerpo y desaparece.

Sin embargo, no puede acordarse muy bien cómo era. Su voz sería hombruna, ronca. Pero entonces no podía escucharla sin emoción, sin representarse en seguida el canto melodioso del suruku'á cuando estaba alegre y reía; pero también el graznido de una lechuza cuando llegaba la noche y ella se ponía más negra y más sombría, sentada bajo la luna, en la parralera.

2

Entró en la casa precisamente cuando una seria fractura en la historia de la familia acababa de soldarse.

De peón del ingenio, después de tres años de trabajos forzados, el padre había pasado a ser empleado. El desnivel de clase se había enjugado en parte. Para ellos, para los padres, la normalidad de su vida se había restablecido, ¡al fin!, parcialmente siquiera. Pero los hijos quedaban rengos para siempre por dentro; con la línea de esa cicatrizada fractura como uno de los meridianos negativos de su personalidad. El mestizaje psíquico de las clases, mil veces peor que el de las sangres, los había teñido de una manera indeleble.

Del bienestar y la abundancia —el padre era un próspero despachante de aduanas, ex seminarista, ex juez, sensitivo y delicado—, la familia conoció la miseria de la noche a la mañana.

Hubo que abandonar el palco permanente en el teatro; las tertulias aristocráticas del Centro en que la madre cantaba al piano, al clavicordio o al arpa, donde era admirada por su belleza, donde sus gustos, su gracia inimitable y sus vestidos dictaminaban las preocupaciones de sus imitadoras. Hubo que vender la vajilla de plata peruana, la victoria, el tronco de caballos como cisnes; despedir uno a uno a los sirvientes. Uno solo quedó, el viejo, el fiel Gaspar. No había forma de que se fuera. Era una lapa en medio de la ruina. Lo llevaron al Asilo de Ancianos. Pero se fugó y volvió. Lo sacaron ahogado del pozo. Era así como se iba acabando todo. Sólo quedaban los recuerdos.

La hermosa voz de contralto de la mujer blanca y rubia, de azules ojos nostálgicos, dejó de entonar en su sala de costura sus trozos predilectos de ópera. Dejó de referir a los niños, casi como avergonzada, las fantásticas historias de unos nobles lusitanos que decía eran sus antepasados.

—Mamá —pedía el chico como siempre en el ruedo familiar de la noche. La habitación ya estaba vacía—, contanos la historia del caballo blanco del marqués de Castemelhor…

—No, no... —protestaba la hermana—. Ésa no. Mejor la historia de la copa de plata y del veneno. ¿Sí, mamita?

Los padres se miraban. Los ojos de ella se ponían primero pequeños, pequeños con una raja de luz azul entre párpado y párpado; después, húmedos, aunque sin lágrimas visibles para los chicos. Pero ya no había historias de marqueses, de caballos blancos, de copas con diminutas perlas envenenadas en el fondo. A lo sumo, la historia de la abuela residenta durante la guerra de la Triple Alianza, durante la ocupación de Asunción por los brasileños. Episodios de penurias, de abnegaciones sin límite, de sacrificios casi inconcebibles. «Hay que ir endureciendo a los chicos...».

Pero la heroica abuela del 70 resultaba para los chicos más remota y desvaída que el noble y prestigioso bisabuelo lusitano y seguían reclamando los enmudecidos relatos.

Hubo que liquidar todo, la casa también, e ir a un rancho de paja, en las afueras de la ciudad. Los chicos estaban muy contentos con el cambio.

Los pedregullos brillantes, el naranjal, los chicos rotosos de la vecindad, sucios y libres, llenos de cosas que ellos desconocían, eran, en verdad, una hermosa compensación. Ni siquiera los llantos silenciosos de la madre junto al fogón de ladrillos en uno de los aleros del rancho o junto a la batea del pozo lavando la ropa, manchaban la vida despreocupada de los chicos.

Vino la búsqueda desesperada de trabajo por el padre. Hasta que surgió aquella prometedora posibilidad en el Sur. Un ingenio, en alguna localidad lejana con nombre de pájaro, acababa de salir de un sangriento motín que había durado meses. Se hallaban reorganizando el personal. La oficina de Asunción los estaba reclutando. Pedía «hombres para los escritorios». Buen sueldo. Trabajo liviano en la administración. El padre se enganchó y se fue.

Pasó un año. El tercer hijo entretanto había nacido: la segunda mujercita. Ahora eran (a la madre aún se le escapaban los matices) «un varoncito y dos niñas». El varoncito tenía un hermoso destino. Se lo había pronosticado, todavía en los buenos tiempos, el famoso adivino alemán de la villa veraniega de San Bernardino. La niña se casaría bien, eso sí. Con respecto a la tercera, la madre nada sabía. Ojalá también la pobrecita tuviera buena suerte. Era la «hija del tiempo de la desgracia».

Pasó otro año. El ausente escribía siempre, muy satisfecho, aparentemente al menos, demorando el viaje de la esposa y de los hijos «hasta que la casa que me van a dar en la fábrica esté lista».

Por entonces los tres chicos fueron atacados por la tos convulsa maligna.

—Hay que sacarlos al campo de inmediato —aconsejó el médico—. No hay más que el cambio de aire para ellos. Llévelos cuanto antes. Las complicaciones son peligrosas.

El padre pasó un mes sin escribir. Ella, entonces, con el resto de un dinero y vendiendo su sortija de matrimonio, preparó el viaje. Una mañana temprano tomaron el tren. Alguien, un tío, quedó encargado de enviar un telegrama. El telegrama no llegó nunca. No fue despachado o no se lo entregaron. Con muchas cartas había sucedido lo mismo.

Bajaron en el cobertizo que hacía de estación en medio del campo. Había dos o tres personas. Pero el padre no estaba. El corazón de la mujer latió con violencia. Era tan fácil morir por esos lugares. «¡Dios mío, no…!».

—¿Podría decirme dónde queda la fábrica?

—Hacia allá. Depué del monte. Por esa carretera.

—¿Y… queda muy lejos?

—Una media legua mí. ¿Queré ver uté a alguno? —la cara oscura, bestial, se acercó a la mujer blanca y hermosa.

—Sí…, sí… —tartamudeó ella—. A mi esposo. Es empleado en el ingenio. Se llama Fernando Lara. ¿Lo conoce?

—¿Femando Lara? Ah, sí. Lo conozco. Ahí nomá lo va a encontrar. En el desmonte.

—¿En el desmonte? —volvió a preguntar con oscura agitación.

—Sí. Etán haciendo la terraplén para el devío. Lo va a ver al pasar. La carretera pasa por ahí. ¡Empleado! Ja… ja… —la risa del hombre sonó destemplada, insultante.

La mujer llevaba en brazos a la criatura más chica, de meses. Cargó como pudo las dos valijas del equipaje. Y se pusieron en camino bajo el ardiente, el desmesurado sol del mediodía.

Avanzaron por entre un viento compacto de polvo. El ataque les comenzó al unísono a los tres chicos. Se ahogaban. La tos acabó por tumbarlos, por aplastarlos contra la tierra blanda y espesa de la carretera que era como agua seca, aborrascada. Los dos chicos se hundieron en el río ceniciento. La madre los sacó como pudo a la orilla Ella también estaba irreconocible. Era una vieja, una mujer extraña, un pobre ser agonizante aunque todavía erguido en medio del polvo, del llanto de las criaturas, de la tos, de su propia desesperación.

Siguieron andando. Pasaron por una picada. Llegaron al desmonte. Había allí muchos hombres trabajando con picos y palas. Dejaron un rato el trabajo y los miraron al pasar. El espectáculo sería sin duda extraño para esos forzados. De pronto, uno de ellos se adelantó hacia la mujer y los tres chicos. Era un hombre cobrizo y esquelético, con el pecho y la espalda llagados por las quemaduras del sol y el desove de los insectos. Había llagas viejas y, nuevas sobre esa piel.

Cicatrices y arrugas y flamantes bocas purulentas. Tenía el brazo izquierdo vendado con trapos. El rostro no se le veía bien por el aludo sombrero de paja, sucio y sobado.

Ella le preguntó con una voz que no era la suya:

—¿Falta mucho todavía para la fábrica? Mis hijos se me están muriendo. Vengo en busca de mi esposo…

El hombre se acercó a la mujer y la abrazó con un abrazo largo y frenético, de náufrago que se prende a una tabla, de esclavo liberado, de animal que se va transformando en hombre.

Hasta que se volvió y repitió con ellos ese abrazo, los dos chicos no se dieron cuenta de que era su padre. La mujercita le dijo solamente:

—¡Robre papá, qué feo estás!

Pero de todos modos les costó perderle el miedo. Les volvió el acceso. El vestido claro de la mujer, oscuro por el polvo, quedó con una mancha rojiza sobre el hombro, en el mismo lugar en que el esposo había apoyado el rostro. Esa mancha podía sugerir la impresión de que el hombre había llorado sangre. Pero era solamente el rastro de una oreja devorada por la leishmaniosis.

A partir de entonces, sin embargo, todo empezó a ir mejor.

Dos años después, el peón pasó a ser empleado de la administración. Le dieron una casa sobre el río. El desnivel, las llagas, las tristezas, se fueron mitigando bastante. Sólo quedaba esa línea de fractura

imperceptible pero honda, esa costura maléfica e incurable, sobre todo en el chico, en el tejido de su destino personal. Pero la sombra de la negra todavía no había llegado.

Todo esto había ocurrido antes que ella. De modo que ella misma iba a ser también, cuando llegara, sólo una consecuencia, un eslabón más.

Antes que ella llegó el perro. El mismo chico lo llamó «Laurel» porque sonaba bien y, además, porque tenía el color verdeoscuro, metálico, lunado, del laurel.

3

Después llegó ella. Primero venía a lavar la ropa algunos días a la semana. El chico la acompañaba a la playa. Después quedó en la casa como cocinera cuando pudieron pagarle unos pesos además de la comida y del techo.

Lo fascinó en seguida.

Dormía en una piecita contigua al cuarto del chico, sobre una estera. Algunas veces venía a su cama antes de acostarse, y le contaba extraños cuentos de horror que lo dejaban temblando y le impedían conciliar el sueño hasta el amanecer.

Casi siempre eran crímenes, estupros violentos, hechos de obsesión y de muerte, fatídicas persecuciones en la selva, fantasmagorías delirantes. Los relataba con un tono tranquilo y

monótono que acentuaba el horror. Parecía que al referirlos disfrutaba en secreto de una apacible delicia. Pero no los refería a nadie más que a él. La hermanita, por ejemplo, no consiguió nunca arrancarle el más escuálido relato. Daba la impresión de que la odiaba un poco; de que odiaba a los padres, aun a la más chica.

Sólo a él lo amaba a su modo.

Sus visitas nocturnas lo turbaban hasta el hueso. Las aguardaba azogado, sin más voluntad que la de entregarse como cera virgen a la combustión de ese fuego negro, dulce y salvaje.

Su rostro caía sobre él en la oscuridad como el de una lechuza sombría. Veía sus ojos clavados en él, o girar lentamente hacia arriba en un movimiento blanco y brillante de pescado. Entonces el morro moreno se entreabría y dejaba caer sobre él su aliento cálido y oloroso a tabaco, a resinas, su voz impasible, su desenfrenada pasión.

De los cuentos musitados en voz baja, como el bisbiseo membranoso del ala de un insecto, pasó a las caricias. El chico empezó a no saber qué le turbaba más: si esa voz, parecida a un escarabajo negro, manipulando el horror con una fruición indecible, o esa mano rugosa y afelpada que llegaba a las zonas más íntimas de su naciente adolescencia como un bicho caliente y misterioso. Destilando sueño y sed. Un sueño desconocido e invencible. Una sed desconocida y abrasadora, que, una vez que llegara a despertarse del todo, sería insaciable.

La negra menudeó sus visitas. Fue prolongándolas cada vez.

Una noche se deslizó en la cama a su lado. Lo alzó en vilo y lo depositó en una cueva blanda y tibia, palpitante, oscilante, en la que tuvo la sensación de caer, de caer vertiginosamente. Las manos de la negra empujaron, empujaron… La puerta de la vida se había abierto de golpe ante los deslumbrados doce años del chico. Pero él aún no lo sabía porque se había quedado dormido en el umbral.

Ya no lo dejó del brazo. Su inventiva era ilimitada, como su cautela y su astucia. Nadie en la casa lo vio. Nadie presintió nada. Sus ritos eran secretos, sepulcrales. Probablemente sobre el rostro del chico aparecerían signos, estigmas, reflejos violáceos del fuego de la noche. Pero nadie supuso la causa ni indagó su origen.

En noches subsiguientes trajo una botella de caña y le obligó a beber con ella. Alternaban los tragos. Después ella tomaba buches gordos y se los instilaba con sus gruesos belfos alargados en forma de embudo, hasta que el chico no podía más y vomitaba el líquido ardiente.

Después se vino con el paquete de cigarrillos.

—Mañana, en el monte, por la siesta. Donde nadie te vea… —con la boca pegada a la almohada, a la piel del chico.

—¿Por qué no ahora?

—Ahora no... Por el humo. Nos pueden descubrir.

—¡Ah!

—Andate a pescar como siempre. En la otra curva del río. Hacia Paso Aguirre. Bajo el timbó grande. En el tacuaral.

—¡Ahá...!

4

Y ahora el hombre, después de los años, no recuerda sino alguno que otro chorro de sol, detrás de la piel negra, y su infancia destruida entre un río lleno de olitas brillantes y los oscuros cañaverales poblados de

rumores. Algo así como el latido fantasma de alguna caries olvidada. Punzadas que resurgen y se extinguen. No ya el dolor precisamente, sino el recuerdo del dolor.

Ve a un chico tumbado junto a un árbol, entre las tacuaras. Muerto, o casi muerto. Un paquete de cigarrillos a medio consumir, apretado entre sus manos amarillas. La etiqueta verde con el máuser pintado a través. Un signo demasiado burdo, incongruente, distorsionando el reflujo de las otras imágenes; porque, bien, sí, es esa violencia; pero es también otra violencia, la que él ve surgir como la mancha de un mercurio negro en los tallos, en los troncos, en los hombres. Savia como sangre. Sangre como plomo quemado.

Ve también al lado del chico a un perro, verdeoscuro, metálico, lunado, ladrando sin cesar, con desesperado coraje, erizado de miedo y valor.

Ladra contra algo en la maleza. Una víbora repta hacia el cuerpo inanimado del chico. Es una víbora de coral. Un trazo suelto y ondulante, rojizo, tornasolado, que lleva a la muerte sobre la diminuta y trémula cabeza triangular de la que entra y sale la lengua como un pelo de acero.

Ve la lucha del perro con la víbora. Las dentelladas furiosas. La pequeña saeta ponzoñosa incrustándose en la pata del perro. La víbora destrozada en dos por los dientes del perro. Los dos pedazos al fin inmóviles. Ve al perro moribundo arrastrarse hacia la casa, hacia la desesperación de los que buscan, llamándolos con sus ladridos con sus plañidos casi humanos, conduciéndolos después hacia el chico muerto o dormido en medio del monte, junto al río.

Ve al tiempo huir y al espacio achicarse en tomo al cadáver de un perro pudriéndose a la intemperie entre la maleza, en torno al cadáver de una negra colgando ahorcada de una viga llena de humo. Lo entrevé todo a través de la fiebre, de los gritos, del sueño.

Y sus recuerdos son como copias que va tirando de una plancha inmutable. Nada más que algunas estrías luminosas sobre el fondo sombrío.

Regreso

El resplandor del fuego destacaba el torso enflaquecido pero bien formado de José de la Cruz Godoy. Sus brazos largos se movían incansablemente arrojando leña a las hornallas de la caldera. El hambre y las penurias de cinco años de aventuras por las costas apenas habían conseguido demacrar ese rostro de expresión todavía infantil, en el que los ojos rasgados y oscuros brillaban voluntariosamente. El sudor, al aceitarlo, suavizaba las firmes facciones: el mentón partido al medio, la boca grande, el labio superior delgado y pálido, la nariz afilada y ligeramente aguileña con las aletas palpitantes por la agitada respiración, los pómulos muy marcados, la frente algo inclinada hacia atrás bajo el pelo negro y enmarañado. Una gracia fuerte y elástica de animal joven vibraba en su cuerpo adolescente. El pantalón de sarga a rayas y muy ajustado se pegaba con el sudor a las piernas nervudas. La cintura ceñida fuertemente por una faja india era de una delgadez asombrosa. Lacú Godoy no tendría más de quince años, pero su piel había envejecido más rápidamente que él. El sol del tórrido Norte y las fiebres la habían vuelto mate y terrosa. Al girar y agacharse para recoger la leña, el fuego mostraba en el pecho, en la espalda y hasta el cuello largo y flaco las huellas de las correrías del muchacho: lamparones oscuros que los contramaestres del cabotaje y los espinos y capataces del Chaco habían ido estampando en ese pergamino vivo. El compañero, en cambio, era endeble y raquítico. De la misma edad que él, parecía sin embargo más viejo y, al mismo tiempo, más niño. Tenía el pecho hundido y las espaldas cargadas, los ojos apagados y tristes, llenos de pasividad y resignación. Era flaco y larguirucho, parecido a una lombriz; por eso se le llamaba Sevo'í. No se le conocía otro nombre. Tal vez ni él mismo se acordaba ya del verdadero. Era uno de esos seres cenicientos que pasan por la vida como una leve ráfaga anónima. Una gota humana resbalando sobre el filo de un cuchillo.

Sevo'í no tenía pantalón de sarga ni faja india. Sus piernas flotaban en una especie de calzoncillo de lienzo, desecho de algún peón obrajero, demasiado grande para él; una camiseta rotosa de la misma tela le cubría el pecho. Apenas podía con el trabajo y se interrumpía a menudo para toser. En los descuidos del cabo foguista, Lacú lo ayudaba y trataba de animarlo con sus gestos y palabras.

La cantidad de leña que el cabo les había asignado fue mermando poco a poco. Después de unas tres horas de trabajo, Lacú arrojó al fuego el último trozo y se restañó el sudor con las manos.

Sevo'í se dejó caer sobre una pila de leña a medio terminar. Por entre el estrépito de las máquinas surgió la voz bronca y estropajosa del cabo:

—Ahora vayan a refrescarse afuera. Estamos por llegar a Antequera y allí, sobre la barranca, nos espera una buena partida de rajas que tenemos que cargar al barco.

Los dos muchachos empezaron a trepar por la escalera de hierro. Lacú hizo que Sevo'í subiera primero. Siempre trataba de resguardarlo, de ponerse entre él y los demás. El viaje se estaba poniendo muy duro.

El cabo foguista arrojó al fuego con un fuerte chasquido el tabaco que mascaba, se pasó el dorso de la mano por la boca y prosiguió con evidente satisfacción:

—Ustedes dos trabajarán en el agua. Para eso son los «invitados de honor».

Los otros dos fogoneros, negros de hollín y barbudos, celebraron con adulonería la ocurrencia del jefe.

—Ko'ä mita'í tarová… —dijo uno de ellos moviendo la cabeza sin el menor dejo de emoción en las palabras.

Lacú tocó con los dedos el talón de su compañero que se había detenido en mitad de la escalera y lo urgió a subir con un gesto.

La voz del cabo les llegó aún desde abajo:

—Quedate por ahí cerca, aña membî-cuera… No te vayan a dormir. ¡Y cuidado, pendejo, de meterte ustedes con lo' prisionero!

Una bocanada de aire fresco, casi helado para ellos que salían de una temperatura de horno, les golpeó primero el rostro, luego el torso chorreante de sudor, por entre los guiñapos. Salieron y se tendieron cerca de la escotilla, para poder oír los gritos del foguista, por si acaso. Sevo'í se estremeció de pies a cabeza en el hálito frío de la noche. Tenía la blusa abajo, junto con la de Lacú, entre la leña. Pero prefirió sufrir el fresco relente a bajar a buscarla y encontrarse con el cabo.

Lacú se tumbó boca arriba. Más que por el trabajo, se sentía molido por los coscorrones y las patadas del cabo. El hambre también le punzaba sordamente el estómago. Sevo'í estaba aplastado por todas estas cosas juntas. Así venían viajando desde Puerto Guaraní; era el precio del pasaje hasta Asunción. Lacú era ducho en esta clase de viajes; le habían permitido conocer casi todo el litoral del Alto Paraguay, yendo de puerto en puerto en los barcos de cabotaje. Se deslizaba en ellos de cualquier manera; sus recuerdos eran ilimitados. Quería y sabía andar de un lado a otro. Si le descubrían ofrecía «pagar su viaje» abajo, cargando leña en las hornallas, o bien se arrojaba al río para ganar la orilla y esperar otro barco en que tuviera «más suerte». Eran cosas que

las decidía al momento, a golpes de súbita inspiración. Pero ahora lo tenía a su lado a Sevo'í y debía cuidarlo y protegerlo.

Lacú recordaba sobre todo uno de estos viajes. Había subido en Concepción en un barco de carga de bandera brasileña. Lo descubrieron en seguida y lo llevaron a presencia del comisario, un hombre gordo y bestial, de típicos rasgos mulatos. Le extrañó que el comisario lo tratara con una suavidad que era inconcebible en esta clase de gente. Le hizo algunas preguntas y despidió al contramaestre:

—Deixa o rapai, Afranio. Eu quero jalar com ele.

El contramaestre miró de reojo al muchacho, sonrió maliciosamente y se alejó. Lacú no quería salir de su asombro. Jamás había comenzado un viaje con una «suerte» semejante. Estuvo sentado toda la tarde en el camarote del comisario que revisaba y anotaba sus planillas mirándolo de tanto en tanto fijamente con los ojos inyectados en sangre.

A la noche, Lacú tuvo que escaparse del camarote del comisario y arrojarse al agua dando un gran salto sobre la borda.

Fue el primer fracaso. Desde entonces se volvió más precavido, sin perder su optimismo y su voluntad de aventuras. Sabía que no toda la gente era así. Él se había alejado de su casa a los once años para «descubrir el mundo»; pero ésa y sucesivas experiencias lo pusieron en camino de descubrir que en el mundo no hay nada peor que la maldad humana. De todos modos no quería darse por vencido.

Siempre iba a tener ejemplos incomparables en que apoyar su confianza en los otros: el de su madre, el de su hermano Pedro, el de este mismo Sevo'í, que tosía a su lado; una pobre cosa sufrida y doliente, harapienta, casi inútil, pero también un ser humano infinitamente puro y poderoso en su misma bondad natural. Eso era lo que nada ni nadie, ni siquiera la muerte, iba a poder destruir. Porque lo mejor de cada uno, pensaba en ese momento con los brazos bajo la nuca y los ojos clavados en las fijas estrellas, tiene que reunirse y sobrevivir de alguna manera en lo mejor de los demás, a través del temor, del odio, de las dificultades y de la misma muerte…

Había visto mucho y estaba seguro de que era así, pese a las momentáneas desilusiones.

Pensó con emoción en su casita de Asunción, situada detrás de la estación del ferrocarril. Cerró los ojos y le pareció aspirar el perfume del jazmín que trepaba por la ventana de la calle. Pensó emocionado en su madre a quien la miseria y la desgracia no le habían hecho perder su lealtad a la vida, su serenidad imperturbable. Pensó deslumbrado en su hermano Pedro, alto, joven, gallardo, embutido en su uniforme azul de cadete de la Escuela Militar. Lo volvía a ver en las mañanas de los domingos atravesando con paso elástico y marcial el barrio casi indigente

donde vivían, seguido desde las ventanas por las miradas codiciosas de las muchachas. La figura de Pedro era casi un espejismo, flotando sobre esa calle malamente empedrada, avanzando bizarramente a lo largo de la acera de casas bajas y manchadas por la pobreza. Abría la puerta y…

—¡Mamá…, Lacucito! ¿Dónde pikó están?

La casita entera se llenaba de resplandor de ese uniforme azul con vivos y guarniciones anaranjadas y de la risa franca y sonora del cadete. Se sacaba el yatagán y lo dejaba a Lacú tenerlo un momento. Los diez años del chico temblaban con el peso misterioso del espadín, mientras Pedro se lavaba la cara en una palangana con el agua fresca del pozo.

Pedro también era bueno. Era un poco petulante, pagado de sí mismo, consciente de su irresistible atractivo tal vez; pero no era superficial, ni tonto ni egoísta. Pedro era capaz, en un momento dado, de llegar al mayor de los heroísmos con una sonrisa en los labios Así había muerto también el padre —a quien Lacú no llegó a conocer— en otra guerra civil, conquistando el ascenso póstumo a capitán. El episodio era memorable: el teniente Godoy había llenado de bombas el ténder de una locomotora y tripulándola él mismo la lanzó contra las líneas enemigas en un raid suicida que dio a los revolucionarios su única victoria.

Pedro era consciente de esa responsabilidad y sentía en su sangre y en su sensibilidad la obligación de ser digno del legado de dignidad y coraje de su padre.

Pero ese uniforme azul y dorado resplandecía excesivamente en la casita, tanto como era excluyente la personalidad de Pedro. A los once años, Lacú, el pequeño pero animoso José de la Cruz Godoy, sintió él también la necesidad imperiosa de hacer algo más que mirar el mundo desde «bajo las polleras de mamá» —como le decía Pedro—. Partió.

Mejor dicho, se fugó. Y no estaba arrepentido. Lo que había visto le compensaba con creces los sacrificios sufridos. Había aprendido mucho. Como si hubiera leído de golpe todos los librotes de Pedro. Y eran lecciones frescas, inolvidables.

Además, le traía a su madre un opulento regalo: un billete de cien patacones cosido con grandes hilvanes en uno de los pliegues de su blusa. No iba a llegar a su casa con las manos vacías. Y también le llevaba otro hijo, el dulce, el manso Sevo'í.

—Mamá Ira te cuidará bien —le dijo en un susurro.

Y pronto te curarás. Vas a tomar manté mucha leche caliente y comer so'ó todo' lo día. Mamá ko sabe hacer una mazamorra muy rica.

—¿Seguro pikó, Lacú, que tu mamá me recibirá bien?

—Seguro. Por eso te llevo.

—Pero…

—Sevo’í, oíme bien; sos nikó mi hermano, ¿sí o no?

—Sí… —dijo, y ahogó su tos aplastando su boca contra la plancha del puente.

—No tenés mamá, ¿no es así?

—No, Lacú; yo soy solamente un guacho.

—No; un guacho, no. Sos mi hermano y si yo tengo mi mamá, esa mamá también es tuya. ¿Nda upeichai-pa?

—Jhëe, pero yo ko soy un inútil, un enfermo.

—Despué que te sane, me ayudará. Trabajaremo ko en cualquier cosa. En Asunción hay mucho que hacer; no es como en el obraje… Lo único que me preocupa —dijo después de una pausa y el tono de su voz se hizo más profundo— es Pegro.

—¿Habrá combatido? A lo mejor…

—Claro. Él e’ oficial. Se habrá recibido hace tiempo.

—No le habrá pasado nada, Lacú. Mucho se salvan en la’ revolucione. No todo mueren…

—Pegro fue siempre muy corajudo. Le gusta el peligro… como a mí. Así ko era papá —y la voz de Lacú tembló con cierto orgullo varonil.

—Estoy seguro de que vive —dijo lentamente Sevo’í, pero con una gran convicción.

—¿Cómo pikó sabe?

—Aquí… —dijo, se incorporó un poco y se tocó el pecho—. Quiero que el hermano de mi hermano viva…

La emoción anuló la voz en la garganta de Lacú. Extendió la mano y oprimió fuertemente la mano de Sevo’í. Le pareció de pronto imposible que pudiera estar conversando de estos temas en el puente de un barco, rumbo a Asunción. El recuerdo del reciente pasado se abatió sobre él.

Recordó que había saltado del barco brasileño frente a la zona de los grandes obrajes del Chaco. La terrible vorágine del tanino lo absorbió como a una partícula de polvo. Atravesó capas y capas de sufrimiento humano. Y encontró que la gente más martirizada era la más buena y noble. Pero encontró también que esta bondad y esta nobleza estaban tan degradadas y envilecidas que eran una cosa inútil y que, a menos que se rebelaran violentamente, seguirían siendo siempre una cosa inútil.

Lacú Godoy llegó hasta las tolderías de los indios y volvió. Si pudo escapar fue sólo porque tenía quince años; porque era una partícula volandera de polvo en el polvo eterno del Chaco. Los demás, no. Los demás eran ya gotas humanas mineralizadas, adheridas para siempre al fondo de ese inmenso caldero de tierra en que el tanino hervía lentamente con los hombres, fundidos en un caldo rojo y espeso que los contratistas, los capataces y los capangas revolvían sin cesar con sus «teyú-ruguai», sus parabellums y sus whinchesters. Tenía incrustada en los ojos esa

visión terrible mezclada a la otra visión: la del paisaje maravilloso y desolado cuya belleza no podía entender.

En un obraje de Puerto Guaraní conoció al guacho Sevo'í y se prometió a sí mismo salvarlo. Tenía que esforzarse en no perder su esperanza en la gente. Y todo lo que traía de cinco años de peregrinaje por la estepa calcinada del Chaco era ese billete cosido a su blusa, los tremendos recuerdos y ese muchachito tísico a quien deseaba salvar a toda costa. No sabía qué le esperaba, pero estaba seguro de que nada de lo que encontrase iba a ser peor de lo que acababa de dejar.

Un levantamiento armado sorprendió a los dos amigos en Puerto Guaraní. El obraje se despobló en seguida, pese a los esfuerzos que pusieron los capataces para impedir la fuga de los hombres. Ellos sabían que no podían esperar nada bueno del triunfo del movimiento. Pero la peonada se sublevó allí también y triunfó, acudiendo a incorporarse a la otra sublevación que fue ahogada en sangre.

Desde las guarniciones costeras del Norte, los transportes de carga bajaban abarrotados de prisioneros. El «Manduvirá», en el que viajaban Lacú y Sevo'í, era uno de ellos. Desde donde estaban, podían ver la masa oscura de prisioneros agitándose apelotonados en la bodega y podían oír confusamente los ayes de los heridos y enfermos para los cuales no había, no podía haber, ninguna clase de auxilio. También la sed hacía estragos en ese cargamento humano que había sobrevivido a su derrota para morir lentamente de una muerte diez veces más horrible que la que habían dejado atrás.

La abertura de la bodega quedaba exactamente debajo de la escotilla donde estaban tendidos los dos muchachos. Salió la lima y en seguida el viento amainó. Entonces se pudo distinguir mejor a los prisioneros y oír más claramente sus sordas quejas. Dos o tres soldados sentados en el borde de la bodega montaban guardia con ametralladoras livianas sobre las rodillas. Se escuchaban también sus intermitentes insultos. De vez en cuando escupían con sorna sobre los prisioneros que no cesaban de pedir agua con un clamor ronco y suplicante.

Lacú y Sevo'í sintieron que ese clamor les mordía la carne. ¿Cómo poder ayudar a esos infelices que iban muriendo de sed? La luna brillaba claramente en el cielo. Se veían las livianas caras de los prisioneros y en la estela del barco un agitado rebullir de fosforescentes escamas. Los centinelas fumaban tranquilamente; se veía subir el humo de sus cigarros en pequeñas columnas casi verticales. El caño pavonado de las automáticas oscilaba como un dedo negro sobre las cabezas de la bodega. En ese momento Sevo'í tuvo un acceso de tos más prolongado que los anteriores. Sus nervios le estaban traicionando. Lacú volvió a sisear:

—Voy a traerte mba'é tu blusa… Eto ko te va a hacer mal. O mejor bajamo…

—No, Lacú. Vamo' a ayudar na a esos…

—¿Cómo…?

Sevo'í hizo un gesto con la cabeza mostrando el cielo; después giró lentamente el busto y repitió el ademán. Lacú comprendió en el acto lo que su compañero le quería decir: arriba, la luna avanzaba velozmente hacia una gran masa de nubes que la iba a ocultar muy pronto durante bastante tiempo; abajo, detrás de un rollo de cuerdas, había una lata de aceite vacía. La peligrosa operación de proveer agua a los prisioneros podía ser intentada con muchas probabilidades de éxito, toda vez que no sobrevinieran complicaciones. Lacú realizó los preparativos con insuperable eficacia.

Cuando las escamas plateadas se apagaron detrás del barco, la lata vacía se hundió en el agua, amarrada al extremo de la cuerda que Lacú comenzó a manipular suavemente. Por fortuna, también el viento volvió a soplar con alguna fuerza en los respiraderos, los palos de las grúas y haciendo oscilar los cables con un chirrido que ponía a cubierto a Lacú de cualquier ruido sospechoso.

Éste izó con éxito el recipiente y lo hizo llegar hasta la bodega. Lacú temió que este primer balde providencial de agua provocara un desorden entre los prisioneros. Pero no sucedió así. El instinto de conservación es asombroso. Los guardianes quedaron perfectamente ajenos a esta lata que subía y bajaba a pocos metros de sus barbas. El propio Sevo'í apenas podía distinguir los despaciosos movimientos de su compañero que siguió llenando incansablemente la lata en el río y pasándola a los prisioneros hasta que la luna reapareció del macizo de nubes que la había ocultado.

Fue también afortunado que Lacú no bajara a la sala de máquinas en busca de la andrajosa blusa de Sevo'í y se pusiera en cambio a dar de beber a los prisioneros. Si hubiera bajado, probablemente habría tenido que pelear con tres hombres y éstos lo habrían matado y después arrojado al agua. Por esos días el río bajaba lleno de cadáveres aureolados por cardúmenes de pirañas. Nadie excepto Sevo'í hubiera notado su desaparición.

Felizmente no miró por la escotilla; se hallaba muy atareado y embebido en su operación. Pero Sevo'í miró sin querer, en un momento en que se había incorporado para toser, y vio en manos del cabo foguista la blusa de Lacú. Vio después que sacaba un cuchillo de entre su faja negra y descosía con él los pliegues de la blusa. Lo último que alcanzó a ver en manos del cabo fue el billete de cien patacones que Lacú llevaba a su madre. Creyó que se iba a desmayar. Volvió a aplastar su cara contra la plancha al tiempo que grandes lágrimas silenciosas caían de sus ojos.

«¿Por qué..., por qué...?», gimió para sí mismo Sevo'í, mientras sus puños golpeaban impotentes y sin ruido sobre la plancha de hierro. La luna brillaba impasible en el cielo. Abajo, en la bodega, el grumo apelmazado de los prisioneros se removía apenas. Lacú se dejó caer como una sombra al lado de su compañero y el murmullo de su voz que el guaraní hacía casi musical volvió a decir:

—¿Rejhendupa, Sevo'í? Ahora se oye meno.

—Jhëe...

—Pero ¿qué pikó te pasa? ¿Estás llorando?

—No, Lacú; e' por el esfuerzo de toser nomá... —pero se cuidó muy bien de contarle lo que había visto.

A lo lejos, hacia el este, en un recodo del río se vio brillar una lucecita: era Antequera. Desde la timonera, cuyo farol verde parecía una luciérnaga suspendida en el aire siempre en el mismo sitio, partieron voces que el viento desdibujó. A proa se encendió un farol rojo; un cabrestante empezó a chirriar.

—Mañana, al amanecer, etaremo en Asunción. Tomaremo en casa un güen desayuno...

Sevo'í no contestó. Se había dormido.

Un soldado los ahuyentó con la culata de su máuser.

—¡Retirarse! Aquí no se puede entrar.

—Es mi casa... —dijo Lacú algo intimidado por la actitud del guardia.

—Entonces nde aveí rë'í va'érá mö'á cárcel pe, mita'í...

—¿Por qué? Yo no he hecho nada malo.

—A todos los traidores hay que meterlos en la cárcel y pegarles cuatro balazos.

—Yo acabo de llegar... He estado en el Norte... Hace cinco años...

El guardia pareció suavizarse. Miró fijamente a Lacú que parpadeaba incrédulo en la penumbra rosada del amanecer.

—El teniente Godoy, ¿es tu hermano, por casualidad?

—Sí, e' mi hermano —respondió Lacú con cierto orgullo. Pensó en su hermano como en una fórmula mágica que podía cambiar de un golpe la situación—. ¡Yo soy el hermano del teniente Godoy! —volvió a repetir imprimiendo autoridad a sus palabras.

El soldado no se cuadró ni mucho menos. Sonrió con sorna, con perversa malicia, cuando le dijo:

—Llegaste justo, mita'í para ver lo que es bueno. Si querés divertirte un poco andá ahora mismo al Bajo del Cabildo.

—Voy a entrar un momento a ver a mamá...

—Tu mamá no está aquí. Anda al Bajo, te digo. Total, aquí no se puede entrar. Esta casa ahora es del gobierno —los ahuyentó amagándoles nuevamente varios culatazos, mientras un sádico destello empañaba sus ojos sucios de mestizo.

Detrás de Lacú, como un sonámbulo, Sevo'í miraba la casa que su amigo le había descrito tantas veces. Todo estaba ahí; la pared blanca de adobe colonial, la enredadera de jazmines en la reja de la ventana, la puerta verde y baja... Pero había algo que Lacú no le había explicado, y ese algo se resistía a entrar en sus ojos que el cansancio y la fiebre habían empujado al fondo de las cuencas. No sabía qué era. Pero estaba allí y era lo más importante de todo. Tal vez el soldado, las palabras del soldado; algo que envenenaba el penetrante aroma de los jazmines y manchaba el alba que se iba extendiendo sobre la ciudad destrozada y silenciosa.

Anduvieron sin ruido sobre las piedras, como si ellos también formaran parte del silencio que se adensaba a lo largo de esas calles y flotaba contra las puertas cerradas o sobre las paredes desmoronadas por los cañonazos. Lacú iba delante con una prisa desasosegada y oscura.

Pronto llegaron al Bajo. El soldado no había mentido. Allí abajo se preparaba algo; había mucha gente reunida y un pelotón de soldados en formación. Lacú tomó de la mano a Sevo'í y lo empezó a llevar casi a rastras. Fueron avanzando sobre la barranca de tosca rojiza que rodea al Bajo como una herradura.

A lo lejos el agua de la bahía semejaba una chapa de cobre bruñido, levemente tornasolada.

El reloj de la Catedral dio las seis. Las campanadas se extendieron sonoras sobre el espejo de cobre, vibraron con rumor ondulante sobre las cabezas de los muchachos.

Se detuvieron en un sitio desde donde podrían ver lo que estaba pasando abajo, pero Sevo'í se dejó caer de bruces sobre unos yuyos, aplastando como de costumbre su boca contra el suelo. Delante de él, Lacú con las manos puestas sobre los ojos como viseras observaba fijamente el Bajo. Se oían órdenes militares, los alaridos de una mujer, el rumor de la multitud extrañamente inmóvil. Lacú habló atropelladamente, sin volver el rostro:

—Le han arrancado el sable... Un oficial lo rompe ahora contra sus rodillas... Arroja al suelo los pedazos... Ahora le arrancan las presillas..., el correaje..., la chaqueta... Sevo'í, parece que van... Parece que van a fusilar a un hombre.

Sevo'í levanta los ojos. Hace rato que sabe lo que va a ocurrir. Lo supo de pronto con un dolor mucho más agudo que los anteriores, como si una telita muy delgada se le hubiera rasgado alrededor del corazón. Por eso se tiró de bruces. Para no ver...

Contra la claridad del amanecer mira recortarse la firme y flexible silueta de su amigo, de este amigo que lo ha traído de tan lejos para vivir. Como si la solidaridad de dos seres puros e inocentes tan sólo bastara para anular la violencia y el horror. Ve

su blusa que el viento agita, se ve el doblez descosido por el cuchillo del foguista. Recuerda todo en un instante: lo que ha sucedido y lo que va a suceder. Y el peso de todo esto es tan enorme que lo hace cabecear y quedar de bruces nuevamente.

El alarido se hace más agudo. Lacú ve a una mujer de luto que se arrastra a los pies de un jefe militar alto y obeso lleno de entorchados. Se abraza a sus pies y le pide clemencia para el hijo que van a fusilar. El jefe la aparta violentamente con el pie y levanta la mano al oficial que manda el pelotón. Al hombre en camisa lo han puesto de espaldas contra un montículo de tierra. Tiene vendados los ojos.

El oficial grita: «¡Preparen…!». A Lacú le golpea enloquecidamente el corazón. Ha visto morir a los hombres, pero esta forma de matar a un hombre en lo que parece una fiesta le impresiona singularmente, le subleva íntimamente, El oficial grita: «¡Apunten…!». Entonces el hombre se arranca la venda de los ojos, de un manotazo se rasga la camisa y golpeándose el pecho con el puño, grita a su vez. La voz llega nítida y conocida a los oídos de Lacú:

—¡Disparen aquí, cobardes…! ¡Adiós, mamá…! ¡Viva el Paraguay…!

Cuando llegó a Lacú el grito estentóreo de su hermano, la descarga cerrada del pelotón se anuda a su última palabra. Por un instante todavía ve el pecho desnudo de su hermano, bronceado por la luz creciente del alba. Después lo ve desplumarse como un muñeco, mientras él se precipita hacia el Bajo por entre las hendiduras de la barranca.

Sólo Sevo'í permanece tranquilo sobre los yuyos, con los ojos abiertos, inmóvil y apacible, como si flotara fuera del mundo. Un segundo antes de dispararse por los fusiles del pelotón la descarga también lo ha fulminado a él.

Tiene los puños cerrados sobre la tosca rojiza. Y su actitud es como si recordara.

Galopa en dos tiempos

1

El hombre apenas reconoció el lugar. Todo estaba cambiado. Parecía otro barrio con el mismo nombre de antaño. Se lo podía leer en todos los letreros. Fue leyendo algunos: «Gran cine de Dos Bocas», «El Chic de Dos Bocas», casimires finos, «Club Guaraní», «Kabuffeti y Espíndola».

—«Frutos del País». Le guiñaban al pasar los nervios verdes y rojos de neón.

La vieja calle de tierra había crecido y se había transformado en una ancha avenida de macadán. A los lados se escalonaban las casas: chalets que a toda costa querían ser modernos y eran solamente ridículos y chillones con sus tics de mal gusto petrificados en la mampostería; galpones de cinc, cobertizos de todos tamaños, una estación de servicio iluminada «al giorno».

Donde antes había un gran potrero lleno de mangos y piñales, se levantaba ahora una cancha de fútbol. Por encima del cerco de ladrillos y el frontón del mismo estilo que los chalets se alcanzaba a ver una parte de las galerías esfumadas en la sombra. El cine estaba donde antes había estado la verdulería y carnicería de unos italianos.

Precisamente porque se habían perdido recordaba estos detalles con precisa nitidez.

En seguida empezaban los puestos con venta de refrescos, golosinas y cigarrillos, los «bares» al aire libre, que no eran más que boliches a la intemperie con las sucias mesitas esparcidas bajo las parraleras. Todos estaban abarrotados de gente. Prácticamente, la galopa comenzaba allí. Eran las primeras ramificaciones del jolgorio nocturno. El barrio engallardetado se hallaba hirviendo con los remolinos de la multitud, la música de los altoparlantes, los gritos de los buhoneros y las bocinas de los vehículos.

A un costado, entre los árboles, la lona de un circo se movía en el viento. Por ahí andaría el centro de la «función». Alrededor de una pequeña plazoleta giraban dos o tres calesitas atascadas de chicos. Entre el litigio machuno del truco, el rumor de las botellas pescadas con aros, el vivo entrechocar de los bolos, subía la monótona y ronca cantinela de los encargados de juegos. Loteros barbudos y sudorosos, saperos, talladores de monte y siete y medio real, de chica y grande. Arribeños oscuros de doctas y febriles manos, con billetes arrugados detrás de las orejas, los ojos astutos, inyectados en sangre. Muecines de un rezo lúgubre apañaban los distintos ritos menores de la fiesta, con el mismo lenguaje y el mismo tono de fulleros errantes.

Igual que antes pero también diferente. Había mucha más gente, pero no había banda. Ahora bastaban los altoparlantes. La misma música cavernosa y metálica surgía de muchas bocas a la vez. Hasta las calesitas giraban con altoparlantes.

2

Recordaba otra galopa, de quince años atrás. En ese mismo lugar. Con una mujer. Con Rosa. La había conocido precisamente allí, en una kermesse igual a ésta, a la que él había caído como ahora, sin saber por qué.

Ella salía con una amiga de la tienda de una pruebera. Salía hermosa y alegre. El futuro reflejado en los naipes roñosos de la adivina le había puesto en el rostro un baño radiante, como si le hubiera untado la cara con polvo de luciérnagas machacadas. Así era. Un resplandor verde y trémulo, viviente, como sus ojos, cuando dijo:

—¡Ay, disculpe, señor!

Ella salía, él pasaba. El encontronazo los unió para siempre. No para siempre, en realidad. Solamente por una eternidad corta y desesperada que empezaba en ese momento, en los dieciocho años de ella, ingenuos, juguetones, ávidos; en los treinta sombríos de él. En la noche de un día que habría sido mejor que no existiera.

La otra se fue en seguida. Estaba oscuramente desanimada. A ella, por lo visto, no la habían favorecido las barajas zahoríes de la vieja. Rosa y él se sumergieron en el humor del jolgorio; de un jolgorio en las orillas, que había crecido en quince años, al cabo de los cuales él estaba todavía allí, pero solo, sin ella, recordando fragmentos de un tonto diálogo en cuyas frases él apenas se reconocía.

—Entonces, ese hombre del cual le habló la vieja soy yo…

—Sí…; trigueño, cabello oscuro y ondulado como el suyo. Los ojos también. ¿Y qué edad tiene usted?

—¿No le dijo treinta años, la vieja?

—Sí, de veras… Eso me dijo.

—¿No ve que soy yo? ¿Y qué más le dijo?

—Que nos casaríamos, que haríamos un largo viaje.

—¿Y eso nomás? —la voz del hombre seguía, insinuante, obstinada, dominadora.

—También que…

—Sí, diga.

—También que tendríamos muchos hijos y que seríamos muy felices.

—¡Como si nada! Y aquí nomás, a la salida, ese hombre ya la estaba esperando. ¿Qué me dice? Esa adivina vale oro.

Ella rió desdoblada entre la dicha y el temor. Él le palpó las frescas redondeces con los ojos sombríos. Entonces ella bajó los

suyos y se dejó conducir del brazo por entre la algarabía ensordecedora, como en un sueño. El cuerpo, el corazón sonámbulo, la cabeza ligeramente ladeada hacia el desconocido que la suerte había puesto en su camino.

Sentía bajo la presión de su mano el vértigo latiente de la muchacha, la sumisión medrosa y al mismo tiempo ansiosa de su sangre, apegándola a él, entregándosela poco a poco.

El bullicio se fue apagando. La luz también. Era ahora un caminito sinuoso entre los yuyos. Ya se podía sentir la estridulación finita de los grillos, ardiendo en la oscuridad. Tenues hilos de plata sobre el rumor lejano. La noche misma se había puesto de pronto más oscura. Iban caminando entre los mangos. Ni las estrellas se veían. Solamente el denso, el adormecedor perfume de las piñas y los mangos del potrero avanzaba hacia ellos. El olor de la tierra empapada de rocío. La noche caía sobre ella como un jarabe. El filtro de la pruebera. La tiniebla trémula del instinto, cribada de motitas rojas, fosfóricas, pateándoles suavemente en las sienes.

—Volvamos ya —gimoteó en ella un resto de pudor, de temor —. Me han de andar buscando…

—No; todavía no, ricura. Vamos un poco más. No tengas miedo. No te va a pasar nada. Está tan linda la noche…

En una pequeña limpiada se detuvieron. Él se sacó el saco y lo extendió sobre el pasto húmedo y fragante. Se sentó él primero; luego, la atrajo hacia sí, suavemente, sin prisa. El vientre redondo y prieto avanzó hacia el rostro anguloso. El duro mentón empezó a frotarse contra él, a escarbarlo, como arañándolo despacio, con tiernas sacudidas. La atrajo aún más, y ella se hincó de rodillas frente a él, azogada y febril. El hombre entonces sofocó con sus besos los pequeños plañidos que recorrían su garganta y agotó diestramente el prólogo comenzado, como un halcón agota la agonía estremecida de la paloma.

Ella se puso un dedo entre los dientes. No pudo, sin embargo, estrangular del todo un grito de dolorosa delicia. Pero en ese mismo momento cantó un pájaro entre las ramas; de modo que el grito se prolongó en el canto, sólo como un sonido que cambiase de matiz, o como si el canto del ave nocturna hubiera arrancado simplemente con un gemido humano. Eso fue todo.

El tiempo extraño había comenzado a contar para ellos. Cuando la luna salió, ella todavía estaba ínmóvil, inerme, como dormida. La luna se filtraba entre las hojas. Diminutos lunares dorados manchaban los brazos que cubrían el rostro y, más abajo del ruedo levantado del vestido, la gruesa y mórbida horqueta de los muslos. Con hierbas aromáticas que machacaba previamente con los dientes, él trató de contener la hemorragia. Un rato

después la levantó y volvieron hacia el rumor, hacia el resplandor de la galopa. Pero volvían distintos, cambiados. Ella y él.

—¿Y ahora…? —gimió Rosa con auténtica angustia—. ¿Qué va a ser de mí?

—No tengas miedo —replicó el seductor con dureza; una irritación indefinible hacía ronca su voz—. No es nada. No hemos sido los únicos. Mirá…

De trecho en trecho, al amor de la sombra que la luna teñía ahora de un pálido azul, se resolvían vagamente otras operaciones análogas a la que ellos habían concluido.

3

El vaticinio de la pruebera empezó a cumplirse exactamente, implacablemente. Sólo que al revés.

Vino el largo viaje: Rosa, grávida, tuvo que huir de su casa para seguir a su hombre. Y a la verdad el camino fue largo y amargo.

—… Su trigueño pinta oscura va a subir…, va a subir alto… —había predicho también la bruja—. Primero va a tener que contar a todos, sin hablar, las cosas buenas que ocurren en la ciudad… Todos le van a oír sin verlo, sin poder contestarle.

Eso en realidad no era para Rosa un presagio muy claro. Le había parecido una broma, una superchería de la embaucadora. Pero él sí lo entendió muy claramente. La lectura correcta era la del espejo: había que descifrar los pronósticos de la vieja volviéndolos del revés.

4

Sus frustrados estudios de abogacía dieron con él en el periodismo. Se hizo primero cronista deportivo. Se aburría con el fútbol. Pidió encargarse de la sección policial. Sus notas ganaron gran popularidad gracias a la manera cínica y desenfadada en que estaban concebidas y redactadas. Su técnica era muy simple: conseguir siempre una brecha ínfima, un agujero, un intersticio disimulado en la falsa piedad o en la pirueta irónica, por donde el tufo de la maldad, de la perversidad humana, surgiera fino y hondo, irremediable.

—Dan la impresión —comentaba la mayoría de sus lectores— de un reportaje al criminal un momento después del crimen.

Y era el mejor elogio que le podían hacer.

Contra las protestas de Rosa, él se defendía encogiéndose de hombros:

—Tenemos que comer, ricura. Es un trabajo honrado, como cualquier otro. La bruja lo dijo: «Contará a todos, sin hablar, las cosas buenas que ocurran en la ciudad». ¿No seguís creyendo acaso todo lo que dijo ella? Y a lo mejor —su voz se tornaba opaca, impersonal—, ¿quién te dice que yo no sea un criminal en

potencia? Escribiendo sobre los crímenes de los demás, evito cometer el mío propio.

—No, ¡por Dios, no! —decía Rosa con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué no? —insistía él, impasible, con un sadismo tan perfecto que parecía simulado.

Siempre encabezaba sus notas con alguna reflexión efectista. Pero sus impactos eran seguros en su público de lectores. Había quienes las anotaban rigurosamente en una libreta, entre suspiros de admiración. Había logrado desarrollar así un breve compendio de la ciencia del crimen, con numerosas ediciones individuales, anónimas.

Una vez, por ejemplo, escribió: «El peor crimen no es el que termina en un asesinato. Se puede destruir a un ser vivo de muchas maneras. Lo peor no es la muerte. El peor crimen es aquel al que la víctima sobrevive físicamente».

Y a continuación relataba la acción de dos chicos que con una ferocidad increíble, con una saña salvaje pero calculada, casi suave, habían reventado los ojos a un gorrión con una espina de naranjo que uno de ellos había extraído del bolsillo. El matiz peculiar de sus notas residía en el intenso tono autobiográfico que él sabía imprimirles.

Así, aunque él mismo después contaba que había tratado de salvar al pajarillo («sentía miedo y vergüenza; era algo sagrado que me quemaba las manos…»), la impresión de que él había relatado solamente una aventura de su infancia no conseguía disiparse. Pero esto era lo que daba fuerza a sus crónicas.

Y en cuanto al vaticinio de los hijos, también la pruebera había acertado con la imagen inversa en el espejo del destino.

Por una última vez Rosa había vuelto a insistir:

—¿Por qué no me dejás tener un hijo?…

—¿Un hijo? Ya te he dicho que no y no. ¿Cuándo vas a dejar de molestarme con esas pavadas?

—¡Lo quiero tanto!

La idea solamente de un hijo lo sublevaba. Por tres veces más, después de aquella aventura inicial de la galopa, Rosa tuvo que soportar que le saquearan las entrañas para despojarla de lo que más deseaba en el mundo.

El hecho de mencionárselo y el tono algo áspero, de dolorido orgullo, que tuvo la voz de Rosa al decir mi hijo , lo exasperaron. Perdió el control de sí mismo. Ofuscado, enardecido por el resentimiento, se abalanzó sobre ella y le hizo sentir la fuerza de sus manos. Después fue y abrió de un tirón el cajón de la cómoda donde ella guardaba las ropitas que cosía y tejía en secreto para ese hijo que se había convertido en nada más que un deseo obsesivo para ella. Recogió furioso las minúsculas prendas, hizo con ellas un montón en medio de la pieza y las quemó en su presencia.

Pero Rosa era infinitamente paciente. Volvieron a reconciliarse. Y nunca más le mencionó el hijo.

Un tiempo después dejó el periodismo policial y aceptó la subsecretaría de un ministerio. Allí necesitaban de su extraño conocimiento del corazón humano, de su torva popularidad literario-policial.

Uno de los intermitentes sismos políticos del país lo expulsó, junto con muchos otros, camino del destierro.

Y Rosa desapareció en una de las grietas que quedaron abiertas en la corteza social que se tragaron sin piedad a muchas como ella.

5

Habían transcurrido, pues, quince años. Él acababa de regresar al país deslizándose por el puente levadizo de una de las también intermitentes amnistías.

Y allí estaba caminando, como una sombra, en medio del jolgorio de un arrabal que había crecido y parecía ahora otro barrio con aquel nombre de antaño, apenas sentimentalmente sedicioso para él. Se había aplicado tenazmente en sus actos, lo que ni siquiera le había permitido conservar escrúpulos humanitarios con respecto a sí mismo.

Se detuvo ante un puesto de cigarrillos.

—Deme un «Reina» —su voz misma resonaba con un acento extranjero, aporteñado.

Al fondo del quiosco había un espejo manchado. Mientras le daban el vuelto contempló en la sucia luna su rostro quemado por aquella explosión de un «Primus», en un conventillo de la Boca, en Buenos Aires. De él también podía decirse que estaba cambiado físicamente. La quemadura de la nafta le había dado otra expresión. Lo había absurdamente ennoblecido. Un lado de la cara estaba oscura; el otro, forrado en una suave película de piel renovada y ligeramente fruncida bajo los ojos, tenía el color de la cera virgen. Nadie lo hubiera reconocido. Era un extranjero, un desarraigado, un intruso.

Pero a él le daba lo mismo. Nada tenía ahora importancia en su vida. A los cuarenta y cinco años era un hombre acabado. Era un hombre con apariencia de hombre. Nada más.

¿Dónde estaría Rosa en ese momento? Pensó en ella sin curiosidad, sin remordimiento, con un recuerdo sin más importancia que los otros.

Hasta para esas cosas estaba encallecido sin remedio. No sabía nada, no sentía nada. No le importaba no saber, no sentir nada. Ajeno y distante iba en medio de esa galopa no avanzando sino desandando un camino, de espaldas al futuro, oscurecido el rostro por los años, la desesperanza y el tedio.

Levantó la vista. Se hallaba frente a una pista de baile rodeada con un cerco de alambre tejido y arpillera. En la pared rosada del frente, donde estaba la entrada, había un letrero con esta inscripción:

BAR Y RECREO «EL MANGO»

Baile y diviértase todas las noches hasta la madrugada

Se quedó mirando las fotos de las «chicas» del establecimiento, que estaban en un marco con vidrio, cerca de los huecos de la boletería. Le invadió un malestar indefinible. En eso, alguien le tocó el hombro:

—Con mirar el papel no hace nada. Sáquese el gusto. Vamos adentro a bailar.

Era una mujer; una de las bailarinas del dancing que entraba a comenzar su trabajo. La siguió desorientado. Ella desapareció un momento por una de las puertas traseras del salón. Volvió con un cigarrillo en los labios, contoneándose mucho, con el vestido negro muy abierto sobre el pecho, tratando de ser provocativa. Se le acercó y le tomó de las manos. Lo contempló con un aire de astuta conmiseración. Eso suponía un valor enorme en una mujer como ella; un coraje casi absurdo.

—¿Bailamos? Pareces muy triste. Y aquí, chiquito, uno viene a divertirse.

Salieron a la pista bordeada por copudos mangos desde cuyas ramas pendían los focos eléctricos y las bocas enrejadas de los altoparlantes man1dando sus polcas lánguidas y cadenciosas y la gelatina melódica del bolero, la tormenta procaz de la rumba o los cortes del tango. El bar y recreo «El Mango» estaba al día con lo más nuevo del cancionero internacional.

Bailaron algunas piezas. Después se fueron a un rincón, en la penumbra, y se quedaron mirando la zambra maquinal, fingidamente alegre, de las parejas que hacían humear rojizamente el enladrillado bajo sus pies. Él bebió toda la noche, sin levantarse más. Se miraban de tanto en tanto, hablándose apenas. Sus sillas se hamacaban sobre las gruesas raíces emergidas de un mango rosa. Los dos parecían atrapados por los tentáculos de un pulpo negro embadurnado de cal.

Sobre su vaso de cerveza lavada, ella lo miraba con sus grandes ojos enrojecidos por las trasnochadas, por la depravación. Tenía un aire hambriento y desolado. Esa mujer resumía en su persona toda la sórdida fascinación del antro programero, siniestro y dulce a la vez, acentuada casi hasta el alarido con la complicidad inocente de las libélulas, de los árboles, del perfume, de la noche que bajaba hasta las hojas, hasta los focos manchados por las defecaciones de las moscas, la noche parecida a un trozo de terciopelo azul destrozado y sucio entre los dientes de un perro enfermo.

Él buscaba algo en ese rostro. Pero no sabía qué. Tal vez algo que para él estaba definitivamente perdido: el posible entendimiento con una mujer. De su concubinato con Rosa, sólo había quedado un huérfano nonato terrible que él se negaba a reconocer y que lo llamaba, sin embargo, con vagidos crepusculares desde el recuerdo, desde la muerte.

Le dijo de pronto:

—Podés sonreírte un poco.

La mueca se formó con esfuerzo mecánico. Ese rostro encanallado no era, sin embargo, más que la «máscara del oficio». Sobre el espeso revoque del polvo y del colorete flotaba el aire de una marchita pureza. Por el agujero de esos ojos se podía llegar a una fisonomía, al reflejo de otro ser que no había muerto en ella, pero que se había refugiado a una profundidad cada vez mayor hasta hacerse invisible. Pero todo rostro son muchos rostros. El que ahora miraba el hombre estaba bastante deteriorado. La boca, sin embargo, habría sido hermosa en la juventud. Los labios finos, bien dibujados. Solamente los dientes eran un poco grandes. Brillaban en la risa arrugada por el aburrimiento en una hilera demasiado uniforme. De pronto, toda la hilera se movió; fue un movimiento pequeñísimo, apenas perceptible, pero entre las encías y los dientes se produjo una fisura. Él cerró los ojos, porque para él fue como si de pronto se hubiera rajado una pared sin ruido.

Un poco humillada, la mujer le dijo con cierto suave y salvaje rencor:

—¿No te gusto? ¿Querés irte con otra? Vos tampoco, amor, estás muy entero, que digamos. Tenemos que ayudarnos un poco… —y en adelante cuidó de no mostrar los dientes.

Él le tomó las manos; se las levantó lentamente y las besó en la punta de los dedos. Bajo el perfume barato, el persistente olor de la lavandina, las vetas indelebles del tizne de cocina hundido en las yemas, las uñas recién pintadas con una capa de esmalte gruesa y grumosa por las superposiciones, publicaban el secreto de esas pobres manos proletarias. El hombre borracho, vacío, pidió:

—Contame tu historia, yegüita… —al volverse en la penumbra, de su cara parecían salir dos caras: una oscura, amarilla la otra.

—Cuando cierre esto, podemos ir a casa, si querés. Allá te haré los gustos, nenito. No te saldrá muy caro el paseo.

6

Salieron a la madrugada. Todavía faltaba mucho para el amanecer. Llegaron a las orillas. Se detuvieron ante un rancho de mala muerte entre otros ranchos iguales, diseminados al borde de una gran zanja cuyo hedor les llegó, a ella no, a él, con la

emanación pútrida de aguas servidas estancadas. Contra el hedor del sumidero, el aroma de un jazmín de lluvia y de un níspero raquítico luchaban inútilmente como un tábano contra una osamenta.

—Aquí es —dijo la mujer con desgana.

La puertita del rancho rechinó con sus goznes de cuero seco. Entraron. La voz del hombre resonó en la oscuridad del rancho, con anticipada autoridad marital:

—Encendé la luz.

—No; por favor. No quiero que se den cuenta los vecinos. Son muy chismosos —cuchicheó ella.

Al hombre le daba igual. Total, lo único que quería era dormir. Se orientó con las manos en el cuartucho. Fue descubriendo el pobre mobiliario: una silla desvencijada, un cajón con una palangana, una toalla todavía húmeda, colgada de un clavo y exhalando un agrio olor (era casi preferible el del zanjón). Una soga tirante en un ángulo. La cama, por fin. Se quedó parado junto a ella, sin saber qué hacer, si irse de allí o tumbarse de una vez, vencido por el cansancio, por una desazón ignota que le escocía en todo el cuerpo como un sarpullido maligno. Oyó caer el vestido alrededor de los pies de la mujer. Su delgada, blanquecina silueta se combó sobre algo.

—Acostate de una vez. Ya voy en seguida.

Los últimos sonidos le salieron pastosos, ahogados. Estaba masticando una galleta que sacó no se podía saber de dónde. El ruido de esa hambre era terrible. Él oía trabajar los dientes postizos sobre el pedazo de galleta dura. Tuvo que ponerse las manos sobre los oídos. Se sentó al borde de la cama. Ella seguía inclinándose con suaves movimientos alternados. Más que verla, la adivinaba entregada a esa inexplicable ocupación. Confusamente la veía atraer y empujar algo con los brazos. La pregunta estalló áspera en sus labios.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada... Ya voy. Acostate.

El balanceo de los brazos cesó. Se agachó hacia el suelo. Parecía que se hubiese inclinado para sacarse las medias. Sólo un poco más tarde, el hombre supo que se había anudado algo a los pies. En seguida se deslizó en el catre y lo buscó experta, maquinalmente. Con pausas y caricias tan maquinales como las de ella, él trató de demorar, de alejar eso que no le producía el menor interés. Sabía, sentía que esa mujer estaba en ese momento (tanto como lo estaba él mismo) lejos de todo lo que siquiera aproximadamente pudiera parecerse al deseo. Su indiferencia era la desolada indiferencia que sólo da el extremo desamparo o la absoluta desesperanza; una actitud que volvía a parecerse a la inocencia, pero que por eso mismo era

monstruosa, como son monstruosas todas las caricaturas de la perfección.

No obstante, el momento llegó. El acuerdo tácito de los sexos es demasiado viejo para que tenga necesidad de fantasía o de imaginación. Ese hombre y esa mujer acostados en un catre, dos seres fantasmales que nada tenían de común entre sí más que su común desgracia, tampoco pudieron abstraerse al puro atavismo del instinto, a su costumbre, a su fatal mandato parecido a la pesantez. Sin darse cuenta, estuvieron en seguida el uno en brazos del otro. Sin embargo, sus cuerpos cansados y gastados se frotaban el uno contra el otro en una inercia menos que puramente animal, de la cual todo vestigio de voluptuosidad había desaparecido.

De improviso el balanceo comenzó nuevamente, pero esta vez ya no con los brazos sino con la pierna. Él la sentía subir y bajar contra su vientre en una flexión rítmica, muy lenta y espaciada, que se detuvo cuando deslizó su mano para indagar la causa del movimiento.

—Pero… ¿qué es lo que estás haciendo? —volvió a preguntar inquieto, irritado.

Ella quedó inmóvil y en silencio. No se la oía siquiera respirar. El hombre tendió la mano hacia la ropa que había dejado sobre la silla, cerca de la cama. Ella, a su vez, comprendió lo que iba a suceder. Le rogó agitada, atropellando las palabras:

—Por favor… no enciendas. No enciendas… Por…

Pero él ya había extraído la caja de fósforos del bolsillo del saco. Encendió uno bruscamente y entonces vio algo imprevisto: en el ángulo del rancho había una pequeña hamaca de lona en la que dormía una criatura. Ésta era la cuerda tirante que él había palpado al entrar. La oyó murmurar tímidamente a la mujer, como disculpándose:

—Lo estaba hamacando para que no se despertara y te molestara en lo mejor. Es mi hijo, ¿sabes? No quería que lo vieras. Ustedes los hombres son muy tontos. Pero…, ya está hecho. No importa. Si querés, podemos seguir…

Mantuvo el fósforo en alto. Se fijó en el pie de la mujer; tenía anudado al pulgar el piolín con que movía la hamaca. Se incorporó a medias en la cama y lo desanudó con lentitud.

La voz con que dijo: «es mi hijo», impresionó al hombre vivamente, como si la hubiera oído en otra parte, hacía mucho tiempo. Acercó aún más la cerilla que ya comenzaba a apagarse, consumida casi por completo. Y entonces, a lo imprevisto se sumó lo que de ninguna otra manera hubiera podido ocurrir; la llamita agonizante del fósforo alumbró por un instante brevísimo el rostro de… Rosa. Envejecido, destruido, pero con el aire de desesperada aunque impasible honradez que él ya había contemplado en la penumbra, bajo los mangos. El instante

brevísimo había vuelto a durar quince años de un golpe, al resplandor de esa cerilla que se apagó entre los dedos del hombre con una sensación indolora y lejana.

El chico entonces se despertó y se puso a llorar, como si por primera vez llorase una criatura en el mundo. Él volvió a taparse los oídos con las manos. Pero seguramente no dejaba de escucharlo. Se levantó de la cama, se vistió como un autómata. Hurgó en sus bolsillos tanteando con furiosa torpeza, como si ya hubiese perdido la costumbre de sí mismo.

Sacó todo lo que tenía y lo soltó sobre la silla. Salió tropezando como un ciego hacia la claridad brumosa del amanecer que empezaba a filtrarse por las rendijas del rancho. La mujer estaba tan cansada que vio todo eso como en un sueño, sin comprender. Se tumbó en el camastro y se quedó dormida como una piedra. Sólo el chico seguía llorando. Cada vez con menos fuerza. Hasta que también volvió a dormirse. Y entonces el rancho quedó envuelto en un completo y rosado silencio.

7

Algunos días después, boyando en el espeso y nauseabundo caldo del zanjón, encontraron el cuerpo de un hombre. No lo pudieron identificar. Rosa fue llamada para averiguaciones. Pero ni siquiera ella lo pudo reconocer. Seguramente algún borracho noctámbulo que había resbalado y caído.

La soltaron mucho antes de lo que ella misma hubiese podido imaginar. Volvió a lo suyo, contenta de haberse podido zafar tan pronto.

El karuguá

Avanzábamos al paso de nuestras cabalgaduras. El matungo del colono renqueando de una pata. Tenía en la corva una postema purulenta alrededor de la cual giraba zumbando una mosca verde casi tan grande como un tábano.

Hacía como tres horas que habíamos salido del pueblo. El colono polaco cabalgaba impasible. Hablaba a ratos, cuando yo le buscaba conversación, pero se veía que más le gustaba estar callado. Daba la impresión de hallarse totalmente fundido al contorno. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser un extranjero. Si no hubiera sido por los mechones sedosos y platinados que asomaban por debajo del mugriento sombrero de caranday, y por sus ojillos azules y astutos, como dormidos sobre una visión interior, se lo habría podido tomar por un nativo. En todo lo demás, ya pertenecía a la tierra, al lugar. La pasividad del viejo se asemejaba mucho a una especie de dicha inconsciente y elemental: ese estado al mismo tiempo indiferente y estático que anula los recuerdos e impide al hombre trabajado por la tierra insistente confrontarse con ella.

La atención del viejo en ese momento, por ejemplo, parecía concentrarse en el vuelo del mamangá en tomo a la corva de su caballejo. Pero esa preocupación era sólo una manera de expresarse su actitud contemplativa y vacía; un adorno momentáneo de la duración detenida que moraba en él.

Una cigarra cantó inopinadamente a nuestras espaldas; una perdiz tataupá voló a nuestro paso con un agudo silbo metálico. Pero la estridulación y el canto cesaron en seguida dejando la sensación de que el silencio del mediodía se había hecho más tenso y elástica. Por librarme de su influjo le pregunté:

—¿Falta mucho para llegar?

Mi acompañante no parecía oírme. Seguía concentrado en la lucha del moscardón por introducirse en la postema. Blandió el sombrero pirí y se agachó para ahuyentarlo. El moscón verde describió una espiral tornasolada y siguió escoltándonos con un zumbido circular.

Volví a inquirir maquinalmente:

—¿Y… tardaremos en llegar, señor Miscowsky?

—Si no no apuramos, ikatú —me respondió indicándome el remo enfermo del matungo—. Ya estamo bajando hacia el karuguá.

La vegetación iba cambiando gradualmente de color. Se podía saber dónde comenzaban las ciénagas por el tono más vivo y oscuro del verde que se veía a lo lejos. Empecé a oler la emanación característica del pantano; un sabor áspero y agrio, como de miríadas de insectos machacados, que arañaba la nariz y

la garganta y que al comienzo me produjo un ligero mareo con sabor a bascas.

Allí reinaba implacable la humedad destructora y creadora, transformando continuamente la muerte en vida y la vida en muerte. Monstruosos torbellinos vegetales de helechos y macizos espinosos que se adensaban en la gelatina negra del barro, como en otra edad geológica; un reino caótico y vibrante de alimañas voraces, de víboras y pájaros de presa, donde no se sabía cómo podían durar unos cuantos seres humanos.

El karuguá de Yvyrá-Kaigüé disfrutaba de un prestigio misterioso y maligno en toda la región. La sola mención de su nombre ladeaba el tono de las conversaciones. La voz de los puebleros cuando hablaban con algún recién llegado y rozaban el tema se volvía de pronto maliciosa. Y si el recién llegado quería oír, le contaban la historia de Sergio Miscowsky y su sobrina, cada cual a su manera desde luego, pero siempre con la misma entonación de pérfida ambigüedad con respecto a éstos y de supersticioso temor con respecto a aquél. Era lo corriente. Uno adivinaba, sin conocer el lugar, que estas dos historias, que en el fondo formaban una sola, tenían mucho del emponzoñado aliento del karuguá.

En la posada de la estación yo me enteré de las dos.

Y fue el relato de la posadera, confuso y entremezclado de su propio encono y perversidad, el que me indujo a pedirle a Sergio Miscowsky que me llevara a visitar su plantación.

Sergio Miscowsky, último e ignorado descendiente de un técnico polaco que el mariscal López había contratado para el arsenal de Asunción, un poco antes de la guerra de la Triple Alianza, era ahora el único plantador de arroz del karuguá de Yvyrá-Kaigüé. No era mucho lo que tenía, pero su arroz era el mejor de la región. Ningún otro poblador se había aventurado a imitar su ejemplo en esos parajes desiertos e insalubres.

Sergio Miscowsky ya había vivido allí con una hermana, antes de que se desarrollara el drama del karuguá. Nadie recordaba cómo ni cuándo habían llegado. Sólo recordaban la belleza de la campesina polaca. La posadera nada me dijo acerca de esto, pero sus maldicientes incriminaciones, su secreto rencor, eran la mejor prueba de que la hermana de Sergio Miscowsky se había hecho odiar de esta mujer precisamente por su belleza.

—Todo ko jué cosa del diablo —me dijo mi gorda anfitriona escupiendo contra la pared su amasijo de tabaco negro—. La polaca se vino al

pueblo con el hermano cuando la cosa se puso feo en Yvyrá-Kaigüé. Estaba embarazada y murió al dar a lu’ a la criatura, casi al mismo tiempo que pasaba todo el trenza en el etero. Al año depué, el gringo se jué otra ve’al bajo llevando a la criatura.

Desde entonces siguió viviendo allí, el muy sinvergüenza, como si nada te pasase a él.

Por eso era mal visto; porque era gringo y porque desafiaba con pacífica obstinación, desde hacía muchos años, el tabú trágico del lugar en la forma en que él lo hacía y con el pretexto que empleaba: la siembra del arroz.

Había, además, otro poderoso motivo para que el colono de Yvyrá- Kaigüé fuese visto con malos ojos en el pueblo: su sobrina Isabel Miscowsky. Con ese nombre había sido anotada al nacer en el Registro Civil del pueblo.

—Como güen hereje, el gringo no te bautizó a la sobrina. Nadie sabía quién era el padre. No te pudimos saberlo nunca no'jotro kuera...

Las miasmas del pantano salían por la boca de la mujer. Esponjó su voz hasta el susurro después de hacer rodar el bulto del naco alrededor de las encías, de modo que sus palabras brotaban extrañamente sibilantes. Se inclinó insidiosa hacia mi oído:

—¡Pero yo sé! —una sonrisa de triunfo, casi inocente por la costumbre, distendió sus fofas mejillas. Hundió el pulgar entre los senos protuberantes y concluyó con un corto pero rotundo movimiento de cabeza.

—El padre de la mitaquñá ko e' el tío. La'cosa siempre se sabe, che karaí. Y si eso juera todo. Pero no. Eso'hereje sigue ofendiendo a Dio en el karuguá. Eso lugar etá maldito. Aña ko oikó upepe. Paí Gonzále siempre dice luego eso en le ilesia.

—¿Siguen ofendiendo a Dios? —pregunté más que por saber, por ver hasta dónde era capaz de llegar el rollizo basilisco. Me divertía amargamente esa maldad estereotipada, innocua a fuerza de haber ensayado cientos de veces su carga parlante. En la lengua de esa mujer se hallaba registrada un poco fonográficamente la conciencia del poblacho. Allí no se la oía ya. Sólo uno de afuera podía captar toda la oscura mezquindad de esa pobre gente vegetalizada en la vida muerta del lugar.

—¡Jhee! —silbó la mujer. Su gesto se volvió grotesco. Veía las rojizas venillas imbricándose en el blanco de sus ojos repentinamente saltones. La bolita de tabaco rebotó contra la pared manchada de escupitajos.

—No contento' con acotarse ma'ante el hermano con la hermana, ahora te viven junto' el padre y la hija. ¡No tiene luego ko perdón de Dio!

—¡Aña membuy! —farfulló a mi lado Sergio Miscowsky. Me costó cierto trabajo sacudir de mi mente la imagen de la posadera, fija entre dos pitadas de un tren de carga. Vi caer sobre ella, como el rayo, el sombrero pajizo del polaco. Y la imagen se deshizo en la verberación plena del mediodía. No me hallaba en la posada, cerca de la estación del ferrocarril, sino en el bajo,

rumbo a las ciénagas del karuguá. La mosca verde había conseguido meterse en la boca purulenta de la postema.

Miscowsky levantó el sombrero y se lo volvió a poner. En el borde se le había untado un poco de pus.

—Mbernäi tepotí —masculló suavemente, pero en seguida recobró su actitud impasible—. Me le hueveó en la herida al mancarrón. Ahora la potema va a tener keresa.

El paisaje, las cosas, los hechos rozaban ya apenas el alma de Sergio Miscowsky. Los tenía medidos dentro de sí y él estaba volcado hacia afuera sin remedio. Bajo la piel tostada y llena de arrugas, había un mundo inalterado, como el mundo áspero y primordial que nos rodeaba. Ese mechón de platino estepario, esos ojillos azules deslavados, eran detalles adventicios, algo así como mariposas de un lejano país volando en el hedor del estero, después de una migración fabulosa.

Y persistían allí también inalterablemente.

Pensé en Isabel Miscowsky. ¿Cómo sería ella? La posadera no había sabido describírmela como no había sabido tampoco describirme a la madre. Su rostro enigmático y hermoso como el de la madre flotaba a mi encuentro como una inminente revelación, por encima de las mariposas extrañas, azules y platinadas, que habitaban los ojos y las sienes de Sergio Miscowsky.

Nadie la conocía. No había ido nunca al pueblo. En los quince años no había abandonado una sola vez el rancho de tablas y adobe que Sergio Miscowsky había construido sobre una loma en una limpiada del bajo.

Su presencia invisible estaba en el aire del karuguá igual que la historia y la esfumada presencia del extraño mesías de la que ella había surgido y era su viviente vestigio, una flor inmaculada sobre el vasto tembladeral que la rodeaba como un templo pero también como una tumba.

Al fonógrafo de la posada se le habían escapado algunos datos simples y enternecedores. Sergio Miscowsky iba de tanto en tanto al pueblo a cerrar trato con el acopiador. En las tiendas adquiría los bastimentos que llevaba a su regreso en una bolsa atada a la grupa del mancarrón.

A veces compraba también telas y hasta objetos de adorno para la muchacha. Las viejas espiaban ansiosas estas incomprensibles transacciones del colono. En la posada de la estación se sabía cuánto de zaraza, cuánto de bramante, cuánto de puntilla, cuánto de esto y lo otro había comprado el viejo durante todo el tiempo. Y eran estos datos del gordo fonógrafo los que más me acercaban a Isabel Miscowsky. Las zarazas, las puntillas, el bramante, los adornos, hacían tangible, en cierto modo, la misteriosa figura de la adolescente del estero.

Recordé mi charla con el acopiador. Le había consultado antes de pedirle a Sergio Miscowsky que me llevara a ver su plantación.

—¿Usted cree que aceptará?

—No sé; me parece muy difícil. Algunos lo han intentado. Pero el viejo se ha negado siempre. Es muy desconfiado. Pídale, pero no le ofrezca dinero. Es un recurso que nunca dio resultado. A lo mejor, usted tiene más suerte que los otros. Pero le prevengo que a la muchacha no la verá. Si eso es lo que lo atrae en Yvyrá-Kaigüe, sáqueselo de la cabeza desde ahora. Nadie la ha visto nunca.

—Pero ¿no trabaja en la plantación?

—Ni por casualidad. Vive al parecer encerrada en el rancho, o sale a horas en que nadie la puede ver. Además en el plantío no están sino esos viejos sordomudos que el polaco utiliza como peones.

—Pero ¿y los géneros y adornos que el viejo le lleva?

El acopiador alzó lentamente los hombros hasta las orejas en un gesto de cómica ignorancia.

—Vaya usted a saber, ch'amigo, las cosas que tienen estos gringos.

A la mañana siguiente nos encontramos en el escritorio del acopiador. Entró arrastrando los pies y balanceando el cuerpo ligeramente al andar. Se sacó el sombrero y un mechón de platino, que al principio creí que era de cabello canoso, se le cayó sobre la frente. El viejo me atrajo desde el primer momento. El tufo mefítico de la posadera le rondaba sin empañarlo.

Le dije casi de sopetón:

—Como su carga todavía no está lista, voy a tener que esperar aquí algunos días. Creo que voy a aburrirme. ¿No querría llevarme de paseo a su chacra? Me interesa conocer Yvyrá-Kaigüé.

Su rostro absorto y orgulloso se tendió hacia mí. La leyenda del karuguá lo oscurecía. Sentí que me estaba pulsando por dentro. Comprendí en seguida que nadie podría engañar fácilmente a esos ojillos que miraban a través de uno, inmovilizados un instante en su inquisitivo disparo azulenco. Después se volvió y dijo como al aire:

—Bueno; agárrese un caballo y vamos.

Así estábamos bajando ahora lentamente hacia el karuguá, al paso rengo del matungo del colono.

Grupos de hacienda flaca manchaba a trechos el paisaje. Visionarios de sus carroñas, lentos taguatós volaban sobre ellos apoyados en el viento y en el tiempo. El pasto del campo estaba amarillo por la sequía del verano, reseco y achicharrado. Así que a los taguatós no les faltaban festines. Algunos guayabos canijos, restos de cultivos desaparecidos, se alzaban a los costados del

camino de donde subía el polvo como el humo de un incendio subterráneo.

Más abajo, en una curva, nos cruzamos con una carreta de bolsas de arroz. Era parte de la carga del colono que iba hacia el pueblo.

Miscowsky saludó a los peones con un gesto. Daban la impresión de ser como había dicho el acopiador y como la misma posadera me lo confirmó:

—El gringo se cuida muy bien. Nunca ha empleado en su arrozal sino a esos viejos sordomudos. Y los que van allí a trabajar, allí dejan el pellejo. Son fanáticos del gringo que le sirven con alma y vida.

Una tolvanera nos cubrió de pronto y me llenó de tierra los ojos. Cuando los volví a abrir, Miscoswky apenas había arrugado un poco la nariz. El viejo se hacía respetar hasta por los elementos.

Lo raro era que a medida que nos íbamos acercando al misterioso refugio del karuguá, el colono se estaba volviendo cada vez más invulnerable a mi reprobación o a mi crítica. Su única fe, oscura y desnuda pero impenetrable, formaba parte, en cierto modo, de la luz extraña de ese paisaje. Se me imponía desde afuera, provocaba en mí una tácita y anticipada aceptación de todo cuanto tuviese relación con él y la muchacha. Iba comprendiendo que cualquiera que fuese la causa o el resultado de lo que hacía Sergio Miscowsky, él servía a un designio que era aun más fuerte que su propia vida. Esto era lo que lo hacía respetable a mis ojos. Podía estar equivocado, pero su equivocación era para él la suprema verdad. Y lo había subordinado todo al culto de esta verdad. ¿Habría visto él también en mí esta disposición de espíritu y mediante ella, precisamente, me había elegido para brindarme lo que no había brindado a nadie y a nadie más brindaría? En ese momento no lo pensé. Como no pensé tampoco que el viejo, con una sutileza y un tino que después me resultaron asombrosos, me había complicado a su designio convirtiéndome en un testigo aparentemente casual y espontáneo de su secreto; pero no de todo el secreto, sino sólo de la parte que a él le interesaba mostrar. Sin embargo, al decir esto estoy traicionando mi propio pensamiento. No creo que el viejo hubiese calculado algo , especulado algo, con respecto a mí. Simplemente había tomado lo que se le ofrecía con astucia inconsciente. Porque él todo lo tomaba así y lo transformaba en su jugo, como la clorofila elige y toma inconscientemente los elementos de su verde substancia.

Íbamos ya bordeando la extensa herradura del karuguá. Las ciénagas se meten profundamente en el monte, en las partes bajas del terreno, y acechan allí bajo su cobertura de ramas y

hojas grandes como palios. Nadie conoce la profundidad de estos pantanos de lodo negro y hediondo.

En esta tumba semilíquida de betún se habían arrojado quince años atrás unas veinte o treinta familias, más de un centenar de hombres, mujeres y críos, en pos del hombre que los había fascinado y enloquecido con el resplandor de su extraña locura En aquel tiempo, Yvyrá-Kaigüé era un pequeño villorrio, primitivo, subhumano. Procuré imaginar dónde habrían estado los ranchos; no era fácil decirlo. No quedaban rastros. La flora y la fauna lo habían tragado y digerido todo y las lluvias habían arrastrado los detritos. Yvyrá-Kaigüé había, pues, retrogradado naturalmente a lo originario. Los únicos sobrevivientes eran ahora Sergio e Isabel Miscowsky.

A la vista del escenario del drama, la historia del mesías del karuguá se apoderó vivamente de mi imaginación. El despachurrado relato de la posadera se fue poniendo sobre sus propios pies, haciéndose más vivo y coherente. Era imposible no ver entre esos helechos arborescentes la figura macilenta pero magnética de Aparicio Ojeda como un vampiro loco chupando no solamente la sangre sino también el alma de los desgraciados lugareños, hasta arrastrarlos de sus pellejos vacíos a morir ahogados en el karuguá.

—La locura le dio uno'ojo terrible tatá resaicha voí —me había dicho la posadera—. Podía hacer ñetingá-paró a la gente con su ojo de yablo.

Era alto y flaco. Tenía la vo' de un sebú pero sabía remedarte bien el chillido del suindá. Ante que se maleara del todo, golvió una o do vece al pueblo. Entonces paraba aquí y quería que yo mismo lo atienda.

Desconfiaba luego de todo el mundo —la posadera se interrumpía para disparar la bolita de naco.

—Había venido nikó a buscar ma gente —prosiguió partiendo con los dientes otro pedazo del torzal de tabaco negro—. Pero al único a quien consiguió llevar jué al hijo de Pánfila Núñe, un muchachito que no había hecho todavía la concrición. La última ve que golvió al pueblo jué para atacarlo a tiro' con su'cuatrero y forajido, con su efército, como él decía. Una de la poca' casa que respetó jué la mía. Odiaba luego a muerte al pueblo.

—Pero ¿no era él de aquí?

—Sí; Aparicio Ojeda nació en este pueblo. ¿Ve pa jhina uté aquella lomada? —a través de la ventana me indicó una altura en el campo, rodeada de árboles—. E' San Miguel-Ila. Allí nikó nació Aparicio Ojeda. Pero cuando volvió loco de la guerra del Chaco con su' endemoniada idea, el pueblo le jué golviendo la espalda, mbegüé-katú. Al principio, no; al principio ko lo' ecuchábamo. Él venía a la plazoleta del mercado, se subía a una silla y empezaba a hablar. Decía que había muerto en el Chaco. Y eso ko hasta

cierto punto era verdá, porque sólo depué de tre’ día de la terminación de un combate, lo sacate por casualidá de una pila de cadávere’ amontonado’ en una zanja. Un sortadito de la Sanidá oyó so’quejido y lo salvate. Por eso ko seguramente Aparicio Ojeda decía que había muerto. Decía que había subido durante tre día al cielo y que allí Dio le había encargado la misión de salvar al mundo. Para eso lo había resucitado de entre lo’muerto’ al tercer día, como a Jesucrito.

Eplicaba con todo lo’ detalle cómo era el Paraíso. Según él, etaba en la punta de un cerro de oro y plata en la luna. Al principio lo ecuchábamo’embobado. Decía que el Padre Eterno no lleva barba como en la’ sigura’del Catecismo, sino que e’ un hombre casi tan joven como Jesucristo «que e’ un hombre idéntico a mí», decía cerrando lo’ojo y etendiendo lo’brazo con la cara al cielo. Suspiraba juerte do’ o tre vece. Así quedaba largo rato, mientra no’ poniamo’ a rezar. Decía también que la Virgen María le había regalado un pedazo de su manto y el Crucificado, una espina de su corona. Sacaba del bolsillo de su blusa el pedazo del manto yhovy y envolvido en él, la larga y negra epina de la corona. Lo’alzaba al aire con lo’brazo en cru. Pero nosotro casi ni queríamo mirar del miedo. Depué no’echaba insulto’ y amenaza, por nuetra maldá, por nuetra indiferencia hacia Dio. Mucho ko al oirte hablar a él, lloraba sin consuelo.

—Usted también, ¿verdad? —pregunté con toda intención.

—Sí —dijo la posadera sin tomarlo en cuenta—. Porque yo ko también creía, al principio. Aparicio Ojeda no’hubiera podido enloquecer a todo. Decía que Dio le había encargado arrelar alguna’ falla del plan original.

«En la creación del mundo, decía Aparicio Ojeda, Dio sólo había pensado en la felicidá de lo’ hombre en el cielo. Ahora no quiere que lo’ hombre eperen tanto. Quiere que sean felí ya aquí mimo, en ete valle de lágrima. Me ha dado un sitema político completo para conseguir a ustede’ eto. Yo ko no soy solamente un salvador religioso sino también un salvador político. Tiene que escucharme todo’ ustede y seguirme, si no te queré que un terrible catigo caiga sobre ete pueblo y sobre toda la tierra. Yo traigo a utede la salvación pero también te traigo el catigo...». Aparicio Ojeda no’ quemaba con su ojo. Ya se hacía llamar Ñandeyara’í.

—¡Caramba! ¿Y cómo entonces se animaron a desobedecerle?

—Al final, el pueblo se jué acotumbrando. Pero lo hubiera seguido escuchando si no hubiera ocurrido algo que lo desacreditó mucho ité.

—¿Qué pasó? ¿Se cayó de la silla en medio de uno de sus sermones?

—No; algo peor que eso. Un muchachón zafado, un calesitero llamado Mano Cruel, que etaba de paso por ete pueblo, le puso

bajo la silla, nunca te supimo cómo pa pudite, un nido de kavichú'í. En el momento en que n'etaba amenazando con terrible catigo, como siempre, sino le hacíamo caso, la'avipita lo empezate a atacar, se le pegaron al cuerpo como un baño negro de cera redetida que brotaba dede abajo como una lluvia al revé. El resucitado ecapó saltando como un mono, pidiendo socorro a grito pelado, arrugado, deformado por la picazón de la'avipita y por el enojo. No pudiamos ni reirno del miedo. Al principio no te entendíamo lo que etaba pasando.

—¡Pobre, qué fin!

—Desde entonce nadie lo quiso creer. Diparábamos o no'reíamos de él diretamente. Terminó acorralado en su i'la. Poco depué se jué a vivir al karuguá de Yvyrá-Kaigüé.

La posadera se lanzó un cuesco que sonó debajo de ella sofocado entre sus ropas. Se removió incómoda en su asiento y arrastró los pies para escamotearlo. El olor llenó la pieza, como si la fetidez del estero hubiera caído de pronto allí como un elemento más de la evocación.

A partir de ese momento, el relato se volvió más indeciso y confuso todavía. Traté de figurarme a mi modo la vida de Aparicio Ojeda en el karuguá.

Evidentemente, su intenso misticismo no le había impedido ser un idealista práctico y expeditivo. Tenía un pie en el cielo y otro en la tierra, lo que daba a su desequilibrio una terrible virtud. Era un profeta y un estadista nato, sobre todo al modo en que lo entiende nuestra moderna concepción de la religión y de la política. Sus deficiencias teológicas eran apenas perceptibles. Sus fallas políticas tal vez no fueron otras que su exceso de sinceridad y su falta de flexibilidad. Ambas lo arruinaron pero en cambio le permitieron renovar, durante el corto tiempo de su actuación, ciertos métodos que estaban languideciendo injustamente en el arenal de las ideas políticas y religiosas de su tiempo.

Lleno de furioso rencor hacia la gente que había escarnecido en él su esencia divina, Aparicio Ojeda se refugió con su fe en el templo lodoso del karuguá, y se preparó no solamente para la venganza, con la que iba a desagraviar a Dios, sino también para cumplir la misión práctica que le había encomendado.

Organizó su milicia , a cuyos miembros inculcó una enérgica convicción de su causa. Empezaron a menudear los abigeatos y los asaltos a mano armada, las violaciones y los distintos atentados menores. El sello del profeta se hizo inconfundible. Él había prometido tremendos castigos.

Estaba empezando a cumplir su promesa. La pequeña comisaría del pueblo al poco tiempo fue impotente para conjurar sus salvajes y fulminantes acometidas vindicativas. Su furia fue creciendo; en el último asalto al frente de sus adeptos, el rencoroso apóstol del karuguá baleó e incendió la comisaría,

mató o hirió a todos los agentes, se apoderó de sus armas y siguió baleando e incendiando la mayor parte del pueblo hasta que se cansó.

—Una de la' única casa que repetó fue la mía —me había dicho la posadera.

Pero no todo era violencia en la sede de la voluntariosa doctrina. Ciertas alusiones de la posadera me habían hecho comprender que, a pesar de su odio divino, el magro pero caudaloso propagador no desdeñaba el amor humano. Al contrario, su condición de profeta lo obligaba a los menesteres íntimos del sexo, pero lo ponía además por encima de sus limitaciones. Quiso que también los hombres, y no solamente las mujeres de su grey, participaran del «toque» de la gracia que sólo él podía impartir. Además de los coros de vírgenes (que eran reemplazadas paulatinamente a medida que su irremediable condición se perdía), formó también un selecto grupo de jóvenes apóstoles.

—Uno por ve y tre vece por semana —me informó sibilinamente la posadera— subía con él al «abujero negro de la luna».

Los que se negaban a esta «aproximación a la Divinidad» desaparecían en el pantano o sufrían una cura de reposo en la «cárcel» del karuguá. Aparicio Ojeda era en extremo exigente e implacable con sus prosélitos.

Con dos de ellos, sobre todo, el profeta fue exigente e implacable: con el gringo Sergio Miscowsky y con el mulato Eusebio Zumé. Los halló convictos de herejía y rebelión y los trató sin misericordia para escarmiento de los demás. Los condenó a un largo encierro pacificador en la terrible jaula de adobe, parecido a un horno de olería, que hacía de cárcel. De allí sólo iban a salir para ser arrojados vivos a la tumba líquida del pantano.

Sergio Miscowsky consiguió escapar del encierro con la complicidad de su hermana, y huyó con ella al pueblo. El mulato Zumé, que no quiso o no pudo escapar, quedó en ella hasta el fin.

Y el fin comenzó cuando Aparicio Ojeda se encontró un buen día con que un regimiento del ejército (para mayor sarcasmo, su propio y antiguo regimiento del Chaco) había sitiado el karuguá con ametralladoras y morteros. El profeta comprendió en el acto, un poco tardíamente para él que era profeta, que su fugaz gloria terrena había llegado a su término. Mientras las tropas se disponían a atacar, reunió a sus fieles junto al karuguá. Les transmitió el último mensaje de Dios, les dijo que el lodo negro del karuguá era la puerta del cielo, negra sólo por fuera pero brillante por dentro, y desaparecieron todos por entre las grandes hojas tomados de las manos, Aparicio Ojeda el primero, como una gran serpiente que se desenrollaba y sumergía en la ciénaga.

—La’primeras patrulla —dijo la posadera, terminando la historia— te entrate en el silencioso villorrio y encontraron vacío todo lo rancho. Grande burbuja reventaban de tanto en tanto en el barro espeso del etero. Sólo encontraron al mulato Zumé en la cárcel. Cuando ello le sacate su ataduras de ysyjó. Zumé empezó a reír con grande risotada — la posadera se detuvo para bombardear la pared con su bolita de tabaco y saliva.

—Contento el pobre —dije acudiendo en su ayuda— de su imprevista liberación.

—Lo soldado creíte al principio que etaba muy contento. Pero pronto ello se dite cuenta que también el pobre Zumé etaba loco de remate. Repetía la misma palabra de Ñandeyara-i, con su mima voz, con su mimo tono, y decía que él era el salvador del mundo. Parecía luego un milagro. El alma y la voz de Aparicio Ojeda se había metido en el cuerpo del mulato, puro’ hueso forrado’ en una piel perërí como lona sucia y rajada, y hablaba por su jeta babeante. ¡Parecía un milagro!

El peso del paisaje siniestro revelaba para mí en toda su fuerza inhumana la historia del mesías del karuguá. Me parecía algo muy remoto e imposible como una pesadilla ante un paisaje de ciénagas en la luna. Y sin embargo, a mi lado, viviente e impasible, iba avanzando en su rengo matungo uno de los principales personajes de aquel drama que no había empezado allí, pero que tampoco había concluido. En la posada pude escuchar su relato con sonrisas irónicas. Pero ahora la situación era distinta.

Estábamos llegando. Eché mano instintivamente a la gran caramañola de caña que llevaba en bandolera. La ofrecí con un gesto a mi acompañante. Me la rechazó con otro:

—No tomo.

—Yo sí —le dije—, en ciertos casos —y me eché al pescuezo dos o tres gruesos tragos.

El matungo de Miscowsky renqueaba mucho.

—Pobre, voy a tener que cuerearlo —la voz del viejo estaba exenta de emoción. Tomaba los asuntos de la vida y de la muerte, los grandes y pequeños problemas con pasión impersonal. Sólo así se podía comprender que tuviese prisionera en el rancho de tablas y adobe, casi desde su nacimiento, a una muchacha de diecisiete años. Para él no había sino un comienzo, el término no existía. El tiempo era para él ahora una prolongación indefinida; una sucesión inmóvil o, a lo sumo, girando alrededor de un punto, que no estaba marcada por ninguna de esas cosas que suceden y se deslizan hacia atrás vertiginosamente; un saludo, una música que concluye, la gente que se conoce y vuelve a partir; palabras como Polonia o Paraguay.

Las vidas mismas de Sergio e Isabel Miscowsky no eran sino dos imágenes en el espejo negro de la ciénaga. De allí habían

sacado su inmovilidad, su estancamiento misteriosamente dichoso, cuya profundidad era además insondable. En ese momento tuve la seguridad de que Isabel Miscowsky era feliz en su cautiverio y no deseaba o no podía cambiarlo por nada del mundo. Las zarazas, las puntillas, los abalorios eran precisamente los ácidos inocentes que el viejo empleaba para activar esa renuncia. No hubiera vendido un solo grano de arroz para una cosa superflua. Pero él vivía tan intensamente lo suyo, que la vida a su alrededor debía sin duda disminuir hasta lo inhumano, hasta lo espectral, hasta no ser solamente sino algo así como la sombra del sueño de ese viejo inclinado sobre el pantano.

Al sobrepasar un bosque de espinillos y pakuríes, vi el rancho; mejor dicho, sólo vi el techo del rancho. Estaba enclavado del lado de allá de la loma. Me poseyó una extraña agitación. Estaba a punto de saber cómo era la extraña muchacha. El viejo captó al instante lo que me estaba pasando. Dije que la luz cruda y desnuda de ese paisaje era en cierto modo su pensamiento. Así que ninguna sombra extraña podía deslizarse en ella sin que el viejo al punto lo notara. Se bajó del matungo y se acercó a mí. Yo detuve el caballo. Su mano se posó en mi brazo. Sentí que esos dedos de acero me oprimían suavemente. Me dijo clavando en los míos sus ojillos azules que estaban más deslavados que nunca, casi inexpresivos:

—Usté ha venido para averiguar, ¿no es verdad? —su mirada no era agresiva; al contrario, se había puesto tierna como el otro lado de un pétalo seco.

—Sí… He venido para saber.

—Güeno, pero tampoco usté la podrá ver. Ningún hombre la verá ni siquiera despué de muerta .

Había en su entonación una seguridad implacable y, al mismo tiempo, dulce y comprensiva. El singular matiz de sus últimas palabras ni siquiera despué de muerta , me sugirió que ese viejo también a su modo debía conocer o por lo menos intuir el futuro. Su voz pareció de repente venir de muy lejos cuando agregó:

—Ella está consagrada. No conocerá a ningún hombre. Ningún hombre la verá porque está consagrada.

—¿Consagrada…? —pregunté tratando de detener sobre mi comprensión esa voz pendulante.

El rostro de Sergio Miscowsky estaba serio y sin sombras. Habló pausadamente.

—Sí; mi sobrina Isabel es hija de Aparicio Ojeda, el enviado de Dios. Mi hermana murió amándolo. Sólo para salvarme a mí ella lo dejó. Yo lo odiaba, pero depué que vine aquí con su hija de poco’ mese, supe quién era él, y yo también empecé a querer a Aparicio Ojeda y a venerarlo.

¿Comprende ahora? Yo soy solamente el guardián de su hija. ¿Reikua’á ma pa koänga?…

Me dejé caer abrumado sobre un takurú. El techo del rancho desapareció de mi vista. La voz de Sergio Miscowsky volvió a llegar hasta mí, alucinada y distante. Pero ya no quise mirarlo.

—La bauticé cuando era muy chica en el agua negra del karuguá por donde el padre regresó a Dios. Todas las noches de luna noj'acercamo' allí. Él viene a conversar con su hija.

Levanté los ojos hacia el cielo descolorido del verano. La imaginé a Isabel Miscowsky inclinada bajo la luna espiando en la ciénaga los ojos oscuros de su padre y confundiéndolos con cualquier estrella que llegara a reflejarse en el caldo negro y brillante. La imaginé envuelta en los vapores nauseabundos como una criatura espectral y cayéndose también ella una noche en esa tumba sin fondo. Pero no quise pensar más porque en ese momento tornó a runrunear en mí el malicioso fonógrafo de la posada y volví a ver ensayar a esa hora la terrible puntería de sus bolitas de naco sobre un blanco inalcanzable.

Esa noche compartí con los fanáticos peones sordomudos su infecto chiquero al borde del tembladeral. Uno por vez hacían guardia en la puerta de la choza. Se turnaban aproximadamente cada dos horas. Veía al centinela fumar tranquilo e impasible, atravesado en la puerta. El humo del cigarrillo subía gris en el humo oscuro y zumbador de los mosquitos y mbarigüíes. La luna hacía brillar siniestramente la hoja del largo machete al alcance de su mano. Me hubieran destrozado sin piedad entre los cuatro al primer intento de fuga de la choza. De alguna manera incomprensible para mí, el viejo les habría transmitido esa consigna. Sabía que una desesperada curiosidad me atraería a la orilla del karuguá. Y él no podía interrumpir su rito porque a un extraño se le había metido en la cabeza la idea de saber la verdad . La puerta de la choza estaba en sentido opuesto al tembladeral. Sólo se veía a través de ella la noche vasta y profunda blanqueada por la luna.

Sergio Miscowsky era astuto. Previó mi curiosidad. Se precavió contra ella. Me entregó a sus fieles perros humanos. Solamente no previó dos detalles: mi abultada caramañola llena de caña, la sed de mis guardianes.

Me costó algún trabajo hacerles probar el primer trago. Pero muy pronto el recipiente quedó vacío y mis gendarmes sordomudos empezaron a sentir los efectos de la bebida fortísima «capaz de tumbar a un toro». La ronda de la guardia se interrumpió. El cigarro desvelado no volvió a humear en la puerta de la choza. El brillo del machete al lado del centinela dormido por la borrachera era ahora innocuo. Yo podía saltar sobre él como sobre un espejo inocente. Salté y me encaminé cautelosamente hacia el karuguá.

Pero Sergio Miskowsky era mucho más astuto de lo que había imaginado. También había contemplado esta remota posibilidad de mi indiscreción: la de que yo pudiese eludir de todos modos a mis guardianes.

Ella no estaba esa noche. Al borde del lodo negro sólo vi al viejo inclinado como la sombra de un orante, coronada por el blanco y luminoso cabello de platino.

Pirulí

—¡Pirulíí…! —grita la mujer hacia el rancho, sin dejar de meter entre los dientes del trapiche los trozos de cañadulce que va sacando de una pila. Al agacharse, el humo del cigarro se mezcla al vapor del rocío.

—¡Pirulííí…, Pirulíí…! ¡Eyú puece…! —vuelve a gritar Eleuteria por el costado de la boca, urgiendo a alguien que tarda en aparecer. Sus manos viborean junto a las muelas cilíndricas reponiéndoles su mascada de hinchados canutos que caen del otro lado en bagazo planchado, casi seco. El mosto goteo espeso y fragante de los cilindros de madera que gimen una vez a cada vuelta con un gemido cadencioso y soñoliento de eje de carreta, al girar el malacate del que tira un matunguito apelechado y rengo.

En la espuma rosada del amanecer que aún tiene coágulos de noche al borde de la islita boscosa, la mujer y el caballo se mueven como las figuras de un sueño que poco a poco van adquiriendo consistencia y realidad. El chillido del trapiche sube y baja como un hueso roído bajo la piel de rumores píos y mujidos que los gallos hilvanan de rojos cornetazos, uno tras otro, cada vez más remotos. El horizonte invisible empieza a moler luz como el trapiche de Eleuteria muele la caña de la «cochesa», en la menuda zafra doméstica.

Las ollas negras se van llenando lentamente. El caldo verde y espumoso atrae las lechiguanas del monte que zumban ávidas y mareadas en el olor azucarado. De las ollas o del bagazo van al lomo del caballejo cuyo cuero sanioso, comida de uras y yabetús, se estremece al contacto de las trompetillas aladas. Mosto y keresa, pus y miel, humo, luz y vapor, movimientos, recuerdos, sonidos, hacen mezclados el espeso jarabe de la mañana que araña más que el tabaco la garganta de Eleuteria, Crisanto Alvarenga viudaré, que le dicen.

—¡Pirulí! ¡Mita’í repotíí…! —vuelve a llamar roncamente más feliz que irritada contra el crío dormilón.

—¡Ya voy, mamaíta…!

El rostro atezado de Eleuteria sonríe en secreto. En la puerta del rancho aparece por fin un mita’í flaco y desnudo, con las greñas duras y las facciones aún adormiladas. Bajo la capa de sueño que se está resquebrajando, la carita de comadreja de Pirulí es hermosa y terrible. Sus extremidades tienen la flexible nerviosidad de las adormideras. Por su boca díscola ya empieza a manar la sonrisa como un tajo de sol sobre un guijarro limpio y cobrizo de arroyo. Bajo la piel oscura ya está despertando también al diablito naranjero.

—¡Ajhátame, mamaíta!

Eleuteria no vuelve el rostro. Sabe que su hijo se está acabando de vestir en la puerta del rancho. Primero se ha enfundado el pantaloncito lleno de remiendos. Se ata el cinto de cuero trenzado del que cuelga la jondita de goma con horqueta de guavirá. Luego se viste la blusa, enorme porque fue del finado. Eleuteria le achicó un poco las costuras, pero se olvidó de las mangas. Pirulí se las arrolla alrededor de los brazos. Mientras sus dedos trabajan con los pliegues sucios y rotosos, en los bolsillos cantan las bolitas de vidrio y un poco más sordamente los bodoques de barro colorado cocidos al sol, a cada uno de los cuales Pirulí encomendará certeramente en el cuero de su jondita la muerte de un chochí o de un havíakorochiré. Sí, che karaí-kuera. Eso ko e'mi muchachito, ahí donde lo ven u'tedes, cabezudo pero lindo pörä, como un ta'angá hecho de cera de mbá-í pochy, retrato vivo y chiquito de mi pobre Crisanto, que en pá manté de'canse. Hay que ver las canas invernices que le saca. Moscas de ceniza entre el cabello oscuro. Le quebranta a cada paso hasta los huesos del alma, pero lo quiere, lo quiere más que a su vida, porque sólo se quiere en este mundo lo que se paga con dolor del corazón.

—¡Guá, mamaíta!

Eleuteria, tomada de improviso por el cariñoso empujón del chico, casi mete la mano en el trapiche.

—Mita'í tepotí! Ya me asutate otra vé, demoño tie'y…

—E'á, mamaíta. ¡Guá!, te dije nomá nikó. Vo'ko te asutá debarte voí.

—Güeno, quedate aquí, atendé el trapiche. Vi'a traer leña para hacer el eíra.

—Sí, mamaíta.

Eleuteria toma el machete barcelona y se interna en el montecito, brillante el hierro afilado herido por la luz, oscura ella con el trapo floreado atado a la cabeza, el cuerpo enjuto, aún joven, casto ahora a fuerza por la ausencia de su hombre muerto de una mala puñalada, aunque no muerto del todo porque está creciendo, viviendo de nuevo en este cachorro levantisco que tanto se le parece, que ha heredado su inclinación irresistible a desafiarlo todo, a burlarse de todo con un coraje feroz y sonriente.

Pirulí mete en el trapiche una caña tras otra. Ve gotear el mosto verde. Bebe uno o dos tragos en el hueco de sus manos. Ve caer el bagazo blanco del otro lado. Ve volar las lechiguanas ahitas con sus vientrecitos de seda negra, preñados de azúcar, a punto de estallar. El andar giratorio y rengo del matungo atado al palo de malacate, le da sueño.

Bosteza. Se aburre. Por hacer algo, levanta del suelo un macizo garrote y lo introduce en el trapiche en lugar de la caña. El caballejo ciego y apelechado encorva el espinazo, estira por

encima de sus fuerzas, pero no puede. El trapiche pesa ahora más que la bordalesa de miel que suele llevar al pueblo tirando del carrito, pesa más que el arado, se ha vuelto pesado como el mundo. Los rodillos se atascan en el garrote. Es imposible avanzar un tranco más, la mitad de un medio tranco siquiera. Pirulí frunce los labios vagamente satisfecho y retira el garrote de la muela. El caballejo fatigado espera con las verijas sumidas y palpitantes por el esfuerzo, derramando una diarrea flemosa y sanguinolenta.

—¡Neíke, cabayú tepotí! ¡Vamooo, pueee…!

El matunguito no oye, no se mueve. Entonces Pirulí desenreda del cinto su jondita y le dispara ye-mborayú-jhape dos bodocazos seguidos que explotan en el anca de la bestia sumisa. Su espinazo vuelve a curvarse en el estirón. Reanuda su marcha renga y cansina. El lamento del trapiche vuelve a oírse. Por afinar la puntería, ensaya dos nuevos tiros; esta vez los bodoques estallan en polvo rojizo en las orejas del matungo, cuyos bordes empiezan a sangrar para delicia de los tábanos. El caballo tuerce la cabeza hacia el chico sentado en cuclillas junto al trapiche.

—¿Por qué, Pirulí? ¿Por qué? —parecen preguntar sus ojos muertos y húmedos.

—¡Jhooo… Jho'oooo…, vamooo, cabayú! —grita Pirulí por toda respuesta.

La marcha circular continúa. Continúa el intermitente lamento del trapiche. Es una carreta que anda fija en un punto, pisando caña, chorreando mosto en las ollas negras bajo el aire maravillosamente límpido de la mañana.

Pían los pájaros. Pirulí se aburre. Quisiera ser Pombero, Pora, Luisón, algún monstruo del que todos disparasen. Quisiera hacer algo terrible que justificara este vago ensueño. Pero el sol empieza a brillar. El corazón dulcemente siniestro del chico se arruga para adentro, en la penumbra de sus doce años indómitos.

Pirulí recuerda sus aventuras. Analiza despectivamente cada una de ellas. Casi todas le parecen tontas, pueriles.

—Mita'í rembiapó, sudor de perro debarte… —piensa descontento.

Una sola le produce cierta complacencia: la del kuriyú. Hacía de esto tres o cuatro meses.

Él fue quien buscando una vaca encontró la enorme víbora a orillas del bañado, sumida en el sopor de la digestión, después de haberse tragado un ternerito. Sabía que las boas en este estado son inofensivas. Pirulí pensó que no se le presentaría nunca otra oportunidad semejante y se animó. Se apeó del matungo y con el machete degolló a la víbora, casi asfixiado por el temor y la felicidad. Después convocó a consejo de guerra a los demás miembros de su pandilla, de la que era el jefe indiscutido, y les

expuso su plan. Todos aceptaron la empresa poseídos de una exaltación sin nombre.

La kuriyú que medía no menos de veinte varas, fue asegurada con lazos. Pirulí ató los extremos a la cincha del matungo y así arrastraron a la víbora muerta a lo largo de casi media legua hasta dejarla sobre las vías del ferrocarril en el brusco recodo que forman al salir del Corte Maciel, un terreno boscoso y en pendiente donde la locomotora no podría frenar de golpe. Pirulí había calculado todos los detalles.

El tren de pasajeros pasaba por allí a la caída de la tarde. La gran locomotora negra coronada de humo y arrastrando fragosamente sus vagones iluminados siempre había constituido una tentación demasiado fuerte para Pirulí y los suyos. En ese gran monstruo de hierro, de fuego y de rumor viajaba el misterio, lo desconocido, lo prohibido, lo que ellos nunca conocerían. En las ventanillas con luz que pasaban velozmente unas tras otras como ráfagas de una pesadilla coloreada veían caras humanas; las veían reírse y moverse felices, como si se burlaran de ellos que sólo tenían su selva, su estero, sus sabandijas, su desarrapada y miserable libertad en la que estaban cautivos.

Esta vez les tocaba a ellos; se vengarían del monstruo de hierro al que habían puesto en su camino un monstruo de carne y de sangre.

Se escondieron en la maleza para ver la lucha. Y lo que vieron no defraudó sus esperanzas.

Cuando el tren arrolló a la kuriyú, la rolliza cola escamosa y anillada se levantó como disparada por un resorte y chicoteó en los costados de los vagones proyectando chorros oscuros y hediondos a través de las ventanillas iluminadas. El terror agarrotó en la garganta de los pasajeros un solo y largo grito de angustia, de espanto, de muerte. No parecía un clamor humano sino un chillido de bestias heridas. Pirulí y sus secuaces se estremecieron en sus escondrijos. Sus ojos brillaban como luciérnagas inmóviles y horrorizados entre la maciega. Vieron que muchos pasajeros se arrojaban por las ventanillas. Los más quedaron aplastados contra el suelo. Unos pocos huyeron despavoridos a campo traviesa, renqueando, chillando enronquecidamente sus pedidos de socorro. Uno se hincó al borde de la vía, entre los pedazos descuartizados de la víbora, y empezó a rezar sollozando y golpeándose el pecho. La locomotora también pitaba desesperadamente, y sus metálicos alaridos hacían aún más pavorosa la escena, Las ruedas patinaron por la pendiente sobre los restos viscosos de la kuriyú.

Pirulí y sus compinches no vieron más porque huyeron de allí como apereáes disparando del fuego. Todo el pueblo vino a ver el accidente. Ellos no. Ya lo habían visto y estaban satisfechos.

Pirulí sonríe soñadoramente. Ojalá pudiera volver a hacer alguna vez algo parecido.

—¡Jhojhojhóóó, cabayúúú…! ¡Vamooo, pueee…! —los bodoques siguen estallando intermitentemente como burbujas rojizas sobre el apelechado lomo del matungo.

Las muelas cilíndricas giran secas. Su lamento entre tanto se ha hecho más agudo. Pirulí se ha olvidado de alimentar el trapiche. Ha estado volando lejos de allí con su imaginación de pequeño pájaro sanguinario. De pronto se da cuenta de su olvido, de su negligencia. Siente por anticipado los chicotazos de la madre. Ella es implacable con sus faltas. Y su chicote de ysypó-poí entra hasta los huesos. Pirulí recuerda el castigo que mereció por la aventura de la kuriyú cuando Karumbe'í, el traidor de la pandilla, acosado por la guasca del padrastro, los delató. Eleuteria le pegó a su hijo hasta que se le durmieron los brazos. Pirulí se toca las cicatrices de la zurra y el recuerdo de dolor le vuelve a latir en las sienes como la picazón de dos rojas avispas enfurecidas.

Eleuteria viene saliendo del montecito con su hato de leña sobre la cabeza. Pirulí necesita encontrar algo pronto para disculparse, para desviar el justo enojo de la madre que él se imagina cómo caerá sobre él. Cierra los ojos. Araña en su interior. No encuentra nada, ¡nada! Ah, sí, encuentra algo. Se remueve un instante dentro de la blusa elásticamente y se lanza contra los rodillos del trapiche que empiezan a comer uno de sus brazos.

—¡Mamááá…, mamááá…! ¡Che yagarrá cooo la trapiche…! ¡Mamááá…!

¡Ayáyáiii, mamaítaaa…!

Los gritos de Pirulí son desgarradores. Las lechiguanas revuelan asustadas. El matungo sigue su marcha renga, sin oír, tirando del palo del malacate. Las terribles muelas cilindricas siguen mascando el brazo de Pirulí. Ya lo tienen devorado hasta el codo. Eleuteria arroja su atado de leña, arroja el machete y se precipita desalada hacia el caballo para detenerlo. Lo detiene. El lamento del trapiche cesa. Pero siguen los gritos de Pirulí y de su madre, de dolor los de él, de espanto los de ella.

—Pirulí…, che memby…! ¡Por el amor de Dió…! ¡Socorro, gente huera…! ¡Trapiche cooyagarrá che memby-pe…!

Eleuteria hace girar en sentido contrario al caballejo. Prácticamente lo arrastra del bozal. Su fuerza es idéntica a su desesperación. Los rodillos van devolviendo poco a poco su mascada humana. El brazo de Pirulí va saliendo del trapiche convertido en bagazo seco hasta la mitad. Pirulí ha quedado extrañamente tranquilo. No llora, no se retuerce. Recobra su brazo en actitud reflexiva. Se diría que ya no siente dolor alguno.

Los cilindros están apenas húmedos. Y el caldo verde y espumoso no ha perdido su color en las ollas negras que están debajo.

—¡Che memby…! ¡Pobrecito, m'hijo…! ¡Cómo pikó te decuidate…! ¡Y e' el brazo derecho…, tu bracito derecho, m'hijo, che Dió Santo…!

La desesperación de Eleuteria va tomando matices sombríos. Abarca el pasado y el futuro sobre el filo del momento terrible. Ve a su hijo lisiado para siempre. Se arrodilla delante de él y va a tomar el brazo herido como algo sagrado. La pobre mujer tiembla en todo el cuerpo. Es una hoja estremecida por el vendaval interior que destroza sus nervios. El pañuelo floreado se le ha caído de la cabeza y sus cabellos negros se han llenado de repentinas moscas de ceniza. Caen lacios y parados sobre su cara lívida. Pirulí está impasible, casi sonriente, concentrado en su pensamiento. Eleuteria toma por fin el brazo triturado y seco. La manga flota vacía en sus manos. No hay humedad de sangre, no hay pedacitos de hueso ni jirones de carne. Nada. Sólo la tela seca y vacía.

Entonces Pirulí, como congraciándose, saca el brazo entero, intacto, que lo tenía metido dentro de la blusa, entre el cinto y la piel, y se lo extiende a su madre.

—Aquí e'tá, mamaíta, mi brazo. Para engañarte un poco nomá ko hice…

Ciega, trémula, jadeante, bruscamente transformada, Eleuteria grita agachándose:

—¡Mita'í tepotí…! ¡Hijo del diablo…! ¡Añá… añá…!

Levanta el garrote del suelo y descarga un gran golpe sobre la cabeza de Pirulí, que cae sin un grito y queda inerte a los pies de Eleuteria.

Esos rostros oscuros

1

Hacía rato que había anochecido y el calor seguía crujiendo entre el follaje seco de los árboles que rodeaba las casas del puesto, en la loma. Parecía el chirrido de un horno que se fuera enfriando con imperceptibles rajaduras del adobe caldeado.

Las casuarinas estaban silenciosas y erguidas. A lo lejos, el campo se anegaba en una penumbra morada de la cual no había huido del todo la claridad.

A la izquierda, como a un cuarto de legua, estaba el montecito de tacuaras, espinillos y sauces que ocultaban la laguna.

Se escuchaba el mugido lejano de los vacunos que esperaban su ración de sal cerca de las bateas. Pero no los gritos de la peonada arreando el ganado o encerrando los terneros en los corrales o apartando las lecheras de la novillada. Algunos toros se corneaban entre sí, provocando aislados tumultos en la tropilla náufraga y levantando nubes de polvo rosado.

Alrededor de la casa de ladrillos con techo de paja estaban los galpones donde se guardaban los aperos, las herramientas, el forraje, los bastimentos. En uno de ellos dormía la peonada. También parecían desiertos. Sólo en el rancho que hacía de cocina había algún movimiento. Una negra enorme, con un trapo colorado y sucio atado a la cabeza, trasegaba laboriosamente el locro de un marmitón a otras ollas menores. Era el rancho de los peones. El vapor apetitoso, oliendo a cecina, a choclo, a especias, llenaba la cocina humosa y baja, llena de hollín, de enseres colgando en ganchos de alambre que pendían de las tijeras. Un chorro de locro hirviente cayó, en un descuido, sobre el pie de la machú. Los granos blancos y gordos se esparcieron por el suelo, un trozo negro de cecina con un medallón de grasa.

—¡Aña membuy…! —rezongó la vieja poniendo los ojos en blanco, no se podía decir si de dolor o de cólera.

Otra voz chillona, áspera, salió en ese momento de la casa.

—¡Martina…, Martina…! ¿No volvió todavía la hija del dotor? La negra salió balanceándose.

—Neira güeterí, ama.

En la puerta de la casa estaba una mujer vieja y flaca. Su ropa era oscura y amplia y tenía el pelo recogido sobre la nuca en un gran rodete sujeto con un peinetón dorado.

—Y Juancho, ¿dónde está?

—Hace un momento andaba por ahí trajinando.

—¡Juanchooo…! —llamaron al unísono la patrona y la negra. Un grito horriblemente destemplado. De la cuadra de los peones salió un muchachuelo desmedrado, puro piel y huesos, con los

ojos brillantes por la tisis. Renqueaba sobre los pies hinchados por los piques.

—¡Juancho!

—Mande, la señora.

—¿No la viste a la niña Amelia?

—Se jué a bañar al laguna.

—Ya sé. Lo que pregunto es si volvió.

—No, la señora.

La mujer quedó un rato pensativa. Se la veía revolver el asunto por dentro. La negra y el muchacho estaban pendientes de ella.

—Y los peones, Martina, ¿ya vinieron para el rancho?

—Neira güeterí aveí, ama.

—Entonces, no hay nadie. No está ni Rosendo. Y la hija del dotor…

¡Jesús! ¿Quién sabe qué le habrá pasado a esa loca?

Los ojos del muchacho brillaron aún más al fondo de las cuencas.

—¿Queré que vaya a ver en el laguna, patrona? —y sin esperar la orden, se largó lomada abajo, con un trote extraño de langosta, saltando sobre sus zancudas extremidades.

—Andate vo’ también, Martina, hacia los corrales. A lo mejor ko esa machona anda entre lo’ hombre… ¡Jesú, che Dio! ¡Cuándo pikó la llevará el padre de una ve y no’ dejará tranquilo! E’ un quebranto continuo…

La jeta de la negra se movió mascullando una interjección inentendible. Buscaba esquivar la inútil caminata.

—¿Y el locro, ama? Se va a enfriar todo. Vi’ a alzarlo otra ve en el fuego.

—Depué, depué. Hay que encontrar primero a la niña Amelia. Pronto…

¿Quién sabe qué le habrá pasado? —se hincó el agudo meñique entre los labios. En su voz vibraban el temor auténtico, la responsabilidad y otra cosa que era como la intuición oscura de la hembra; algo así como una comezón concupiscente frenada sólo por el egoísmo, por la intolerante malicia, la continencia forzosa de ese organismo marchito. Enteca y áspera, volvió a entrar en la casa. El peinetón dorado, cabalgando el rodete, se borró en la sombra.

2

Amelia era hija del diputado Jerónimo Mendieta. Los Alderete lo llamaban simplemente el Dotor . En toda la región no se le conocía de otro modo, así que Amelia era la hija del Dotor .

Unos favores iniciales del influyente abogado de Asunción convirtieron a Rosendo Alderete, fuerte estanciero de las Misiones, si no en un verdadero cacique político, en uno de los más importantes testaferreros electorales del partido a que

pertenecía Mendieta. Y fueron sus esfuerzos los que permitieron a éste ganar la banca que detentaba.

—Carnearé y largaré plata hasta que el Dotor salga eleto —había prometido Rosendo Alderete. Y así sucedió. Ni siquiera tuvo que carnear demasiado. Unas diez vaquitas solamente (las que se habían apartado por enfermas en el último rodeo) para el asado con cuero de las juntas vecinales. Y dos o tres bordalesas de caña que consiguió como

«contribución para el partido» del alambique clandestino de un correligionario. Total, que apenas le había costado plata «ablandar» a los chococués esparcidos en sus tierras.

Había sido un buen trabajo. En recompensa, el Doctor, después de un corto expedienteo en Asunción, logró añadir un refajo fiscal de varias legüitas cuadradas a la estancia de Alderete. Había allí un monte de buena madera sin explotar, plantaciones de yerba del tiempo de los jesuitas, abundantes aguadas y excelente campo de pastoreo. Había sido un negocio redondo; sobre todo para Alderete, que vio de pronto crecer su estancia, como ni siquiera lo hubiera soñado. El Doctor sólo pidió la explotación a medias de la madera y de la yerba. Era un precio ínfimo.

Rosendo Alderete estaba lleno de gratitud, de fanática admiración por el Doctor.

Durante las elecciones, unos arrendatarios se mostraron remisos hacia el Doctor. Y hasta existía contra ellos la sospecha de que habían votado

por el contrincante. Alderete les hizo la vida imposible, hasta que consiguió echarlos, quedándose además con sus cosechas.

—No voy a estar engordando a enemigos de mi partido, a rebeldes, a sinvergüenzas… —dijo cerrando el capítulo de la expulsión de ese centenar de esclavos que se tuvieron que ir con sus mujeres y sus críos, desnudos y hambrientos, a otros feudos probablemente más inhóspitos aún.

3

El Doctor, de tanto en tanto, hacía cortas giras políticas por las localidades de su circunscripción. Rosendo Alderete iba a caballo a la estación del ferrocarril a verlo pasar, a saber las noticias, a estrechar las manos del gran hombre, «tan bueno, tan inteligente, uno de los verdaderos puntales del partido y del gobierno». Volvía orondo, hinchado como un pavo y graznaba a su mujer las cosas que le había dicho el Doctor.

Al regreso de una de estas fugaces entrevistas, Alderete le refirió muy orgulloso que el Doctor tenía pensado traer a su hija Amelia y dejarla unos días con ellos, durante las vacaciones.

—Va a rendir el quinto grado —le había dicho—. Y no anda muy bien de la cabeza. Tiene unas cosas muy raras. Los médicos

dicen que son trastornos del crecimiento. Pero yo creo que es solamente cansancio mental, por el estudio, ¿sabe? La chica lee mucho. Quieren que salga al campo, a descansar.

—Pero cómo no, Dotor… —le había respondido Alderete, untuoso, servicial—. En casa va a pasar muy bien la niña. Hay una linda laguna. El aire e'sano. La alimentaremos muy bien. Le daremos mucha leche caliente, caldo de pata, remedio ñaná. Se pondrá en seguida como hierro, Dotor.

—Sería más o menos a mediados de diciembre. Yo le avisaré con un telegrama. Así se trae el sulky. Yo seguiré a Encarnación. Al regreso me la llevo de vuelta. Solamente por unos días.

—Pero cómo no, Dotor… Con mucho gusto. La niña estará como en su casa. No se va a arrepentir.

4

Llegó con una valija negra grande y con ese extraño perrito blanco que tenía una cinta celeste atada al cuello y olía con el mismo perfume que ella. Tan chico que parecía un juguete vivo, ladrador.

Bajó del sulky hermosa, opulenta. No habría cumplido aún los diecisiete años, pero parecía ya una mujer robusta y granada de veinticinco. La tez como las magnolias, bajo la cabellera oscura. Pálida y ojerosa.

Demasiado blanca y espigada. Orgullosa, o quizá solamente reservada.

Mientras bajaba, un golpe de viento removió el vestido y mostró parte de la pantorrilla mórbida y gruesa, como el tronco de un árbol recién despellejado. Alderete, que le tendía la mano para ayudarla, giró el rostro para no ver, gritando con ira repentina a Juancho cualquier cosa. El muchacho viboreó junto al sulky sin saber qué hacer. Ese resplandor de vientre de pescado también lo había cegado a él, pateándole el estómago hético con la coz de una mula, removiendo sus irremediables catorce años, su pubertad baldada por el mal.

5

Fue Juancho quien llevó a los enloquecidos peones, unos días después, la asombrosa noticia. Era la gota de fuego sobre la vejiga llena de aire a punto de estallar. Las barbas de los peones temblaban lascivas en el galpón, siguiendo las palabras del pequeño espía.

—Cuando el patrón y la patrona duerme de sieta, ella te va al común con el perrito…

—¿Y qué hace? —preguntaron varios a un tiempo, acribillando tórridamente a Juancho.

—Se sienta en el cajón… —la frase no pudo seguir en la garganta del muchacho trémulo. Hubo un nudo, como si la saliva se le hubiese petrificado de golpe.

—¿Y qué hace…?

—¿Por qué no contás todo de una vez?

—¡Mentira! —aguija uno—. No vio nada.

—Sí, vi… Al común se le voló con la tormenta una tabla del techo. Me subí al paraíso y vi…

—¿Y qué vite…?

Juancho lucha contra el nudo de piedra en la garganta.

—Mita'í puñetero… ¡Contá de una ve, o te vamo' a hundir la barriga a patada!

—Ella se sienta en el cajón abujereado del común…

Los hombres escuchaban con murmullo crecido alrededor de sus sienes. Es un río caliente que va a desbordar. Nadie chupa la bombilla del tereré. Están tumbados boca abajo en el suelo, con sólo las cabezas levantadas hacia el chico. Tensos, acechantes, como serpientes oscuras.

—Se levanta el vetido. Tonce, el perrito…

Un gemido lúbrico y ronco en las quince gargantas hombrunas tapó la voz aflautada del muchacho. Ya no necesitaban de él. El río caliente había desbordado y veían en él reflejada a la hija del Dotor en su monstruoso idilio con el perro. A la hora en que los patrones dormían y ellos estaban por los campos. A la hora en que la siesta achicharraba los pastizales, la sangre. Todo.

—¡Guacha…! Y pensar que aquí etamos quince macho…

—¡Tener que ir a despenarse con un perro!

—¡Guaina!

—¡Por qué no no' pide a nojotro!

—¡Por qué no se deja…!

Se oían carcajadas como sollozos. Ella los tenía enloquecidos.

6

Desde que llegó había hecho cosas extrañas. Pedía un caballo y se iba sola a la laguna hacia el atardecer, casi desnuda, con sólo una malla de baño roja ajustada al cuerpo tan hermoso, que se entraba en los ojos de los hombres como una espina de coco. Se iba sola, con su perro del que no se separaba nunca.

Era imperativa y caprichosa. Era la hija del Dotor . Trataba a Alderete y a su mujer como a peones. No hablaba con nadie. Solamente, a veces, con Juancho. No miraba a nadie. Estaba envuelta en su voluntad y en un misterio como en la verberación de un fuego secreto. El único ser al que dedicaba toda su ternura era el perrito blanco. Lo bañaba, lo perfumaba. Lo arrullaba con un canto gutural y melancólico. A veces, quedaba en silencio oyendo cantar las casuarinas. Por las siestas desaparecía. Alderete y su mujer no sabían qué hacer. Estaban consumidos por inversas preocupaciones. Se encontraban artificialmente en frases como ésta:

—¡Pobre el Dotor! Haberle salido una hija así…

—A lo mejor ko se cura. E’ el estirón nomá. Le va a pasar cuando se haga mujer.

Pero el mismo Alderete sentía la garganta seca pensando en la hija del Dotor . La veía en las tardes semidesnuda bajo el sol ardoroso rumbo al tajamar. Opulenta y blanca con la malla colorada ajustada al cuerpo, el perrito quieto sobre el recado como una figura acurrucado entre el brazo y el vientre de la dueña.

Por las noches tenía sueños difíciles junto a su mujer que roncaba y cuyas carnes se iban quedando como charque duro. Estaba lleno de vergüenza y de una exasperación. No podía despegar de la muchacha la imagen del padre. Era él mismo quien se erguía sonriente, impasible, con sus anteojos oscuros y su colmillo de oro, en el centro de la visión obsesionante que pasaba a horcajadas sobre el caballo.

Alderete volvió a salir al campo con los peones. Hacía tiempo que no lo hacía. Su mujer estaba extrañada. Se iba de mañana temprano. No volvía hasta la noche. Un día dijo que tenía que ir al pueblo a cobrar el dinero de una tropa y llegar después a la colonia para separar y comprar unos sebús. Iba a estar ausente durante dos días, por lo menos.

—¿No sería mejor pikó que haga ese viaje depué que se va ella?

—¿Por qué?

—Por ella. E’ mucho compromiso. No sea que le pase algo.

—¿Qué le puede pasar? Cuídala bien, nomás.

—¿Y cómo, Rosendo? ¿Acaso pikó ella ecucha a nadie voi? E’ mejor que no te vaya.

—No; tengo que cobrar ese dinero y comprar lo’ padrillo. No va a pasar nada. Quedate tranquila.

7

Juancho se deslizó entre las tacuarillas. No hacía más ruido que una víbora al moverse entre la hojarasca. Sentía ya el olor de la laguna, pero todavía no podía verla. Las copas de los sauces estaban caídas hasta el suelo. Le cortaba casi la respiración. Siguió avanzando. Se dejó caer entre los yuyos y empezó a arrastrarse. A medida que avanzaba hacia la laguna sentía miedo, un miedo creciente, una agitación tenaz como de fiebre. Pero no podía dejar de avanzar. Avanzaba como fascinado. De pronto, entre los sauces, resplandeció en la oscuridad el metal azul de la laguna. Chocó contra una mata de karaguatá. Las espinas le entraron en la cabeza. Pero no sintió ningún dolor. Le dolía más esa frase que había oído mascullar a los peones contra ella. «¡Ña rairö-na, los mitá…!». Se arrastraba como flotando en el aire. Sus manos tropezaban ahora contra un bicho húmedo e inmóvil. Lo

fue palpando. Se estaba realizando lo que temía. Por un momento creyó que era el perrito muerto. Era el traje de baño de la hija del Doctor. Lo levantó en sus manos. Estaba abierto, destrozado.

La lámina azulada y tersa se fue agrandando en la oscuridad, entre las hojas. No había viento, pero empezó a oír un murmullo. Se orientó hacia él. El murmullo fue creciendo; era como de voces sofocadas, de sonidos roncos semejantes al gañido de muchos perros juntos que hozaban devorando algún animal muerto. ¿Dónde estaría, dónde estaría ella misma? No sabía, no podía saber aún que el perrito estaba hacía rato en el fondo de la laguna y ella...

Se incorporó entre los yuyos y miró. Vio vagamente al principio, pero después lo fue viendo mejor. El espejo de la laguna arrojaba algo de la claridad del cielo nocturno sobre lo que estaba sucediendo.

Aunque hubiera gritado, ellos no se habrían dado cuenta. Ningún poder humano los hubiese podido arrancar de allí. Juancho sintió que el estómago se le subía a la boca. Miró y desde ese momento él no iba a poder hacer otra cosa que mirar y mirar, hasta el fin.

La hija del Doctor estaba allí, como muerta. Ya ni siquiera se debatía. Desnuda y blanca, semejaba un pescado muerto, pero todavía palpitante, parecido a una mujer, sobre la que iban trepando los peones uno a uno, luchando, derribándose uno a otro para tomar parte en la terrible faena comenzada, bullente de quejidos, de movimientos espasmódicos, de ecos sordos, de guturales suspiros.

La rogativa

1

Salió despacio de entre los bananeros como una bestezuela satisfecha. Una pequeña larva humana avanzando entre los amarillentos colgajos de las hojas. Alrededor de la boca había tierra, restos del furtivo banquete en el bananal. Aún se chupaba los dedos en persecución de las últimas migajas. La tierra estaba dura y reseca. No pudo escarbar muy hondo hasta el mantillo grasiento donde antes de la sequía abundaban las liendres de la tierra: frescos y gordos gusanillos blancos parecidos a tarjas de pella entre terrones y con un sabor rancio y azucarado. Poilú no encontró un solo sevo'í. En el fondo se alegró. Les tenía cierto miedo a los bichos. La tierra sola le gustaba más; la tierra pegajosa y oscura que había debajo de los yuyos, especialmente debajo de la yerbabuena y del hinojo. Podía distinguirla con los ojos cerrados, por el perfume.

Conocía los mejores sitios en el bananal. Pero la tierra había dejado de ser pegajosa. Y hasta el sabor estaba cambiando. Pero por lo menos había calmado su hambre. Sólo la sed continuaba brillando con un reclamo intenso y doloroso al fondo de los ojillos color tabaco.

Era el reclamo que remaba en todas partes; un clamor seco y crepitante. En la tierra, en las hojas, en la gente.

Se oían los rezos monótonos y plañideros en la capilla; los sones cascados y opacos de la campaña volteada a trechos como si hubiera muerto alguien. Estaban todos metidos ahí, desde la mañana temprano, rezando y cantando a Dios para que lloviese. Terminaban y volvían a empezar sin descanso: el coro compacto de voces afligidas trepándose sobre el vozarrón del cura. El clamor subía y se expandía en el aire quieto, semejante al zumbido de un lembú patas arriba contra el azote.

2

Poilú era hija de Anuncia, que era la concubina de Timoteo Aldama, que era a su vez tropero de los Filártiga.

Timó Aldama había «desgraciado» a un hombre de una cuchillada. Asuntos de apuestas en las carreraspe de Kandeá. Un desafío, un ataque a traición. Cosas del machaje. Andaba huido de las comisiones policiales. Unos días después, el herido murió de gangrena. Timó no pudo volver. La cruz de un aguaí lo convertía en proscripto. El

comisario de Santa Clara no lo quería. Tenía con él una vieja deuda. Él mismo encabezaba las batidas. Un tiempo después se supo que Timó había muerto en el ciclón que asoló Villa Encamación.

Anuncia se las arreglaba como podía conchabándose para recoger el maíz y la mandioca en las chacras y, alguna que otra vez, vendiendo aloja y chipá en las riñas de gallos de Ñu-Guasú. Eso quedaba bastante lejos, pero a las carreras de Kandeá no podía ir como antes, después de lo que había hecho Timó. A la barragana del «juido» nadie le compraba nada.

Poilú quedaba siempre sola en el rancho. Anuncia tenía bastante para andar una legua con su lata de aloja y su pesado canasto de chipás y fritangas.

Con la sequía de seis meses se había acabado el maíz y la mandioca, se habían acabado las riñas y las carreras. Se había acabado todo. No quedaba otra cosa que rezar y esperar. Los que estaban más apurados se iban muriendo.

No brotaba ni la maleza. Pero la angustia y la desesperación habían hecho retoñar vigorosamente la fe de la población. La capilla resultó chica para contener este repentino florecimiento del espíritu religioso. Desde que Paí Benítez ordenó la rogativa, las ovejas más negras habían vuelto al redil. Todos querían ponerse bien con Dios en el momento de la prueba.

—Somos elegidos de Dios —clamaba Paí Benítez con voz engolada y escaso convencimiento—. Debemos aceptar el castigo y tratar de ser más buenos para merecer el perdón —con sus palabras caía sobre los feligreses un medroso aire de contricción.

Entre los «elegidos» no faltaban conocidos cuatreros y hasta viejos criminales, algunos de los cuales tenían tres marcas en el mango de sus cuchillos pero cuyos delitos habían prescripto como cuentas incobrables. Las miradas de Dios no hacían distingos.

El hambre y la sed daban una extraña entonación a los rezos y a los cantos. Hacía cinco días que había comenzado la rogativa y ella no iba a cesar hasta que el cielo se apiadara de los pobladores de Santa Clara.

En su carcomido campanario de madera, Quincho, el campanero rengo y sordo, tiraba de la soga con un rígido espasmo de los brazos. Y la descalabrada perra de bronce ladraba a Dios con su único ladrido carrasposo y asmático.

Eso comenzaba desde la salida del sol, cesaba un rato a mediodía y volvía a la tarde, después de la sesteada del cura, hasta la puesta del sol.

—Poilú, cuidado con moverte de aquí. Cuidado con acercarte al pozo. Cuidado con irte al bananal. Que no venga a encontrarte comiendo tierra otra vez…

Anuncia atrancaba el rancho y se iba a la rogativa. Poilú un rato después se descolgaba por la ventana y se iba a sus solitarios atracones de tierra.

Pero apenas había otra cosa que comer en todo el pueblo. Y no sólo Anuncia encontraba a su hija comiendo tierra en la banana. Muchas otras mujeres encontraban a sus hijos haciendo

lo mismo. Era una antigua tradición infantil de Santa Clara. El hambre no había hecho sino actualizarla y, en cierto modo, sancionarla. La resistencia de las madres se había ido haciendo cada vez más nominal. En medio del rezo, Evarista le había dicho en voz baja a Anuncia:

—¡Ay, Jesús, comadre, lo que me pasa! ¡Mba'é tema nikó, che Dios! Mi Juancito anda comiendo tierra otra vez… Qué pikó voy a hacer un poco…

—E'á, comadre. Poilú ko también come… La' criatura tené mucho hambre… No hay otra cosa… No podemo'hacer nada… «Dios te salve, María… llena ere de gracia…».

3

Poilú rodeó el rancho y se encaminó al pozo. El sol pegó de lleno en la figurita desnuda y grotesca que parecía hecha con cera del monte. La cabeza grande sobre el cuello escrofuloso; el vientre abultado, a punto de estallar, con la piel tirante y verdosa llena de manchas blancuzcas. Las moscas la seguían y se enredaban de tanto en tanto en las greñas queriendo llegar hasta los granos. Poilú no hacía el más mínimo ademán de defenderse. El sol, las moscas, el hambre eran partes de su mundo; no los sentía enemigos suyos. Pero la sed era algo nuevo para ella.

Nunca había faltado agua en Santa Clara. Y ahora todos los pozos estaban secos. Hasta el arroyo que corría en la orilla del pueblo en un angosto y hondo cauce de piedra.

La sequía se había metido en todas partes, hasta debajo de la tierra. Pensó en ella como en un animal dañino, según la explicación de su amigo Felipe, el viejo loco que habitaba una pequeña gruta del arroyo.

Pero Felipe Tavy tenía maneras extrañas de explicar las cosas. Además, caminaba todos los días. Poilú estaba desconcertada. Primero le había dicho:

—La sequía e' un gran pájaro, con algo de lagarto y de víbora que etá sobre Santa Clara, Poilú.

—¿Y cómo tonce se ve el sol, Celipe?

—Porque está hecho con el vellón de la Virgen… Pero al día siguiente, si volvía a preguntarle le decía:

—¿La sequía, Poilú?

—Sí, Celipe. ¿Por qué no hay agua y no' tamo muriendo de sed?

—Porque en el cerro Kuruzú hay un tigre azul que se tragó toda el agua. Hata que el tigre orine no vamo' a tener má' agua.

—¿Y cuándo va a orinar el tigre?

—Cuando en el plan del arroyo florezca un yasy-mörötï.

—Pero allí hay piedra mucho ité por toda parte. ¿Cómo pikó va a salir el

flor, Celipe?

Felipe ahuecaba la voz y guiñaba un ojo mirando para todas partes.

—Hay un abujero en la piedra del plan, frente mimo a mi cueva. Por allí va a crecer el flor del agua.

—¿Y por qué no te va' a la capilla a rezar con lo' jotro kuera?

—Na... Yo no soy loco como lo'jotro... No e' allí que hay que apretar la verija al tigre... Dios no etá en la capilla... Allí solamente hay el mal aliento de la' vieja bruja...

—¿Y ande tonce etá Dios, Celipe?

Él volvía a ahuecar la voz y a guiñar el ojo:

—Dio ko etá conmigo en el arroyo... Él me cuenta todo...

Y Felipe Tavy, semidesnudo, esquelético, con sólo su camisa rotosa que le llegaba hasta las rodillas, su cabellera y su barba blanca, sucia, color ceniza, volvía a seguir su camino apoyado en su bastón de tacuara, envuelto en la aureola cenicienta del polvo. Su atadito de cosas se le movía en la espalda como una joroba.

Todavía giraba el rostro y por sobre el hombro le decía a Poilú mientras se iba alejando:

—Y cuando llueva te voy a traer el flor del yasy-mörötï del arroyo, forrada en viento-norte-y-nunca-la-verás-mirándola...

Poilú no sabía qué pensar. Felipe y su madre contendían en la nebulosa nuez que la hidrocefalia todavía no había acabado de inundar. Tanto fue, que un día le dijo a su madre, al regreso de la capilla:

—¿Para qué pikó rezate en la capilla, mamaíta?

—Para que Dio no'mande la lluvia.

—Celipe dice que no e' allí donde hay que apretarle la verija al tigre.

Las miradas de Anuncia se tiñeron de indignación en el círculo de las orejas amoratadas.

—¡Karaí tuyá tavÿ!

—Dice que allí solamente hay el mal aliento de la' vieja bruja... — continuó Poilú desaprensiva, inocente.

Anuncia descargó un bofetón en la cara de Poilú. La figura de cera montés se alejó temerosa unos pasos. Contra la pared cuarteada del rancho se recostó a llorar. Repasaba con la mano el sitio del bofetón, encogida, llorando silenciosamente con un hipo sordo que moría en la garganta. La madre le gritó:

—¡Cuidado que vuelva' a hablar con ese viejo loco!

—Celipe Tavy e' bueno, mamaíta... —susurró la figurita de cera.

El vientre enorme se estremecía a cada jipido del lloro. Y entre uno y otro, la voz de la criatura volvía a atreverse. Parecía atravesar la pared cuando dijo:

—Celipe Tavy e' el único que me cuenta cuento. Y cuando llueva me va a traer del arroyo la flor... —y repitió a su modo,

sorbiéndose los mocos, el disparatado fonema del lunático del arroyo.

Anuncia no se había aplacado. La rogativa había hecho surgir en ella otra mujer; una mujer dura, inexorable, impersonal. Su voz había copiado el tono enfático del cura; una voz en la que los pequeños recuerdos se desintegraban en una mirada de partículas tornasoladas, como un estornudo.

—No va’ a hablar ma con Celipe Tavy.

—¿Por qué, mamaíta?

—Porque al hablar él te mete gusano’en lo’oído. Lo’ gusano se va’ a criar en tu cabezota y te va a salir por la narí y lo’ oído. ¿Me oíte?

Poilú se resistía. Estaba aguantando la respiración.

—Si te agarro hablando con él, te voy a romper el cabeza con el abatí- soká. Pero aunque yo no te vea, te va a ver Dios, y lo mismo Él te va a quebrar la cabezota como una sandía madura a la que aplata una carreta. ¿Me oíte?

El valor de Poilú parecía inagotable. ¿Qué cosas tan secretas como Dios estaba defendiendo ella en ese momento en sí misma? No respondió a la intimidación perentoria. Se negaba a responder. Pero un nuevo coscorrón que resonó neto, rabioso, sonoro, en la enorme cabeza, le arrancó la promesa:

—Sí, mamaíta… No vi’a hablar ma con Celipe Tavy…

4

Estas cosas eran las que llevaban preocupada a Poilú. Sus patitas estevadas la fueron acercando al pozo. Sus pies batían el polvo con el sonido de una fruta podrida que cae del árbol. Subió sobre las tablas carcomidas que cubrían la boca del pozo sin brocal. En el centro había una abertura cuadrada toscamente labrada a hachazos. En las juntas de las tablas asomaban manojos de culantrillos resecos. El musgo y las orejas de rana que antes había adheridos a las tablas eran también polvo ahora; sólo que un polvo pastoso que se negaba a volar.

Poilú miró a través de la abertura. Adentro, bajo el sol del mediodía, era la noche fresca y sosegada del pozo.

La sed mareaba a Poilú. La arañaba en la garganta, en el pecho, en el estómago. Le dolía más que los coscorrones del día anterior. Se miró los pies y las piernas dos o tres veces; le pareció sentir que subían por ellos hileras de hormigas y que cada una de estas hormigas la picaba con una punzadura leve y penetrante. ¡Si hubiera un poco de agua en el pozo!

Pero no. Ella sabía que no había, que no podía haberla. Todo estaba seco. La misma cantarilla se había rajado, como si hubiera muerto de sed. El porongo parecía la barriga hinchada de una vaca muerta en el campo, pero vacío, seco, inútil.

Hasta que Felipe Tavy le trajese la gran noticia, ella sabía que no podía haber agua en ninguna parte. Debajo de las tablas sobre las cuales se hallaba parada con las invisibles hormigas subiéndole lentamente por el cuerpo había solamente esa pequeña y redonda noche misteriosa del pozo. Fresca pero sin agua. Más implacable todavía porque era suave y

engañadora. Por la abertura caía, casi ya vertical, una viga dorada y transparente con su cuadrado luminoso en el fondo profundo. Poilú lo miraba como hipnotizada.

5

—¡Chake, Poilú…!

Los dulces ojillos legañosos de Felipe la miraban un poco asustados desde la quincha. Se acababa de parar. El polvo todavía le rodeaba.

El corazón de la criatura empezó a latir con violencia.

—¿Qué está haciendo ahí? ¿Le etá-sacando pikó la lengua a la abuela del pozo?

Poilú se acercó lentamente a la quincha. La prohibición le dolía en la cabeza, detrás del coscorrón. Tenía que empezar de alguna manera.

—Celipe, no puedo hablar má con vo. E’ mejor que te vaya… La voz de Poilú tenía la secreta humedad de las lágrimas.

—¿Por qué, Poilú?

—Mamaíta no quiere…

—¿Por qué, digo yo?

—Por lo’ gusanos que te va’ a criar en mi cabezota.

—¡Jhee, sí, tiene razón! Hay que cuidar ko eso…

—Por eso e’ mejor que te vaya, ante de que ella güelva y no’ agarre hablando. Andá muy retobado luego ko’ ella, Celipe.

—¡Qué látima, Poilú! Y yo que venía a avisarte que el flor del yasy- möröti ya está empezando a crecer.

El rostro de Poilú se iluminó con algo parecido a una sonrisa. Era la belleza de una nube reflejada en un charco oscuro. En alguna parte del universo, Poilú en ese momento era hermosa como una flor cuya absoluta perfección residía en que era todavía increada.

—¿Ya se ve…? —la ansiedad era una oleada fresca en su garganta…

—Etá creciendo en el abujero. En ete momento ya etará saliendo el puntito. Pero cuando salga el flor, ya no te podré traer, Poilú…

—Sí, Celipe… Ikatú-ta, porque tonce habrá llovido y mamaíta ya etará güena otra ve. Podremos volver a hablar. Siempre… Siempre…

Al fin Felipe encontraba alguien más sabio que él. La lógica desesperada de la criatura lo mareó.

—¡Cuidado, Poilú, no toque’ mucho la bichoquera!

Y bajate de ahí, tarovilla… Ahora me voy… Voy a apretar la verija al tigre.

Felipe Tavy continúa la recorrida. El polvo, su amigo, lo acompaña. El lío roñoso tiembla a su espalda como una giba movediza. No se sabe si el bastón de tacuara se le adelanta siempre un poco o si es él quien siempre se queda un poco atrás. Se vuelve como de costumbre. Va a hablar, pero el fantástico trabalengua se le borra de los labios. Ve que Poilú va andando en dirección a la puntita que está asomando por el agujero de piedra. Como hace un momento, entre las hojas amarillas de los bananeros, ahora avanza entre el polvo. Una pequeña larva humana con las moscas detrás. El anciano la sigue, la llama. Tiene los ojos turbios como el cielo seco y manchado del verano.

—¡Poilú…, Poilú…!

Pero Poilú no lo oye. No va a oír nunca nada más. Tal vez va oyendo el ruido distante de la lluvia, el fragor subterráneo de la flor que está creciendo entre las piedras.

Entre la criatura y el viejo se mantiene la misma distancia. El viejo quisiera correr, alcanzar a Poilú. Pero no puede. Ríe ahora con grandes carcajadas lunáticas. Y las conmociones de la risa frenan aún más su marcha vacilante.

El pueblo parece abandonado en la lechosa claridad del mediodía. En todos los ranchos hay silencio, un silencio pesado y obstinado. Sólo en dirección a la capilla continúa el zumbido del gran escarabajo humano, debatiéndose patas arriba contra la sequía. Cada vez más lejano. Los rígidos espasmos del campanero, colgado en el aire como una rana muerta, siguen haciendo ladrar a la perra cascada. Entre el espasmo del brazo y el sonido, hay un tiempo que el Dios de la capilla debe sentir transcurrir con desesperación. En ese tiempo rengo y sordo, ningún milagro puede suceder.

En medio de la luz rosada y manchada, la persecución sigue. Poilú baja ya hacia el arroyo. El viejo ha quedado muy atrás. La larva se arrastra entre los altos yuyos y desaparece.

—¡Poilú…, Poilú…!

Felipe Tavy llega a tiempo al borde de la barranca profunda para contemplar el maravilloso nacimiento. Entre las piedras afiladas, el grotesco muñeco de cera montés va rodando, rodando, en busca del fondo. A veces, una punta lo detiene un instante. Después sigue cayendo y rebotando entre las otras puntas. Hasta que al fin se detiene.

—¡Poilú…! ¡Poilú…! ¡Poilú…!

Así empezó a llamar Anuncia, hace tres horas. Fue ella sola, primero, con breve, con sofocado remordimiento. En el bananal, ante las huellas recientes del almuerzo. Allí estaban todavía los vestigios de las pequeñas zarpas hambrientas en la tierra,

comiéndola, devorándola a ella primero, en una inversión monstruosa del orden natural. Luego, junto al pozo y las tablas intactas Por último, ante la posibilidad que ella misma echara a rodar con un espumarajo de rabia y explosiones de llanto:

—Comadre Evarita... Debe ser Celipe Tavy..., ese viejo loco del arroyo... Él tiene la culpa... Andaba siempre detrás de Poilú, ese viejo cebado.

Quién sabe qué le habrá pasado a mi hija... Quién sabe qué pa le habrá hecho...

Y la comadre oficiosa al resto del pueblo, untando con perverso lengüeteo la sádica mecha colectiva:

—¡Celipe Tavy ha violado a la hija de Anuncia...! Hay que ir allá... Castigarlo... Salvar a esa pobre inocente...

La multitud que está frente al rancho de Anuncia es la misma de la rogativa. Sólo falta el cura. Debe estar comiendo su pollo. También faltan el comisario y los agentes. Andan detrás del padre de Poilú, queriéndolo cazar a tiros.

Todos, hombres, mujeres, viejos, cuatreros, criminales de hasta tres marcas en el cuchillo, son en este momento una sola comadre rumorosa enardecida.

El gran lembú se ha puesto sobre las patas y necesita devorar su hediondo alimento.

—¡Poilú...! ¡Poilú...!

—¡Tuya añá!

—¡Tekové tavy!

—¡Yajhá katú ña jhundí...!

El gran lembú se ha puesto en movimiento. Bajo el caparazón late un corazón duro como el badajo de la campana rota. Los hombres aperciben sus machetes. Las mujeres acezantes empujan a los hombres con sus gritos, con sus puños. Algunas mean sobre el polvo, sin siquiera recoger el ruedo de sus andrajosas polleras. Es la única agua que moja la tierra sedienta. Todos recogen piedras y palos y se ponen en camino hacia el arroyo. El polvo borra los ranchos y escolta a la multitud.

Sobre el campo quemado giran bandadas de taguatós en un vuelo lento y como atontado. Pero uno sabe que sus ojos, sus picos y sus garras tienen la emponzoñada lucidez, la afilada precisión del hambre. Son las flores negras y salvajes del cielo que nutren las osamentas.

A mitad del trayecto, la procesión se detiene de golpe. Los gritos cesan. El silencio latiente se repliega sobre sí mismo. Por el camino avanza Felipe Tavy. Lleva algo en los brazos. Un bulto pequeño y oscuro. Avanza lentamente pero seguro. Su bastón de tacuara como siempre tantea el terreno, un poco en el futuro o dejando a su dueño un poco en el pasado. Cuando el silencio se hace completo, se oye su risa. Una risa pura, casi olvidada.

El grito de Anuncia corriendo hacia el anciano ceniciento devuelve al escarabajo su mortal inquietud. Ondula, se encrespa y el rumor vuelve a crecer. Los puños se cierran sobre los palos, sobre los machetes, sobre los pedregullos mataperros.

Felipe Tavy entrega el bulto inerte de Poilú a la madre. Se pueden ver sobre la cabeza de la criatura vetas rojizas. Algo explica el anciano loco a la madre, pero ésta no le escucha. Después le escupe en la cara y le golpea con el puño que tiene libre. Felipe Tavy sigue riendo con su risa limpia de arroyo. No tiene otra manera de expresar su extraña felicidad

La primera piedra no cae sobre él hasta que Anuncia vuelve adonde están los otros. Entonces los pedregullos caen en diluvio sobre el anciano, y el ruido que hacen al caer sobre él es el mismo que el que hacen al caer sobre el polvo, un estampido opaco y sofocado. La suave carcajada parece aún resonar entre, el estruendo blanco de las piedras. Pero es solamente un recuerdo.

Tan ardua es la piadosa operación que todos se secan el sudor de sus frentes. Gruesas gotas. Gruesas gotas chorreantes. Y tan absortos están que no se han fijado en el cielo del Poniente. No se dan cuenta de que sobre el sudor que mana de adentro, del odio, de la fatiga homicida, están cayendo las primeras gotas de un caliente aguacero. Negros nubarrones avanzan velozmente y oscurecen todo el cielo. El aguacero arrastra a la lluvia. Su olor cercano, su frescura, están llegando en la primera ráfaga. Lloverá toda la noche. Tal vez durante días.

Después habrá acción de gracias en la capilla de Santa Clara.

La gran solución

Al principio de la guerra con Bolivia, Liberato Farías se consideró relativamente seguro. Con sus cuarenta años blandos y retacones se sentía en cierto modo inmunizado contra la posibilidad de marchar él también al frente.

Vivía con Cesarina, su esposa, en una casita muy linda del puerto, detrás del enorme edificio circular de la Dirección General de la Armada. Desde allí, todos los días hacia el anochecer oían la charanga de los acantonamientos despidiendo en los muelles a las tropas que partían en los transportes rumbo al frente.

Hasta un momento determinado, esas diarias despedidas habían sido para Liberato un acontecimiento digno, emocionante.

—¿Oís, Cesa? Más soldados para el Chaco.

—¡Pobrecitos!

Desde la blanca y cómoda casita resultaba realmente conmovedora la partida de esos bravos muchachos que iban a morir por la patria con su nuevo equipo, sus uniformes verdeolivo ya rotosos antes de empezar, sus sanos y alegres gritos que agoraban una fiesta, no una guerra.

Un vago repeluzno heroico estremecía a Liberato oyéndolos partir. Apoltronado muellemente en su sillón preferido de la salita, con el copetín del aperitivo al lado, su ejemplar de «El Orden» sobre las rodillas y Cesarina trajinando desde la cocina al comedor con un leve fru fru de sus polleras almidonadas, Liberato pensaba en los soldados. El sonido de la banda le arrancaba a él también sueños de coraje guerrero. Pero nada más que sueños. ¡Qué se iba a hacer! Era preciso morir y morir a miles para castigar la infame agresión, recuperar las tierras robadas, desagraviar el honor nacional.

—¡Qué espléndidos muchachos los nuestros, Cesa!

—Verdad, mi hijito. Los pobres hacen caer el alma a los pies —respondía ella sin dejar de preparar la cena. A Liberato le gustaba comer bien, sobre todo por las noches. Los atracones al mediodía no le sentaban. Le daban sueño. Y desde temprano tenía que estar en la ferretería.

—Parecen chicos que van a jugar. ¡Y pensar que van nada menos que a morir! ¡A morir…! —la voz de Liberato temblaba un poco de coraje y de miedo, mitad y mitad, como el vermouth y el amargo de su aperitivo.

—¡A morir! ¡Qué triste! Pobres también los que se quedan…

—¿Los que se quedan? —inquiría él tragando con ruido.

—Digo…, los padres, las hermanas, las novias —el sonido de los cubiertos o de los platos comunicaban cierta marcial estridencia a la voz suave, tierna de Cesarina. Demasiado suave, demasiado tierna.

—¡Ah, pero esos puercos la van a pagar! ¡Je…!

—¿Quiénes, mi hijito? —mientras rebanaba distraídamente el pan abultado y fragante que traía Salvatore.

—¡Ellos! Los bolivianos

—Ah, pero a lo mejor tampoco ellos tienen la culpa —acotaba con blandura mientras depositaba la fuente humeante sobre la mesa cubierta por el inmaculado mantel. El corazón de Cesarina era humano y generoso. Podía disculpar cualquier cosa.

—Cómo no van a tener la culpa. ¡Si ya están casi sobre el río! Indios de porquería.

—Bueno. La sopa se enfría, Libé.

La exaltación de Liberato se desvanecía de golpe. El vapor aromático y sabroso de la sopera lo envolvía y lo arrastraba hacia la mesa como un abrazo mágico. Cesarina tenía varios filtros irresistibles. No solamente eran el orégano y el perejil en la sopa, los condimentos, el insuperable puchero. ¡Y tan buena, tan comprensiva, tan complaciente ella siempre!

Al rato, en las pausas de su sonora deglución, Liberato hablaba un poco. Transmitía a Cesarina cosas, problemas de la ferretería; las peripecias de una cuenta incobrable; la muerte de un cliente; la rotura de una partida de lozas; las crecientes dificultades con la guerra para reponer la mercancía. Él, como gerente de la casa, estaba bastante preocupado. Cesarina contemplaba a su marido atentamente. Seguía sus palabras con movimientos de cabeza. Le alcanzaba la salsa, el vino, le repetía las porciones. Lo sahumaba con su devoción fiel. Lo alentaba.

—Ya vas a encontrar la manera, mi hijito. No te preocupes ahora. Comé tranquilo.

La que siempre encontraba las soluciones era ella. Tenía una finísima intuición para todo. Se podía decir que el verdadero gerente de la ferretería era ella. Y procedía con tanto decoro y tacto que Liberato nunca se daba cuenta de que esto era así. Le mostraba el camino y, además, le hacía creer que él lo había encontrado.

Ella apenas tenía tiempo para contarle sus cosas. Pero más que tiempo, le faltaban en absoluto cosas que contarle. No iba a aumentar las preocupaciones comerciales del marido con las pavadas del lechero, del carnicero, del almacenero, de la lavandera. Para ella, los únicos acontecimientos importantes eran las salidas y regresos de Liberato; los cuatro viajes de ida y vuelta que él hacía desde su casa hasta la ferretería distante unas diez cuadras en un buen sitio de la calle Palma.

Después de la cena salían un rato a tomar el aire en la vereda. Después se acostaban. Juntamente con el sueño caía sobre Liberato en el sereno la necesidad de la blandura de su Cesa, como otro sueño más íntimo en que, también como en el

aperitivo, se mezclaban mitad y mitad la costumbre del deseo y las siempre nuevas satisfacciones.

En los brazos tibios, satinados, de Cesarina, Liberato olvidaba la guerra, la ferretería. Se olvidaba de sí mismo. Se refugiaba en ellos como un niño ansioso de protección y ternura. Y en esos momentos, en la oscuridad, cuando por los visillos se filtraba en pálidos haces la luz del alumbrado, era cuando Cesarina se mostraba más plenamente comprensiva de sus deberes de esposa y… de madre.

Porque en realidad, tanto como su mujer, Cesarina era la madre de este párvulo adulto y regalón. No le costaba en lo más mínimo desempeñar ese papel. Al contrario, ella misma se lo había fabricado. En su marido aniñado y sin carácter, Cesarina había concentrado la solicitud de una maternidad largamente postergada. La situación era evidente hasta para los extraños. Cuando Cesarina y Liberato se iban los domingos a oír misa en la capilla de los Salesianos y los jueves al cine, los Rolón, sus vecinos, dándose con el codo o guiñándose un ojo decían al verlos pasar:

—Ahí van madre e hijo…

Pero ellos vivían felices y despreocupados en su limbo doméstico. La guerra apenas había venido a alterar el inveterado ritmo conyugal que duraba ya más de diez años.

La cosa empezó a ponerse fea a partir del segundo año de guerra. O bien los bolivianos retrocedían muy lentamente o era que los de acá los empujaban con demasiada parsimonia. El caso era que la guerra se iba alargando. Las clases iban siendo llamadas bajo banderas, una tras otra. Las charangas del muelle se habían vuelto lúgubres para Liberato. Sentía un vago rencor contra esos «espléndidos muchachos» de los primeros tiempos que no habían sido capaces de acabar ellos solos el negocio contra «esos indios de porquería». Pero ¿es que entonces estos tontos muchachotes campesinos que se iban en los barcos no sabían pelear? Un día no aguantó más y se le escapó delante de Cesarina:

—¡Flojos de…!

—¿Quiénes, mi hijito?

—Esos…, esos… —y la mano regordeta del gerente, que no sabía empeñarse en otro ejercicio más violento que el de firmar recibos y cheques, se agitó dos o tres veces en dirección opuesta a la sopera humeante.

Cesarina captó nítidamente el pensamiento del marido, pero se hizo la desentendida. Cómo no iba a captarlo, si estaba asistiendo deprimida e impotente a la evolución de su confuso e incontrolado terror. Sus guisos, sus caricias, sus crecientes ternuras ya no podían nada contra ese miedo creciente.

—La ciudad se está llenando de prisioneros bolivianos. Pero ahora tendremos que acabar la guerra los viejos y los niños…

—No te va a tocar a vos, mi hijito. La guerra se va a acabar antes.

—¿Cómo no me va a tocar, si han llamado a los de treinta y ocho años?

—Van a ser los últimos, Libé. No te pongas así, mi hijo.

No fueron los últimos. La clase inmediatamente anterior a la de Liberato también fue llamada. El miedo entró en tirabuzón. Se tío ya en alguna parte del frente. Se sintió lleno de piojos, untado de polvo o de barro en las trincheras, chupando el agua salobre y podrida de los pirizales o bebiendo su propia orina (como contaban los que venían de allá), alcanzado, destrozado por las granadas de morteros que caían desde el cielo en los cañadones con su carga infernal. Empezó a sufrir pesadillas, cada vez con más frecuencia. Se despertaba gritando como un loco, pidiendo, gimoteando que no lo mataran, que lo dejaran vivir. Por la noche no leía ya sino los comunicados del ejército en campaña.

Cuando los textos eran breves, suponía derrotas, desastres inconfesados que alargarían aún más la duración de la estúpida guerra.

—Este general Estigarribia está resultando un zoquete… —decía por lo bajo y se quedaba pálido, lívido.

Hasta que lo más temido sucedió. La clase de Liberato fue movilizada. Él se enteró afuera. Llegó como muerto. Al día siguiente, muy temprano, golpearon en la puerta. Cesarina se levantó de un saltó y fue a atender. Era uno de la Policía Militar. Le entregó el sobre verde de la citación. Lo hizo girar entre sus dedos. Quiso ocultarlo. Pero ya todo era inútil.

Volvió al dormitorio. Liberato había metido la cabeza bajo la almohada y sollozaba. Se quedó mirándolo en silencio, con el alma rota, desolada, impotente por la primera vez.

—¿Quién fue? —preguntó Liberato como desde bajo tierra.

—Nadie, mi hijo… Ah…, sí. Era Salvatore, que traía el pan…

No; no era Salvatore El repartidor del pan tenía una manera muy especial de entrar. Hablaba y hablaba. No se iba nunca. La salita se llenaba con su vozarrón y sus pausas. La cabeza de Liberato asomó:

—¿Era la citación. Cesa…?

—No… —prefirió decirle de una vez la verdad—. Sí, Liberato… ¿Para qué voy a seguir engañándote? Era la citación.

Liberato Farías concurrió al acantonamiento militar del distrito. Le hicieron el examen médico. Las oficinas del destino funcionaban en un gran cuartel, resonante de aprestos, atestado de la futura carne de cañón. Un sargento de sanidad lo insultó; otro lo empujó; un tercero le sacudió una patada. Liberato se movía como un sonámbulo. Lo dejaron ir. A los ocho días debía

presentarse allí mismo para quedar acuartelado y comenzar la instrucción. En su libreta de enrolamiento, las cuatro letras fatídicas de la palabra APTO le quemaban las manos. Y quemaron también las de la afligida y desolada Cesarina.

—Habría que tratar de conseguir que tus amigos políticos…

—No harán nada por mí —decía desfallecidamente Liberato—. Desde que ascendí a gerente los tengo un poco abandonados. Ellos no quieren comprometerse sino por los que son muy adictos. Y yo. Cesa, vos lo sabéis bien, hace rato que no me meto en política.

—¡Tan bien que te hubiera venido ahora! Ahí lo tenés a Crisanto, por ejemplo. No sólo no va a la guerra. Hasta le han dado un auto. ¿Y para qué lo necesita?

—Y bueno, él tiene mucho trabajo ahora.

—¿Y qué hace?

—Lo han nombrado director de movilización. Se ocupa de mandar a los otros al frente.

Entonces había que buscar algo, una escapatoria de urgencia a la alarmante situación de su marido. Era necesario encontrarla a toda costa. Él, tan blando, tan debilucho, tan incapaz de violencias o de esfuerzos desordenados, no iba a poder resistir la dura vida de campaña a propósito solamente para esos hombres rudos y brutales que venían de la campaña. Su pobre Libé ya estaba imbecilizado por el miedo. Ella tenía que salvarlo.

Una mañana lo despertó suavemente:

—Liberato… Liberato…

—¿Qué…? ¿Qué…? ¿Qué hay, Cesarina? —respondió, reflotando de un mal sueño al exorcismo de la voz benéfica.

—Creo que podríamos arreglar el asunto de una manera.

—¿Cómo, Cesa? —y se sacaba de los ojos la telaraña sobrante del sueño.

—Sí; simulando un accidente.

—¿Un accidente? ¿Te parece?

—Pero, claro, mi hijo. No sé cómo no se me ocurrió antes.

—No…, no entiendo muy bien.

—Muy sencillo. ¿No te declararon apto para el servicio?

—Sí…

—Tenemos que encontrar entonces una manera para que te declaren inapto y no vayas. Sé de uno que estaría dispuesto a complicarse con nosotros.

—¿Quién?

—Salvatore, el repartidor del pan.

—Bueno, pero cómo le vamos a decir…

—En realidad, ya le hablé del asunto. Claro que apenas lo necesario. No todo, desde luego. No hice sino sondarlo un poco. Él aceptó de plano y hasta me ayudó con algunas indicaciones. Me dijo que por nosotros él haría cualquier cosa y que, por otra

parte, eso era muy común. Me contó que un tío suyo se había salvado de ese modo en Italia de ir al frente en la guerra del catorce. Y que aquí mismo conocía a muchos que andaban fresquitos por las calles o en servicios auxiliares después de haberse disparado tiros en las piernas, en las manos y hasta en el estómago. Habían quedado un poco rengos no más. Pero lo principal era que estaban vivos y se habían escapado de ir al frente.

—Bueno, pero tiros, Cesa… Morir aquí y allá… ¿No…, no sería un poco arriesgado?

—No; pero Salvatore no te va a disparar tiros, hijo. Va a ser un accidente, no más. Me dijo que lo dejara todo en sus manos. No hay más que elegir el día, convenir algunas otras cositas… En fin, ya está casi todo listo. Es un recurso desesperado.

Liberato no tenía aún una idea de cómo se produciría ese accidente. Pero sintió que una gran placidez le empezaba a inundar por dentro. Si Cesa había preparado el asunto, no había que temer. Ella siempre sabía lo que hacía. Era, sin duda, una gran solución.

Mientras Liberato ponía en orden los asuntos de la ferretería, Salvatore mantuvo tres nuevas entrevistas privadas con Cesarina. Ya no parecía un repartidor de pan sino un acreedor exigente que se volvía más exigente. La miraba a Cesarina, la devoraba con los ojos encendidos y los labios húmedos y temblorosos. Se paseaba a grandes pasos por la habitación y se sentaba, a veces, en la butaca de Liberato con la voluptuosa fruición de un hartazgo anticipado.

Cesarina se daba exacta cuenta de la encrucijada en que se había metido. Pero ya era tarde. El dilema era de hierro: o ceder a las crecientes exigencias de ese bruto, o perder a Liberato en la cárcel o en el frente. Apenas se defendía ya.

—Pero eso no puede ser, Salvatore. Usted no puede exigirme eso. Soy una señora… Una esposa decente…

—Claro. La bella signora quiere salvar a suo rispetable marito, cómodamente, gratuitamente… Ma el povero Salvatore, l’estupito, puede hacer el fato e andaré poí tranquilamente a la cárcel… ¿Eco?

—Usted aceptó hacer este favor.

—Bene, bene. Ma io meto un precio. Tutte le cose tienen un precio: el pan que io vendo, l’acidente para que suo marito que non vuole partiré a la guerra reste junto a la sua moglie, la moglie del marito que e mia desesperazione de hombre… Tutte le cose.

—¡Salvatore, usted es un mal hombre, un miserable!

—Puede. Ma usted e una moglie molto apetitosa…, divina. ¡Mamma mía!

—y el atlético y sonrosado repartidor resoplaba su cálido aliento con los labios casi pegados al cabello endrino y ondulado de Cesarina.

—¡Retírese! ¡Salga de aquí!

Salvatore retrocedía un paso, aflojaba un poco el cerco. Pero no se iba.

—Ya ritornará a llamarme. Non sea tonta. Los dos están en las mías manos… Io posso soplare al distrito…

—No tiene ninguna prueba.

—Ma perderá totalmente a suo marito, a su… bambino, como dicen los vecinos.

—¡Salga de aquí…! —volvió a repetir Cesarina, con mucho menos fuerza. Ya prácticamente no era una intimación; era apenas un desahogo, quizás el último, de su dignidad herida. Salvatore renovó su acometida. Ahora no tenía sino que insistir un poco más.

—¡Povera ragazza! Piénselo.

—No…, no…

—Io non tengo apuro ninguno. O esperato tre anni. Posso esperare tre giorni piu. Piénselo, signora… ¡Ragazza mía!

Salvatore se inclinaba, caía sobre ella como una atmósfera sofocante, irresistible. Veía sus dientes grandes y firmes, brillando como pedruscos de mármol en medio de uná sonrisa lasciva. Sentía sus turbias miradas rozándole la piel; sus grandes y pesadas manos revoloteándole, sin atreverse todavía demasiado, alrededor de los hombros, de la cintura, de sus senos palpitantes. La esposa honrada y fiel, la mujer consagrada al amor apacible, al inalterable rito monógamo, adormilada por más de diez años de tímidas caricias maritales, casi neutras ya por el hábito, estaba despertando en un viento de fuego. Se sentía mareada, aturdida, mortalmente atemorizada. Pero estaba de por medio la suerte de Liberato.

—¿Y…, ragazza? ¿Qué faciamo?

Cesarina amaba demasiado a su marido para no sacrificarse por él.

¡Cualquier cosa, antes de permitir que él se fuera a la guerra! Allí le esperaban peligros atroces. Podía sucederle lo peor. No respondió pronto a la pregunta del repartidor. Después con un hilo de voz le dijo:

—Bueno…, pero procure no lastimarlo demasiado al pobrecito. Solamente para engañar a los de la junta…

—¡Oh, deque eso por la mía cuenta! Seremo tutti contenti… Ma pero ¿il nostro acordo?

—Mientras él esté en el hospital…

—¡Eco! Nessuna parola piu.

El italiano besuqueó a Cesarina y se fue silbando una desafinada tarantela.

Salvatore vino a medianoche con el carro a buscar a Liberato, que salió encogido, pequeño, miserable. Parecía un carnero conducido al matadero. Cesarina lo despidió en la puerta de la calle. Lloró un poco y se acostó a esperar. Después del accidente, el mismo Salvatore debía llevar a Liberato al Hospital de Clínicas, como si lo hubiese encontrado por casualidad tendido en la calle. Eso era lo convenido. Sólo después iba a venir a golpear levemente la puerta, para cobrarse el precio.

No lo aporreó demasiado. Sólo como para que los médicos de la junta no tuvieran ninguna clase de dudas. Liberato ni se dio cuenta de cómo había comenzado aquello. El hecho fue que al llegar al desvío del ferrocarril que estaba detrás del edificio de la Armada, junto a unos vagones cargados de rollizos, Salvatore se agachó en el carro y recogió algo vagamente parecido a un garrote corto y macizo. Después dijo con voz lejana, como con sueño, levantando la mano en dirección a los vagones:

—¡Guárdate cuánta leña, don Liberato! ¡Cuánta leña…!

El interpelado se dio vuelta para mirar. Apenas se veía en la oscuridad. En alguna parte había un foco de mala muerte. Pero era como una vela en un campo. Sólo por no ser descortés dijo:

—Sí; ¡cuánta le…! —pero no pudo concluir. Con un primer garrotazo, Salvatore le sacó el habla y el sentido. Después bajó del carro, tiró de las patas a Liberato, que parecía un paquete en el pescante, y ya en el suelo, luego de escupirse en las manos, lo empezó a moler sin ninguna fatiga, con minuciosa aplicación. Trabajando en la oscuridad ese hombre daba la impresión de que se hubiese doctorado en la ciencia del garrote. Se prodigó un rato en la cabeza del paquete:

—Cuesto para que no se te vea crecer los cornos, vechio cornuto… — murmuró, mientras el garrote subía y bajaba. Los golpes que molían a Liberato producían también un sonido opaco y sofocado en el pecho de Salvatore, como el eco sordo del esfuerzo o la satisfacción plena y mórbida de la faena. Así que no se necesitaba más. El garroteado podía ya estar muerto desde hacía rato. Pero Salvatore quería sacar un trabajo fino. Por las dudas, subió al carro, dio un rodeo y avanzó hacia Liberato haciéndole pasar una llanta sobre lo que sería aproximadamente la coyuntura de un pie. El paquete ni se movió. Volvió a bajar, lo arrastró junto a los vagones y lo dejó allí, no entre las ruedas, pero casi. Lo miró un rato. Se vio que ése hubiera sido su deseo, pero se limitó a dispararle por entre los dientes un escupitajo fino y certero que debió de haberle pegado en un ojo. Sólo entonces se alejó a concluir la otra parte, la más agradable del trabajo.

Cesarina no se demoró mucho. Al segundo golpecito ya le abrió y se la oyó bisbisear en la oscuridad de la salita. La puerta volvió a cerrarse sin ruido.

Del Hospital de Clínicas, adonde sólo al día siguiente Cesarina lo condujo, Liberato fue transferido al Hospital Militar. En un mes le dieron de alta. En su libreta de enrolamiento la palabra apto había sido tachada con tinta roja y, en su lugar, se leía ahora una clave mágica: inapto definitivamente para el servicio.

Venía todavía muy vendado, con un brazo en cabestrillo y la pierna derecha enyesada. En cuanto a la cabeza, parecía una momia egipcia. Podía pasar fácilmente por un evacuado del frente, por un héroe de la guerra. De hecho, muchos lo creyeron y lo compadecieron al verlo pasar. Uno murmuró con lástima sincera:

—¡Cada vez están viniendo peor de allá…!

Los garrotazos de Salvatore apenas habían logrado transfigurar el aire de incipiente imbecilidad que el miedo imprimiera al rostro de Liberato. Por entre el vendaje, su expresión era ahora de iluminada estolidez.

Pero, naturalmente, sólo por la felicidad de volver a la querida casita, a su incomparable Cesarina. De haber derrotado al miedo, a la muerte.

Cesarina también parecía transfigurada. La notó más hermosa y fresca. Era la lozanía de la salud y de la dicha. Otra cosa que notó, por lo demás también muy natural, eran las frecuentes visitas de Salvatore.

Ahora Cesa y él reían y hablaban en voz baja en la salita. Notó, además, que Salvatore usaba sus camisas. Cesarina se las había regalado en pago del gran servicio que les había prestado. Bien hecho. Se le debía mucho y él, por otra parte, no necesitaría camisas quién sabe por cuánto tiempo. Con las vendas tenía bastante.

Cesarina salía de tarde. Regresaba al anochecer, más hermosa y radiante aún, y se ponía a preparar la cena, mientras la charanga sonaba en los muelles despidiendo a las tropas. Pero ahora la banda había recuperado para Liberato todo su brillo marcial, su emoción bélica y heroica de los primeros tiempos.

—¿Oís, Cesa? Más soldados para el Chaco.

—¡Pobrecitos

—Pero…, nosotros encontramos la gran solución, ¿no es verdad, Cesa?

—Sí, Liberato… ¡La gran solución…! —y la inteligente y activa Cesarina proseguía el trajín doméstico tarareando por lo bajo una tarantela.

El prisionero

Los disparos se respondían intermitentemente en la noche invernal. Formaban una línea indecisa y fluctuante en torno al rancho; avanzaban y retrocedían, en medio de largas pausas ansiosas, como los hilos de una malla que se iba cerrando cautelosa, implacablemente, a lo largo de la selva y los esteros adyacentes a la costa del río. El eco de las detonaciones pasaba rebotando a través de delgadas capas acústicas que se rompían al darle paso. Por su duración podía calcularse el probable diámetro de la malla cazadora tomando el rancho como centro: eran tal vez unos cuatro o cinco kilómetros. Pero esa legua cuadrada de terreno rastreado y batido en todas direcciones no tenía prácticamente límites. En todas partes estaba ocurriendo lo mismo.

El levantamiento popular se resistía a morir del todo. Ignoraba que se le había escamoteado el triunfo y seguía alentándose tercamente, con sus guerrillas deshilachadas, en las ciénagas, en los montes, en las aldeas arrasadas.

Más que durante los propios combates de la rebelión, al final de ellos el odio escribió sus páginas más atroces. La lucha de facciones degeneró en una bestial orgía de venganzas. El destino de familias enteras quedó sellado por el color de la divisa partidaria del padre o de los hermanos. El trágico turbión asoló cuanto pudo. Era el rito cíclico de la sangre.

Las carnívoras divinidades aborígenes habían vuelto a mostrar entre el follaje sus ojos incendiados; los hombres se reflejaban en ellos como sombras de un viejo sueño elemental. Y las verdes quijadas de piedra trituraban esas sombras huyentes. Un grito en la noche, el inubicable chistido de una lechuza, el silbo de la serpiente en los pajonales, levantaban paredes que los fugitivos no se atrevían a franquear.

Estaban encajonados en un embudo siniestro; atrapados entre las automáticas y los máuseres, a la espalda, y el terror flexible y alucinante acechando la fuga. Algunos preferían afrontar a las patrullas gubernistas. Y acabar de una vez.

El rancho incendiado, en medio del monte, era un escenario adecuado para las cosas que estaban pasando. Resultaba lúgubre y al mismo tiempo apacible; una decoración cuyo mayor efecto residía en su inocencia destruida a trechos. La violencia misma no había completado su obra; no había podido llegar a ciertos detalles demasiado pequeños en que el recuerdo de otro tiempo sobrevivía. Los horcones quemados apuntaban al cielo fijamente entre las derruidas paredes de adobe. La luna bruñía con un tinte de lechosa blancura los cuatro carbonizados muñones. Pero no era esto lo principal. En el reborde de una ventana, en el cupial del rancho, por ejemplo, persistía una diminuta maceta: una

herrumbrada latita de conservas de donde emergía el tallo de un clavel reseco por las llamas; persistía allí a despecho de todo, como un recuerdo olvidado, ajena al cambio, rodeada por el brillo inmemorial de la luna como la pupila de un niño ciego que ha mirado el crimen sin verlo.

El rancho estaba situado en un punto estratégico; dominaba la única salida de la zona de los esteros donde se estaban realizando las batidas y donde se suponía permanecía oculta la última montonera rebelde de esa región. El rancho era algo así como el centro de operaciones del destacamento gubernista.

Las armas y los cajones de proyectiles se hallaban amontonados en la que había sido la única habitación del rancho. Entre las armas y los cajones de proyectiles había un escaño viejo y astillado. Un soldado con la gorra puesta sobre los ojos dormía sobre él. Bajo la débil reverberación del fuego que, pese a la estricta prohibición del oficial, los soldados habían encendido para defenderse del frío, podían verse los bordes pulidos del escaño, alisados por años y años de fatigas y sudores rurales. En otra parte, un trozo de pared mostraba un solero casi intacto con una botella negra chorreada de sebo y una vela a medio consumir ajustada en el gollete. Detrás del rancho, recostado contra el tronco de un naranjo agrio, un pequeño arado de hierro, con la reja brillando opacamente, parecía esperar el tiro tempranero de la yunta en su balancín y en las manceras los puños rugosos y suaves que se estarían pudriendo ahora quién sabe en qué arruga perdida de la tierra. Por estas huellas venía el recuerdo de la vida. Los soldados nada significaban; las automáticas, los proyectiles, la violencia tampoco. Sólo esos detalles de una desvanecida ternura contaban.

A través de ellos se podía ver lo invisible; sentir en su trama secreta el pulso de lo permanente. Por entre las detonaciones, que parecían a su vez el eco de otras detonaciones más lejanas, el rancho se apuntalaba en sus pequeñas reliquias. La latita de conservas herrumbrada con su clavel reseco estaba unida a unas manos, a unos ojos. Y esas manos y esos ojos no se habían disuelto por completo; estaban allí, duraban como una emanación inextinguible del rancho, de la vida que había morado en él. El escaño viejo y lustroso, el arado inútil contra el naranjo, la botella negra con su cabo de vela y sus chorreaduras de sebo, impresionaban con un patetismo más intenso y natural que el conjunto del rancho semiderruido. Uno de los horcones quemados, al cual todavía se hallaba adherido un pedazo de viga, continuaba humeando tenuemente. La delgada columna de humo ganaba altura y luego se deshacía en azuladas y algodonosas guedejas que las ráfagas se disputaban. Era como la respiración de la madera dura que seguiría ardiendo por muchos días más. El corazón del timbó es testarudo al fuego, como es testarudo al

hacha y al tiempo. Pero allí también estaba humeando y acabaría en una ceniza ligeramente rosada.

En el piso de tierra del rancho los otros tres soldados del retén se calentaban junto al raquítico fuego y luchaban contra el sueño con una charla incoherente y agujereada de bostezos y de irreprimibles cabeceos. Hacía tres noches que no dormían. El oficial que mandaba el destacamento había mantenido a sus hombres en constante acción desde el momento mismo de llegar.

Un silbido lejano que venía del monte los sobresaltó. Era el santo y seña convenido. Aferraron sus fusiles; dos de ellos apagaron el fuego rápidamente con las culatas de sus armas y el otro despertó al que dormía sobre el escaño, removiéndolo enérgicamente:

—¡Arriba..., Saldívar! ¡Epac-pue... Oúma jhina! Teniente... Te va a arreglar la cuenta, recluta kangüe-aky.

El interpelado se incorporó restregándose los ojos, mientras los demás corrían a ocupar sus puestos de imaginaria bajo el helado relente.

Uno de los centinelas contestó al peculiar silbido que se repitió más cercano. Se oyeron las pisadas de los que venían. Un instante después apareció la patrulla. Se podía distinguir al oficial caminando delante, entre los cocoteros, por sus botas, su gorra y su campera de cuero. Su corta y gruesa silueta avanzaba bajo la luna que un campo de cirros comenzaba a enturbiar. Tres de los cinco soldados que venían traían arrastrado el cuerpo de un hombre. Probablemente otro rehén —pensó Saldívar—, como el viejo campesino de la noche anterior a quien el oficial había torturado para arrancarle ciertos datos sobre el escondrijo de los montoneros. El viejo murió sin poder decir nada. Fue terrible. De pronto, cuando le estaban pegando, el viejo se puso a cantar a media voz, con los dientes apretados, algo así como una polca irreconocible, viva y lúgubre a un tiempo. Parecía que había enloquecido. Saldívar se estremeció al recordarlo.

La caza humana no daba señales de acabar todavía. Peralta estaba irritado, obsesionado por este reducto fantasma que se hallaba enquistado en alguna parte de los esteros y que continuaba escapándosele de las manos.

El teniente Peralta era un hombre duro y obcecado; un elemento a propósito para las operaciones de limpieza que se estaban efectuando. Antiguo oficial de la Policía Militar, durante la guerra del Chaco, se hallaba retirado del servicio cuando estalló la revuelta. Ni corto ni perezoso, Peralta se reincorporó a filas. Su nombre no sonó para nada durante los combates, pero empezó a destacarse cuando hubo necesidad de un hombre experto e implacable para la persecución de los insurrectos. A eso se debía su presencia en este foco rebelde. Quería acabar con él

lo más pronto posible para volver a la Capital y disfrutar de su parte en la celebración de la victoria.

Evidentemente, Peralta había encontrado una pista en sus rastreos y se disponía a descargar el golpe final. En medio de la atonía casi total de sus sentidos, Saldívar oyó borrosamente que sus compañeros cargaban dos ametralladoras pesadas y salían en la dirección que Peralta les indicó. Algo oyó como que los guerrilleros estaban atrapados en la isleta montuosa de un estero. Oyó que Peralta borrosamente le decía:

—Usté, Saldívar, queda solo aquí. Nosotro' vamo' a acorralar a eso' bandido en el estero. Lo dejo responsable del prisionero y de lo' pertrecho.

Saldívar hizo un esfuerzo doloroso sobre sí mismo para comprender. Sólo comprendió un momento después que los demás ya se habían marchado. La noche se había puesto muy oscura. El viento gemía ásperamente entre los cocoteros que rodeaban circularmente al rancho. Sobre el piso de tierra estaba el cuerpo inmóvil del hombre.

Posiblemente dormía o estaba muerto. Para Saldívar era lo mismo. Su mente se movía entre difusas representaciones cada vez más carentes de sentido. El sueño iba anestesiando gradualmente su voluntad. Era como una funda de goma viscosa en torno a sus miembros. No quería sino dormir. Pero sabía de alguna manera muy confusa que no debía dormir. Sentía en la nuca una burbuja de aire. La lengua se le había vuelto pastosa; tenía la sensación de que se le iba hinchando en la boca lentamente y que en determinado momento le llegaría a cortar la respiración. Trató de caminar alrededor del prisionero, pero sus pies se negaban a obedecerle; se bamboleaba como un borracho. Trató de pensar en algo definido y concreto, pero sus recuerdos se mezclaban en un tropel lento y membranoso que planeaba en su cabeza con un peso muerto, desdibujado e ingrávido. En uno o dos destellos de lucidez, Saldívar pensó en su madre, en su hermano. Fueron como estrías dolorosas en su abotagamiento blando y fofo. El sueño no parecía ya residir en su interior; era una cosa exterior, un elemento de la naturaleza que se frotaba contra él desde la noche, desde el tiempo, desde la violencia, desde la fatiga de las cosas, y lo obligaba a inclinarse, a inclinarse…

El cuerpo del muchacho tiritaba menos del frío que de ese sueño que lo iba doblegando en una dolorosa postración. Pero aún se mantenía en pie. La tierra lo llamaba; el cuerpo inmóvil del hombre sobre el piso de tierra lo llamaba con su ejemplo mudo y confortable, pero el muchacho se resistía con sus latidos temblorosos, como un joven pájaro en la cimbra de goma.

Hugo Saldívar era con sus dieciocho años uno de los tantos conscriptos de Asunción que el estallido de la guerra civil había

atrapado en las filas del servicio militar. La enconada cadena de azares que lo había hecho atravesar absurdas peripecias lo tenía allí, absurdamente, en el destacamento de cazadores de cabezas humanas que comandaba Peralta, en los esteros de Sur, cercanos al Paraná.

Era el único imberbe del grupo; un verdadero intruso en medio de esos hombres de diversas regiones campesinas acollarados por la ejecución de un designio siniestro que se nutría de sí mismo como un cáncer. Hugo Saldívar pensó varias veces en desertar, en escaparse. Pero si final decidió que era inútil. La violencia lo sobrepasaba, estaba en todas partes. Él era solamente un brote escuálido, una yema lánguida alimentada de libros y colegio, en el árbol podrido que se estaba viniendo abajo.

Su hermano Víctor sí había luchado denodadamente. Pero él era fuerte y recio y tenía sus ideas profundas acerca de la fraternidad viril y del esfuerzo que era necesario desplegar para lograrla. Sentía sus palabras sobre la piel, pero hubiera deseado que ellas estuviesen grabadas en su corazón.

—Todos tenemos que unirnos, Hugo, para voltear esto que ya no da más y hacer surgir en cambio una estructura social en la que todos podamos vivir sin sentirnos enemigos, en la que querer vivir como amigos sea la finalidad natural de todos…

Víctor había combatido en la guerra del Chaco y de allí había traído esa urgencia turbulenta y también metódica de hacer algo por sus semejantes. La transformación del hermano mayor fue un fenómeno maravilloso para el niño de diez años que ahora tenía ocho más y ya estaba viejo. Víctor, había vuelto de la inmensa hoguera encendida por el petróleo del Chaco con una honda cicatriz en la frente. Pero detrás del surco rojizo de la bala traía una convicción inteligente y generosa. Y se había construido un mundo en el que, más que recuerdos turbios y resentimientos, había amplia fe y exactas esperanzas en las cosas que podrían lograrse.

Por el mundo de Víctor sí era hermoso vivir, pensó el muchacho muchas veces, emocionado pero distante de sí mismo. Después vio muchas cosas y comprendió muchas cosas. Las palabras de Víctor estaban entrando lentamente de la piel hacia el corazón. Cuando volvieran a encontrarse, todo sería distinto. Pero eso todavía estaba muy lejos.

No sabía siquiera dónde podía hallarse Víctor en esos momentos. Tenía sin embargo la vaga idea de que su hermano había ido hacia el Sur, hacia los yerbatales, a levantar a los mensúes. ¿Y si Víctor estuviese entre esos últimos guerrilleros perseguidos por Peralta a través de los esteros? Esta idea descabellada se le ocurrió muchas veces, pero trató de desecharla con horror. No; su hermano debía vivir, debía vivir… Necesitaba de él.

El mandato imperioso del sueño seguía frotándose contra su piel, contra sus huesos; se anillaba en torno a él como una kuriyú viscosa, inexorable, que lo iba ahogando lentamente. Iba a dormir, pero ahí estaba el prisionero. Podía huir, y entonces Peralta sería implacable con el centinela negligente. Ya lo había demostrado en otras ocasiones.

Moviéndose con torpeza en su pesada funda de goma, Saldívar hurgó en la oscuridad en busca de un trozo de alambre o de soga para amarrar al prisionero. Podía ser un cadáver, pero a lo mejor se estaba fingiendo muerto para escapar en un descuido. Sus manos palparon en vano los rincones de la casucha incendiada. Al final encontró un trozo de ysypó, reseco y demasiado corto. No servía. Entonces, en un último y desesperado destello de lucidez, Hugo Saldívar recordó que frente al rancho había un hoyo profundo que se habría cavado tal vez para plantar un nuevo horcón que nunca sería levantado. En el hoyo podría entrar un hombre parado hasta el pecho. Alrededor del agujero estaba el montículo de la tierra excavada Hugo Saldívar apoyó el máuser contra el resto de tapia y empezó a arrastrar al prisionero hacia el hoyo. Con un esfuerzo casi sobrehumano consiguió meterlo en el agujero negro que resultó ser un tubo hecho como de medida. El prisionero quedó erguido en el pozo. Sólo sobresalían la cabeza y los hombros. Saldívar empujó la tierra del montículo con las manos y los reyunos, hasta rellenar mal que mal todos los huecos alrededor del hombre. El prisionero en ningún momento se resistió; parecía aceptar con absoluta indiferencia la operación del centinela. Hugo Saldívar apenas se fijó en esto. El esfuerzo desplegado lo reanimó artificialmente por unos instantes. Aún tuvo fuerzas para traer su fusil y apisonar con la culata el relleno de tierra. Después se tumbó como una piedra sobre el escaño, cuando el tableteo de las ametralladoras arreciaba en la llanura pantanosa.

El teniente Peralta regresó con sus hombres hacia el mediodía. La batida había terminado. Una sonrisa bestial le iluminaba el rostro oscuro de ave de presa. Los soldados arreaban dos o tres prisioneros ensangrentados. Los empujaban con denuestos e insultos obscenos, a culatazos. Eran más mensúes del Alto Paraná. Solamente sus cuerpos estaban vencidos. En sus ojos flotaba el destello de una felicidad absurda. Pero ese destello flotaba ya más allá de la muerte. Ellos sólo se habían demorado físicamente un rato más sobre la tierra impasible y sedienta.

Peralta llamó reciamente:

—¡Saldívar!

Los prisioneros parpadearon con un resto de dolorido asombro. Peralta volvió a llamar con furia:

—¡Saldívar!

Nadie contestó. Después se fijó en la cabeza del prisionero que sobresalía del hoyo. Parecía un busto tallado en una madera musgosa; un busto olvidado allí hacía mucho tiempo. Una hilera de hormigas guaikurú trepaba por el rostro abandonado hasta la frente, como un cordón oscuro al cual el sol no conseguía, arrancar ningún reflejo. En la frente del busto había una profunda cicatriz, como una pálida media luna.

Los ojos de los prisioneros estaban clavados en la extraña escultura. Habían reconocido detrás de la máscara verdosa, recorrida por las hormigas, al compañero capturado la noche anterior. Creyeron que el grito de Peralta nombrando al muerto con su verdadero apellido era el supremo grito de triunfo del milicón embutido en la campera de cuero.

El fusil de Hugo Saldívar estaba tumbado en el piso del rancho como la última huella de su fuga desesperada. Peralta se hallaba removiendo en su estrecha cabeza feroces castigos para el desertor. No podía adivinar que Hugo Saldívar había huido como un loco al amanecer perseguido por el rostro de cobre sanguinolento de su hermano, a quien él mismo había enterrado como un tronco en el hoyo.

Por la cara de Víctor Saldívar, el guerrillero muerto, subían y bajaban las hormigas.

Al día siguiente, los hombres de Peralta encontraron el cadáver de Hugo Saldívar flotando en las aguas fangosas del estero. Tenía el cabello completamente encanecido y de su rostro había huido toda expresión humana.

La tumba viva

Mucho después —no en el momento en que Fulvio Morel se había puesto intensamente pálido al mirar hacia arriba— comprendí que ciertas mutaciones del tiempo no son caprichosas.

En ese momento no sabíamos todavía que el árbol bajo el cual nos hallábamos sesteando —un guapo'y de descomunales proporciones— era un árbol que se había tragado a otro árbol. No sabíamos todavía que el cardenal que se había introducido entre sus hojas con un vuelo dormido y vertiginoso de colibrí era el índice que el aparente azar había elegido para señalar el sitio con la gota de fuego de su penacho saltarín. No sabíamos todavía nada del misterio que había permanecido oculto durante más de quince años En una palabra, nada sabíamos aún de toda la historia.

Para los huéspedes de Fulvio Morel todo hasta ese instante se había limitado a unos cuantos hechos sin mayor trascendencia: la fatigosa y nula batida de caza en los bosques de la extensa propiedad, el calor cada vez más sofocante entre los árboles, la sed, el venadito que se había cobrado casi al filo del mediodía y sacrificado en seguida para el asado, la sesteada después, bajo el guapo'y gigantesco, con una sombra de más de veinticinco metros de diámetro, los gritos y la decreciente charla que el sueño y la resolana acabaron por extinguir. Después alguien, un chico, vio al cardenal saltar de rama en rama y posarle por fin en esa ramita seca y blanca parecida a un hueso. Y en ese momento el chico gritó:

—¡Miren... miren eso allá arriba! ¿No es un...? —se había interrumpido tratando sin duda de identificar primero con exactitud lo que señalaba a los otros agitadamente.

Nosotros veíamos solamente la borla roja del cardenal entre las hojas. Pero ya Fulvio Morel se había levantado y miraba hacia arriba como preso de una repentina alucinación.

En los tenaces y secretos caminos que ascienden desde el plomo hasta el oro, o degeneran de la lluvia hasta el barro, de la virtud a la corrupción, de la culpa al castigo, de la indiferencia a la desesperación, todos los momentos, aun los más aparentemente triviales, deben de estar prefijados.

Ese momento evidentemente lo estuvo. Pero sólo después lo comprendí. La acumulación de circunstancias pudo al comienzo atenuar la evidencia. Pero después todo fue claro. Y por qué fue Fulvio Morel y no su padre quien padeció el choque de ese momento, único entre todos pero inexorable, también me lo expliqué después.

O creí intuirlo. Y fue la imagen de ese árbol de increíble voracidad la que me sugirió posteriormente estas cavilaciones. Ese árbol se había tragado a otro árbol que estaba seco y muerto

dentro de sus nudosos tentáculos, levantándolo al crecer con sus voraces, ávidas fuerzas, levantando poco a poco con el correr de los años, insensiblemente, ese tronco hueco y muerto, semejante a una hornacina que guardara íntegra la carga de su secreto, amortajado en una leve y porosa capa de corcho, que el viento y los pájaros, la erosión del tiempo implacable habían dejado por fin al descubierto.

Como en el guapo’y vigoroso y voraz, en Fulvio Morel estaba íntegro y vivo el padre muerto hacía algunos años; aquel terrateniente español con alma y manos de encomendero que había sido a su vez despiadado y voraz, y a quien su viudez, primero, luego la extraña desaparición de la hija y, por último, el ascetismo rencoroso de su refugio en el feudo, habían ido convirtiendo, mucho antes aun de morir, en una momia de corcho alrededor de la cual creció, nutriéndose de ella, la vida del único heredero.

Fulvio Morel era su padre, más unas cuantas capas verdes, sus propios tentáculos, la carga sombría de los secretos familiares, su avidez, su robusta capacidad de absorción, su indiferencia.

Yo creía conocer bastante bien a Fulvio Morel. Juntos habíamos comenzado los estudios en la Facultad de Derecho y regresamos a fines de 1931, cuando la inminencia de la guerra del Chaco comenzaba a caldear el aire perezoso y antiguo de Asunción.

De una manera que aún hoy me cuesta trabajo explicarme, mi autoritario compañero de estudios, rico, sensual y egoísta, había logrado esclavizarme por completo a sus caprichos. De modo que incluso su flamante título de abogado —y no solamente el mío— había salido en parte de mis laboriosas lecturas. La otra parte la pusieron la intimidación y el soborno.

Su don de asimilación era de todos modos realmente fantástico. Le bastaba oír algo una sola vez; se le quedaba grabado para siempre. Al regreso de sus transnochadas, o al cebarle el mate por las mañanas, tenía que resumirle lo que yo había leído o leerle nuevamente capítulos enteros. Y me daba cuenta de que lo hacía en la misma actitud servil que adopta el criado al cepillar la ropa y los botines del patrón Pero no podía remediarlo. La casa, los libros, la voluntad de dominio, eran de Fulvio Morel.

La única concesión que me hizo fue consultarme sobre la forma en que festejaríamos la terminación de nuestros estudios.

—Podríamos quedarnos y organizar varias farritas aquí, o irnos al campo a cazar.

Él llamaba simplemente el campo al enorme fundo rural de Ka’apukú, situado a corta distancia del lago Ypoá, bordeado de esteros y montes.

No sé por qué esa propiedad y la antigua casa semiderruida que había en ella, en el centro de un bosque centenario de naranjos, me habían atraído siempre. Así que, sin pensarlo dos veces y con el anticipado regusto del viaje, le dije:

—Mejor al campo, Fulvio. Esto ya debe tenerte aburrido.

—Sí; mucho nuevo no hay.

—Unos días de vida sana en el campo no te van a venir del todo mal para desintoxicarte un poco.

—Sí; pero de todos modos hay que llevar unas cuantas mujeres para el beberaje. Cada vez voy soportando menos beber en mi sola presencia. Tengo la impresión de que chupo mi propia sangre. El espectáculo de una mujer borracha es lo único que todavía hace más o menos digna la vida para mí —y Fulvio Morel lanzaba unas carcajadas roncas y lúgubres festejando su brulote.

—O mejor..., sí. Tal vez... —dijo después de una pausa, reflexionando sobre algo que se le habría ocurrido de repente, mientras yo tenía la mente clavada en los pilares con fuste de mármol de la casa en ruinas, donde el viejo terrateniente había vivido sus últimos años, feroces y retraídos, clavada en el inmenso naranjal circular, en el fundo entero que me llenaba desde lejos con su incómoda magia.

—Sí; creo que sería la oportunidad —aclaró— de acorralar a esa chusquita de Hebe Corvalán. La invitaríamos con su madre. La vieja irá con toda seguridad. Anda queriendo echarme el guante. Y ya allá, pueden suceder muchas cosas. ¿No te parece?

—No sé..., no sé... —le respondí pensando un poco asustado en la brusca derivación del proyecto. La figurita fina y hermosa de Hebe Corvalán, con sus diecisiete años apenas, de gracia fresca y satinada como un jazmín moreno, se me apareció en el fundo vagando por el caserón o entre los árboles, bajo el acecho bestial de Fulvio Morel.

La hija del ex ministro que había sido baleado una noche por manos anónimas, heredera de un patrimonio en bancarrota y sin más guía y protección actual que la de su madre, una ingenua y blanda señora ansiosa de «colocarla» a todo trance, era una presa a propósito para Fulvio Morel. Yo sabía que, una vez en sus manos, éste no se detendría ante nada para sacrificarla a la inspiración del momento, aunque después arrojara todo el hecho por encima de los hombros, como hacía con las fundas arrugadas de sus cigarrillos, empañados e indiferentes los ojos, la boca fruncida por ese imperceptible tajo de desdén y crueldad solapada que estaba siempre allí flotando a un costado, como la marca emergida de su temperamento.

No podía menos que suceder. Como sucedió al segundo día de nuestra llegada al fundo, a pesar de haberme empeñado como un loco en que no sucediera. Pero esa circunstancia, esa víctima inocente estaban también sin duda prefijadas.

Fulvio Morel consumó su designio la noche anterior a la partida de caza. Pero nadie se enteró, nadie sospechó nada. Yo mismo hube de saberlo sólo mucho después, cuando la ignota casualidad quiso que andando los años Hebe Corvalán fuera mi esposa y, en un momento de debilidad que fue de fortaleza y de restitución para ambos, ella me confesara lo que había sucedido aquella noche de dolor, de humillación y de vergüenza. Para entonces, Fulvio Morel no era ya sino un funesto recuerdo, mientras sus huesos se desintegraban en algún perdido cañadón del Chaco donde la guerra lo había hollado, destruyéndolo y redimiéndolo al mismo tiempo de una manera realmente indescifrable.

Por todo eso no me asombró después, al reconstruir los hechos, que ese cardenal hubiera esperado quince años para señalar el sitio con su diminuto penacho rojo; que hubiera esperado todo ese tiempo la presencia de Fulvio Morel para mostrarle la evidencia delante de toda esa gente, llena de jovial odio hacia él, elegida por él mismo para que fuera testigo de ese hecho por el que hubiera dado él la mitad de su sangre para seguir ignorándolo hasta el fin de su vida.

No me asombró que Hebe Corvalán, repentinamente indispuesta, se hubiera quedado en la casa con su madre.

Para ella, doliente y llena aún de desesperado, de íntimo rencor por el ultraje que había padecido en la noche, debió constituir una venganza incomprensible no fraguada, tramada por alguien superior a los dos, verlo a él llegar por la tarde como llegó; verlo a través de la ventana cruzar los rotos fustes de mármol como un muerto que había devorado hojas hasta morir y hasta levantarse de nuevo, de tan pálido y verde que estaba cuando bajó del caballo y se refugió en la más secreta habitación de la casa en ruinas; probablemente en la misma en que había muerto el padre mirando las paredes en cuyas grietas ahora crecía el musgo y aun oscuros manojos de yuyos parásitos.

No me asombró que un chico fuera quien descubriera al cardenal y que, después de dos o tres segundos apenas de vacilación, concluyera la frase comenzada:

—¡Miren…, miren eso allá arriba! ¿No es un… esqueleto?

Fulvio Morel se había puesto en pie de un salto, miraba hacia arriba y estaba empezando a ponerse intensamente pálido, como si su palidez creciera en la medida en que el chico iba trepando al árbol. La borla de fuego del cardenal se escurrió entre el follaje. El chico llegó por fin a la cima del árbol. Su grito casi alegre cayó sobre los rostros expectantes.

—¡Sí… es un esqueleto! ¡El esqueleto de un chico!

Se veía a sus manos apartar, hurgar entre las hojas. De pronto volvió a gritar:

—¡Alrededor del cuello hay una cadenita!

En medio del silencio ardiente y febril, el chico seguía traduciendo el secreto mensaje aprisionado en la mortaja, de corcho.

—¡En la cadenilla hay una cruz y una medalla en forma de corazón! El chico estaba deletreando algo con esfuerzo.

—¡En la medalla hay un nombre! Dice… dice…

Fulvio Morel se lanzó contra el árbol. Todos creíamos que también él iba a trepar al grueso tronco hueco, alrededor del cual se enroscaban los tentáculos librosos y tensos. Pero la voz del chico diciendo el nombre lo paralizó de golpe, como si le hubiera arrojado una piedra en la coronilla.

—¡Dice… Alicia ! —gritó el chico, respondiéndole abajo, como un eco sordo, el estrangulado gemido de Fulvio Morel.

Después de quince años, él venía a encontrar los restos de su hermanita Alicia, desaparecida misteriosamente, raptada por aquel monstruo, mitad hombre y mito, cuando ella apenas contaba doce años de edad y él uno menos.

No era probablemente el horror lejano de aquel hecho, convertido ya en leyenda de su infancia, sino las circunstancias del hallazgo las que le habían arrancado ese gemido. El momento, las cosas que acababan de pasar.

La tumba viva de su hermana estaba allí. Pero la historia de todo eso se remontaba mucho más atrás.

Había comenzado cuando aquellos pobres parias que trabajaban en los arrozales del feudo —algo así como una cincuentena de hombres y mujeres parecidos a espectros cobrizos — vinieron a denunciar a don Francisco Morel y Santillán la misteriosa desaparición de tres críos.

Habían desaparecido sin dejar huellas. La única particularidad que habían notado era que la desaparición de los críos, todos entre ocho y doce años de edad, coincidía con el primer día de la luna nueva.

—¿Y qué queréis que os haga? —les había respondido el hosco sátrapa del caserón blanco, sentado en la galería y con los pies apoyados en uno de los fustes de mármol—. ¿Queréis ahora que mientras vosotros holgazaneáis en los arrozales en vez de trabajar yo haga de nodriza a vuestros rapaces? Si vosotros mismos no los cuidáis, no sé cómo podéis quejaros de que vuestros hijos desaparezcan. Se habrán ahogado en el estero… ¡Bah, qué sé yo!

—No, karaí don Francisco —murmuró sollozando una mujer —. Hemo’ buscado por toda’ parte. No etá. Alguno robó ore memby…

—Y bueno, ¡cuidadlos, rediez! No supondréis que he sido yo quien los ha robado.

—No, karaí don Francisco. Pero si se puede hacer algo… por eso’ pobre’ inocente…

—Bastante tengo con ocuparme de vosotros, ¡hato de holgazanes, que me chupáis la hacienda sin misericordia! Idos a trabajar y dejadme en paz de una vez.

Y los ahuyentó con palmadas nerviosas como a animales que hubieran amenazado invadir la casa. Los espectros cobrizos regresaron silenciosos y aplastados al inmenso bañado palúdico donde estaban los arrozales. Habían venido en demanda de justicia, de protección. No encontraron más que improperios, los que no habían brotado, sin embargo, sino como la respiración natural de la sañuda omnipotencia enquistada en el caserón, en el karaí-roga, como lo llamaban con medroso respeto los pobladores del feudo.

A través de una ventana, un par de ojos infantiles, azules con el matiz tierno de las campanillas, miró alejarse por entre los naranjos a la tropa oscura y andrajosa. Eran los ojos de la pequeña Alicia Morel, que había escuchado también parte de la querella de los que acababan de irse. Un poco después irrumpió en la galería, realmente impresionada.

—¿Qué quería esa gente, papito?

—Nada nada, hija. Las eternas protestas de siempre. Que esto, que lo otro, que lo de más allá ¡Uf!

—Hablaban de unos chicos que se habían perdido.

—Nada. ¡Pamplinas! Y tú, ¿cuándo vas a aprender? Te tengo dicho que no escuches detrás de las puertas y ventanas.

—Hablaban en voz alta, papito. Escuché sin querer.

—Bueno, bueno. Vete adentro. ¿Dónde está Fulvio?

—En la despensa, cazando ratones con un anzuelo.

—¡Bonito tunante! Dile que le ordeno que se deje de hacer majaderías,

¿me oyes?

—Sí, papito. Se lo voy a decir, aunque es seguro que no nos hará caso.

Las desapariciones de chicos continuaron metódicamente. La racha llegó a los plantadores de algodón y de maíz. Se habían perdido ya ocho, en total, en menos de cuatro meses. Desaparecía cada uno en sitio distinto. Luego, el misterioso raptor se daba una tregua. Y volvía a empezar la recolección, justo el primer día de luna nueva.

Los pobladores estaban desesperados con los estragos de este azote verdaderamente diabólico. Un espanto supersticioso se abatió sobre ellos; una fatídica zozobra revuelta de figuras monstruosas y terribles: el aliento negro de la mitología.

—¡Será el Luisón, che Dios!

—¡O el Pombero!

—¡Tal vez el Pyta-Yovai!

—¡¡O el Mboi-yaguá…!!

Toda la fauna mítica empezó a danzar por las noches alrededor de las fogatas prendidas en las misérrimas chozas.

Un viejo rasgó algo de la cerrazón sobrenatural cuando dijo:

—Tal ve’ ko sea algún leproso que roba a la’ criatura para bañarse con su sangre. En Tavapy había uno. Colgaba a lo’ mitaí de la’ pierna en un árbol. Luego se ponía debajo y le’ cortaba la cabeza para recibir el chorro caliente sobre lo’ kurú-vaí. Lo agarraron haciendo eto y lo quemaron.

La variante no era menos atroz. Algunos seguramente, en el fondo de su corazón, optarían, entre dos males, por la alternativa demoníaca.

Contra eso no había remedio. Pero no podían concebir que el monstruo fuera un «cristiano».

—¡Aní angá-hená, che Dios!

Un día surgió imprevistamente una pista, un indicio. Alguien, durante una siesta, había visto correr en el maizal, rumbo al monte, a un enano giboso y peludo de larga barba e hirsutos cabellos rojizos. La enorme joroba parecía en la espalda otra cabeza, pero monda, pelona. Lo persiguió tenazmente un gran trecho y cuando ya estaba a punto de darle alcance, el monstruo enano, o lo que fuera, desapareció misteriosamente bajo tierra. Se lo volvió a ver dos o tres veces más, y en todas estas ocasiones había tornado a desvanecerse bajo tierra en un soplo.

Esas apariciones fugaces coincidían con nuevos raptos de criaturas, de modo que ya se sabía por lo menos a quién atribuirlos concretamente. La versión de un yasy-yateré comedor de criaturas desplazó entonces a las otras bestias mitológicas y se esparció por todas partes con la influencia de un sueño maligno cuyos rastros eran sin embargo reales: las huellas de los pies deformes del monstruo en la tierra blanda de los plantíos.

Las intermitentes pesadillas acabaron por convertirse en una realidad permanente. Al principio, la giba del enano —no su rostro—, su pelambre rojiza e hirsuta, sus carreras sinuosas de lagarto, sus misteriosos desvanecimientos subterráneos, habían resplandecido siniestramente para ellos sólo en la enceguecedora fiebre de las fiestas, en los maizales. Ahora lo veían a todas horas y en todas partes: un sol negro y jorobado, quemando su retina y su imaginación como un tizón huidizo.

El viejo que había referido la historia del malato de Tavapy no quería entregarse del todo al estupor impotente de los demás. Siguió insistiendo:

—Tal ve ko no sea un yasy-yateré. Tal ve sea otro Lázaro. Tal ve lo podamo’ agarrar con uno bueno perro y una escopeta…

Acabó por convencerlos vagamente cuando aquel carpinchero herido por un onza, de paso por allí, les había prevenido al saber lo que ocurría:

—Puede ser. Un enano como ese que dicen desapareció hace algún tiempo en Ila Yakaré, en el lago. Parecía enfermo. Pero nunca le vimo’ la cara. Un día casi lo lanceamo’ creyendo que era un carpincho. Etaba en el agua entre lo’ camalote. Depué no lo vimo’ nunca má.

Pero Isla Yakaré quedaba muy lejos. No podía ser. La visión del fabuloso yasy-yateré seguía rigiendo el miedo supersticioso de los lugareños.

Sin embargo, urgidos por el viejo, volvieron a impetrar la gracia del karaí del caderón. Él los oyó impasible, sumido en la galería, los pies apoyados en el fuste blanco, la robusta figura un poco desdibujada en le penumbra que empezaba a ponerse color borravino con la caída de la noche. No le pedían esta vez sino una traílla y una escopeta, en préstamo, para tratar de capturar al culpable. El viejo explicó:

—Si no e’ un yasy-yateri ko a lo mejor lo podemo’ agarrar… Hemo rociado a una criatura con agua bendita y la dejamo’ en su camino, para marear al tekové vaí. Pero la robó lo mimo. Tal ve ko no’ olvidamo de ponerle una era de pindó karaí al cuello… Ahora queremo probar a la’ mala. A lo mejor ko lo podemo’ agarrá…

Unos ansiosos ojillos azules escrutaban tenazmente desde la ventana. Era la pequeña Alicia Morel, cuyas carnes mordía el fantástico relato que estaba surgiendo de entre los naranjos, de varios labios a la vez, en un ronco dialecto mezcla de guaraní y español.

«Una cruz al cuello…». Alicia anotó mentalmente este detalle. Ella llevaba al cuello en su cadenilla, junto con el medallón, la cruz de oro que había sido de su madre. Tal vez entonces no había más que salirle al encuentro y pedirle que se fuera. Si no estuviera tan asustada, ella pensó que tal vez se habría atrevido. Esos ocho críos tiraban de ella desde el relato que estaba escuchando; sus pequeñas cabecitas decapitadas y oscuras, sus bracitos ensangrentados tiraban de ella desde los roncos plañidos de sus padres. Ella quizá debería atreverse. El monstruo vería la cruz de oro y huiría bufando con el demonio adentro. Esos desgraciados no tenían una cruz de oro para enfrentarlo. La cruz de pindó tal vez no serviría. Era muy pobre. Por eso el yasy-yateré seguía robando y devorando a sus hijos.

Las palmadas nerviosas volvieron a sonar en la penumbra de la galería ahuyentándolos.

—Si es lo que vosotros decís, no conseguiréis nada con perros ni escopetas. Rezad y aguantaos. Dios seguramente no os estará castigando en vano, holgazanes. Idos, y dejadme en paz, ¡so cretinos!

Don Francisco Morel y Santillán no iba a poner un solo alfiler en manos de esos palurdos, bajo ningún pretexto. Con ellos nunca

se sabía. Era mejor tenerlos así aplastados, estrujados, inermes, contra la tierra. Y en cuanto a los críos desaparecidos, a él se le importaba un ardite.

—¡Qué criaturas, roedores son que le esquilman a uno desde que nacen!

Las furiosas palmadas arrojaron a las sombras esqueléticas en la noche verde del naranjal. El aire fragante soplaba entre los pilares blancos.

Alicia buscó a su hermano y le confió en secreto su propósito de enfrentar al yasy-yateré con la cruz de oro.

—Claro, tendrías que hacerlo, Alicia —la alentó él, aviesamente—. Se podría muy bien. Papá duerme por las siestas. El monstruo sólo a esa hora aparece. No lo diremos a nadie. Cuando vuelvas, tendremos de qué hablar… Yo mismo te acompañaré hasta el borde del maizal.

Al día siguiente, la pequeña Alicia desapareció misteriosamente.

Don Francisco se levantó de dormir su siesta. Llamó a Alicia. No le respondió. Ya no le habría de responder en su vida.

—¿Dónde está Alicia? —gritó encolerizado.

Fulvio nada sabía, los sirvientes tampoco. Nadie sabía nada. Apaleó a la negra que había sido su ama de leche hasta dejarla medio muerta.

Apaleó ferozmente, en medio de denuestos e imprecaciones, a los otros sirvientes. Pero nada sacó en limpio. Fulvio, subido a un naranjo, oía las tundas y los gritos del padre con una imperceptible y perversa sonrisa Él sabía adónde había ido Alicia, pero no iba a decirlo, así le abrieran en tira la piel. Después don Francisco recorrió como un loco el maizal. Arrancaba las matas, arañaba la tierra como un perro rabioso. Tenía la boca llena de espuma y maldiciones. Sólo encontró las huellas de los pies deformes del yasy-yateré. Había llegado hasta muy cerca de la casa. Donde empezaban las huellas del monstruo, terminaban las de los pequeños zapatitos de Alicia. Se había embarcado rumbo al País de las Maravillas. Se acordó del libro con preciosas láminas en colores que le había traído no hacía mucho tiempo de Asunción. Prorrumpió en histéricas risotadas, que murieron en sollozos cuando se dejó caer en la tierra del maizal, hundiendo el rostro en el polvo como si buscara en él a la hija desvanecida para siempre. Para siempre, sí; aunque él en ese momento aún lo ignoraba o, por lo menos, se resistía a creerlo. Se levantó de allí más tétrico aún, con el silencio que le envolvía ahora en una crispadura amenazante y terrible.

Puso a toda su gente a revolver el feudo día y noche, de un extremo a otro. Un mes duró la implacable batida acezante y sonora de perros, de disparos, de gritos. Una siesta vieron —él también lo vio— el destello fugitivo del monstruo en el maizal

seco. Un resplandor negro y rojizo de pelos y giba y ojos infernales que duró sólo un momento. Fue una raya, un ruido zigzagueante. Nada más. Cuando se dieron cuenta, ya se había apagado otra vez. Ladraron y acometieron los perros, sonó varias veces el fusil del amo. Pero donde desapareció no había siquiera un poco de ceniza oscura.

Alguien encontró bajo una piedra el agujero de un túnel cavado seguramente por algún yurumí. Estaba considerablemente agrandado. El enano podía muy bien haberse deslizado por allí. Excavaron un largo trecho de la galería subterránea. En una especie de recodo donde la galería se ensanchaba en una especie de cueva parecida a un horno, encontraron los restos de ocho criaturas decapitadas, sus andrajos, sus huesos. Los despojos de Alicia no aparecieron por ninguna parte, la ropita blanca y azul que llevaba puesta el día del rapto, sus zapatos negros de hule. Don Francisco dio orden de cegar ese agujero sepulcral en la tierra. La procesión de los lugareños se alejó hacia el bañado con los restos de sus críos, sollozante y cobriza. Se sintió de pronto más miserable que sus miserables y desgraciados esclavos.

El monstruo no volvió a robar más criaturas Alicia Morel había hecho el milagro de ahuyentarlo.

Entonces don Francisco llevó a Fulvio a Asunción y lo internó en un colegio religioso. A su regreso, más que despedir arrojó del feudo a todos los pobladores y de la casa a todos los sirvientes, y se encerró en ella a vivir hasta el fin en un taciturno aislamiento.

De Asunción se trajo de venida un verdadero cargamento de trampas- serruchos de las que se utilizan para cazar zorros y tigres. Eran más de mil trampas. Las diseminó él personalmente por toda la propiedad, disimulándolas con la prolija obstinación de un obsesionado.

Después de sus siestas, a eso de las cuatro de la tarde, salía a recorrerlas una por una, al paso de su enorme tordillo. Él conocía los sitios, los miraba de soslayo y pasaba rebrillándole en los ojos el odio profundo y frenético que brotaba de la raíz misma de su vida emponzoñada.

Una tarde divisó a lo lejos entre la maleza, en el emplazamiento de una de las trampas, el agitado movimiento de un bulto. Al galope tendido se acercó a él. Su decepción le nubló aún más el rostro sombrío y cadavérico. No era el yasy-yateré. Era uno de los recolectores de yerba que pugnaba por zafar el destrozado pie de las fauces del serrucho. Don Francisco le increpó:

—Y tú, ¿qué haces aquí, perillán, ladrón? Os he dicho que os fuerais todos…, todos. ¡Largo de aquí!

Más que para ayudar al incauto, don Francisco se apeó para liberar la trampa y armarla de nuevo.

Quince días después, un nuevo agitado bullir entre los matorrales captó desde lejos su atención. Pero esta vez no se apresuró. Por la desesperación de esos movimientos conjeturó que la presa era otra vez solamente uno de esos pobladores cretinos que no se acababan de ir.

Cien metros antes de llegar a la trampa, vio que los movimientos habían cesado por completo. Supuso que el hombre o animal capturado por los dentados resortes se habría zafado o ya estaría muerto. Desmontó y se acercó. El espanto, pero sobre todo el rencor, distendieron sus ojos. De nuevo su odio, su obsesión de venganza, habían marrado parcialmente el golpe: atrapado en el serrucho sólo estaba el pie deforme y ensangrentado del monstruo, no amputado por los dientes del artefacto, sino un poco más arriba, en la coyuntura del tobillo. Él mismo se lo habría cercenado con un machete o un cuchillo para escapar a tiempo del cadavérico señor que venía avanzando al tranco del tordillo.

Ese pie peludo era el retrato chorreante del monstruo: los dedos como muñones protuberantes y separados; el verdadero pie de un plantígrado en el que la reminiscencia humana era lo más monstruoso. Un pie ancho, córneo y plano, negro por la sangre.

Don Francisco Morel y Santillán no tuvo, sin embargo, que esperar mucho para ver destruido del todo a su enemigo. Unos días más tarde apareció muerto al borde del arroyo. La gangrena le había devorado la pata amputada a la altura del tobillo. La caquexia, la sed, lo fulminaron

en el trayecto al arroyo hacia el cual avanzó arrastrándose. Sus labios, tumefactos por la lepra, no alcanzaron a mojarse en el agua cristalina, que sólo le sirvió de espejo final para morir viendo su hirsuta y deforme cabezota rojiza que se iba oscureciendo poco a poco en la noche tenebrosa de la que había salido.

En el duelo entablado entre esos dos seres siniestros, no se sabía quién había vencido a quién. El adusto señor del caserón murió poco después.

Solamente la sonrisa incorruptible de Alicia Morel siguió vagando por el feudo abandonado. Aun entonces la pudimos ver y aspirar en la escarcha perfumada que las ráfagas del verano hacían llover de los naranjos en torno al caserón en ruinas.

Y sus azules ojos infantiles siguieron encendiéndose en las campanillas azules, cuando de su cuerpo angélico que había fascinado nupcialmente al monstruo no quedaba ya otra cosa que su pequeño esqueleto subiendo lentamente en su leve mortaja de corcho hacia la gota de fuego del cardenal que había de vindicarla quince años más tarde, hacia la secreta razón de unas

mutaciones prefijadas, hacia los enloquecidos ojos de su hermano.

El trueno entre las hojas

El ingenio se hallaba cerrado por limpieza y reparaciones después de la zafra. Un tufo de horno henchía la pesada y eléctrica noche de diciembre. Todo estaba quieto y parado junto al río. No se oían las aguas ni el follaje. La amenaza de mal tiempo había puesto tensa la atmósfera como el hueco negro de una campana en la que el silencio parecía freírse con susurros ahogados y secretas resquebrajaduras.

En eso surgió de las barrancas la música del acordeón. Era una melodía ubicua, deshilachada. Se interrumpía y volvía a empezar en un sitio distinto, a lo largo de la caja acústica del río. Sonaba nostálgica y fantasmal.

—¿Y eso qué es? —preguntó un forastero.

—El cordión de Solano —informó un viejo.

—¿Quién?

—Solano Rojas, el pasero ciego.

—Pero ¿no dicen que murió?

—Él sí. Pero el que toca agora e’ su la’sánima.

—¡Aicheyarangá, Solano! —murmuró una vieja persignándose.

La mole de la fábrica flotaba inmóvil en la oscuridad. Un perro ladró a lo lejos, como si ladrara bajo tierra. Dos o tres críos desnudos se revolvieron en los regazos de sus madres, junto al fuego. Uno de ellos empezó a gimotear asustado, quedamente.

—Callate, m’hijo. Escuchá a Solano. E’tá solito en el Paso.

El contrapunto de un guaimingüé, que rompió con su tañido la quietud del monte, volvió aún más fantasmal la melodía. El acordeón sonaba ahora con un lamento distante y enlutado.

—Así suena cuando no hay luna —dijo el viejo encendiendo su cigarro en un tizón en el que se quemaba un poco de noche.

—La debe andar buscando todavía.

—¡Pobre Solano!

Cuando se apagó el murmullo de las voces, se pudo notar que el acordeón fantasma no sonaba ya en la garganta del río. Sólo la campana forestal siguió tañendo por un rato, a distancia imprecisable. Después también el pájaro calló. Los últimos ecos resbalaron sobre el río. Y el silencio volvió a ser tenso, pesado, oscuro.

Los primeros relámpagos se encendían hacia el poniente, por detrás de la selva. Eran como fugaces párpados de piel amarilla que subían y bajaban súbitamente sobre el ojo inmenso de la tiniebla.

El acordeón no volvió a sonar esa noche en el Paso.

En ese recodo del Tebikuary vivió sus últimos años Solano Rojas, el cabecilla de la huelga, después de volver ciego de la cárcel.

Probablemente él mismo a su regreso le dio al sitio el nombre con el que se le conoce ahora: Paso Yasy- Morotĩ. La barranca caliza y el banco de arena sobre el agua verde forman allí, en efecto, una media luna color de hueso que resplandece espectralmente en las noches de sequía.

Pero tal vez el nombre de Paso haya surgido menos de su forma que de cierta obstinada imagen pegada a la memoria del pasero.

Vivía en la barranca boscosa que remata en el arenal. Aún se pueden ver los restos de su rancho devorado por el monte sobre aquella pequeña ensenada. Es un remanso quieto y profundo. Allí guardaba su balsa.

No era difícil adivinar por qué había elegido ese sitio. Enfrente, sobre la barranca opuesta, estaban las ruinas carbonizadas de la Ogaguasú en la que había terminado el funesto dominio de Harry Way, el fabricante yanqui que continuó y perfeccionó el régimen de opresiva expoliación fundado por Simón Bonaví, el comerciante judío español de Asunción.

Es cierto que Solano Rojas ya no podía ver las ruinas ni el nuevo ingenio levantado en el mismo emplazamiento del anterior. Pero él debió contentarse seguramente con tenerlos delante, con sentirlos en el muerto pellejo de sus ojos y recordarles todos los días su presencia acusadora y apacible.

Se apostó allí y dio a su vigilancia una forma servicial: su trabajo de pasero, que era poco menos que gratuito y filantrópico, pues nunca aceptó que le pagaran en dinero. Sólo recibía el poco de tabaco o de bastimento que sus ocasionales pasajeros querían darle. Y a las mujeres y a los niños que venían desde remotos parajes del Guairá los pasaba de balde ida y vuelta. Durante el trayecto les hablaba, especialmente a los chicos.

—No olviden kená, che ra’y-kuera, que siempre debemo’ ayudarno lo uno a lo’ jotro, que siempre debemo’ etar unido. El único hermano de verdá que tiene un pobre ko’ e otro pobre. Y junto todo nojotro formamo la mano, el puño humilde pero juerte de lo’trabajadore…

No era un burdo elemento subversivo. Era un auténtico y fragante revolucionario, como verdadero hombre del pueblo que era. Por eso lo habían atado para siempre a la noche de la ceguera. Hablaba desde ella sin amargura, sin encono, pero con una profunda convicción. Tenía indudablemente conciencia de una oscura y vital labor docente. Su cátedra era la balsa, sobre el río; unos toscos tablones boyando en un agua incesante como la vida. Había algo de religioso pero al mismo tiempo de pura y simple humanidad en Solano Rojas cuando hablaba.

Su cara morena y angulosa se tornaba viviente por debajo de la máscara que le habían dejado; se llenaba de una secreta exaltación. Sus ojos ciegos parecían ver. La honda cicatriz del

hachazo en la frente también parecía mirar como otro ojo arrugado y seco. Los harapientos mita'í lo contemplaban con una especie de fascinada veneración mientras remaba. No tenía más de cuarenta años, pero parecía un viejo. Sólo llevaba puesto un rotoso pantalón de a'ópoí arremangado sobre las rodillas. El torso flaco y desnudo estaba vestido con las cicatrices que el látigo de los capangas primero y el yatagán de los guardiacárceles después habían garabateado en su piel. En esa oscura cuartilla los chicos analfabetos leían la lección que les callaba Solano. Y un nudo de miedo valeroso, de emocionada camaradería, se les atragantaba con la saliva al saltar de la balsa gritando:

—¡Ha'ta la güelta, Solano!

—¡Adió manté che ra'y-kuera!

Quedaba un rato en la orilla, pensativo. La mole rojiza del ingenio se desmoronaba silenciosamente sobre él desde el pasado. La sentía pesar en sus hombros. Desatracaba con lentitud y volvía a su remanso a favor de la corriente, sin remar, sin moverse. Sólo la roldanita de palo iba chirriando en el alambre.

Después de la puesta del sol sacaba su remendado acordeón y se sentaba a tocar en su apyká bajito, recostado contra un árbol. Casi siempre empezaba con el Campamento Cerro-León, tendiendo sus miradas de ciego hacia los escombros de la Ogaguasú, en el talud calizo, destruido por el fuego vindicador hacía quince años y habitado sólo ahora por los lagartos y las víboras. No restaba más que eso de Simón Bonaví, de Eulogio Penayo, de Harry Way.

Era su manera de recordarles que él aún estaba allí vencido sólo a medias.

Su presencia surgía en la sombra, entorchada de abultados costurones, rayada por las verberaciones oscilantes, como si el agua se divirtiera jugando a ponerle y sacarle un traje de presidiario trémulo y transparente.

Las ruinas también lo miraban con ojos ciegos. Se miraban sin verse, el río de por medio, todas las cosas que habían pasado, el tiempo, la sangre que había corrido, entre ellos dos: todo eso y algo más que sólo él sabía. Las ruinas estaban silenciosas entre los helechos y las ortigas. Él tenía su música. Sus manos se movían con ímpetu, arrugando y desarrugando el fuelle. Pero en el rezongo melodioso flotaba su secreto como los camalotes y los raigones negros en el río.

Un último reflejo verde le bañaba el rostro volcado hacia arriba en el recuerdo instintivo de la luz. Después se oscurecía porque lo agachaba sobre el instrumento como quien esconde la cara entre las manos.

Poco a poco la música se ponía triste y como enlutada. Una canción de campamento junto al fuego apagado de un vivac en la noche del destino. A eso sonaba el acordeón de Solano Rojas

junto al río natal. ¿No estarían dialogando acaso el agua oscura y el hijo ciego acerca de las cosas, de recuerdos compartidos?

Él tenía metido adentro, en su corazón indomable, un luchador, un rebelde que odiaba la injusticia. Eso era verdad. Pero también un hombre enamorado y triste. Solano Rojas sabía ahora que amor es tristeza y engendra sin remedio la soledad. Estaba acompañado y solo.

En ese sitio había peleado y amado. Allí estaban su raíz su alegría y su infortunio. El remendado acordeón lo decía en su lengua de resina y ala, en su pequeño pulso de tambor guerrero que esculpía en las barrancas y en la gente las antiguas palabras marciales:

Campamento Cerro-León catorce, quince, yesiséis, yesisiete, yesi'ocho, yesinueve batallón... Ipuma-ko la diana, pe pacpá-ke lo'mitá...

La lucha no se había perdido. Solano Rojas no podía ver los resultados, pero los sentía. Allí estaba el ingenio para testificarlo: el régimen de vida y trabajo más humano que se había implantado en él; la gradual extinción del temor y de la degradación en la gente, la conciencia cada vez más clara de su condición y de su fraternidad; esos andrajosos mita'í en los que él sembraba la oscura semilla del futuro, mientras movía su arado en el agua.

Venían a consultarlo en la barranca. El rancho del pasero de Yasy- Mörötï era el verdadero sindicato de los trabajadores del azúcar en esa región.

—Solano, ya cortaron otra ve' lo'turno para nojotro entrar el cañadurce

—informaban los pequeños agricultores.

—Solano, el trabajo por tareas ko se paga mi hí-itereí —se quejaban los cortadores.

—Solano, esto y lo'otro...

Él los aconsejaba y orientaba. Ninguna solución propuesta por Solano había fracasado. En el ingenio y en las plantaciones se daban cuenta en seguida cuando una demanda subía del Paso.

—Viene del sindicato karapé —decían.

Y la respetaban, porque esa demanda pesaba como un trozo de barranca y tenía su implacable centro de equilibrio en lo justo.

No; su sacrificio no había sido estéril. El combate, los años de prisión, sus cicatrices, su ceguera. Nada había sido inútil. Estaba contento de haberse jugado entero en favor de sus hermanos.

Pero en el fondo de su oscuridad desvelada e irremediable su corazón también le reclamaba por ella, por su mujer, que sólo ahora era como un sueño con su cuerpo de cobre y su cabeza de luna. Teñida por el fuego y los recuerdos.

Ella, Yasy- Morotĩ.

No habían estado juntos más que contados instantes. Apenas habían cambiado palabras. Pero la voz de ella estaba ahora disuelta en la voz del río, en la voz del viento, en la voz de su cascado acordeón.

La veía aún al resplandor de los fogarones, en medio de la destrucción y de la muerte, en medio de la calma que siguió después como un tiempo que había fluido fuera del tiempo. Y un poco antes, cuando convaleciendo del castigo, él la entrevió a su lado, menos un firme y joven cuerpo de mujer que una sombra desdibujada sobre el agua revuelta y dolorida en la que todo él flotaba como un guiñapo.

La recordaba como entonces y aunque estuviera lejos o se hubiese muerto la esperaría siempre. No, pero ella no estaba muerta. Sólo para él era como un sueño. A veces la sentía pasar por el río. Pero ya no podía verla sino en su interior, porque la cárcel le había dejado intactos sus recuerdos pero le había comido los ojos.

Estaba acompañado y solo. Por eso el acordeón sonaba vivo y marcial entre las barrancas de Paso Yasy- Morotĩ, pero al mismo tiempo triste y nostálgico, mientras caía la noche sobre su noche.

Luna blanca que de mí te alejas con ojos distantes...
Yasy- Morotĩ ...

Antes de establecerse la primera fábrica de azúcar en Tebikuary-Costa, la mayor parte de sus pobladores se hallaba diseminada en las montuosas riberas del río. Vivían en estado semisalvaje de la caza, de la pesca, de sus rudimentarios cultivos, pero por lo menos vivían en libertad, de su propio esfuerzo, sin muchas dificultades y necesidades.

Vivían y morían insensiblemente, como los venados, como las plantas, como la estaciones.

Un día llegó Simón Bonaví con sus hombres. Vinieron a caballo desde San Juan de Borja explorando el río para elegir el lugar. Por fin, al comienzo del valle que se extendía ante ellos desde el recodo del río, Simón Bonaví se detuvo.

—Aquí —dijo paseando las rajas azules de sus ojos por toda la amplitud del valle—. Me gusta esto.

Sacó del bolsillo un mapa bastante ajado y se puso a estudiarlo con concentrada atención. Su larga y ganchuda nariz de pájaro de rapiña daba la impresión de que iba a gotear sobre el papel. De tanto en tanto, distraídamente, se olía el pulgar y el índice frotándolos un poco como si aspirara polvo de tabaco. Los otros lo miraban en silencio, expectantes.

—Sí —dijo Simón Bonaví levantando la cabeza—. Esto es del fisco. Agua, tierras, gente. En estado inculto pero en abundancia. Es lo que necesitamos. Y nos saldrá gratis, por añadidura —giró el brazo con un gesto de aprobación; un gesto ávido, pero lento y seguro.

Los hombres también husmearon en todas direcciones y aprobaron respetuosos lo que dijo el patrón. En los ojos mansos y azules del sefardí la codicia tenía algo de apaciblemente siniestro como en su sonrisa, una hilacha blanca entre los dientes, entre los labios finos, como la rebaba festiva de su metálica y envainada sordidez.

Un hombre rubio, que parecía alemán, estudiaba el lugar con un ojo cerrado.

—Forkel —lo llamó Bonaví.

—Sí, don Simón.

—Puede medir no más. Aquí nos plantamos.

Descabalgaron. Un mulato bizco y gigantesco que siempre andaba detrás de Bonaví con un parabellum al cinto, lo ayudó a desmontar. Lo bajó aupado como a un niño.

—Gracias, Penayo —le sonrió el patrón.

Los ayudantes de Forkel empezaron a medir el terreno con una cinta de acero que se enrollaba y desenrollaba desde un estuche, semejante a una víbora chata y brillante.

Simón Bonaví era bajito y ventrudo. A la sombra del mulato, parecía casi un enano. Tenía las piernas muy combadas. Era el único que no llevaba polainas de cuero. Su ropa era oscura y su ridículo sombrerito, que más parecía un birrete, tiraba al color de un ratón muerto sobre los mofletes rubicundos. Frecuentemente y como al descuido, introducía los dedos en la abertura del pantalón. El olor de sus partes era su rapé. De allí lo extraía, casi sin recato, entre el índice y el pulgar.

Y al aspirarlo, sus ojos mortecinos, su pacífica expresión se reanimaban.

—¿Qué huele, don? —le había preguntado una vez, al discutir un negocio, un colega curioso y desaprensivo que lo veía meter a cada momento la mano bajo la mesa.

—El olor del dinero, mi amigo —le respondió sin inmutarse Simón Bonaví, al verse descubierto.

En ese valle del Tebikuary del Guairá, el «olor del dinero» parecía formar parte de su atmósfera. Simón Bonaví lo pellizcaba en el aire mientras sus hombres hacían pandear sobre las cortaderas la flexible víbora de metal.

—El proyecto del ferrocarril a Encarnación pasa a un kilómetro de aquí

—comentó el patrón.

—Probablemente —asintió el ingeniero alemán—. El terminal está a cinco leguas al norte de San Juan de Borja.

—Pasa por aquí. Lo he visto en el mapa.

—Ja . Esto es muy interesante, don Simón —dijo entonces el alemán sin despegar los ojos de los agrimensores.

—Claro. Sin ferrocarril no hay fábricas —los carrillos sonrosados estaban plácidos. Hasta cuando amenazaba, Simón Bonaví permanecía tierno y risueño.

—Sin ferrocarril no hay fábrica —respondió el otro en un eco servil.

—En Asunción moveré mis influencias para que siga la construcción de la trocha. Nosotros levantaremos aquí la fábrica. Que el gobierno ponga las vías. Eso es hacer patria —el cuchillito blanco se reflejaba entre los dientes sucios y grandes.

—Eso es hacer patria —dijo el ingeniero.

Así nació el ingenio. Simón Bonaví conchavó a los pobladores. Al principio éstos se alegraron porque veían surgir las posibilidades de un trabajo estable. Simón Bonaví los impresionó bien con sus maneras mansas y afables. Un hombre así tenía que ser bueno y respetable.

Acudieron en masa. El patrón los puso a construir olerías y un terraplén que avanzó al encuentro de los futuros rieles.

Con los ladrillos rojizos que salían de los hornos se edificó la fábrica. Después llegaron las complicadas maquinarias, el trapiche de hierro, los grandes tachos de cobre para la cocción. Tuvieron que transportarlos en alzaprimas desde el terminal del ferrocarril sobre una distancia de más de diez leguas.

Se levantaron los depósitos, algunas viviendas, la comisaría, la proveeduría. Los hombres trabajaban como esclavos. Y no era más que el comienzo. Pero de los patacones con que soñaban, no veían ni «el pelo en la chipa», porque el patrón les pagaba con vales.

—Acciones al portador, muchachos —les decía los sábados—. Váyanse tranquilos.

—Kuatiá reí, patrón —se atrevió alguno a protestar.

—¿Qué dice éste? —preguntó a Penayo, que echaba su sombra protectora sobre él.

—Papel debarte —tradujo el mulato.

—Tonto, más que tonto —argumentó sonriendo el patrón—. El papel es la madre del dinero. Y este papel es más fuerte que el peso fuerte. Son acciones al portador. Vayan a la proveeduría y verán.

Eso de «acciones al portador» sonaba bien, pero ellos no lo entendían. Creían que era algo bueno relacionado con el futuro. Tomaban sus vales y se iban al almacén de la proveeduría que chupaba sus jornales a cambio de provistas y ropas diez o veinte veces más caras que su valor real. Pero eran ropas y provistas y eso lo adquirían con el kuatiá reí, el papel blanco que era más fuerte que el peso fuerte, que el patacón cañón.

Simón Bonaví tejía su tela de araña con el jugo de las mismas moscas que iba cazando. Llevaba los hilos de un lado a otro en sus manos pequeñas y regordetas, balanceándose mucho al andar

sobre sus piernas estevadas, como un péndulo ventrudo, rapaz y sonriente. El péndulo de un reloj que marcaba un tiempo cuyo único dueño era Simón Bonaví.

Los nativos veían crecer el ingenio como un enorme quiste colorado. Lo sentían engordar con su esfuerzo, con su sudor, con su temor. Porque un miedo sordo e impotente también empezó a cundir. Su simple mente pastoril no acababa de comprender lo que estaba pasando. El trabajo no era entonces una cosa buena y alegre. El trabajo era una maldición y había que soportarlo como una maldición.

Antes de que la fábrica estuviera lista, Simón Bonaví ya tenía bien ablandada a la gente por la intimidación. Él seguía sonriendo mansamente y aspirando el casto rapé de sus entrepiernas. No intervenía personalmente en la tarea del amansamiento. Para eso había puesto al frente de los trabajos a Eulogio Penayo, que ahora blandía a todas horas un largo y grueso teyú-ruguai atado al puño.

—¡Chake, Ulogio...! —susurraba el miedo en el terraplén, en las olerías, en los rozados, en los galpones.

Y la cola de cuero trenzada restallaba en la tierra, en la madera, en las máquinas, en las espaldas sudorosas de los esclavos. A veces sonaban los tiros del parabellum en son de amedrentamiento. Penayo quería que supiesen que él era tan zambo para los trallazos como para los balazos.

Uno de los tiros dio en la cabeza de Esteban Blanco, que se atrevió a levantar la mano contra el capataz. El mulato le disparó a quemarropa.

—¡Omanó Tebá! ¡Ulogio oyuká Tebä-pe! —los testigos esparcieron la noticia.

Fue el primer rebelde y el primer muerto. Lo arrojaron al río. El cadáver se alejó flotando en un leve lienzo de sangre sobre la tela verde y sinuosa del agua.

Simón Bonaví sonreía y se olía los dedos. Los ojos bizcos del mulato rondaban entre las hojas y el polvo. El patrón era manso. El mulato era la sombra siniestra del risueño hombrecito.

Entre los dos cerraron el círculo en torno a los pobladores de Tebikuary del Guairá. Los únicos que quedaron libres fueron los carpincheros.

Ellos no quisieron vender su vagabundo destino al patrón que compraba vidas con vales de papel para toda la vida.

Vino una peste. Enfermaron y murieron muchos. Algunos se animaron al principio a pedir al patrón un adelanto para comprar remedios en San Juan de Borja. Con su mansa sonrisa, Simón Bonaví los regresó:

—¡Ah, los pobres no tenemos derecho a enfermarnos! Ahí está el río — dijo tirando leves pulgaradas por sobre el hombro—.

Denles agua, mucha agua, hasta que se cansen. El agua es un santo remedio.

Por fin la fábrica empezó a funcionar. Sus intestinos de hierro y de cobre defecaron un azúcar blanco, más blanco que la arena del Paso. Blanco, dulce y brillante. Los hombres, las mujeres y los niños oscuros de Tebikuary-Costa se asombraron de que una cosa tan amarga como su sudor hubiese convertido en esos cristalitos de escarcha que parecían bañados de luna, de escamas trituradas de pescado, de agua de rocío, de dulce saliva de lechiguanas.

—¡Azucá..., azucá mörötï! ¡Iporãitepa! —clamaron al unísono en voz baja. Algunos tenían húmedos los ojos. Tal vez el reflejo del azúcar. Lo sentían dulce en los labios, pero amargo en los ojos, donde volvía a ser jugo de lagrimales, arena dulce empapada en lágrimas amargas.

En el primer momento se dieron un atracón. Después tuvieron que comerlo a escondidas, a riesgo de pagar un puñito con diez latigazos del mulato.

Terminada la primera zafra, Simón Bonaví regresó a la capital dejando en la fábrica al ingeniero alemán Forkel y en la comisaría a Eulogio Penayo.

Lo vieron alejarse a caballo sonriendo y oliéndose los dedos, como si al marcharse se sorbiera el resto de la luz y del aroma agreste que aún sobraban en Tebikuary de Guairá. Se eclipsó detrás del mulato que lo escoltó hasta el tren.

En la fábrica se enconó entonces el sombrío reinado del terror, cuyos cimientos había echado Simón Bonaví con gestos tiernos y blandas miradas azules. Forkel y Penayo debían rendirle estrictas cuentas.

Quedaban allí como el brazo diestro y el siniestro del ventrudo hombrecito de Asunción.

De la chimenea del ingenio salía un humo negro que manchaba el aire limpio, el cielo en otro tiempo claro del valle. Era como el aliento de los desgraciados enterrados vivos en el quiste de ladrillo y hierro que seguía latiendo a orillas del río.

La noche de San Juan, las hogueras pasaron ese año fugitivas y espectrales, verdaderos fuegos fatuos sobre el agua.

Solano Rojas tenía entonces quince años y trabajaba ya como peón en la conductora del trapiche. Él vio rebelarse y morir a Esteban Blanco. Su grito, su cabeza destrozada por el balazo del parabellum , pero sobre todo su altivo gesto de rebeldía contra el matón que lo había azotado, se le incrustaron en el alma.

Eulogio Penayo siguió cometiendo tropelías y vejaciones sin nombre. Estaba envalentonado. Se sabía impune y omnipotente. Ahora era también el comisario del gobierno. Bonaví le había conseguido su nombramiento por decreto.

La comisaría, una casa blanca con techo de cinc, tan siniestra como su ocupante, estaba frente al recodo en la parte más alta de

la barranca. Desde allí el capataz-comisario vigilaba el ingenio como un perrazo negro aureolado de sangriento prestigio. Allí arrastraba por las noches a las mujeres que quería gozar en sus antojos lúbricos. A veces se oían los gritos o el llanto de las infelices por entre las risotadas y palabrotas del mestizo.

Al año siguiente de la partida del patrón, le tocó el turno a la madre de Solano, que era una mujer todavía joven y bien parecida. Consiguió de ella todo lo que quiso porque la amenazó, si se negaba, con que iría a matar a su hijo que estaba trabajando en la fábrica. Solano lo ignoró hasta mucho después, cuando ya el mulato estaba muerto y cuando una venganza personal hubiera carecido ya de sentido aun en el caso de no estarlo.

Pero entretanto, otro enemigo les apareció de improviso a los peones de la fábrica.

Max Forkel hizo traer a su mujer de Asunción. Llegó montada a lo hombre y con traje de amazona: botas negras, casaca y pantalón azules, sombrero de paño encasquetado sobre el cabello teñido de indefinible color.

Desde el primer momento supieron a qué atenerse con respecto a ella. Era una hembra cerrera e insaciable, la versión femenina del mulato. Andaba todo el tiempo a caballo, fatigando los campos y mirando extrañamente a los hombres al pasar. La llamaron la «Bringa». La mancha azul de su casaca volaba en el viento y en el polvo del ingenio a la mañana y a la tarde.

Al principio, la «Bringa» se lió con el mulato. Salían juntos y se tumbaban en cualquier parte, sin importarles mucho que ocasionales espectadores pudieran murmurar después:

—Ya lo vimo’ otra ve’ a Ulogio y a Bringa… en el montecito.

—Parecen burro y burra…

Pero Penayo se cansó pronto de esta mujer cuarentona y repelente y acabó por volverle la espalda. Entonces ella se dedicó a buscar candidatos entre la peonada joven. Los mandaba llamar y se hacía cubrir con dádivas o bajo amenazas, casi en las propias barbas del marido y probablemente con su tácita aceptación. Algunos se prestaron a los seniles galanteos de la mujer del ingeniero, atacada de furiosa ninfomanía. Y los que no querían transigir eran echados de la fábrica.

El dilema, sin embargo, era terrible: o las bubas de la Bringa, o el hambre y la persecución.

La Bringa fue entonces la Vaca Brava.

—¡Vacá ñarö…, vacá cosé…, vacá pochy!

Cuatro veces más las fogatas de San Juan habían bajado por el río.

Solano Rojas era ya un hombre espigado y esbelto. Un día Anacleto Pakurí le trajo la temida noticia.

—Ahora quiere liarse con vo.

—¿Quién? —preguntó Solano por preguntar. Sabía de quién se trataba. Sus veinte años vírgenes y viriles se irguieron dentro de él con asco sombrío y turbulento.

—Ella. Vacá Ñarö —dijo Anacleto friccionándose la bragadura —. Te va a mandar llamar. Anoche e’tuve con ella. ¡Neike, tapy-pi, que jembrón chucaro pa que’ e’ el mujer del injiñero! Dié peso minte-ko me dio. Mä’é

—sacó del bolsillo del pantalón un billete nuevo con un hombre frentudo en el centro.

—¡Te vendite, Anacleto! —Solano le arrancó el billete, escupió encima con rabia la espuma amarilla de su naco. Después lo arrojó al suelo, lo pisoteó como una víbora muerta y lo cubrió de tierra.

—Vi’a dirme ko agora mimo a la curandera de Kande’á a ver pa si me limpia del contagio —dijo humillado Anacleto—. Y vo’cuidato ke, Solano. Yo ya te avisé.

Pero un imprevisto acontecimiento libró a Solano de la acometida de la Vaca Brava.

Al día siguiente de su encuentro con Anacleto el comisario amaneció muerto en su casa. Tenía un cuchillo clavado en la espalda. Fue un asesinato misterioso. Era un asesinato increíble. No había ningún indicio. La casa del perro negro era inexpugnable y de él se decía que dormía con un ojo sobre el caño del parabellum . Debía de ser una mujer. Tal vez la mujer de Forkel. La habían visto rondar la casa blanca y después hablar con el mulato en el alambrado. Podía ser el mismo Forkel. Lo único cierto era que el salvaje cancerbero de Simón Bonaví estaba muerto. Y bien muerto. La gente tenía por fin algún respiro. Los viejos rezaban, las mujeres lloraban de alegría.

Simón Bonaví mandó a otro testaferro y junto con él a varios inmigrantes para que procediera a una depuración de empleados, a una «cruza» general de los elementos antiguos.

—El mestizaje aplaca la sangre y mejora los negocios —había dicho oliendo como siempre el olor del dinero, que él guardaba en la botonadura del pantalón.

Max Forkel también fue despedido. Simón Bonaví dio al testaferro instrucciones precisas con respecto al ingeniero alemán.

—Es blando, inepto con la gente, cobra un sueldo muy subido. Y tiene esa mujer que es un asco de inmoralidad. Además ya no necesitamos de él. Me lo pone de patitas en la calle, sin contemplaciones.

Se marchó a pie con su mujer por el terraplén, cargado de valijas como un changador.

La Vaca Brava parecía que por fin se hubiese amansado. Iba extrañamente tranquila al lado del marido, como una sumisa y verdadera esposa. Estaba irreconocible, Vestía un sencillo vestido

de percal floreado y no el agresivo traje de amazona que había usado todo el tiempo. El peso de un maletín negro que llevaba en la mano la encorvaba un poco. Parecía al mismo tiempo más vieja y más joven. Y el ala de un ajado sombrero de toquilla suavizaba y hacía distante la expresión de su rostro repulsivo, en el que algo indescriptible como una sonrisa de satisfacción o de renuncia flotaba tristemente, ennobleciéndolo en cierta manera. Una sola vez se volvió con recatada lentitud como despidiéndose de un tiempo que allí moría para ella.

Un viejo cuadrillero cuchicheó a otro en el terraplén:

—La Vaca Brava le arregló a Ulogio Penayo. No puede ser otra.

—Jhee, compagre. No engaña el yablo por má manso que se ponga.

—En la valija lleva el lasánima del mulato

—¡Jha kuña takú! Al fin sirvió para algo...

Pero era como si hablara de un ser que ya tampoco existía, porque en ese momento una nube de polvo acabó de borrar el maletín negro y el vestido floreado.

La ex comisaría quedó abandonada por un tiempo sobre el talud calizo. Se decía que el alma en pena de Eulogio Penayo se lamentaba allí por las noches. Después la ocupó otro matrimonio alemán que tenía una hijita de pocos años.

Una noche que trajeron a la casa a un carpinchero muerto por un lobo- pe, la niña desapareció misteriosamente. Era una noche de San Juan y los fuegos resbalaban en la garganta del río.

La madre enloqueció al ver que el cadáver del carpinchero se transformaba en un mulato, un mulato gigantesco que lloraba y se reía y andaba golpeándose contra las paredes. Afirmaba que él había robado a su hijita. Pero eso era solamente la invención de su locura. El carpinchero muerto seguía estando donde lo habían puesto bajo el alero de la casa, estremecido por los rojizos reflejos.

Otras cuatro veces las fogatas de San Juan de Borja pasaron aguas abajo.

Las cosas aflojaron un poco en el ingenio. El reemplazante de Eulogio Penayo más que un matón era un burócrata. Vivía en sus planillas. Y lo tenía todo organizado en base de números de fichas, de metódica rutina. Los hombres trabajaban más holgados con la mejor distribución de las tareas. El descontento se apaciguó bastante. Simón Bonaví había dado un sagaz golpe de timón. Iba a ser el último. Mientras tanto, la fábrica seguía produciéndole mucho dinero y el régimen de explotación en realidad apenas había cambiado. La punta del lápiz del nuevo testaferro resultó tan eficaz como el teyú-ruguai del anterior. Es cierto que también el lápiz continuaba respaldado por buenos

fusiles y capangas ligeramente adecentados. Esto era lo que producía el optimista espejismo.

Entre los pocos que no se dejaban engañar estaba Solano Rojas. Era tal vez el más despierto y voluntarioso de todos. Palpaba la realidad y entreveía intuitivamente sus peligros.

—E'to ko' e' pura saliva de loro marakaná. No se duerman, lo'mitá.

Pero le hacían poco caso. Los hombres estaban cansados y maltrechos. Preferían seguir así a dar pretexto para que volvieran a reducirlos por la violencia.

Entre los conchavados que vinieron ese año para la zafra, llegó un arribeño que era distinto de todos los otros. Buena labia, fogoso, simpático de entrada, con huellas de castigos que no destruían, que ennoblecían su traza joven, la firme expresión de su rostro rubio y curtido. Se hacía llamar Gabriel.

Trajo la noticia de que los trabajadores de todos los ingenios del Sur estaban preparando una huelga general para exigir mejores condiciones de vida y de trabajo. Tabikuary-Guasú y Villarrica ya estaban plegados al movimiento. Él venía a conseguir la participación de Tebikuary-Costa.

—Nuestras fuerzas dependen de nuestra unión —repitió constantemente Gabriel en los conciliábulos clandestinos—. De nuestra unión y de saber que luchamos por nuestros derechos. Somos seres humanos. No esclavos. No bestias de carga.

Solano Rojas escuchaba al arribeño con deslumbrado interés. Por fin alguien había venido a poner voz a sus ansias, a incitarlos a la lucha, a la rebelión. El agitador de los trabajadores del azúcar se dio cuenta en seguida de que en ese robusto y noble mocetón tendría su mejor discípulo y ayudante. Lo aleccionó someramente y trabajaron sin descanso. El entusiasmo de la gente por la causa fue extendiéndose poco a poco. Eran objetivos simples y claros y los métodos también eran claros y simples. No era difícil comprenderlos y aceptarlos porque se relacionaban con sus oscuros anhelos y los expresaban claramente.

El agitador dejó a Solano Rojas a cargo de los trabajos y se marchó. Poco tiempo después el administrador percibió sobre sus planillas y ficheros la sombra de la amenaza que se estaba cerniendo sobre el ingenio. Le pareció prudente retransmitir el dato sin pérdida de tiempo al patrón.

El hombrecito ventrudo vino y captó de golpe la situación. Su ganchuda nariz, habituada al aroma zahorí de su miembro, olió las dificultades del futuro, el tufo de la insurrección.

—Esto se está poniendo feo —dijo al administrador—. Dejemos que sea otro quien se queme las manos.

Regresó a los pocos días y puso en venta la fábrica, junto con las tierras que obtuviera gratuitamente del fisco para «hacer patria». No le costó encontrar interesados. Simón Bonaví entró en

tratos con un ex algodonero de Virginia que había venido al Paraguay como hubiera podido irse a las junglas del África. En lugar de cazar fieras o buscar diamantes, había caído a cazar hombres que tuviesen enterrados en sus carnes los diamantes infinitamente más valiosos del sudor. Había venido con armas y dólares. Bonaví, ladino, no le ocultó lo de la huelga.

Sospechó que podía ser un matiz excitante para el ex algodonero. Y no se equivocó.

—No me importa. Al contrario, eso gustar a mí —le dijo el virginiano, y le pagó al contado el importe de la transacción que incluía la fauna, la flora y los hombres de Tebikuary-Costa.

Entonces llegó Harry Way, el nuevo dueño. Llegó con dos pistolas colgándole del cinto, los largos brazos descolgados a lo largo de los breeches color caqui y una agresiva y siniestra actitud empotrada sobre las cachas de cuerno de las pistolas. Era grande y macizo y andaba a zancadas, hamacándose como un ebrio. Sus botas rojas dejaban en la tierra los agujeros de sus zancajos. Los ojos no se le veían. Su rostro cuadrado, sobre el que echaba perpetuamente sombra el aludo sombrero, parecía acechar como una tronera de cemento la posible procedencia del ataque o elegir el sitio y calcular la trayectoria del balazo que él debía disparar.

Le acompañaban tres guardaespaldas que eran todos dignos de él: un moreno morrudo, que tenía una cuchillada cenicienta de oreja a oreja; un petiso de cara bestial que a través de su labio leporino escupía largos chorritos de saliva negruzca. De tanto en tanto sacaba de los fondillos un torzal de tabaco y le echaba una dentellada. El tercero era un individuo alto, flaco y pecoso que siempre estaba mirando aparentemente el suelo, pero en realidad atisbando por debajo del sombrero volcado a ese efecto sobre la frente. Los tres cargaban un imponente «Smith-Wesson» negro a cada lado y una corta guacha deslomadora al puño. Parecían mudos. Pero todo lo que les faltaba en voz les sobraba en ojos.

Aparecieron una mañana como brotados de la tierra. Los cuatro y sus caballos. Nadie les había visto llegar.

Lo primero que hizo Harry Way en el ingenio fue reunir a la peonada y a los pequeños agricultores. No quedó un solo esclavo sin venir a la extraña asamblea convocada por el nuevo patrón. Su voz tronó como a través de un tubo de lata amplio y bien alimentado de aire y orgulloso desprecio hacia el centenar de hombres arrinconados contra la pared rojiza de la fábrica. Su cerrado acento gringo tornó aún más incomprensible y amenazadora su perorata.

—Me ha prevenido don Simón que aquí se está preparando una juelga paga ustedes. Mí ha comprado este fábrica y he venido paga hacelo trabacá. Como que me llama Harry Way, no decaré

vivo un solo misegable que piense en juelgas o en tonteguías de esta clase.

Se golpeó el pecho con los puños cerrados para subrayar su amenaza. La camisa a rayas coloradas se desabotonó bajo la blusa y un espeso mechón color herrumbre asomó por la abertura. Con el dorso de la mano se reviró después el sombrero que cayó sobre la nuca. El rostro cuadrado y sanguíneo también parecía herrumbrado en la orla de pelo que lo coronaba ralamente. Harry Way paseó sus desafiantes ojos grises por los hombres inmóviles.

—Quien no esté conforme que me lo diga ahora mismo. Mí conformar en seguida.

Su crueldad le sahumaba, le sostenía. Era su mejor cualidad. Su corpachón flotaba en ella como un peñasco en una cerrazón rojiza.

Se oyó un grito sofocado en las filas de los trabajadores. Lo había proferido Loreto Almirón, un pobre carrero enfermo de epilepsia. Sus ataques siempre comenzaban así. Estaba verde y su mandíbula le caía desgonzada sobre el pecho.

—¡Tráiganlo a ese misegable! —barbotó Harry Way a sus capataces. El moreno y el petiso corrieron hacia los peones. El pecoso se pegó al patrón con las manos sobre los revólveres. Loreto Almirón fue traído a la rastra y puesto delante de Harry Way. Parecía un muerto sostenido en pie.

—¿Usted ha protestado?

Loreto Almirón sólo tenía los ojos muy abiertos. No dijo nada.

—Mí va a enseñar paga usted a ser un juelguista... —se combó a un lado y al volver descargó un puñetazo tremendo sobre el rostro del carrero. Se oyeron crujir los dientes. La piel reventó sobre el canto del pómulo.

Los que le tenían aferrado por los brazos lo soltaron y entonces Loreto Almirón se desplomó como un fardo a los pies de Harry Way, que aún le sacudió una feroz patada en el pecho.

—¿Alguien más quiegue probar? —preguntó excitado.

La masa de hombres oscuros temblaba contra la pared como si la epilepsia de Loreto Almirón, ahora inerte en el suelo, se estuviera revolviendo en todos ellos.

Solano Rojas estaba crispado en actitud de saltar con el machete agarrado en las dos manos. Gruesas gotas empezaron a caer junto a sus pies. No eran de sudor. En su furia impotente y silenciosa, había cerrado una de sus manos sobre el filo del machete que le entró hasta los huesos.

—¡Todavía no..., todavía no! —el espasmo furioso estaba por fin dominado en su pecho, que resonaba en secreto como un monte.

El pecoso espiaba por debajo del sombrero pirí en dirección a Solano. No le veía bien. José del Rosario y Pegro Tanimbú lo

habían tapado con sus cuerpos. Sólo el instinto le decía al capanga que allí estaba humeando la sangre. Pero la sangre de los esclavos ya estaba humeando en todas las venas bajo la piel oscura y martirizada. Sombras de sollozos reprimidos estaban arañando el cielo seco y ardiente de las bocas.

La carcajada de Harry Way apedreó a los peones.

—¡Ja..., ja..., ja...! ¡Juelguistas! Mí enseñar paga ustedes a ser mansitos como ovejas... ¡Miguen eso!

Por el terraplén venía un verdadero destacamento de hombres armados con máuseres del gobierno. Eran los nuevos «soldados» de la comisaría, cuyos nombramientos también habían salido del Ministerio del Interior.

Harry Way poseía un agudo sentido práctico y decorativo. La espectacular aparición de sus hombres se producía en un momento oportuno. Eran como veinte, tan mal encarados como los tres que rodeaban al patrón. En el polvo que levantaban sus caballos, se acercaban como flotando en una nube de plomo, hombres siniestros, cuyos esqueletos ensombrerados asomaban en la sonrisa de hueso que el polvo no podía apagar. Se acercaban por el terraplén. Los envolvía aún un silencio algodonoso y sucio, pero ya los ojos de los peones escuchaban el rumor brillante de sus armas. Después se escuchó el rumor de los cascos. Y sólo después el rumor de las voces y las risas cuando los hombres avanzaron al tranco de sus caballos y se cerraron en semicírculo sobre la fábrica.

Harry Way reía. Los peones temblaban. Los «soldados» mostraban el esqueleto por la boca.

Tebikuary del Guairá estaba mucho peor que antes. Sus pobladores habían salido de la paila para caer al fuego.

Harry Way se fue a vivir con sus hombres en la casa blanca donde había muerto Eulogio Penayo. Era como si el alma en pena del mulato se hubiera reencarnado en otro ser aún más bárbaro y terrible. Harry Way hizo añorar la memoria del antiguo capataz-comisario de Bonaví, casi como una fenecida delicia.

La casa blanca fue reconstruida al poco tiempo. Y se llamó desde entonces la Ogaguasú. Volvía a ser comisaría y ahora era, además, la vivienda del todopoderoso patrón. Alrededor, como un cinturón defensivo, se levantaron los «bungalows» de los capangas.

A extremos increíbles llegó muy pronto la crueldad del Buey-Rojo, del Güey-Pytá, como empezaron a llamar al fabriquero gringo Harry Way. Así les sonaba su nombre. Y en realidad se asemejaba a un inmenso buey rojo. Sus botas, sus camisas a rayas coloradas, su pelo de herrumbre que parecía teñido de pensamiento sanguinario, su desbordante y sanguinaria animalidad.

Como antes Simón Bonaví desde Asunción, ahora pastaba Harry Way en Tebikuary-Costa. El quiste colorado se hinchaba más y más y estaba cada vez más colorado, latiendo, chupando savia verde, savia roja, savia blanca, savia negra, los cañaverales, el agua, la tierra, el viento, el sudor, los hombres, el guarapo, la sangre, todo mezclado en la melaza que fermentaba en los tachos y que las centrífugas defecaban blanquísima por sus traseros giratorios y zumbadores.

El azúcar del Buey-Rojo seguía siendo blanco. Más blanco todavía que antes, más brillante y más dulce, arena dulce empapada en lágrimas amargas, con sus cristalitos de escarcha rociados de luna, de sudor, de fuego blanco, de blanco de ojos triturados por la pena blanca del azúcar.

Frente a la fábrica se plantó un fornido poste de lapacho. Allí azotaban a los remisos, a los descontentos, a los presuntos «juelguistas». Cuando había alguno, el Buey-Rojo ordenaba a sus capangas:

—Llévenlo al good friend y sacúdanle las miasmas.

El «buen amigo» era el poste. Las guachas deslomadoras administraban la purga. Y el paciente quedaba atado, abrazado al poste, con su lomo sanguinolento asándose al sol bajo una nube de moscas y de tábanos.

El negro de la cuchillada cenicienta y el petiso tembevó-karapé se especializaron en las guacheadas. Especialmente este último. Cruzaban apuestas.

—Cinco pesos voy a e’te —decía el petiso al negro—. Lo delomo en veinte guachazo’.

—En treinta —apuntaba el negro.

El tembevó-karapé se lubricaba las manos arrojándose por el labio partido un chorrito de baba negruzca, empuñaba la guacha y comenzaba la faena con su acompasado y sordo estertor en el pecho. Casi siempre acertaba. Deslomar significaba desmayar al guacheado. Los planazos del cuero sonaban casi como tiros de revólver sobre el lomo del infeliz que gritaba hasta que se quedaba callado, deslomado.

José del Rosario fue al poste. Era viejo y no aguantó. Arrojaron su cadáver al río. Tanimbú fue al poste. Estaba tísico y no aguantó.

Arrojaron su cadáver al río. Anacleto Pakurí fue al poste. Era joven y fuerte. Aguantó. Dejó por sus propios medios el «buen amigo». Pero al día siguiente volvió a insolentarse con uno de los capangas y lo liquidaron de un tiro. Arrojaron su cadáver al río. Un poco antes también habían arrojado al río a Loreto Almirón, que no murió de guacha sino del puñetazo que Harry Way le obsequió al llegar.

El río era una buena tumba, verde, circulante, sosegada. Recibía a sus hijos muertos y los llevaba sin protestas en sus

brazos de agua que los había mecido al nacer. Poco después trajo pirañas para que no se pudrieran en largas e inútiles navegaciones.

Las mujeres no estaban mejor que los hombres. Antes sólo vivía en la casa blanca Eulogio Penayo, el mulato bragado de piernas. Ahora había en la Ogaguasú veinticinco machos cabríos. Necesitaban desfogarse y se desfogaban a las buenas o a las malas.

El Buey-Rojo desfloraba a las nuevas y las pasaba a sus hombres cuando se cansaba de ellas.

Las noches de farra menudeaban en la Ogaguasú. Los capangas salían a recorrer los ranchos reclutando a las kuñá. Cuando escaseaba mujer, hubo alguna que tuvo que soportar todo el tendal de machos, mientras el fuego líquido de la guaripola y el fuego podrido de la lujuria alumbraban la farra, entre gritos, guitarreadas, cantos rotos y carcajadas soeces.

El entusiasmo para la huelga se apagó como quemado por un ácido. Las palabras de Solano Rojas morían sin eco, sordamente rechazadas. Ya ni lo querían escuchar. El terror tenía paralizada a la gente. El rostro de tronera de Harry Way prendía ojos de lechuza venteadora desde las ventanas de la Ogaguasú. Se sentían vigilados hasta en sus pensamientos.

—¡Qué huelga, Solano! —decían los pocos que aún no estaban del todo desanimados—. Ma’ mijor quemamo’ la fábrica y no’e condemo’ en el monte.

—La fábrica no é’ el enemigo de nojotro. El enemigo e’tá en el Ogaguasú. En toda las Ogaguasú-kuera donde hay patrone’ como el Güey-Pytá o Simón Bonaví. Contra ello-kuera tenemo’ que levantarno’.

Naturalmente no podían faltar los soplones. Uno de ellos delató a Solano.

El Buey-Rojo le exigió primeramente con amenazas que revelara los planes de la huelga. Solano estaba mudo y tranquilo. Lo trataron de ablandar a puñetazos y a puntapiés. Solano escupió sangre, escupió dos o tres dientes, pero seguía mudo y tranquilo mientras los moretones empezaban a sombrearle el rostro.

—Llévenlo al poste. Y dugo con él —ordenó entonces el patrón.

Fue atado al «buen amigo» y torturado bestialmente. El mismo Harry Way presenció la guacheada. El zambo y el tembevó-karapé alternaron sus cueros sobre el lomo de Solano y rivalizaron en fuerza y en saña.

—Va di’ peso a e’te. Lo vi’a delomar en cuarenta —dijo el petiso en voz baja al negro, antes de comenzar.

—A e’te, entre lo do’ junto no lo delomamo en meno’ de cien —reflexionó el negro—. Ya jheyá cien-pe.

Empezaron a sonar las guachas como tiros de calibre 38 largo.

… Cinco… Diez… Quince… Veinte… El zambo y el karapé… El karapé y el zambo… Veinticinco… Treinta… El zambo y el karapé… el karapé y el zambo…

A cada guachazo saltaba un pequeño surtidor rojo que resplandecía al sol. Toda la espalda de Solano ya estaba bañada en su jugo escarlata como una fruta demasiado madura que dos taguatós implacables reventaban con sus acompasados aletazos. Pero Solano seguía mudo. La boca le sangraba también con el esfuerzo del silencio. Sólo sus ojos estaban empañados de alaridos rabiosos. Pero su silencio era más terrible que el estampido de las guachas.

—¡Más…, más…! —gritaba Harry Way—. ¡Dugo con él! ¡Mí va a enseñarte, misegable, a ser juelguista! ¡Más…, más…! … Treinta y cinco… Cuarenta… Cuarenta y cinco… Cincuenta…

El zambo y el karapé… El karapé y el zambo…

Estaban fatigados El karapé estertoraba y estertoraba el zambo. Al levantar la guacha se secaban el sudor de la frente con el antebrazo y se borroneaban de rojo toda la cara con las salpicaduras de la sangre. El Buey-Rojo también estertoraba, pero él no de fatiga sino de sádica emoción.

Ni el zambo ni el karapé acertaron esta vez. Sólo con ciento diez guachazos pudieron deslomar a Solano, que quedó colgando del «buen amigo».

El humo del ingenio seguía manchando el cielo. El quiste colorado latía. En la Ogaguasú hubo esa noche rumor de farra.

El poste amaneció vacío. Manos anónimas desataron en la oscuridad a Solano y lo llevaron por el río. Si los capangas de Harry Way no hubieran estado durmiendo su borrachera, tal vez habrían sentido maniobrar quedamente en el recodo a los cachiveos de los carpincheros.

Los días pasaron lentamente. La desesperación creció en los trabajadores del ingenio y empezó a desbordar como agua que una mala luna arrancaba de madre.

La destrucción de la fábrica quedó decidida.

Era en cierto modo la consecuencia natural del estado de ánimo colectivo. La solución extrema dictada no por el valor sino por el miedo. La gente estaba embrujada por el miedo. Estaba embrujada por el odio, por la amargura sin esperanza. Estaba envenenada y seca como si durante todo ese tiempo no hubiera estado bebiendo más que jugo de víboras y guarapo de caña dulce leprosa.

La causa de sus desgracias eran la fábrica, las máquinas, el ingenio. El mismo Simón Bonaví, el propio Harry Way, habían nacido del quiste colorado. Tenían su color y su ponzoña. Destruida la fábrica, todo volvería a ser como antes.

—¡Vamo’ a quemarla! —propuso Alipio Chamorro.

—¡Ya jhapy-katú! —apoyaron Secundino Ortigoza, Belén Cristaldo, Miguel Benítez, y unos quince o veinte más, mocetones arrojados a quienes no les importaba morir si podían destruir el poder del Buey- Rojo.

La ausencia de Solano Rojas lo complicaba todo. Él habría logrado sacar partido favorable de la situación. Era el cabecilla nato de los suyos. Pero lo creían muerto.

Un hachero trajo sin embargo la noticia de que estaba vivo con los carpincheros.

—Vamos a hacerlo llamar —propuso Belén Cristaldo.

—Él quiere la huelga, no el incendio —recordó Secú Ortigoza.

De todos modos, enviaron de inmediato al mismo hachero para comunicarle la decisión.

La noche fijada para el incendio, Solano Rojas remontó el río con unos cuantos carpincheros, los mismos que lo habían rescatado del poste del suplicio salvándole la vida. Todavía estaba algo débil, pero por dentro se sentía firme y ansioso.

Cuando se iban acercando al Paso, oyeron sonar disparos hacia el ingenio. Desembarcaron, subieron la barranca y continuaron aproximándose cautelosamente por el monte donde la noche era más noche con la oscuridad. Los disparos iban arreciando. Solano reconoció los máuseres y los revólveres de Harry Way y sus matones. El corazón se le encogió con un triste presentimiento.

Al desembocar en la explanada del ingenio, comprobó que lo que venía temiendo desgraciadamente era verdad: sus compañeros estaban acorralados dentro de la pila de rajas que rodeaba la parte trasera de la fábrica en un gran semicírculo. Probablemente alguien había soplado a Harry Way el plan de los incendiarios, él los había dejado entrar en la trampa hasta el último hombre y ahora los estaba cazando a tiros.

Solano Rojas escudriñó las tinieblas. Sólo restaba un último y desesperado recurso. Era casi absurdo, pero había que intentarlo.

—¡Vamos’ lo’mitá! —susurró a los carpincheros y volvieron a sumirse en el yavorai.

En la herradura formada por los fondos de la fábrica y la pila de leña, la oscuridad semejaba el ala de un inmenso murciélago. En esa membrana viscosa y siniestra los hombres atrapados se arrebujaban, se guarecían. Pero sólo por unos instantes más.

Desde distintos puntos a la vez, los disparos de los capangas la iban pintando con fugaces y retumbantes lengüetazos amarillos. Se apagaban y surgían de nuevo en una costura fosfórica hilada de chiflidos. El pespunte de fogonazos y detonaciones marcaba el reborde de la trampa. Los peones también respondían con alguno que otro tiro desde donde se hallaban parapetados. Disponían de un revólver. Lo empuñaba

Alipio Chamorro. Era el «Smith-Wesson» que su hermana le había robado a un capanga una noche de farra en la Ogaguasú, Alipio disparaba apuntando cuidadosamente hacia las sombras que escupían saliva de fuego amarillo. Disparó hasta cinco veces.

—Me queda una bala nomá’ —avisó Alipio.

—Dejá para lo’ úrtimo —dijo Secú Ortigoza, sin esperanza—. Ese bala e’ para vo’. Te va a sarvar de lo’ capanga’. No sarvó a tu hermana. Pero te va a sarvar a vo’.

Alguien trató de anular la nota fúnebre que Secú había infiltrado.

—¿Se acuerdan pa de Simón Bonaví? Dentro de su pierna’ nikó podían pelear cinco perro’pertiguero’, de tan karë que eran.

Rieron.

—¿Y cuando olía su bragueta? —dijo Belén Cristaldo, contribuyendo a la evocación del primer patrón—. Se contentaba con eso pa no ga’tarse con mujer.

Rieron a carcajadas. Condenados a una muerte segura, la veintena de peones todavía divertía sus últimos minutos con pensamientos risueños de una tranquila y desesperada ironía. Los balazos de Harry Way y de sus hombres continuaban rebotando en los troncos con chistidos secos. De él no se acordaban sino para gritarle con fría cólera, con desprecio:

—¡Güey-Pytá!...

—¡Mba’e-pochy tepynó!...

—¡Tekaká!...

—¡Piii-piii-piii... puuuuu...!

Una lluvia de uñas de plomo raspó la pila de leña como una invasión de comadrejas invisibles. Los peones quedaron en silencio. Dos o tres se quejaban quedamente, como en orgasmo. Se dispusieron a entregarse. En eso vieron elevarse por encima del pespunte fosfórico un resplandor humeante hacia el recodo del río, en dirección a la Ogaguasú.

—¡Pe má’ él! ¡Tata...! —dijo una voz en el parapeto.

—¿Qué pikó puede ser? —preguntó Miguel Benítez, con su voz aflautada de niño.

—El juego de San Juan —murmuró Alipio en un suspiro—. Pe mañá pörä-ke jhesé... Lo’ etamo viendo por última vé’...

—¿En octubre pikó, Alipio, la noche de San Juan de juño? —preguntó Secú.

El resplandor crecía. Ahora se veía bien. No; no eran las fogatas de San Juan. Era la Ogaguasú que se estaba quemando. Un gran grito tembloroso surgió en el parapeto. Los capangas abandonaron el asedio de la pila de leñas y corrieron hacia la Ogaguasú. Fueron recibidos con un tiroteo graneado que tumbó a varios. Cundió entre ellos el desconcierto. Se oían mugidos metálicos y gangosos de Harry Way tratando de contener el desbande de sus hombres repentinamente asustados.

Los sitiados comenzaron a abandonar el parapeto. Por las dudas se alejaban reptando entre la maleza.

Cuando algunos de ellos se animaron y llegaron a las inmediaciones de la Ogaguasú, se encontraron con un extraordinario espectáculo. Todo había sucedido vertiginosamente. Era algo tan inconcebible e irreal que parecía un sueño. Pero no era un sueño.

En el candelero circular de los «bungalows» de tablas, la Ogaguasú ardía como una inmensa tea que alumbraba la noche.

Delante de Solano Rojas, armado de un máuser, delante de unos treinta carpincheros armados también con máuseres y revólveres, estaba Harry Way hincado de rodillas pidiendo clemencia. Con gritos jadeantes pedía clemencia a los hombres libres del río, al esclavo que un mes antes había mandado azotar hasta el borde de la muerte. Pedía clemencia porque él a su vez ahora no quería morir. Su camisa a rayas coloradas, hecha jirones, mostraba el pecho de herrumbre. Sus breeches color caqui, su piel de oro sanguíneo, sus botas rojas acordonadas, estaban embadurnadas de barro y de sangre. De trecho en trecho había capangas muertos. El pecoso alto y el petiso de labio leporino habían mordido el polvo junto al patrón.

Poco a poco vinieron los demás pobladores. Una gran multitud se estaba reuniendo alrededor del incendio.

—¡No me maten…, no me maten…! ¡Mí ser un ciudadano extranquero…!

¡Mí promete resolver las cosas a su gusto…! ¡No me maten…! —gemía el Buey-Rojo postrado en tierra, aplastado, vencido.

—¡Levántese! —le ordenó Solano Rojas. Su voz no admitía réplica. Era una voluntad tensa en que vivos y muertos hablaban. Resaltó poderosa entre el ruido del fuego.

Harry Way se levantó lentamente, dudando todavía. Su corpachón ya no era amenazante. Estaba como deshuesado.

Solano se desplazó hasta la puerta de uno de los «bungalows» en llamas y la abrió con la culata del máuser. La espalda llagada de Solano descargó de golpe sobre los ojos del señor feudal, uno por uno, silenciosamente, todos los guachazos recibidos.

—¡Venga aquí! —volvió a ordenar implacable.

Harry Way avanzó un paso y se detuvo. Acababa de comprender. Empezó a gritar nuevamente, esta vez con gañidos de perro castigado. Dos carpincheros lo empujaron a culatazos, lo fueron empujando como a un carpincho herido en el agua, lo fueron empujando a pesar de sus gritos, de su resistencia espasmódica, de su descompuesto terror, de su ansia tremenda de salvarse de la muerte. Lo fueron empujando hasta acabar de meterlo en la ratonera ardiente.

Solano volvió a cerrar la puerta y la atrancó con el máuser.

Todos se quedaron escuchando en silencio, presenciando en silencio la invisible ejecución de Harry Way que las llamas consumaban lentamente, hasta que los gritos y los golpes de puños en los tablones se nivelaron con el chisporroteo del fuego, decrecieron y se apagaron del todo, mientras crecía en el aire el olor de la carne quemada.

Entre los carpincheros, cerca de Solano Rojas, estaba una muchacha mirando la casa que ardía. En su rostro fino y pequeño sus pupilas azules brillaban empañadas. La firme gracia de su cuerpo de cobre emergía a través de los guiñapos. Sus cabellos parecían bañados de luna, como el azúcar. No tenía armas pero sus manos estaban cubiertas de tizne. Ella también había ayudado a quemar la Ogaguasú, a destruir la cruel y sanguinaria opresión que estaba acabando en calcinados escombros, en humo volandero, en recuerdo.

Por eso el acordeón de Solano suena vivo y marcial en el Paso. El fuego de la tierra y de los hombres, la pasión de la libertad y el coraje, vibran en las antiguas palabras guerreras.

Campamento Cerro-León, catorce, quince, yesiséis…
yesisiete, yesiocho… yesinueve batallón…
Ipuma ko la diana, pe pacpáke lo'mitá…

Tras el sumario castigo del Buey-Rojo, sucedió un episodio breve, indescriptible, maravilloso. No podía durar. Después de la pesadilla del miedo, la borrachera de la esperanza iba a ser sólo como un soplo.

Los trabajadores del ingenio recomenzaron la zafra por su cuenta después de haber hecho justicia por sus manos. La habían pagado con su dolor, con su sacrificio, con su sangre. Y la habían pagado por adelantado. Las cuentas eran justas.

Formaron una comisión de administración en la que se incluyó a los técnicos. Y cada uno se alineó en lo suyo; los peones en la fábrica, los plantadores en los plantíos, los hacheros en el monte, los carreros en los carros, los cuadrilleros en los caminos. Todos arrimaron el hombro, hasta las mujeres, los viejos y la mitá-í.

Se pusieron a trabajar noche y día sin descanso. Lo hacían con gusto, porque al fin sabían, sentían que el trabajo es una cosa buena y alegre cuando no lo mancha el miedo ni el odio. El trabajo hecho en amistad y camaradería.

No pensaban, por otra parte, quedarse con el ingenio para siempre. Sabían que eso era imposible. Pero querían entregarlo por lo menos limpio y purificado de sus taras; lugar de trabajo digno de los hombres que viven de su trabajo, y no lugar de torturas y de injusticias bestiales.

Solano Rojas habló de que se podrían imponer condiciones. Destacó emisarios a los otros ingenios del Sur y a la Capital

No volvieron los emisarios. No pudieron siquiera terminar la zafra. A la semana de haber comenzado esta fiesta laboriosa y fraternal, el ingenio amaneció un día cercado por dos escuadrones del gobierno que venían a vengar póstumamente al capitalista extranjero Harry Way. Traían automáticas y morteros.

Los trabajadores enviaron parlamentarios. Fueron baleados. Se acantonaron entonces en la fábrica para resistir. Las ametralladoras empezaron a entrar en acción y las primeras granadas de morteros a caer sobre la fábrica.

Los sitiados se rindieron esta vez para evitar una inútil matanza. Los escuadrones se llevaron a los presos atados con alambre. Entre ellos iba Solano Rojas con un balazo en el hombro.

Tebikuary del Guairá volvió al punto de partida. Pero en lugar del verde de antaño había sólo escombros carbonizados. Algunas carroñas humanas se hinchaban en el polvo del terraplén. Y en lugar de humo flotaban cuervos en el aire seco y ardiente del valle.

El círculo se había cerrado y volvía a empezar.

Poco a poco regresaron los presos. Primero fue Miguel Benítez, después Secú Ortigoza, después Belén Cristaldo y por último Alipio Chamorro.

Solano Rojas quedó en la cárcel. Quedó por quince años. Por fin lo soltaron. Se trajo sus recuerdos y la cicatriz de un sablazo sobre ellos. Pero había tenido que dejar los ojos en la cárcel en pago de su libertad.

Regresó como una sombra que volvía de la muerte. Sombra él por fuera y por dentro. Anduvo vagabundeando por las barrancas. Allí se quedó.

Los carpincheros le ayudaron después a levantar su choza al otro lado del río y a construir su balsa. Un tropero le regaló el acordeón.

Se sentía a gusto en la barranca frente a las ruinas de la Ogaguasú. Era el sitio del combate y el sitio de su amor. Necesitaba estar allí, al borde del camino de agua que era el camino de ella. Su oído aprendió a distinguir el paso de los carpincheros y a ubicar el cachiveo negro en que la muchacha del río bogaba mirando hacia arriba el rancho del pasero.

Ella. Yasy-Morotĩ.

El nombre de Paso surgió de esta tierna y secreta obsesión que se transformaba en música en el remendado acordeón del ciego.

Yasy-Morotĩ...

Luna blanca amada que de mi te alejas con ojos distantes...

Por tres veces, Solano sintió bajar las fogatas de San Juan. Los carpincheros seguían cumpliendo el rito inmemorial. Traían sus cachiveos a que los sapecara el fuego del Santo para que la caza fuera fructífera.

Solano se aproximaba al borde de la barranca para sentirlos pasar. Los saludaba con el acordeón y ellos le respondían con sus gritos. Y cuando entre los fuegos el ojo de su corazón la veía pasar a ella, una extraña exaltación lo poseía. Dejaba de tocar y los ojos sin vida echaban su rocío. En cada gota se apagaban paisajes y brillaba el recuerdo con el color del fuego.

La última vez que se acercó, resbaló en la arena de la barranca y cayó al remanso donde guardaba su balsa, donde lavaba su ropa harapienta, de donde sacaba el agua para beber.

De allí lo sacaron los carpincheros que estuvieron toda la noche sondando el agua con sus botaduras y sus arpones, al resplandor de las hogueras.

Lo sacaron enredado a un raigón negro, los brazos negros del agua verde que lo tenían abrazado estrechamente y no lo querían soltar.

Los carpincheros pusieron el cuerpo de Solano en la balsa, trozaron el ysypó que la ataba al embarcadero y la remolcaron río abajo entre los islotes llameantes.

Sobre la balsa, al lado del muerto, iba inmóvil Yasy- Morotĩ.

Todavía de tanto en tanto suele escucharse en el Paso, a la caída de las noches, la música fantasmal del acordeón. No siempre. Sólo cuando amenaza mal tiempo, no hay zafra en el ingenio nuevo y todo está quieto y parado sobre el río.

—¡Chake! —dicen entonces los ribereños aguzando el oído—. Va a haber tormenta.

—Ipú yevyma jhina Solano cordión…

Piensan que el Paso Yasy-Morotĩ está embrujado y que Solano ronda en esas noches convertido en Pora. No lo temen y lo veneran porque se sienten protegidos por el ánima del pasero muerto.

Allí está él en el cruce del río como un guardián ciego e invisible a quien no es posible engañar porque lo ve todo .

Monta guardia y espera. Y nada hay tan poderoso e invencible como cuando alguien, desde la muerte, monta guardia y espera.